

AMALIA DOMINGO SOLER

**LA LUZ
DEL
PORVENIR**

LA LUZ DEL POVENIR

Los espíritus del Señor, que son las virtudes de los cielos, como un ejército inmenso, se esparcen por toda la superficie de la Tierra, apenas han recibido la orden; semejante a las estrellas que caen del cielo, vienen a iluminar el camino y a abrir los ojos a los ciegos.

En verdad os digo, que han llegado los tiempos en que todas las cosas deben ser restablecidas en su verdadero sentido, para disipar las tinieblas, confundir a los orgullosos y glorificar a los justos.

Hombres, hermanos a quienes amamos, estamos a vuestro lado: amaos también unos a otros, y decid desde el fondo de vuestro corazón, haciendo la voluntad del Padre que está en el cielo: ¡Señor! ¡Señor! Y podréis entrar en el reino de los cielos.

EL ESPÍRITU DE LA VERDAD
(prefacio de “El evangelio según el Espiritismo”)

**ESTA OBRA ES DISTRIBUIDA
GRATUITAMENTE
POR EL CENTRO ESPÍRITA
“LA LUZ DEL CAMINO”
ORIHUELA
(ALICANTE)**

INTRODUCCIÓN

Entendiendo que quizás podría ser de verdadero interés, poder dar a la publicidad interesante cantidad de artículos de la revista LA LUZ DEL PORVENIR de D^a AMALIA DOMINGO SOLER; que en la época actual, pocos son los que los conocen debido a la antigüedad en que fueron escritos; que aunque lo fueron en el pasado siglo, siempre serán de actualidad, por su gran sensibilidad y por su gran Amor Fraternal.

En los momentos actuales de tan acentuado materialismo, se puede llegar a pensar, que los grandes sentimientos de AMALIA DOMINGO SOLER, pueden dar lugar a que florezca en muchas personas necesitadas, ese inmenso Amor Fraternal auténticamente Cristiano. Con las experiencias y ejemplos que nos ofrecen sus escritos, quizás puede darse el caso, de que a muchos seres llegue a despertarles el sentido de responsabilidad de nuestro paso por el planeta Tierra.

En los momentos actuales, algunos de sus artículos parecerán algo de romanticismo del pasado siglo, pero en los escritos que hemos seleccionado los hay de inmensa amorosidad, y en temas también científicos; con una moral auténticamente Cristiana y con una filosofía de un libre pensar.

A ciertos sectores de creyentes espiritistas, puede que en ciertos momentos llegue a ayudarles mucho, en esos momentos difíciles y turbulentos de la vida.

Con esta buena intención, se ofrece este humilde libro, para que nos ayude a esclarecernos; y también para que se desarrolle y se impregne en nuestro Espíritu, ese gran Amor del que tan necesitada está la humanidad.

SALVADOR SANCHIS SERRA

PRESENTACIÓN

Con este libro quiero rendir homenaje a una mujer que con su esfuerzo titánico y abnegado, se convirtió en estandarte de un Ideal al cual se dedicó por entero.

Amalia Domingo Soler encontró en el Espiritismo la razón de su vida y la explicación para todos los sufrimientos y problemas que la angustiaron durante largos años. Fue una luchadora incansable: estudió el Espiritismo y se convirtió en la mayor divulgadora de esta maravillosa doctrina, pero lo más importante de todo es que supo vivirlo.

Con su trabajo, abnegación, sacrificio y renuncia, nos dio un ejemplo vivo de lo que debe ser un espiritista. El Espiritismo hay que estudiarlo pero sobre todo hay que practicarlo.

Amalia Domingo Soler, dirigió la revista espiritista "**La Luz Del Porvenir**" durante los años 1.879 al 1899. Con el primer número de esta revista, empezó ese gran trabajo divulgativo del Espiritismo, que durante veinte años fue un verdadero tesoro de enseñanzas derramado por el esfuerzo, la dedicación y la elevación de Amalia. En el Espiritismo encontró la respuesta lógica a sus infortunios. A él se dedicó sin reparar en los esfuerzos y luchas que había de sostener en la propagación de su Ideal, el cual en muchos casos chocaba frontalmente con los conceptos dogmáticos e intolerantes de aquella época.

Desde ese momento empezó su trayectoria como escritora y poetisa al servicio del ideal espiritista.

Los relatos que a continuación presentamos, fueron juntos con otros escritos y poesías, una verdadera luz que iluminó y sigue iluminando la razón de tantas personas que buscan la causa oculta de lo que sus sentidos le muestran, la explicación lógica de los acontecimientos que nos parecen fortuitos y en muchas ocasiones injustos.

Amalia nació en Sevilla en 1835, nuestra autora tuvo que vencer toda clase de dificultades a lo largo de su vida. En el orden físico tuvo grandes dolencias de visión desde su nacimiento, no conoció el afecto paterno, y a los 25 años de edad quedó huérfana de madre y sola en el mundo. Durante ciertos periodos de su existencia llegó a carecer del sustento mínimo para alimentarse, teniendo que recurrir a bonos de beneficencia para conseguir una ración de comida, ya que la enfermedad que sufría en la vista no le permitía desempeñar ningún trabajo para cubrir sus mínimas necesidades.

Amigo lector: no quiero terminar con esta presentación sin agradecer al Sr. Salvador Sanchis la labor desinteresada que ha llevado a cabo al facilitarnos el contenido de este libro, recopilado pacientemente de los escritos que Amalia Domingo Soler publicó en la revista "**La Luz Del Porvenir**".

Cuando leí por primera vez estas cuartillas, sentí el deseo de compartir con mis hermanos este caudal de conocimientos que han estado ocultos casi un siglo. Es un tesoro que este gran Espíritu de Luz nos legó a todos los espiritistas.

Vamos a imprimirlo y distribuirlo gratuitamente para que todos se beneficien de él.

GRACIAS: AMALIA

JOSÉ ANIORTE ALCARÁZ
C. E. " LA LUZ DEL CAMINO "
ORIHUELA

CAPÍTULO I

¿EXISTE DIOS?

Hay quien pregunta si existe Dios. Pues la Creación dice que ¡Sí! Y cada escuela lo define a su manera.

La Teología pinta un Dios pequeño al alcance de la idea del hombre, y el racionalismo, en cambio, dice que Dios es el alma de la Creación, que no se le puede definir, que sólo la ciencia podrá comprender algo de la divina causa.

El Universo no tiene principio ni fin conocido por el Espíritu, porque el principio y el fin es el Dios mismo.

Los espiritistas creemos que el Espíritu es como un libro blanco cuando Dios lo crea, y el progreso es el encargado de escribir sus páginas.

Dios ha creado los mundos del trabajo, no los mundos del dolor.

El Espíritu es puro en su origen, porque Dios no puede hacer nada imperfecto, y si este Espíritu al ser creado fuese a habitar en los mundos de luz:

¡Dónde la vida es una sonrisa!

¡Dónde la penalidad no se conoce!

¡Dónde el organismo está libre de dolencias, y el alma de remordimientos!

¡Dónde la inteligencia del Espíritu abarca con una mirada todo cuanto se pueda saber en millones de existencias!

Si el alma al ser creada la dejasen en ese edén, ¿Qué mérito tendría la virtud? ¿Qué valor tendría su talento si el amor y la ciencia alfombraran su camino de flores, como en los cuentos de hadas? ¿Que vida sería la de estos seres sin haber conocido el dolor?.

¡Sin saber lo que vale una lágrima, no se sabe apreciar una sonrisa!

¿Cómo vivirían estas generaciones sin haber experimentado una contrariedad en esa contemplación seráfica sin recuerdos y sin aspiraciones?

¡La vida sin deseo dejaría de ser vida! ¡Vivir sin ansiedad no es vivir! Porque el tiempo es la ansiedad de los siglos, que siempre corre buscando un más allá.

La vida de perfecta satisfacción es pobre, ¡Falta en ella la lógica!, ¡El incentivo del trabajo!, ¡El deseo de lo desconocido!, ¡La sed de la ciencia!, ¡La sed del infinito!.

El Espíritu no ha nacido para la contemplación estática, ha recibido la inteligencia para utilizarla, para que le sirva de intermediaria entre Dios y él, por esto, los espiritistas creemos muy posible que el alma entró en la lucha de la vida semejante al niño (en su inocencia), con completa libertad de acción y rudimentaria inteligencia, el niño de la Tierra tiene una vida en sus primeros años apropiada a sus conocimientos y al desarrollo de sus fuerzas; pero como en el hombre hay un principio de origen divino, porque su Espíritu es un átomo luminoso desprendido de la aureola de Dios, el hombre lleva en sí el germen del progreso, y no necesita más que la varita mágica del trabajo le ayude en su empresa, y antes que todo, adquirir cierta sensibilidad, que hace sentir el hambre, la sed, el frío y el calor, y tener necesidad de otro ser para compartir las horas de su vida, y en este lento desarrollo, el alma, educada por ella misma, va mejorando la condición de su existencia y engrandece su esfera de acción, y el ser humano llegó a ser un hombre civilizado comprendiendo la belleza de la Creación. En este supuesto no es ningún absurdo creer que al dejar su envoltura, y al encontrarse frente a frente consigo mismo pida nueva luz para iluminar su camino y mundos mejores para colonizarlos.

La vida así tiene un objeto racional, tiene una tendencia a la perfección. Tiene un desarrollo que guarda armonía con las leyes de la Creación porque los árboles primero se cubren de hojas, después de flores, y por último dan el fruto, y todo tiene su tiempo fijo y

su periodo determinado. ¿Por qué no ha de tenerlo el progreso del Espíritu? ¿Por qué éste ha de vivir sin el progreso del trabajo?

La misma naturaleza nos enseña que el trabajo es la ley de la vida, que todo tiene su desenvolvimiento laborioso; por lo tanto, creemos los espiritistas que su progreso ha sido obra de siglos.

Nosotros no estamos por la teoría de la gracia; somos partidarios de la teoría de la justicia. Creemos que lo que no se gana no se obtiene, y encontramos más razonable el trabajo incesante del Espíritu que la perfección del alma con un goce sin recuerdos; y además que la vida misma, y las diversas aptitudes intelectuales que vemos en los hombres, los genios precoces, las inteligencias gigantes que de vez en cuando aparecen como fugaces meteoros, todo demuestra que el alma viene de muy lejos, que no ha comenzado a vivir ahora, y por último, la comunicación de los espíritus ha venido a decirnos el porqué somos libres pensadores, y es que las generaciones del siglo XIX se compone en su mayor parte de los reformadores de pasados siglos.

Los herejes de ayer somos los racionalistas de hoy, y encontramos por medio de la comunicación ultra-terrena una ley de continuidad. Así el Espiritismo tendrá sus escollos porque es una escuela que no ha sido bien estudiada, y de la cual podrán apoderarse algunos pobres charlatanes. ¡De que no se apodera la vulgaridad!

Pero comentada y analizada como debe analizarse, se encuentra en ella la lógica, la razón y la verdad.

Observamos que cierto número de Panteístas admiten que el alma, tomada al nacer de el todo universal, conserva su individualidad durante un tiempo indefinido y que vuelve a la masa después de haber llegado a los últimos grados de perfección. Las consecuencias de esta creencia de la doctrina Panteísta propiamente dicha; resulta perfectamente inútil tomarse el trabajo de adquirir algunos conocimientos, cuya conciencia ha de perderse después de un tiempo relativamente corto; si el alma se resiste generalmente a admitir semejante concepción, cuánto mayor no sería su pena pensando que en el momento en que llegase al conocimiento y a la perfección suprema, sería el que fuese condenado a perder el fruto de todos sus trabajos, perdiendo su individualidad.

Pasamos a la doctrina dogmática: El alma independiente de la materia es creada según ella al nacimiento de cada ser, sobrevive y conserva su individualidad después de la muerte; desde este momento, su suerte queda irrevocablemente fijada, sus progresos ulteriores son nulos y por consecuencia intelectual y moralmente es para toda la eternidad lo que era durante la vida; siendo los malos condenados a castigos irremisibles en el infinito, resulta que el arrepentimiento les es completamente inútil, pareciendo que Dios se niega a concederles la posibilidad de reparar el mal que han hecho. Los buenos son recompensados por la visión y contemplación perpetua de Dios en el cielo. La creación de ángeles o almas privilegiadas exentas de todo trabajo para llegar a la perfección, no tiene ningún sentido. Esta doctrina deja sin solución los graves problemas siguientes: ¿De dónde proceden las disposiciones innatas, intelectuales y morales que hacen que los hombres nazcan buenos o malos, inteligentes o idiotas?

¿Cuál es la suerte de los niños que mueren en edad temprana? ¿Por qué entran en la bienaventuranza sin aquel trabajo a que están sujetos otros durante largos años? ¿Por qué son recompensados sin haber podido hacer el bien, o privados de perfecta dicha sin haber hecho el mal? ¿Cuál es la suerte de los cretinos y de los idiotas que no tienen conciencia de sus actos? ¿Cómo se justifican las miserias y las enfermedades nativas no siendo resultado de la vida presente? ¿Cuál es la suerte de los salvajes y de todos los que forzosamente mueren en el estado de inferioridad moral en que se hayan colocados por la misma naturaleza, sino les es dado a progresar ulteriormente? ¿Por qué ha de crear Dios almas más favorecidas unas que otras? ¿Por qué llama a sí prematuramente a los que hubieran podido mejorarse si hubieran vivido más, supuesto que no les es permitido

progresar después de la muerte? ¿Por qué ha de crear Dios ángeles, llegados sin trabajo alguno a la perfección, mientras que otras criaturas están sometidas a las más duras pruebas, en las que tienen más probabilidades de sucumbir que de salir victoriosas? Etc.

DOCTRINA ESPIRITA. El principio inteligente es independiente de la materia; el alma individual preexiste y sobrevive al cuerpo. Todas las almas son creadas sencillas e ignorantes y están sometidas al progreso indefinido. No hay criaturas privilegiadas ni más favorecidas unas que otras; los ángeles son seres que han llegado a la perfección después de haber pasado como las otras criaturas, por todos los grados inferiores. Las almas o espíritus progresan más rápidamente en virtud de su libre albedrío mediante el trabajo y su buena voluntad. La vida espiritual es la normal; la vida corporal es una fase temporal de la vida del Espíritu, durante la cual reviste momentáneamente una envoltura material de la que se despoja al morir.

El Espíritu progresa en estado corporal y en estado espiritual. El corporal es necesario al Espíritu hasta que ha alcanzado cierto grado de perfección; en él se desarrolla por el trabajo al que le obligan sus propias necesidades y adquiere conocimientos prácticos especiales. Siéndole insuficiente una sola existencia corporal para adquirir todas las perfecciones, vuelve a tomar un cuerpo tan a menudo como le es necesario y vuelve cada vez con el progreso alcanzado en las existencias anteriores y en la vida espiritual. Cuando ha adquirido en un mundo todo lo que en él puede, la caridad pasa a ser guía de otros seres necesitados, o bien ir a otros más adelantados moral e intelectualmente menos materiales y así sucesivamente hasta la perfección de que es susceptible la criatura.

El estado feliz o desgraciado de los espíritus es inherente a su estado moral, el castigo es consecuencia de su perseverancia en el mal, en él se castigan por sí mismos; pero nunca les es cerrada la puerta del arrepentimiento, y pueden queriéndolo, entrar nuevamente en el camino del bien y llegar con el tiempo a todos los progresos.

Los niños que mueren en edad temprana pueden estar más o menos adelantados porque han vivido ya anteriores existencias en las que han podido hacer el bien o cometer malas acciones. La muerte no les libra de las pruebas que han de sufrir, y en tiempo oportuno dan comienzo a una nueva existencia en la Tierra o en mundos superiores, según su grado de elevación.

El alma de los cretinos e idiotas es de la misma naturaleza que las de los otros encarnados; a menudo es superior su inteligencia, y la insuficiencia de medios en que se haya para entrar en relación con sus compañeros de existencias les hace sufrir como a los mudos el no poder hablar. Los cretinos abusaron de su inteligencia en anteriores existencias y para expiar el mal que cometieron han aceptado voluntariamente el verse reducidos a la impotencia.

Ahora preguntamos nosotros: ¿Cuál de estas tres doctrinas es más lógica?

El Panteísmo, perdiéndose nuestra individualidad en todo el infinito. El dogma religioso con su vida microscópica, que para cuatro segundos de existencia, tiene un eterno castigo o una perpetua bienaventuranza. O el Espiritismo con su vida indefinida, con su eterno progreso, pudiendo cada Espíritu formarse su porvenir porque tiene ante sí la eternidad ¿Qué es más consolador? Decirle al hombre ¡Trabaja y espera! O negarle al pecador toda esperanza.

Creemos en un solo Dios, inteligencia suprema, causa primera de todas las cosas, infinito, incomprensible en su esencia, inmutable, inmaterial, Omnipotente, soberanamente justo, bueno y misericordioso.

Creemos que Dios ha impuesto a la Creación una ley inalterable: El Bien.

Creemos que se debe adorar a Dios amando y practicando el bien, y para ello no hay necesidad de templos ni de sacerdotes, siendo su mejor altar el corazón del ser virtuoso, y su mejor culto una moralidad intachable.

LA LUZ DEL POVENIR

Dios no exige que el hombre profese determinada religión, sino que sea humilde y sobre todo que ame a su prójimo como así mismo.

Creemos en la existencia del alma o Espíritu, ser inmaterial, inteligente, libre de sus acciones y estrictamente responsable de ellas ante Dios; en la inmortalidad del alma; que cada Espíritu es premiado o corregido según sus obras; que las penas nunca son eternas; y que Dios acoge siempre bondadosamente al Espíritu que se arrepiente apartándose del camino del mal; que en el Espacio hay infinidad de mundos habitados por seres pensadores, sometidos como nosotros a la ley del progreso infinito que conduce a Dios.

Creemos que el Espíritu antes de alcanzar la bondad eterna, puede elevarse o detenerse en jerarquía según su albedrío, pero no puede retroceder ni sufrir una retrocreación, es decir, no puede transformarse su esencia en otra inferior.

Por último, el Espiritismo como ciencia consagrada a los transcendentales estudios de la verdad suprema, está llamado a regenerar el mundo, inculcando en el corazón de los hombres las sublimes verdades que enseña, mientras la ciencia y la razón no pronuncien otro credo religioso más en armonía con la grandeza de Dios; en tanto llegue ese día, seremos cristianos - espiritistas y racionalistas, veremos en Dios la causa primera, en la ciencia su eterna manifestación, y en la razón humana la síntesis del progreso universal. Así que el cumplimiento de la ley es la caridad; y teniendo este conocimiento, es ya hora de levantarse del sueño.

La noche ha pasado y ha llegado el día: echemos, pues, las obras de las tinieblas y vistámonos las armas de la luz. Estas son las armas que quiere usar el Espiritismo: la mansedumbre, la caridad y la ciencia: tres palabras distintas y un solo pensamiento: amar a Dios Creador del Universo, que comprende todos los seres animados e inanimados, materiales e inmateriales.

Los seres materiales constituyen el mundo visible o corporal, y los inmateriales el invisible o espiritista, es decir, el de los espíritus, cuya destrucción a consecuencia de la muerte, los constituye nuevamente en libertad.

El hombre tiene dos naturalezas: por el cuerpo, participa de la naturaleza de los animales cuyos instintos tiene, y por el alma, participa de la naturaleza de los espíritus.

El lazo o periespíritu que une el cuerpo y el Espíritu es una especie de envoltura semi-material. La muerte es la destrucción de la envoltura más grosera; pero el Espíritu conserva la segunda que le constituye un cuerpo etéreo, invisible para nosotros en estado normal y que puede hacer visible accidentalmente, y hasta tangible, como sucede en el fenómeno de las apariciones.

Así pues, el Espíritu no es un ser abstracto e indefinido que solo puede concebir el pensamiento, sino un ser real que es apreciable en ciertos casos por los sentidos de la vista, del oído y del tacto.

No pertenecen perpetuamente al mismo orden, sino que todos se perfeccionan pasando por los diferentes grados de jerarquía Espirita. Este perfeccionamiento se realiza por medio de la reencarnación, impuesta como expiación a unos y como misión a otros. La vida material es una prueba que deben sufrir repetidas veces hasta que alcanzan la perfección absoluta, una especie de depuratorio del que salen más o menos purificados.

Al abandonar el cuerpo, el alma vuelve al mundo de los espíritus, de donde había salido, para tomar una nueva existencia material, después de un espacio de tiempo más o menos prolongado, durante el cual se encuentran en estado de Espíritu errante.

Los espíritus encarnan siempre en la especie humana, y sería erróneo creer que el alma o Espíritu pueda encarnarse en el cuerpo de un animal.

El alma era individual antes de la encarnación y continúa siéndolo después de separarse del cuerpo.

A su vuelta del mundo de los espíritus, el alma encuentra en él a todos los que conoció en la Tierra, y todas sus existencias anteriores se presentan a su memoria con el recuerdo de todo el bien y de todo el mal que ha hecho.

Los espíritus encarnados pueblan los diferentes globos del Universo.

Los espíritus desencarnados no ocupan una región determinada y circunscrita, sino que están en todas partes, en el Espacio y a nuestro lado, viéndonos y codeándose incesantemente con nosotros. Forman una población invisible que se agita a nuestro alrededor.

Los espíritus ejercen en el mundo moral y hasta en el físico una acción incesante; obran sobre la materia y el pensamiento, y constituyen uno de los poderes de la naturaleza, causa eficiente de una multitud de fenómenos inexplicados o mal explicados hasta ahora, y que solo en el Espiritismo encuentran solución racional.

Las relaciones de los espíritus con los hombres son constantes, los espíritus buenos nos excitan al bien, nos fortalecen en las pruebas de la vida y nos ayudan a sobrellevarlas con valor y resignación. Los espíritus malos nos excitan al mal y les es placentero vernos sucumbir y equipararnos a ellos.

Las comunicaciones de los espíritus con los hombres son ocultas u ostensibles. Tienen lugar las comunicaciones ocultas por medio de la buena o mala influencia que ejercen en nosotros sin que lo conozcamos. A nuestro juicio toca distinguir las buenas de las malas inspiraciones. Las comunicaciones ostensibles se verifican por medio de la escritura, de la palabra o de otras manifestaciones materiales, y la mayor parte de las veces por mediación de los médiums que sirven de instrumento a los espíritus.

La moral de los espíritus superiores se resume como la de Cristo en esta máxima evangélica: hacer con los otros lo que quisiéramos que a nosotros se nos hiciese, es decir, hacer el bien y no el mal. En este principio encuentra el hombre la regla universal de conducta para sus más insignificantes acciones.

Nos enseñan también que no hay faltas irremisibles que no puedan ser borradas por la expiación. El medio de conseguirlo lo encuentra el hombre en las diferentes existencias que le permiten avanzar según sus deseos y esfuerzos, en el camino del progreso y hacia la perfección que es su objeto final.

Todo vive en la Creación sin cesar un segundo de relacionarse cuantos elementos germinan en ella, unos con otros, cual plantas trepadoras, los acontecimientos se enlazan los más pequeños a los más grandes, y todo desempeña su cometido, desde el microscópico infusorio hasta el pontífice de nuestro sistema planetario, el planeta Saturno.

¡Cuanto más consolador es lo que dice Kardec! Que los espíritus viven con nosotros tomando parte en nuestras alegrías y en nuestras tristezas; nos animan, nos inspiran, y nuestras simpatías y nuestros amores se perpetúan por una eternidad; y así ningún trabajo queda incompleto, pues lo que hoy se interrumpe por la crisis de la muerte, mañana se continua en otras existencias.

El Espiritismo llena la gran necesidad que tiene el hombre de vivir siempre, y su creencia le hace falta para conformarse con esta vida, al parecer efímera, y lástima es que el antagonismo de sectas la revistan con el ropaje del ridículo, ¿Y todo por qué? Porque decimos que Dios es grande, que es misericordioso, y que no puede condenar a sus hijos eternamente, y demostrarnos con hechos que la ciencia conocida es una parte infinitesimal del gran todo de la ciencia que rige las leyes universales.

Antigua manía es la de negar lo que se ve claramente, o lo que nuestra limitada inteligencia no comprende, y luego los hechos han demostrado que la creencia más combatida ha sido la más cierta.

Léanse las obras de Kardec, léanse los volúmenes escritos por Flammarión, por Pezzani, por Torres - Salanot, por Amigó y tantas y tantas obras que se han escrito sobre Espiritismo, estúdiense bien su tendencia sin prevención y verá todo el que quiere ver que

LA LUZ DEL POVENIR

el Espiritismo es el racionalismo religioso que busca el porqué del porqué; que no se contenta con ver morir a un genio, tributarle honores y levantarle estatuas que el tiempo destruirá mañana.

Quiere algo más duradero, más real, más positivo, más lógico, más en armonía con la misericordia y la grandeza de Dios, y por esto exclama:

¡Todo se disgrega en la tumba!

¡Todo muere al morir el hombre!

¡Nada queda de su virtud y su ciencia!

¡Es acaso la vida fragmento de una historia sin prólogo ni epílogo!

¿Y este noble deseo, esta santa aspiración, esta sed de inmortalidad puede ser nociva al progreso de los pueblos porque muchos espiritistas no se contentan con las fábulas de la religión?. El que tal crea carece de sentido común.

Creemos que lo que no está basado en la moral más pura, no tiene razón de ser, y toda la sabiduría es letra muerta si los sabios no consiguen mejorar las costumbres de los pueblos.

De nada sirven las academias y los ateneos si antes no se crean escuelas de instrucción gratuitas y obligatorias; para que las masas populares se instruyan y se moralicen.

El Espiritismo quiere la reforma social, y no pretende levantar la gran fábrica del adelanto comenzando por hacer la veleta de la torre; quiere principiar por los cimientos, por esto anticipa la moral a la sabiduría, porque donde no hay moralidad no hay verdadero progreso.

El hombre que no sabe mejorar sus costumbres no podrá nunca mejorar la sociedad, y el Espiritismo no quiere una vida artificial, quiere la realidad del bien.

La humanidad de la Tierra en sentido intelectual adelanta fabulosamente y en el orden moral (si bien no está al mismo nivel), con todo, ¡Cuán distinto es el hombre de hoy del hombre de ayer!. Preguntemos al pasado, y legiones de mártires se levantarán de sus tumbas para decirnos que ayer en el mundo sólo imperaban los poderes, la guerra como razón y el fanatismo como ley, la fuerza bruta para el cuerpo y la fuerza bruta para el alma.

Hoy si bien no ha concluido la guerra, tiene sus intervalos, esto es innegable; hoy los hombres discuten y a veces se entienden; y en cuanto a las creencias religiosas pasó el horror del absolutismo.

¡Cuán bien dice San Pablo! La caridad es la primera de todas las virtudes, y el Espiritismo tan combatido, tan ridiculizado sólo aspira a que se amen unos a otros.

¿No deben atribuirse a la falta de toda creencia el relajamiento de los lazos de familia, y de la mayor parte de los desórdenes que minan la sociedad?.

Demostrando la existencia y la inmortalidad del alma, el Espiritismo reanima la fe del porvenir, alienta los ánimos abatidos, y hace que se soporten con resignación las vicisitudes de la vida.

Dos doctrinas se encuentran frente a frente: la una niega el porvenir, la otra lo proclama y lo prueba; lo mismo se dirige a la razón; la primera se limita a señalar el presente y anonada toda esperanza, la segunda consuela y señala el vasto campo del porvenir.

El progreso de la humanidad tiene su principio en la aplicación de la ley de la justicia, de amor y de caridad, y esta ley está fundada en la certeza del porvenir. Quitad esta certeza, y quitaréis su piedra fundamental. De semejante ley derivan todas las otras porque ella contiene todas las condiciones de la felicidad del hombre. Sólo ella puede curar las plagas de la sociedad, el hombre puede juzgar comparando las edades y los pueblos, ¡Cuanto mejoran su condición a medida que esa ley se comprende y practica mejor!. Si una aplicación parcial e incompleta produce un bien real, ¡Qué no será cuando ella venga a ser la base de todas las instituciones sociales! ¿Pero, es esto posible? ¡Sí!; puesto que si ha dado

diez pasos, puede dar veinte y así sucesivamente. Puede pues, juzgarse el porvenir por el presente. Ya estamos viendo extinguirse poco a poco las antipatías de pueblo a pueblo; los valladares que los separaban caen ante la civilización; se dan la mano de un extremo a otro del mundo; mayor justicia preside a las leyes Internacionales; las guerras son menos frecuentes, y no excluyen los sentimientos humanitarios, se establece uniformidad en las relaciones, las distinciones de razas y castas van desapareciendo, y los hombres de distintas creencias acallan las supersticiones de las sectas, para confundirse en la adoración de un solo Dios.

Por medio del Espiritismo la humanidad ha de entrar en una nueva fase, en la del progreso moral, consecuencia inevitable de aquél. La rapidez con que se propagan las ideas espiritistas se debe a la satisfacción que ocasiona a todos los que las profundizan, y que ven en ellas algo más que un fútil pensamiento. Y como ante todo deseamos la felicidad, no es de extrañar que nos adherimos a una idea que hace feliz.

Es muy cierto, si alguna felicidad positiva existe en el mundo, sólo la creencia espirita puede proporcionarla. Ella nos dice que separarse del cristianismo es separarse de la justicia, que las religiones nada son por si solas si la pureza de sus hechos no demuestran fielmente la grandeza de sus teorías.

El Espiritismo es el editor universal que viene publicando la historia de los siglos; estudiemos en esa obra en cuyas páginas hemos leído algunos pensamientos que nos han hecho meditar profundamente, he aquí dos de ellos: en la Tierra es muy fácil creerse sabio, pero es muy difícil el serlo. Es muy fácil seguir una idea por aprovechamiento propio, pero es muy difícil encontrar sabios que la defiendan cuando la idea entra en el periodo de las complicaciones sociales.

¡Qué profunda verdad! Muchos hombres notables creen en el Espiritismo, muchos sabios dicen confidencialmente a sus amigos que la comunicación de los espíritus es un hecho; pero... enmudecen... esperando tiempos mejores.

¡Y quién mejora los tiempos sino los hombres! La naturaleza nos dará nieves en el invierno, flores en la primavera, frutos en estío y en el otoño, pero nada más y el hombre es el que ha de trabajar para mejorar las condiciones sociales, vivir en una atmósfera purificada por la civilización y en un terreno saneado por la fraternidad universal.

¿Y cómo se consigue esto?. Buscando la luz del progreso y sembrando la semilla del amor.

Seamos sabios para admirar la grandeza del Eterno.
Seamos buenos para glorificarle con nuestras obras.
No olvidemos nunca estos tres grandes principios:
¡La sabiduría absoluta sólo el Omnipotente la posee!
¡El progreso es el hábito de la Divinidad!
¡La caridad es el idioma de Dios!

CAPÍTULO II

VENTAJAS DE LA COMUNICACIÓN CON LOS SERES ESPIRITUALES

¿Y qué ventajas reporta a los hombres la comunicación con los espíritus?: ¡Muchas! Si se saben apreciar, inmensas si se comprenden sus tendencias general-mente moralizadoras. La comunicación de los espíritus rasga el tupido velo de los misterios religiosos; y como dice muy bien Kardec:

Hasta ese día el hombre no había podido crear sino hipótesis acerca de su porvenir, y he aquí porqué sus creencias en esa materia estaban divididas en sistemas tan numerosos y tan opuestos desde el aniquilamiento, hasta las fantásticas descripciones del paraíso y del infierno. Hoy son testigos presenciales los actores mismos de la vida de ultratumba, los que vienen a decirnos lo que en eso hay, lo cuál sólo ellos podrán hacerlo.

Esas manifestaciones han servido no para darnos a conocer el mundo invisible que nos rodea y que ni siquiera sospechábamos, cuyo conocimiento, por si solo es de una importancia capital, aún suponiendo que los espíritus no pudieran enseñarnos otra cosa. ¿Quién si se encontrara en un país desconocido, despreciará las señas que pudiera darle el campesino más humilde que a su paso encontrara? ¿Rehusaría preguntarle, siquiera, acerca del estado del camino, porque fuera un pobre labriego?.

En verdad que no habría que esperar de él profundas instrucciones, más en su esfera y por ser lo que es, podría en ciertos puntos guiarnos mejor que un sabio muy distinguido que no conociera el país. Se sacarían de sus indicaciones consecuencias que quizás él mismo no podría sacar, sin que por eso hubiese dejado de ser un medio muy útil para hacer ciertas observaciones, aunque no hubiese servido sino para darnos a conocer las costumbres de los habitantes del país. Lo mismo puede decirse de las relaciones de los espíritus, de los cuales el más humilde puede darnos instrucciones muy útiles.

Una comparación vulgar hará comprender mejor todavía la situación.

Un navío cargado de emigrantes parte de un país lejano:

Lleva gente de todas condiciones, que dejan parientes y amigos numerosos.

Corre la voz de que el navío ha naufragado: no queda de él rastro ninguno, ni llega noticia alguna de su suerte, por lo que se cree que todos los pasajeros han perecido, y se esparce el luto y la consternación en todas las familias. Sin embargo, todos sin exceptuar uno solo, han arribado a otra tierra desconocida, pero abundante y fértil, donde viven bajo un hermoso cielo, alegres y felices. Pero esto se ignora.

Mas un día otro navío llega a dicha tierra y encuentra a los náufragos sanos y salvos; la noticia circula con la rapidez del rayo, y cada cual felicita a los demás diciendo: nuestros amigos viven, y dan gracias a Dios. No pueden verse, pero están en correspondencia regular, se cruzan los testimonios de afecto, y la alegría sucede a la tristeza.

Tal es la imagen de la vida terrestre y de la vida de ultratumba antes y después de la revelación moderna; ésta, semejante al segundo navío nos trae la buena noticia de la supervivencia de los que nos son queridos, y la certidumbre de irnos a reunirnos con ellos algún día.

La duda acerca de su suerte y de la nuestra ya no existe, y la tristeza y el desaliento ceden su puesto a una risueña esperanza. Pero otros resultados vienen a fecundar esta revelación.

Juzgando Dios a la humanidad dispuesto para penetrar en los misterios de su doctrina y contemplar a sangre fría nuevas maravillas, ha permitido que se recorriese el velo que separaba el mundo visible del invisible. El hecho de las manifestaciones no tiene nada de extrahumano, es la humanidad espiritual que viene a conversar con la humanidad

corporal y a decirle: nosotros existimos, luego la nada no existe; ved ahora lo que somos y lo que habréis de ser; éste es vuestro porvenir, así como el nuestro. Vosotros marchábais en las tinieblas, venimos a ilustraros y a mostraros el camino; marchábais sin rumbo y a la ventura, y os enseñamos el puerto. La vida terrestre lo era todo para vosotros, porque nada veáis después de ella y nosotros os decimos, manifestando la vida espiritual que gozamos: la vida terrestre no es nada.

Vuestra vista se detenía en los bordes de la tumba, y del lado de allá existe horizontes espléndidos e interminables. No os dabáis cuenta de la causa de vuestro sufrimiento, y ahora veis en ellos la justicia de Dios; el bien existía sin frutos aparentes para el futuro, mas en lo sucesivo tendrán un gran objeto presente y será una necesidad; la fraternidad será una utopía generosa, ved ahora como es una realidad espléndida fundada en las leyes de la naturaleza. Bajo el influjo de la creencia de que todo acaba con la vida del cuerpo, la inmensidad es el vacío, el egoísmo impera entre vosotros y es el mote de vuestro escudo y la última palabra de vuestra moral es cada uno para sí; con la certidumbre del porvenir, los espacios infinitos se pueblan hasta el infinito, y el vacío y la soledad no existe en ninguna parte: la solidaridad une a todos los seres del lado de allá de la tumba, y existe el reinado de la caridad con el mote en su escudo. Cada uno para todos y todos para uno.

Dice Kardec en su libro, "La Génesis":

El fluido universal es, como se ha visto, el elemento primitivo del cuerpo carnal y del periespíritu, los cuales no son sino transformaciones del mismo. Este fluido por la identidad de su naturaleza, puede suministrar al cuerpo los elementos reparadores de que tenga necesidad. Estando condensado en el periespíritu, el agente propulsor es el Espíritu, encarnado o no, que infiltra en un cuerpo deteriorado una parte de la sustancia de su envoltura fluídica. La curación se verifica por la sustitución de una molécula enferma por otra sana. La potencia curativa será, pues, proporcional a la pureza de la sustancia inoculada; depende además de la energía y de la voluntad que provoca una emisión fluídica más abundante y da al fluido mayor agudeza o fuerza de penetración, y en fin, de las intenciones que animan al que desea curar, sea hombre o Espíritu. Los fluidos que emanan de una fuente impura, son como sustancias medicinales alteradas.

Los efectos de la acción fluídica sobre los enfermos, son extremadamente variados según las circunstancias: esta acción es a veces lenta y reclama un tratamiento sostenido, como es el de magnetismo ordinario; otras es rápido como una corriente eléctrica. Hay personas dotadas de un poder tal, que obtienen en ciertos enfermos, curaciones instantáneas con sólo imponerles las manos y aún por el solo acto de la voluntad, entre los dos extremos de esa facultad, hay matices variados hasta el infinito.

Todas las curaciones de este género son variedades del magnetismo, y no se diferencian sino por la potencia y la prontitud de la acción. El principio es constantemente el mismo; es el fluido que representa el papel de agente terapéutico, y cuyo efecto está subordinado a su calidad y a circunstancias especiales.

La acción magnética puede producirse de varias maneras:

1º - Por el fluido mismo del magnetizador, en este caso, es el magnetismo propiamente dicho, o sea **magnetismo humano**, cuya acción está subordinada a la potencia y sobre todo a la calidad del fluido.

2º - Por el fluido de los espíritus que obran directamente y sin intermediario sobre un encarnado, ya para calmar o curar un padecimiento, ya para provocar un sueño sonambúlico espontáneo, ya para ejercer sobre el individuo una influencia física o moral cualquiera. Este es el **magnetismo espiritual**, cuya calidad está en relación con las cualidades del Espíritu.

3º - Por el fluido que los espíritus emiten sobre el magnetizador, el cual sirve de conductor. Este es el **magnetismo mixto**, semi-espiritual o si se quiere humano-espiritual. El fluido espiritual, combinado con el fluido humano, da a este último las

cualidades que le faltan. El concurso de los espíritus en tal caso, es a veces espontáneo, pero la mayoría de veces es provocado por la evocación o llamamiento del magnetizador.

La facultad de curar por el influjo fluídico es muy común y puede desarrollarse por el ejercicio; pero la de curar instantáneamente por la imposición de las manos es más rara, y su apogeo puede considerarse como excepcional; no obstante, se han visto en diversas épocas y en casi todos los pueblos, individuos que la han poseído en grado inminente. En estos últimos tiempos se han visto varios ejemplos notables cuya autenticidad es incuestionable. Puesto que esta clase de curaciones tienen por fundamento un principio natural y el poder de hacerlas no es un privilegio, no se salen de las leyes naturales y no tienen nada de milagrosas sino en la apariencia.

Ciertamente que existen estos médiums poderosos, nosotros hemos tenido la fortuna de conocer a varios y entre ellos a uno cuya voluntad convertida en potencia, ha dado la salud instantánea a muchos enfermos, sin que por esto creamos que el tal médium sea un santo bajado del cielo.

Nosotros no le damos a nada ni a nadie un tinte mágico ni un carácter milagroso: aceptamos todos los efectos como sencillas demostraciones de las leyes naturales, y es indiscutible que el Espiritismo con sus manifestaciones ha hecho pensar a muchos en lo que nunca habían pensado, y ha desarrollado condiciones que ellos ignoraban.

Que esto haya dado lugar a supercherías y engaños no implica nada en contra del Espiritismo que, como dice Kardec sobre los caracteres de los milagros. De que el Espiritismo admita los efectos que son consecuencia de la existencia del alma, no se deduce que acepte todos los efectos calificados como maravillosos, ni que traten de justificarlos y acreditarlos; que se haga campeón de todos los soñadores, de todas las utopías, de todas las excentricidades sistemáticas, de todos los romances y leyendas milagrosas. Es preciso conocerle para juzgarle.

¿Han negado acaso sus partidarios que el charlatanismo ha explotado ciertos hechos; que la imaginación a fraguado otros y que el fanatismo ha exagerado mucho?. El Espiritismo no es solidario de las extravagancias que pueden cometer en su nombre, como la verdadera ciencia no lo es de los abusos de la ignorancia, ni la verdadera religión de los excesos del fanatismo. Muchos críticos juzgan el Espiritismo por los cuentos fantásticos y las leyendas populares, que son pura y simplemente novelas imaginarias; pero esto es lo mismo que juzgar la historia por los dramas y novelas que se dicen históricos.

Dicen por último, que si ha salido un rayo de luz; han aparecido miles y miles de soles, innumerables sistemas planetarios, porque todas las grandes cosas tienen humildes principios, y de los visionarios que se han entretenido en ver danzar las mesas, han salido esos locos sublimes, esos genios que el mundo llama sabios, esas lumbreras de la ciencia y del sentimiento, esos apóstoles de la razón, esos profundos deístas llamados: Kardec, Pezzani, Flammarión, Víctor Hugo y tantos y tantos hombres ilustres cuyos nombres sería difuso enumerar. Es inútil que se quieran oponer al eterno adelanto del titán de los siglos.

El progreso avanzará siempre, porque su destino es avanzar, y el Espiritismo es la síntesis del progreso, porque aspira a la regeneración de la humanidad.

Su lema es hacia Dios por la caridad y la ciencia.

Decía Hippel que la imaginación es el pulmón del alma, y nosotros decimos que el Espiritismo es el pulmón de la eternidad.

El carácter esencial del milagro en el sentido teológico es el de ser una excepción a las leyes de la naturaleza, siendo por consiguiente inexplicable por las mismas.

Desde el instante que pueda explicarse un hecho y se relaciona con una ley conocida, cesa de ser un milagro. Así es como los descubrimientos de la ciencia han hecho entrar en el dominio de los acontecimientos naturales ciertos efectos calificados de prodigiosos, mientras fue desconocida su causa.

Más tarde, el conocimiento del principio espiritual, de la acción de los fluidos sobre la economía del mundo visible en medio de la cual vivimos, de las facultades del alma, de la existencia y propiedad del periespíritu han dado la clave de los fenómenos del orden psíquico, y ha probado que, al igual que los otros, no son derogaciones de las leyes de la naturaleza, sino que, por el contrario son aplicaciones frecuentes de las mismas. Todos los efectos del magnetismo, del sonambulismo, del éxtasis, de doble vista, de hipnotismo, de catalepsia, de anestesia, de transmisión del pensamiento, de curaciones instantáneas, de posesiones, obsesiones, apariciones y transfiguraciones, etc, que constituyen la casi totalidad de los milagros del evangelio, pertenecen a semejante categoría de fenómenos.

Actualmente se sabe que esos efectos son resultados de actitudes y de disposiciones fisiológicas especiales; que se han producido en todos los tiempos, en todos los pueblos, y que no tienen más títulos para ser considerados como sobrenaturales, que todos aquellos cuyas causas eran desconocidas.

Esto explica porqué todas las religiones han tenido sus milagros, que no son más que hechos naturales, pero casi siempre amplificadas hasta el absurdo por la credulidad, la ignorancia y la superstición, a los cuales empero, reducen a su justo valor los conocimientos actuales, descartando la parte legendaria.

Las religiones deben cambiar de rumbo y progresar como progresa toda la Creación y seguir la marcha ascendente de las ideas. La humanidad ha tenido una infancia muy prolongada; justo es que entre el periodo de la juventud, de la virilidad, de la fuerza, del entusiasmo y del deseo, trabaje para sí misma. Que se instruya, que lea en la obra del texto de la Creación, que en la Biblia de la naturaleza estudie la historia sagrada de los siglos.

¡Que por medio de la astronomía se entere de la historia universal de los planetas!
¡Que le pida a la geología la historia de la formación de la Tierra que cuenta por millones de siglos su avanzada edad, y que vaya leyendo en las capas terrestres las memorias de las generaciones que pasaron! ¡Que interroge a la Hidrografía y que ésta le cuente la historia y los secretos de los mares, donde la vida se manifiesta en sus más recónditas profundidades!. Ante las maravillas de la Creación, esa inmensa obra que nadie vió comenzar, ni nadie le verá el fin; la imaginación se abisma en medio de tanta grandiosidad, y todas las religiones de la tierra nos parecen cuentecitos, leyendas infantiles, consejos tradicionales, fábulas piadosas, místicas fantasías. Nos parece el mundo de lo infinitamente pequeño, mirando con el gran microscopio del tiempo, lente de un aumento tan prodigioso que centuplica el tamaño de cuanto se mira a través de sus cristales.

Porque, ¿Quién al contemplar la Creación no se ha sentido dominado por un sentimiento de admiración indescriptible, y ha buscado en los astros que sonríen en el firmamento la mirada magnética de Dios?. A las religiones se las ve nacer, y se las verá morir; pero la verdadera religión, la aspiración suprema del alma, el amor divino del Espíritu, la intuición deísta que hay en el hombre, esa inteligencia secreta que reina entre Dios y las humanidades, esa durará tanto como nuestra vida... ¡Es eterna!. La humanidad tiene que ser deísta, siempre le quedará a los hombres ¡Un Dios a quién adorar y un infinito para vivir!.

El Espiritismo es fuerte, porque se apoya en las mismas bases de la religión; Dios, el alma, las penas y las recompensas futuras, sobre todo porque presentan esas penas y esas recompensas como naturales consecuencias de la vida terrestre y porque nada del cuadro que ofrece del porvenir puede ser rechazado por la razón más exigente.

Muy equivocada idea se tendría del Espiritismo si se creyera que toma su fuerza en la práctica de las manifestaciones materiales, y que dificultando éstas, pueden minársele por su base. Su fuerza reside en la filosofía, en el llamamiento que hace a la razón y al sentido común. En la antigüedad eran objeto de estudios misteriosos, cuidadosamente

ocultos a los pueblos: hoy no tiene secretos para nadie, habla un lenguaje claro, sin ambigüedad, en él nada hay místico, nada alegórico susceptible de falsas interpretaciones. Quiere ser comprendido por todos, porque ha llegado la época de hacer conocer a los hombres la verdad; lejos de oponerse a la difusión de la luz, la quiere para todos; no exige una creencia ciega, sino que quiere que se sepa porqué se cree, y apoyándose siempre en la razón, será siempre más fuerte que los que se apoyan en la nada.

¿Qué hace la moderna ciencia espiritista?. Reúne en un cuerpo lo que estaba esparcido; explica en términos propios lo que sólo estaba en alegóricos; rechaza lo que la superstición y la ignorancia han engendrado, para no dejar más que lo real y positivo.

Esta es su misión; pero la de fundadores no le pertenece. Enseña lo que es, coordina, pero no crea, porque sus bases han existido en todos los tiempos y lugares. La creencia espírita, no se impone ni se cree que fuera del Espiritismo, no haya dicha posible, nadie tiene el exclusivismo.

Kardec en su libro de los Espíritus, pregunta:

¿Es preciso hacer profesión del Espiritismo y de creer en las manifestaciones, para asegurar nuestra suerte en la vida futura?.

Si fuese así, diríase que todos los que en él no creen o no han estado en disposición de ilustrarse sobre el particular, estarían desheredados, lo que es un absurdo. El bien es lo que asegura la suerte venidera y el bien es siempre bien, cualquiera que sea el camino que a él conduzca.

La creencia en el Espiritismo ayuda a mejorarse fijando las ideas sobre ciertos puntos del porvenir, apresura el progreso de los individuos y de las masas, porque nos permite hacernos cargo de lo que un día seremos; es un punto de apoyo, una luz que nos guía. El Espiritismo enseña a soportar las pruebas con paciencia y resignación; aparta los hechos que puedan retardar la dicha futura, y así es como ésta contribuye, pero no hay que decir que sin él, no pueda conseguirse aquélla.

Kardec, en su libro de los espíritus, sobre el tema de la metempsicosis dice:

La comunidad de origen en el principio inteligente de los seres vivientes ¿No es la consagración de la doctrina de la metempsicosis?.

Dos cosas pueden tener el mismo origen y más adelante pueden no parecerse en nada.

¿Quién reconocería al árbol con sus hojas, flores y frutos en el germen informe contenido en la simiente de donde ha salido?.

Desde el momento en que el principio inteligente logra el grado necesario para ser Espíritu y entrar en el periodo de la humanidad, cesa de tener relación con su estado primitivo y deja de ser alma de la bestia, como el árbol la simiente. No le resta al hombre del animal más que el cuerpo y las pasiones que nacen de la influencia de éste y del instinto de conservación inherente a la materia. No puede, pues, decirse que tal hombre es la encarnación del Espíritu de tal animal, y por consiguiente la metempsicosis, tal como se entiende no es exacta.

El Espíritu que ha animado el cuerpo de un hombre ¿Podría encarnarse en un animal?.

Eso equivaldría a retrogradar, y el Espíritu no retrograda. El río no remonta hacia su curso.

¿Pueden degenerar los espíritus? ¡No! Pues a medida que progresan, comprenden lo que les alejaba de la perfección, y terminada una prueba, posee el conocimiento de ella y no lo olvida. Puede permanecer estacionario pero no retrocede.

¿Por errónea que sea la idea atribuida a la metempsicosis no será resultado del sentimiento intuitivo de las diferentes existencias del hombre?.

Este sentimiento intuitivo se descubre en esa como en otras muchas creencias, pero el hombre las a desnaturalizado, como ha hecho en la mayor parte de sus ideas intuitivas.

La metempsicosis sería verdadera, si se entendiese por ella el progreso del alma de un estado inferior a otro superior, en el que hallaría desarrollos que transformarían su naturaleza; pero es falsa en el sentido de transmigración directa del animal en el hombre y viceversa lo que implicaría idea de retroceso o fusión, y no pudiendo verificarse semejante fusión entre los seres corporales de las dos especies, es indicio de que están en grados inasimilables, y que lo mismo debe suceder con los espíritus que los animan.

Si el mismo Espíritu pudiese animarlos alternativamente, se seguiría de ello una identidad de naturaleza que se traduciría en la posibilidad de la reproducción material. La reencarnación enseñada por los espíritus está fundada, por el contrario, en la marcha ascendente de la naturaleza y en el progreso del hombre en su propia especie, lo que en nada mengua su dignidad. Lo que le rebaja, es el mal uso de las facultades que Dios le ha dado para su adelanto.

Las anteriores consideraciones leídas sin pasión, sin Espíritu de partido, ¿Conducen a creer que las reencarnaciones que acepta el Espiritismo sea la antigua y absurda metempsicosis?.

¡No! para confundirlas se necesita o mucha ignorancia, o muy mala intención; pero estudiándolas desapasionadamente, se ve que el hombre no podrá retroceder en posición, pues como dice muy bien Kardec; la marcha de los espíritus es progresiva y nunca retrógrada, se elevan gradualmente en la jerarquía y no descienden de la altura a que han llegado. En sus diferentes existencias corporales pueden descender como hombres; pero no como espíritus. Así el alma de un potentado de la Tierra puede más tarde animar al más humilde artesano, y viceversa; porque los rangos entre los hombres están con frecuencia en razón inversa de los sentimientos morales. Herodes era rey y Jesús carpintero.

Estúdiense bien las obras espiritistas, y no diremos que se admitan como artículos de fe todas sus proposiciones; pero si el que estudia es hombre entendido, y habla con noble franqueza tiene que confesar que dentro del Espiritismo no hay nada antimoral, antireligioso ni antirracional.

En el mundo caben todas las ideas; puesto que caben todos los espíritus que vienen a cumplir su condena en esta penitenciaría de la Creación, porque cada creencia es a apropiada a los seres que la sustentan.

El Espiritismo no es para los oscurantistas.

No es para los fanáticos.

No es para los hombres que no tienen voluntad propia.

Es, sí, para los librepensadores.

Para los racionalistas religiosos que no convierten su razón en ley, sino que anteponen una razón suprema al raciocinio de su inteligencia.

Es para las almas que tienen sed de verdad.

En la obra de Dios no se ve un término; Él es la vida de los espíritus; y éstos, miran su vida con Él; mas siempre existirá la misma distancia entre Dios y el hombre, por más que este último llegue a ser impecable como Cristo.

Nunca el efecto podrá confundirse con la causa, ni nunca la causa necesitará como fin último absorber en sí todos los efectos.

En Dios no puede haber fines últimos, ¡Sino eternos principios!

¡Vida infinita!

¡Creación incesante!

¡Renovación perpetua!

¡Reproducción continua!

LA LUZ DEL POVENIR

¡Su fin último no es la absorción!

¡Su principio eterno es el progreso!

Las humanidades son la condensación de su aliento, y las humanidades nunca pueden desaparecer, nunca pueden perder su individualidad; su destino es el progreso indefinido y cada Espíritu aisladamente cumplirá a través de las edades su sagrada misión. Para Dios no hay ayer ni mañana; para Dios no hay más que el tiempo presente; los principios y los fines son obra del hombre; ¡La inmutable eternidad es la apoteosis de Dios!

La escuela espiritista-racionalista no se cree heredera de ningún testamento; para ella no hay más testamento que los hechos de cada uno. El criminal heredará la desgracia de sus vicios, y el hombre honrado la consideración social y la tranquilidad de su conciencia.

¿Como borrarán los espiritistas la miseria de la Tierra? ¡Con la caridad!

Con la caridad bien entendida, haciendo recordar a los que emprendan grandes empresas, que hay muchísimos pobres que se mueren de hambre y de frío, y si para levantar un templo u otro edificio análogo se habrán de emplear cuarenta millones, construido por la mitad de precio, y los veinte restantes emplearlos en un hospital bien acondicionado, o bien en casas para obreros que viven infelices en tugurios sin las condiciones más precisas que prescribe la higiene.

El Espiritismo ordena el trabajo ¿Y acaso, nada más noble que el trabajo?.

Si este, es la riqueza de la humanidad veamos lo que dice sobre este asunto Kardec.

La necesidad del trabajo es una ley de la naturaleza, por lo mismo que es una necesidad, y la civilización obliga al hombre a mayor trabajo porque aumenta sus necesidades y sus goces.

¿Por qué es impuesto el trabajo al hombre?.

Es consecuencia de su naturaleza corporal, una expiación y al mismo tiempo un medio de perfeccionar su inteligencia.

Sin el trabajo, el hombre no saldría de la infancia de la inteligencia y por esto sólo a su trabajo y actividad debe la subsistencia, la seguridad y el bienestar. Al que es débil de cuerpo, Dios le da en cambio la inteligencia, pero siempre es trabajo.

La Tierra, al decir de los espíritus, no debe ser transformada por un cataclismo que aniquile súbitamente una generación. La generación actual desaparecerá gradualmente y la nueva le sucederá del mismo modo, sin que haya perturbación alguna en el orden natural de las cosas. Todo pasará, pues, a la vista como de ordinario, con la sola diferencia indicada, pero esta diferencia es capital. Los espíritus que se encarnaban en ella, no se encarnarán ya; y en cada niño que nazca, en vez de un espíritu atrasado e inclinado al mal que se habría encarnado, vendrá un espíritu más adelantado e inclinado al bien. Se trata por lo tanto, menos de una generación corporal que de una generación de espíritus; de modo que los que esperan ver verificada la transformación por efectos sobrenaturales y maravillosos, se verán defraudados.

CAPÍTULO III

¡DE CUAN DISTINTAS MANERAS HABLA LA CIENCIA!

Lo que dice Flammarión en las tierras del cielo, haciendo consideraciones sobre la vida del infinito.

Hoy ya no os contemplo con igual mirada.

Cuando mis ojos te reconocen humildemente reclinada entre los vapores pulpurinos del crepúsculo, ¡Oh blanca estrella de la tarde!. Ya no veo en ti un fuego que brilla de lejos en la noche como un faro celeste, sino que veo en tu verdadera forma planetaria, tu esfera geográfica sembrada de continentes y mares, tu volumen igual al de la Tierra, tu alta y densa atmósfera, tus nubes y tus lluvias, tus montañas y tus llanuras, tus playas bañadas por las olas marítimas, tus pintorescos paisajes orlados de gigantescas cordilleras, tus campiñas animadas por el movimiento de la vida, y por tu humanidad hermana de la nuestra, agitada y apasionada, bajo un clima más variado y un Sol más ardiente. ¡Oh cuan diferentes sentimientos se elevan hoy en mi alma, cuando en el silencio de la noche pienso que tal mundo se haya suspendido sobre nuestras cabezas!. Y cuando, no lejos de ti, las cambiantes perspectivas del cielo traen también frente a mis atentas miradas ese otro globo, vecino nuestro y compañero en los destinos de Marte, con sus rayos amarillos, ante los cuales crece aún más tu blancura, tampoco es ya un fuego rojo encendido a las orillas del Océano celeste, sino un mundo que va inclinado en el espacio con sus polos cargados de nieve, girando sobre su eje creándose la sucesión de los días y de las noches, de las estaciones y de los años, ofreciendo de lejos a mi vista extasiada, los rientes paisajes de sus golfos ecuatoriales y de sus riberas mediterráneas, los árboles dorados de sus selvas, las flores de sus prados, las mieses de sus fértiles campiñas, y las ciudades populosas asentadas en las márgenes de sus grandes ríos. Ya no es una pálida antorcha en manos del destino, encendida para guiar nuestros destinos fatales, lo que veo es tu claridad serena cuando apareces.

¡Oh, Saturno, tan temido por nuestros abuelos! Ni tampoco es una maravilla de arquitectura celeste lo que admiro en ti, como lo hacían nuestros padres; sino un mundo ¡Qué digo, un mundo! Un Universo inmenso, espléndido, deslumbrador, una Creación inefable, ante la cual lo de la Tierra se borra, se desvanece como un sueño; un Universo, en fin, tan magnético y extraño, tan bello y tan rico, tan grande y majestuoso que, para concebirle sería preciso que nuestra alma, huyendo de nuestro cerebro, fuera a encarnarse en un cerebro gigante capaz de soportar el peso de tal y tan portentoso conocimiento y de tan impar contemplación. ¡Y esos mundos están ahí con sus habitantes suspendidos sobre nuestras cabezas!... Estrellas, soles de la eternidad sin edad y sin número; cuando una de ellas se apaga, otras diez nuevas se encienden, su luz es inextinguible, siempre ha brillado, y siempre brillará en el infinito. Los millones añadidos a otros millones, se agotan al quererlos enumerar.

Son los focos en derredor de los cuales se hayan reunidas innumerables familias humanas, como las familias de nuestro sistema solar que viven juntas y sin conocerse entre los rayos de nuestro pequeño Sol. Los mundos habitados que gravitan en torno de todos esos soles, soles dobles, soles múltiples, soles coloreados con todos los matices del espectro luminoso, soles variables, soles de todos los tamaños, de todo poderío; esos mundos decimos, no son millones los que han de alinearse para enumerarlos, sino millares de millares y más que millares de millones, puesto que su número excede aún al de las estrellas, sus centros, que son ya innumerables, como el de los hijos excede al de los padres. El infinito entero está poblado de tierras animadas, que se suceden por millares de millones en todas las direcciones del Espacio, hasta los límites siempre fugaces y

eternamente inaccesibles del vacío inconmensurable... ¿Ahora ya comprendemos la existencia del Universo? hemos salido de las tinieblas de la ignorancia, oímos los acordes de la armonía inmensa; y con una convicción inquebrantable, fundada en demostraciones positivas, aclamamos desde el fondo de nuestras conciencias esta verdad de hoy más imperecedera. La vida se desarrolla sin fin en el Espacio y en el tiempo: es universal y eterna; llena el infinito con sus acordes, y reinará por todos los siglos, durante la inacabable ETERNIDAD.

¡Cuan hermoso es este lenguaje! ¡Cuan se eleva el alma en la contemplación del infinito! Y, el vacío en el Espacio no existe, porque este vacío no puede existir y esos efectos deben tener una causa. Juzgando entonces las causas por el efecto, han podido calcular los elementos, viniendo después los hechos a justificar sus previsiones. Apliquemos este raciocinio a otra orden de ideas.

Si se observa la serie de seres, se encuentra que forma una cadena sin solución de continuidad desde la materia bruta hasta el hombre más inteligente. Pero entre el hombre y Dios, que es el Alfa y Omega de todas las cosas, ¡Cuan grande no es el vacío! ¿Es razonable creer que en aquél cesan los eslabones de la cadena? ¿Que salve sin transición la distancia que le separa del infinito?.

La razón nos dice que entre el hombre y Dios debe haber otros grados, como dijo a los astrónomos, que entre los mundos conocidos debía haber mundos desconocidos.

¿Qué filosofía ha llenado este vacío?

El Espiritismo nos lo presenta ocupado por los seres de todos los grados del mundo invisible, seres que no son más que los espíritus de los hombres que han llegado a los distintos grados que conducen a la perfección, y de este modo todo se encadena desde el Alfa hasta el Omega. Vosotros los que negáis la existencia de los espíritus, llenar pues, el vacío ocupado por ellos.

Ya tratan de llenarlo con sofismas y errores; pero no consiguen su intento porque no pueden conseguirlo. ¡El vacío siempre! ¡Un vacío tan inmenso como la eternidad! Y sólo el Espiritismo que es hasta nuestros días la escuela más racional que se ha conocido, es la que concediendo al Espíritu tiempo sin término para vivir y progresar, puebla el espacio de seres inteligentes, germinando en toda la Creación.

¡Duerma en paz la teología que sólo quiso presentar a las humanidades un Dios misterioso con defectos absurdos, sin causas conocidas!. Y saludemos a la ciencia que se levanta de la cuna de la Creación y nos dice con acento profético:

¡Dios es motor de todo lo creado!

¡Es el alma de los mundos!

¡Es la misericordia infinita!

¡Es el manantial de eterna sabiduría que de vez en cuando nos envía sus profetas para que éstos nos inicien en la moral universal!.

Moisés en el Sinaí y Cristo en el Gólgota, nos dieron instrucciones en sentido parabólico, que hoy se encarga de traducirlos el Espiritismo, escuela racionalista que no acepta pecados de origen ni de padres prevaricadores, sino el libre albedrío del Espíritu, que a su placer escoge las estrechas sendas del trabajo o el ancho camino de la pereza, y a los distintos efectos que vemos en el Mundo, les damos distintas causas; pero no puede ser que un mismo origen dé resultados tan diversos.

Nada más exacto que las matemáticas; y para nosotros, ¡Dios es el matemático del infinito! ¡Sus leyes son eternas como su Creación!

La humanidad considerada sin ayer y sin porvenir es un conjunto monstruoso, es un caos donde el alma busca a Dios y no lo encuentra, y como el hombre sin Dios no puede vivir, por esto hoy se dedica a buscar sus huellas divinas en todo lo creado; y la escuela espiritista pregunta:

¿Donde está Dios?

Y formulan un credo filosófico para preguntarlo, y aunque otros credos vendrán después, quedará un principio inamovible. ¡La comunicación de los espíritus! considerada como verdad inconcusa y con mandamientos eternos de la ley de Dios.

Que el bien debe hacerse por el bien mismo, que sin el progreso individual no hay progreso colectivo, que sin caridad no hay salvación ¡Esta ley de todos los tiempos, es la apoteosis de Dios!.

Ciudades populosas, centros importantísimos donde el progreso tiende su vuelo con la velocidad del deseo, los hombres sabios, los que pasan su vida preguntando a la ciencia, ¿Qué es el Espíritu? ¿Qué es la materia? ¿Qué fuerzas son las que rigen el Universo?.

Cuando estos profundos analizadores han encontrado entre todas las leyes de la naturaleza una gran ley superior a todo, ¡La reencarnación del alma!. Para que la criatura pudiera hacer práctica útil y de verdadero progreso, la inmortalidad de su Espíritu, y mientras los eminentes pensadores buscan ¡Lo eterno para el tiempo! ¡Lo infinito para el espacio! ¡La continuidad sin término de la vida! y estudiaban este fenómeno notabilísimo que se opera en todos los seres, esa momentánea paralización universal, conocida vulgarmente con el nombre fatídico de la muerte; mientras la novilísima curiosidad del talento inquirirán de la ciencia la verdad, y las manifestaciones de los espíritus abrían el libro del infinito para que en sus páginas eternas estudiara la humanidad.

¡Cuando la copa de la inteligencia humana, rebosa porque fermentan los grandes ideales!

¡Cuando el hombre penetra en el telescopio de William Herschell en los mundos que nos hablan de Dios durante la noche!

¡Cuando el curioso y paciente sabio, siguiendo el ejemplo del célebre naturalista prusiano Ehrenberg, penetra con el microscopio en el mundo infinitamente pequeño, y sorprende la vida en los más diminutos organismos, en sus miríadas de insectos microscópicos que se agitan en la atmósfera, a los cuales llama Góngora (muy oportunamente), los nihilistas del género humano!

¡Cuando Edisson consiguió fotografiar la voz humana reproduciendo la palabra con una exactitud verdaderamente asombrosa encerrándola en un fonógrafo!

¡Cuando los mares irritados con la tempestad de sus olas, no son un obstáculo para que se unan los pueblos!

¡Cuando en los desiertos resuena la voz del hombre que a semejanza de Dios dice: ¡Brote la vida! ¡Y la vida brota! ¡Y la abrasada arena se convierte en tierra laborable, y raudales de agua cristalina, potable por medio de la ciencia, fertilizan el terreno estéril!

¡Cuando intrépidos viajeros ponen su planta en los confines más inhospitalarios de la Tierra, para levantar en ellos el altar de la familia!

¡Cuando la poderosa inventiva del hombre realiza las más arduas empresas que hasta ahora han pertenecido al imposible!

¡Cuando las fuerzas de la vida se combinan y se fusionan para conseguir el progreso universal!. Nuestra familia de todos los tiempos nos envuelve con su fluido; y algo grande, inmenso, superior al mezquino cálculo del hombre, trabaja en torno nuestro. ¡La vida se agita en ebullición continua, porque nada en el Universo permanece inmóvil! ¡La inmovilidad no puede existir!.

Los que creen en Dios juntan los huesos y los rejuvenecen, y les dan nueva vida; lo cual ha de verificarse en el gran día de la resurrección general.

¿Se quiere una explicación más anticientífica, más antirracional que la consumación de los siglos?

¡Todo un Dios juntando huesos!

¡Todo un Dios componiendo las osamentas humanas!

¡Cuan pobre es el Dios de la teología!, que un pequeño sabio de la Tierra desbarata sus cálculos; demostrando que la materia es el inmenso laboratorio de la Creación, y que nuestro organismo disuelto en átomos, vuelve a la madre Tierra para la fecundación universal.

¡Para el Dios de la teología basta un templo de piedra! Y no es extraño que ese Dios tenga que acudir a las sepulturas para juntar los huesos, darles nueva vida para el gran día de la resurrección.

¡Qué Dios tan pequeñito!...

¡Que microscópico es todo eso!

El Dios de los racionalistas no tiene un día de resurrección; para nosotros la resurrección es continua; todo hombre que se moraliza renace y todo hombre que se instruye resucita.

¿En qué se funda el dogma de la reencarnación? En la justicia de Dios y en su revelación porque, como lo repetimos siempre, un buen padre deja siempre a sus hijos una puerta abierta al arrepentimiento. ¿No te dice la razón que sería injusto privar irremisiblemente de la dicha eterna a todos aquellos cuyo mejoramiento no ha estado en su mano? ¿Por ventura todos los hombres no son hijos de Dios? Sólo entre los hombres egoístas imperan la iniquidad, el odio implacable y las penas irremisibles.

Todos los espíritus tienden a la perfección, y Dios les proporciona medios de conseguirlo por las pruebas de la vida corporal; pero en su justicia les permite que cumplan en nuevas existencias lo que no pudieron hacer o terminar en la prueba anterior.

No estaría conforme ni con la equidad, ni con la bondad de Dios el castigar eternamente a los que no han podido vencer obstáculos ajenos a su voluntad en el mismo medio en que viven y que retardan su perfeccionamiento. Si la suerte del hombre quedase irrevocablemente decidida después de la muerte, Dios no habría pesado las acciones de todos en la misma balanza, ni los habría tratado con imparcialidad.

La doctrina de la reencarnación que admite muchas existencias sucesivas, es la única conforme con la idea que nos formamos de la justicia de Dios, con respecto a los hombres que ocupan una condición moral inferior, la única que puede explicarnos el porvenir en base a nuestras esperanzas, puesto que nos proporciona medios de enmendar nuestras faltas por nuevas pruebas. La razón así lo indica, y así nos lo enseñan los espíritus.

El Hombre que tiene conciencia de su inferioridad halla en la doctrina de la reencarnación una consoladora esperanza. Si cree en la justicia de Dios, no puede esperar que sea eternamente igual a los que han obrado mejor que él. La idea de que su inferioridad no le deshereda para siempre del bien supremo, y de que podrá lograrlo con nuevos esfuerzos, le sostiene alentando su ánimo.

¿Quién es el que, al terminar su vida, no se condele de haber adquirido demasiado tarde la experiencia de que no puede aprovecharse?.

Pues esta experiencia tardía no se pierde, y será empleada con provecho en una nueva vida.

Kardec dice: que ciertas personas rechazan la idea de la reencarnación por el único motivo de que no les conviene, y dicen que bastante tienen con una sola existencia y que no quisieran empezar otra semejante.

Sabemos que la sola idea de aparecer nuevamente en la Tierra basta a exasperar la ira; pero preguntamos a esas personas, si creen que Dios les ha tomado parecer, y consultado a su gusto para arreglar el Universo. Luego pues, una de estas dos cosas:

La reencarnación existe, o no existe. Si existe, en vano se la combatirá.

Les será preciso sufrirla, puesto que Dios no les pedirá su consentimiento.

Parécenos oír a un enfermo que dice:

Demasiado he sufrido hoy, no quiero sufrir más mañana. Por mucho que sea su mal humor, no dejará de ser preciso sufrir al otro día y en los sucesivos, hasta que esté

bueno, por ella habrán de pasar, siéndoles en vano revelarse, como el chiquillo que no quiere ir al colegio, o el prisionero a la cárcel. Semejantes objeciones son demasiado pueriles para que nos merezcan más serio examen.

Les diremos, no obstante, para tranquilizarlos que la doctrina espiritista y la reencarnación no es tan terrible como creen, y no se horrorizarían tanto, si la hubiesen estudiado a fondo, pues sabrían que la condición de la nueva existencia depende de ellos; que será feliz o desgraciado, según lo que en la Tierra hagan, y que pueden elevarse tanto, desde esta vida que no abrigarán temores de caer nuevamente en el lodozal. La pluralidad de existencias del alma, y la pluralidad de mundos habitados es la demostración suprema de la grandeza de Dios y de su amor infinito.

El tiempo es un reloj imperturbable, y los desaciertos de la humanidad no han conseguido aún, atrasarle un minuto, ni adelantarle un segundo; así pues, el Espiritismo, manifestación de la vida espiritual y tan antiguo como el Universo, ha aparecido, y ha reaparecido en la Tierra, adaptándose a los grados de civilización que ha encontrado en este pequeño globo, según el adelanto de sus humanidades:

Pero ha sido, és y será la demostración eterna de la continuidad de la vida.

Ensalzado por unos y ridiculizado por otros, el Espiritismo será siempre el efecto supremo de la causa primera, y los espíritus el símbolo de lo infinito; y desde luego la doctrina Espirita, aunque la fuerza de la ignorancia pugne por borrar su rastro de la Tierra, los espíritus dirán siempre al oído del hombre, lo que dijo Galileo después de firmar la abjuración de sus errores: “A pesar de todo la Tierra se mueve”.

Esto mismo dirán las almas de los desencarnados a los deudos y amigos que dejen este mundo.

A pesar de vuestra negativa, los espíritus viven y están con vosotros.

La ciencia no tiene que arreglar estas especies de disputas, no tiene que decir donde está el criterio de la verdad religiosa, si en la Biblia, si en el Papa, si en los concilios ecuménicos. Pide solamente el derecho que otorga tan de buen grado a los demás, de escoger su propio criterio por si misma. Si se quiere llegar a lo verdadero, se deja al tiempo y a la lógica de los acontecimientos, el cuidado de hacer justicia a las pretensiones del hombre a la infabilidad.

La ciencia abandonaría sin vacilación el principio de la gravedad o la teoría de las ondulaciones, si se apercibiera de que los hechos le son contrarios. Su libro inspirado en el libro de la naturaleza, cuyas páginas abiertas están para todos los hombres, afronta a todo y a todos, y no tiene necesidad de sociedades secretas para extenderse. Infinita en su objeto y en su duración nada tiene que ver con ella la ambición y el fanatismo. Sus obras en la Tierra son todo cuanto se ha hecho de grande y de hermoso; su libro en los cielos son los soles y los mundos.

En este inmenso libro estudiamos también los espiritistas, y cuando nos fijamos en la triste historia de la humanidad, cuando vemos que los sabios y los reformadores todos han sido crucificados moralmente, lamentamos los siglos perdidos y la ingratitude de los hombres que no quieren reconocer que los que consagran su vida al desarrollo de sus facultades naturales son los elegidos de Dios, sus mejores y más útiles servidores; que los que enseñan la ciencia y la sabiduría son los luminares y los legisladores del mundo, el cual volvería sin su concurso a caer en la ignorancia y en la barbarie.

Ciertamente caeríamos en la imbecilidad si todos los pueblos de un planeta pudieran retroceder a la vez, pero cuando una nación se obstina en seguir estacionada, la nación vecina avanza con la velocidad del pensamiento, y le dice a los pueblos embrutecidos:

Venid y veréis mis fábricas grandiosas, mis ateneos, mis universidades, mis observatorios astronómicos, mis granjas modelo, mis casas de salud, mis hospitales de niños, mis escuelas gratuitas, y como museo de antigüedades contemplad las ruinas de los

templos donde se adora al Dios del orgullo, que dejaba a los pobres morir de hambre y frío. Esas piedras diseminadas con las erupciones del volcán del progreso se convertirán en cenizas que se las llevará el viento de los siglos; pero quedará Dios y el tiempo, que es el reloj indeterminado de la Creación, y éste marcará eternamente las horas de las civilizaciones, que transforman y regeneran a la humanidad.

Como los espiritistas no nos creemos dueños de la verdad absoluta, buscamos infatigablemente a ver si encontramos más luz de la que tenemos; y hasta ahora (desgraciadamente) no vemos más que una cosa, que en la Creación los mitos se hunden lo mismo que nacen, y todas las religiones creadas unas por piadosa superstición, otras por cálculo, aquéllas por ignorancia y otras por entrenamiento y costumbre, todas caen bajo la pesadumbre de los siglos; están exentas de destrucción ¡Dios y la ciencia! Sobretudo esta última refleja el Espíritu Santo, podrán transformarse las teorías científicas, podrán encontrarse sustancias hoy que destruyan los sistemas de ayer, pero la ciencia siempre será la misma, porque es la fotografía de Dios. Es un libro escrito en la noche del tiempo que las humanidades van traduciendo paulatinamente; ¿Por qué y para qué le ha sido concedida al hombre la inteligencia? ¡Responde! Y la ciencia les ha contestado:

¡Venid a mí espíritus sedientos de luz! ¡Yo soy la maestra de la humanidad!. Preguntad y os contestaré; y desde entonces están sosteniendo un animadísimo diálogo los hombres y la ciencia. Si la ciencia ha llegado a tan altas cotas ¿Por qué los hombres no se entienden? ¿Por qué el desorden produce la anarquía? ¿Por qué el terror es el germen del vértigo social? ¿Por qué las religiones son la parodia de la auténtica religión? ¿Por qué? ¡Repetido de generación en generación! ¡De siglo en siglo! ¡Le ha llevado el eco de mundo en mundo! ¡Y resonará siempre esa palabra mágica! ¡Su vibración no se extinguirá jamás!.

Ese ¿Por qué? Es el yo del progreso y esa frase de todos los tiempos la han pronunciado últimamente los espíritus de los que ayer se fueron, y ellos han dicho a la humanidad ¿Por qué no nos atiendes? ¿Por qué no quieres oír nuestra voz?, No nos basta que las religiones nos escuchen, porque nuestras revelaciones no han servido más que para crear privilegios, castas y jerarquías. Vemos que con los misterios religiosos no progresa este Planeta y venimos a vulgarizar la revelación. Es necesario que los hombres sepan que los muertos viven, sintiendo, pensando y queriendo progresar indefinidamente. Y los hombres han reflexionado, y se han dicho unos a otros: ¿Por qué no hemos de estudiar? ¿Por qué no hemos de comparar y analizar? ¿Por qué no hemos de buscar en las eternas leyes de la naturaleza la fuente de la vida y el raudal del progreso infinito?.

Dios le ha concedido al hombre la razón para que éste, un día al presentirle le preguntará: ¡Señor! ¿Por qué no te veo?... y la caridad y la ciencia, que son sus intérpretes, le han contestado; síguenos y le veras.

El progreso pasa hoy por la Tierra, del estado latente al de desarrollo, y los espiritistas defendemos la verdad, ajustada a la armonía universal, es una filosofía científica y moral.

Dos partes comprende la ciencia espiritista:

La una experimental, que versa sobre las manifestaciones en general, y la otra filosófica, que comprende las manifestaciones inteligentes. El que no haya observado más que la primera, se encuentra en la posición de aquel que no conoce la física más que por experimentos recreativos, sin haber penetrado en el fondo de la ciencia. La verdadera doctrina espiritista consiste en la enseñanza dada por los espíritus, y por el estudio serio y continuado, hecho en el silencio y en el recogimiento: porque solamente en tales condiciones pueden observarse un número infinito de hechos y matices que pasan desapercibidos, y que permiten la adquisición de una opinión fundada en algo razonable.

El Espiritismo no admite el adelanto por medio de la violencia, cree que para cada época ha sido necesaria una civilización y una religión que armonizara con el progreso

de sus generaciones. Hoy, el hombre tiene distintas aspiraciones, porque es más libre y más instruido que ayer, y mañana lo será mucho más que hoy.

Sólo tres cosas quedarán inamovibles:

¡Dios, la ciencia y el amor!

Sin una base fija nada se puede identificar; y la creencia en Dios ha de ser siempre el principio filosófico de todas las humanidades, el credo de todos los siglos.

Sin la ciencia no se puede vivir, a ella se le debe la comodidad material que disfruta el hombre, la elevación sublime del Espíritu y el éxtasis supremo de los genios. ¡La ciencia de la vida!

Dice Víctor Hugo, que si no hubiese amor se apagaría el Sol. ¡Qué gran verdad! Sin amor no habría familia, y el amor de la familia es poco; se necesita más amor para unir la tribu, y más para crear un pueblo, y más para formar una nación, y mucho más aún para construir la familia universal. Por eso Dios, la ciencia y el amor será la trilogía eterna de todas las edades, raudal inagotable del cual brotarán todas las fuentes de la vida.

En los verdaderos espiritistas no hay explotación alguna en sus evocaciones; y si a la sombra del Espiritismo viven algunos charlatanes, esos están muy lejos de ser espiritistas.

Siempre hay algunos hombres de claro entendimiento que sacuden el pesado yugo de la fe ciega; y los genios se parecen al Sol, que con uno que haya, presta vida y calor a todo un sistema planetario; y un gran pensador, un gran reformista que proteste con energía de cualquier abuso se lleva tras de sí a las muchedumbres, y todo el tiempo que se ha empleado para embrutecerlas ha sido trabajo perdido. Los hombres son amantes de la luz, esto es innegable; y los que tienen la iniciativa de buscarla, siguen a aquellos que han salido al encuentro de la civilización; y como es totalmente imposible dominar y sujetar el vuelo de todas las inteligencias soñadoras, por esto la ignorancia no puede sostenerse en su trono de sombras, porque en todas las edades han habido unos cuantos espíritus más adelantados que han dicho estas palabras de origen divino, ¡Hágase la luz! Y la luz ha sido hecha; y cada vez el foco ha sido más luminoso.

CAPÍTULO IV

EL EVANGELIO SEGÚN EL ESPIRITISMO

ALLAN KARDEC DICE:

Los espiritistas no deben jamás olvidar el cuarto mandamiento del decálogo.

El mandamiento “Honrar a tu padre y a tu madre” es una consecuencia de una ley general de caridad y de amor al prójimo, porque no se puede amar al prójimo sin amar a su padre y a su madre, pero la palabra honrar encierra un deber más respecto a ellos: el de la piedad filial.

Dios ha querido manifestar con esto que al amor es preciso añadir el respeto, las consideraciones, la sumisión y la condescendencia, lo que implica la obligación de cumplir respecto a ellas de una manera aún más rigurosa todo lo que la caridad manda con respecto al prójimo.

Este deber se extiende naturalmente a las personas que están en lugar de padres, y que por ello tienen tanto o más mérito cuanto menos obligatoria es su abnegación. Dios castiga siempre de un modo riguroso toda violación de este mandamiento.

“Honrar a tu padre y a tu madre” no es solo respetarle, es también asistirle en sus necesidades, procurarles el descanso en su vejez; rodearles de solicitud como lo han hecho con nosotros en nuestra infancia.

Sobretudo con respecto a los padres sin recursos es como se demuestra la verdadera piedad filial.

¿Cumplen acaso este mandamiento aquellos que hacen un gran esfuerzo dándoles lo justo para que no se mueran de hambre, cuando ellos no se privan de nada? ¿Relegándolos en la peor habitación de la casa, para no dejarlos en la calle, cuando ellos reservan para sí la mejor y la más cómoda?. Gracias aún si no lo hacen de mal agrado y no les obligan comprar el tiempo que les queda, cargándoles con las fatigas domésticas. ¿Está bien que los padres viejos y débiles sean los servidores de los hijos jóvenes y fuertes?

¿Acaso su madre les regateó su leche cuando estaban en la cuna? ¿Ha escaseado sus vigiliias cuando estaban enfermos, y sus pasos para procurarles aquello que les faltaba? ¡No!; no es sólo lo estrictamente necesario lo que los hijos deben a sus padres, deben también darles las pequeñas dulzuras de lo superfluo, los agasajos, los cuidados exquisitos, que solo son el interés de lo que ellos han recibido, el pago de una deuda sagrada. Esta es la verdadera piedad filial aceptada por Dios.

Desgraciado pues, aquel que olvida lo que debe a los que le han sostenido en su debilidad, a los que con la vida material le dieron la vida moral, a los que muchas veces se impusieron duras privaciones para asegurar su bienestar; desgraciado el ingrato, porque será castigado con la ingratitud y el abandono; será herido en sus más caros afectos, algunas veces desde la vida presente, y más ciertamente en otra existencia en la que sufrirá lo que ha hecho sufrir a otros.

Es verdad que ciertos padres olvidan sus deberes, y no son para sus hijos lo que deben ser, pero a Dios corresponde castigarlos y no a sus hijos; éstos no deben reprocharles, porque ellos mismos han merecido que así sucediera. Si la caridad eleva a ley el devolver bien por mal, ser indulgente con las imperfecciones de los demás, no maldecir a su prójimo, olvidar y perdonar los agravios, y hasta amar a los enemigos, ¡Cuanto mayor es esta obligación con respecto a los padres! Los hijos, pues, deben tomar por regla la conducta para con estos últimos de todos los preceptos de Jesús concernientes al prójimo, y decir que si todo proceder es vituperable con los extraños lo es más con los allegados, y lo que sólo puede ser una falta en el primer caso, puede llegar a ser un crimen en el segundo, porque entonces a la falta de caridad se agrega la ingratitud.

ALLAN KARDEC, demuestra claramente en sus juiciosas consideraciones lo que la lógica evidencia también; y es, que los espiritistas creyendo como creemos que los espíritus vuelven repetidas veces a la Tierra, tratamos de querer y considerar a todos los seres que nos rodean, porque ¡Quién sabe los lazos que a ellos nos unen! ¿Y había de cesar este cariño, esta consideración y este respeto con los seres que más nos han querido y a quien más beneficios hemos debido? Porque sabemos que una existencia por penosa que sea nos es provechosa, puesto que es necesario al Espíritu trabajar y luchar en sucesivas encarnaciones para ir ascendiendo en la escala del progreso universal.

Muchos seres desgraciados, en un momento de desesperación, dicen con profunda amargura: ¡Más me hubiera no haber nacido! Aunque mi padre no me hubiera dado la vida no me hacia falta ninguna. Pues bien; esta queja, este doloroso reproche nunca lo pronuncia el verdadero espiritista; porque sabe que si vino al mundo, en un palacio, en una cárcel o en un hospital, no fue su padre el que le obligó a nacer en este o en aquel lugar, sino que fue él, el que pidió a su padre que le dejase pagar una deuda o cumplir una misión en este triste Planeta.

Pasamos ahora a otros temas filosóficos espiritistas.

CAPÍTULO V

¿QUÉ ES EL DOGMA?

El dogma es una base para sostener la razón de un ideal, es una especie de brújula que marca el donativo de las inteligencias, es la estrella polar de una escuela, y no hay una sola religión que pueda vanagloriarse de ser dueña de un dogma único y exclusivo para regir el mundo.

Hay tantos dogmas como ideales; y si hay un dogma eterno e inmutable, ese no lo posee ninguna religión; porque ninguna ha practicado la ley del amor universal, porque todas han derramado torrentes de sangre para sostener sus ritos; y no es la violencia, no es el terror lo que ha de pacificar a los pueblos y ha de iluminar las conciencias, es algo más moral y más humanitario: el trabajo del progreso.

Pobres creencias son aquellas que para ejercer su imperio han de darles a las Naciones el bautismo de las lágrimas. Los espiritistas tienen su credo, tienen sus principios fundamentales, tienen sus bases fijas e indestructibles, porque ellos creen:

¡En la existencia de Dios! ¡En la inmortalidad del alma! ¡En la existencia de las reencarnaciones! ¡En la pluralidad de mundos habitados!

¡En el progreso indefinido!

¡En la práctica del bien y el trabajo como medio de realizarlo!

¡En las recompensas y expiaciones futuras! ¡En la razón de los actos voluntarios!

¡En la rehabilitación y dicha final para todos!

¡En el amor universal de los seres!

¡En la comunicación con el mundo de los espíritus, probada por hechos que son la demostración física de la existencia del alma!

¡Creen que hacia Dios se debe ir por el amor y la ciencia!

¡Los espiritistas tienen fe racional, esperanza, resignación y caridad para todos!

¡Tal es la síntesis del Espiritismo!

Ahora bien; ¿No pueden los espiritistas ser hombres morales y religiosos?.

Creemos que sí.

Si los católicos dicen: fuera de la Iglesia no hay salvación, los racionalistas espiritistas decimos:

Fuera de la **caridad** y la **ciencia** no hay adelanto posible, no hay verdadero progreso; y el ser que no progresa es una pobre cosa, es un juguete de los siglos que las civilizaciones hacen rodar a su antojo.

El Espiritismo no puede conceder a ningún ser la virtud de la infabilidad, porque sólo cree infalible a Dios; y ya que hablamos de dogmas y ritos veamos lo que dice Kardec sobre la adoración externa en su filosofía:

¿Necesita la adoración de manifestaciones externas?

La verdadera adoración reside en el corazón. Siempre que hagáis algo, pensad que el señor os estará mirando.

¿La adoración externa, es útil? Sí, cuando no es vano simulacro. Siempre es útil dar buenos ejemplos; pero los que sólo lo hacen para afectación y amor propio cuya conducta desmiente la piedad aparente, dan más bien, mal ejemplo que bueno y causan más mal del que creen.

¿Da preferencia Dios a los que le adoran de tal o cual manera?...

Dios prefiere a los que le adoran desde lo íntimo del corazón con sinceridad haciendo el bien y evitando el mal, a aquellos que creen honrarle con ceremonias que no les hacen mejores para sus semejantes.

Todos los hombres son hermanos e hijos de Dios, así llama a todos los que siguen sus leyes, cualquiera que sea la forma con que las expresen.

El que sólo tiene apariencias de piedad es un hipócrita, y aquel cuya adoración no pasa de ser afectada y está en contradicción con su conducta, da mal ejemplo.

El que hace profesión de adorar a Cristo y es orgulloso, envidioso, celoso, duro e implacable para con los otros o ambicioso de los bienes de este mundo, es religioso de boca y no de corazón. Dios que todo lo ve, dirá: el que conoce la verdad es cien veces más culpable del mal que hace que el salvaje ignorante del desierto, y será castigado con arreglo a este principio. Si al pasar un ciego tropieza con vosotros, le disculpáis, pero si es un hombre que tiene completa vista, os quejaréis con razón.

No preguntéis, pues, si existe una forma de adoración más conveniente que otra; porque es lo mismo que preguntar si es más grato a Dios que se le adore antes en éste que en aquel idioma. Vuelvo a deciros, que sólo por la puerta del corazón se elevan hasta Él los cánticos.

Dios bendice siempre a los que hacen el bien, y el mejor medio de honrarle es el de aliviar a los pobres y afligidos. Dios aprecia la sencillez en todo.

El hombre que se apega a las exterioridades y no al Espíritu es una inteligencia de mezquinas aspiraciones. Juzga pues, si Dios ha de fijarse más en la forma que en el fondo.

Los espiritistas no admitimos más culto realmente lógico, que la plegaria íntima del Espíritu, y para elevar esta oración no necesitamos postrarnos delante de un triste pecador como nosotros; que cuando el hombre se entrega a la meditación religiosa, cualquiera que sea la posición de su cuerpo, su alma estará de rodillas, como dice Víctor Hugo: creemos que el progreso es el vicario del Eterno en la Tierra, y la caridad la primogénita del representante de Dios.

En la teoría espiritista, nada es inmoral ni pernicioso para los intereses sociales. Es un cristianismo purísimo, en el que se eleva a gran altura todo lo que se relaciona con la caridad.

¿Y sabéis esto a qué es debido? a que se ha escrito definiendo el Espiritismo racional; a que ha habido algunos seres que no han temido que sus nombres ruedan por las mesas de café, siendo objeto de las risas de los unos, y de la burla despreciativa de los otros; mas, ¿Qué importa la mofa y la befa de los ignorantes cuando se consigue que hombres entendidos, que libres pensadores mantenedores del progreso, honra de la nación Española, confiesen espontáneamente su error y respeten al Espiritismo en lo que vale?.

Lo que se necesita es trabajar, gustamos en España de trabajar poco, poseemos notable facilidad de palabra, somos dados a la discusión y a la exhibición oratoria; nuestra comprensión es fácil y viva, y nuestra reflexión escasa, preferimos la síntesis brillante a los fatigosos análisis; y de aquí que gustemos más de hablar que de escribir y de escuchar a los oradores que de leer. A cuántos y cuántos graves errores y peligros nos expone esta condición de nuestro carácter, no es por decirlo; pero el hecho es cierto y es fuerza consignarlo. ¡Y tanto que es preciso consignarlo! Porque esa es la ruina de nuestro país, nuestra impresionabilidad; pero los defectos capitales son los que se deben combatir: No dejarse dominar por ellos y por regla general, querer es poder.

Estamos convencidos que no tenemos más que una buena voluntad para propagar la idea salvadora que ha de proporcionarle al hombre resignación en las duras pruebas de la vida, y lógica esperanza para saludar con una sonrisa de gratitud a su indefinido porvenir, pero hemos dicho; querer es poder, y siempre que ha llegado a nuestros oídos las calumnias de los impugnadores a la escuela espiritista, siempre hemos escrito aconsejando a nuestros detractores que lean las obras de ALLAN KARDEC, que estudien la filosofía espiritista, que sometan a un detenido examen y análisis sus razonados argumentos y que no critiquen lo que no comprenden.

¡Qué anomalía!. El hombre tiene el infinito por patrimonio y las instrucciones humanas le han negado hasta lo más íntimo, lo más sagrado, lo más espiritual, lo que constituye la grandeza suprema de su ser, ¡La libertad divina de pensar! ¡El derecho de adorar a Dios en el valle o en el monte, en la humilde ermita o en la artística y grandiosa catedral! Todo esto le ha sido negado, y las multitudes encadenadas por el poder teocrático han sido las siervas de la ignorancia, muchas almas inteligentes han comprendido el abuso, se han quejado en silencio, pero su queja ahogada por el temor no ha producido ningún buen resultado; y las leyes anormales han seguido rigiendo a la perezosa humanidad.

La injusticia desaparecería si el que tiene conocimiento de ella, se quejase tanto como el que sufre. Mas ¡Ay! En este oscuro planeta, los hombres ignorantes no han encontrado bastante pesada la carga de sus cadenas; y los más entendidos que con su inteligente mirada han visto a las masas populares agobiadas bajo el peso de un estúpido fanatismo, han dejado correr el tiempo esperando que la casualidad les aligerase de su carga; y por la pasiva obediencia de unos, y la indiferencia calculada de otros, el poder teocrático fue engrandeciendo sus dominios y llegó a ser un día soberano del mundo civilizado; pero como los hombres no han nacido para ser esclavos, la fuerza de las cosas, el poder de las circunstancias y la corriente nunca paralizada de los acontecimientos, han producido crisis nerviosas a las sociedades, y sacudimientos convulsivos han trastornado a los pueblos; mas en medio de las luchas fratricidas no han faltado los apostolados del progreso que hayan dicho a las humanidades: ¡Despertad! ¡Daos cuenta de que vivís! ¡Aprended a pensar por vosotros mismos! ¡Educad vuestras inteligencias con vuestro propio raciocinio! ¡No saciéis vuestra sed religiosa con el agua estancada de la fe ciega! ¡Buscad otro manantial más purificado! ¡Acudid a la fuente del monte de las calaveras! ¡Aprended a tener sed de infinito! ¡Que el moderno redentor del progreso, vino a la Tierra para calmar la sed de la Justicia que fatigaba y atribulaba a la humanidad!.

Esto dijeron últimamente los apóstoles del crucificado. Mas ¡Ay! Que su predicación no fue escuchada; los abusos siguieron. Vinieron las guerras religiosas, y los espíritus rectos se preguntaban: ¿Será posible que la religión arme el brazo del hombre contra el hombre, del hermano contra el hermano, de un pueblo contra otro pueblo? ¿Puede el sentimiento de caridad compadecerse con el derramamiento de sangre? ¿Es ni siquiera concebible que Dios se agrade de que su nombre sea invocado en lo más recio de la pelea, cuando la rabia hierve en las entrañas de los inhumanos combatientes? ¿Será la guerra otra cosa que fraticidio organizado?.

¿No mandó Jesús a Pedro que envainase la homicida espada? ¿Habría religión donde no hay paz?.

Reconocer que el progreso se enseñorea del mundo y se declara pontífice del Universo, ¡Sí! Sin preferir esta o aquella iglesia, que el progreso no tiene más iglesia que el infinito; pero como ese genio de los siglos, ese redentor de todos los tiempos, llamado progreso, deja a los hombres que siga cada cual el culto apropiado a su adelanto y a su razón; y lo que únicamente exige al hombre es amor y verdad, porque con estos dos grandes elementos se puede realizar algún día la unión de los pueblos, y la gran familia humana podrá elevar en la basílica de la Creación el aleluya y el hosanna universal.

Seguimos el consejo de Jesús en lo que él dijo a sus apóstoles en su célebre sermón de la montaña: Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder.

Ni se enciende una lámpara y se pone debajo de un almud, mas sí sobre el candelero; y alumbrá a todos los que están en casa; y nosotros creemos cumplir con nuestro deber diciéndoles a las multitudes la verdad.

El mismo derecho que tienen las religiones para levantar catedrales y publicar encíclicas, tienen los espiritistas para publicar libros y revistas que propaguen la buena nueva; por esto trabajamos, porque creemos que debemos trabajar; sin inquietarnos

porque no vengan a nuestras filas gran número de adeptos, o que nos miren con desdén; lo que nosotros deseamos, es que se comprenda y que se admita la ley de Cristo, que es el amor universal. Lo que deseamos es que las humanidades tengan sed de infinito, y que esta sed no se sacie hasta que puedan entrever los mundos de luz.

El Espiritismo no viene a implantar una nueva religión, lo que viene a desarrollar es el racionalismo, es la verdad científica.

¡Viene a santificar el trabajo!

¡Viene a divinizar el progreso!

¡Viene a demostrar la grandeza de Dios!

No viene a ejercer presión sobre las conciencias; porque la presión es el absurdo, y el Espiritismo racional lo rechaza en absoluto. Ejercen los sacerdotes su ministerio mientras haya creyentes que los necesiten.

Désele al hombre el alimento necesario para su cuerpo y para su alma, y edúquesele al mismo tiempo con tendencia al adelanto espiritual. Esto último es lo que viene a hacer el Espiritismo, viene a educar el sentimiento del hombre, viene a demostrarle que la vida existe en el pasado, que la vida irradia en el porvenir, que la vida es eterna porque es la sabiduría de Dios. Por nuestra parte creemos que la verdadera sabiduría no consiste en hablar mucho, aunque para ello se emplee un lenguaje florido. Sólo es sabio el que se apoya en la verdad, y la verdad sólo consiste en reconocer a Dios como causa, y a la Creación como efecto, practicando el bien, por el bien mismo; esta es la verdadera religión, la única, la inmutable, la que santifica al hombre y le conduce a Dios.

No es religioso el hombre porque se cubre con tales vestiduras, porque recite salmos y ejecute distintas ceremonias; será un funcionario público, pero no será un verdadero cristiano sino arde en su corazón el fuego inextinguible de la santa y hermosa caridad. Él verdadero cristiano es aquel que al ver un mendigo se queda meditando pensando cómo podrá arrancar de raíz el cáncer social del pauperismo, cómo podrá mejorar la suerte de las multitudes menesterosas, comenzando él por colocar la primera piedra, dándole al infeliz que le pide el óbolo de que puede disponer.

Hemos caído todos los hombres de la Tierra, y no una vez desgraciadamente; pero sufrimos las consecuencias de nuestra caída individual, sufrimos por nuestra propia culpa: la caída del primer hombre es la alegoría de la debilidad del Espíritu humano que siempre se ha dejado dominar por las pasiones materiales. La tentación del paraíso es una fábula religiosa, y la historia de la Creación no pierde nada de su imponente grandeza porque el bíblico paraíso desaparezca del mapa universal, quedan millones y millones de paraísos para los espíritus regenerados por la práctica de todas las virtudes, y están en esas miriadas de mundos que apenas alcanza ver el más potente telescopio y otros sistemas planetarios que adivina y presiente la razón natural.

¿Qué son las mayorías místicas inventadas por los hombres, comparadas con la historia de la Creación? ¿Qué es un paraíso con una sola pareja viviendo en la molición de la ignorancia, comparado con el progreso indefinido del Espíritu por medio del trabajo?. Las fábulas de las religiones positivas son la bruma de los pasados siglos: brumas que comienzan a deshacer el siglo actual, y que desaparecerán con el calor vivificante de la razón. Mas no se alarmen las conciencias, no teman un cataclismo social con la desaparición de tantas religiones; no quedarán los pueblos sin creencias porque imperará entonces la verdadera religión, habrá una sola, ¡Una sola religión! ¡Más grande! ¡Más pura! ¡Más sublime! ¡Se buscará a Dios en la naturaleza! ¡Tendrá por tabernáculo la ciencia! Y se rendirá culto por medio del amor universal.

Indudablemente aunque la sociedad entera se queja de continuo diciendo que estamos muy mal, nosotros miramos el pasado y vemos en lontananza aquellas edades de hierro en que la inteligencia humana vivía sufriendo la presión de una mordaza, y el pensamiento cargado de cadenas estaba mudo, porque así lo exigía la esclavitud, siendo el

hombre un autómatas y nada más. Hoy en cambio, el hombre puede decir libremente lo que piensa y lo que cree; los derechos son iguales.

Nadie puede insultar a otro sin faltar a un sagrado deber, pero todos podemos buscar a Dios por medio de la creencia que mejor armonice con nuestra razón, y podemos hablar de nuestras tendencias religiosas sin temor alguno porque al fin se ha comprendido que el exclusivismo religioso es un absurdo. Debe ser así, un ideal absoluto, ¡Dios! ¡Y un culto obligatorio a la caridad! Y después siga cada cual su adelanto y los ritos que mejor le parezcan. Al principio se cree perfecto, pero el tiempo inventor de todas las cosas descubre lo que añadir o lo que quitar. Esto es muy cierto; y a todas las religiones y a todas las filosofías les falta el sello de la perfección, porque la sabiduría absoluta sólo la posee Dios; pero el tiempo que es el aliado de la verdad, es el que irá modelando la estatua de la fe religiosa, es la que irá sembrando la semilla del progreso, para que el día de la recolección puedan los humanos presentarle al Ser Omnipotente abundantes espigas del amor universal.

Se llamó revolución al principio de la rotación de los planetas y a las transiciones atmosféricas. La verdadera revolución empezó por la ciencia, y el regulador de las sociedades ha sido la revolución continua.

No son únicamente revolucionarios los sediciosos que levantan barricadas, cubriendo con sangre el pavimento de las ciudades, y dejando a los pueblos una herencia de lágrimas, hay otra clase de revolucionarios que han trastornado el orden moral y físico del mundo, sin derramar una gota de sangre, revolucionario fue el célebre naturalista Prusiano Ehrenberg, que es el primero a quien se debe un verdadero estudio de los seres microscópicos y el que operó una gran revolución en la historia natural, encontrando sistemas de vida, en el mundo infinitamente pequeño.

Revolución inmensa verificaron Copérnico, Galileo, Newton, Kepler, Colón, Jacobo Brett, Franklin y miles y miles de hombres que han protestado de las antiguas teorías y han abierto nuevos caminos al entendimiento del hombre. En ese sentido científico, religioso y filosófico, los espiritistas aceptamos el calificativo de revolucionarios: pero lo rechazamos rotundamente, y con toda la energía de nuestra razón, en la tendencia política y agitadora, porque para nosotros la fuerza bruta en las revoluciones sociales, la creemos innecesaria, que por algo el hombre tiene el distintivo de su razón.

Luchen las fieras porque no tienen otros medios de defensa, pero hablen, discutan y racionen los hombres, que para eso saben pensar y tienen el don de la palabra para darle vida a su pensamiento y acción a su voluntad.

Sobre la base del raciocinio se eleva la estatua de la ilustración, y si a nosotros nos consideran revolucionarios de las ideas, no se necesita la fuerza de los gobiernos para sofocarlas; y sí; únicamente la fuerza de la razón.

Nosotros no venimos a derrumbar monarquías, ni a construir nuevos sistemas en el orden gubernamental, porque siguiendo el sabio consejo de CRISTO, damos a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, y únicamente les venimos a decir a los hombres que el alma vive eternamente, que su progreso es indefinido y que los mundos que pueblan el espacio le servirán de morada en sus encarnaciones sucesivas, que Dios es Dios y el progreso su profeta.

El Espiritismo no es la anarquía, no es el desorden, no es el monstruo que puede espantar a las personas honestas, porque la religión comprendida en los mandamientos de la ley de Cristo es la que nos sirve de base, y el que ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo, está en el camino de progresar, y por lo tanto el verdadero espiritista no puede ser un ente despreciable a la sociedad.

Nosotros en el infinito es donde encontramos de relieve a Dios y al alma.

¿Qué fenómeno más palpitante que el Universo, moviéndose con arreglo a un plan armónico y admirablemente combinado? ¿Qué revelación más elocuente que la

naturaleza misma dando testimonio de la inteligencia de su regulador, desde el mineral hasta el hombre, del grano de arena hasta las enormes masas siderales?.

Allí encontrará el sabio abundancia de hechos, y el creyente y el hombre de corazón hallará bellezas de sobra en su inmenso libro, evangelio viviente siempre y siempre nuevo que aguarda la verdadera revelación de Dios, sin riesgo de verse adulterado por la mano sacrílega del hombre.

Encontramos a Dios en la naturaleza, y adoramos su inmenso poder en la hoja seca que arrastra el viento, y en las franjas de púrpura que cubren el horizonte bajo el ardiente sol de los trópicos.

Admiramos su grandeza en la humilde amapola de los prados y en los mundos que giran en el espacio, en la gota de rocío que cual preciosa perla engalana las hojas del lirio, y en el Océano embravecido cuando combaten y se despedazan sus rugientes olas. En todas partes vemos a Dios derramando torrentes y raudales de Vida; el amor a Dios es el primero de todos los amores, y el fluido de ese gran Espíritu es el alma de los mundos, no hay ningún dogma religioso que pueda rivalizar con el de la Creación. ¡Dios en su obra! ¡Y su obra en Él!.

¡En la eternidad está su ayer! ¡En la eternidad su presente y en la eternidad su futuro!.

¡Cuan grande es Dios! ¡Y cuanto se eleva el pensamiento pensando en Él! El lenguaje humano no tiene frases bastante elocuentes para describir el sentimiento de adoración que se apodera del alma pensadora, cuando en la noche silenciosa contempla la bóveda estrellada, y adivina en aquellos lejanos astros millones de familias humanas que más adelantadas que nosotros comprenderán mejor a Dios que los pigmeos que habitamos en la Tierra, que hemos vivido siglos y siglos, y al preguntarnos qué hemos hecho en tanto tiempo, ¿Qué podemos contestar? Que hemos creado dioses a nuestro antojo, que al genio del mal y al genio del bien, le rendimos ayer culto en las pagodas de la India y hoy en las góticas catedrales de la vieja Europa, en sus cátedras sagradas decimos que Dios condena a sus hijos rebeldes con una eternidad de horribles tormentos, ¡Y aún nos vanagloriamos de vivir en un país civilizado!...

Gracias al tiempo que empuja a los hombres, algunos sienten la noble aspiración del progreso y hoy la humanidad científica no acepta los absurdos religiosos, convencida que la razón no ha sido nunca el patrimonio de los dogmas, mas no por esto pretendemos derribar lo que existe, seguirá mientras haya quién los necesite.

Los espiritistas verdaderos, los que creemos en el progreso del Espíritu, los que aceptamos la pluralidad de mundos habitados, y la pluralidad de existencias del alma, estamos completamente convencidos que somos aún los infusorios de la Creación, o sea el hombre en su estado embrionario, porque al tener más lucidez nuestro Espíritu, habría más ternura en nuestro corazón, y no estaríamos obligados a vivir en un mundo, donde aún se paga a un hombre para que éste a sangre fría, mate a sus semejantes. Nos creemos muy pequeños cuando habitamos en un planeta tan inferior, que aún no se borrado de su código en algunas naciones, la pena de muerte. No nos creemos sabios los espiritistas, únicamente estamos muy agradecidos a la providencia, porque hemos visto un rayo de luz, y alentados por su reflejo divino tratamos de hacernos buenos antes que sabios, porque sabemos que Dios da a cada uno según sus obras.

No hacer mal alguno y sólo pensando en Dios, ¿Es meritorio a sus ojos? ¡No! Porque si no hacen mal tampoco hacen bien, y son inútiles, y dejar de hacer bien es ya un mal. Dios quiere que se piense en Él; pero no solo que se piense en Él, porque ha señalado al hombre deberes que cumplir en la Tierra. El que se consume en la meditación y en la contemplación, nada meritorio hace, porque su vida es completamente personal e inútil a la humanidad, y se le pedirá cuentas del bien que no haya hecho.

¿El celibato voluntario es un estado de perfección?

LA LUZ DEL POVENIR

¡No! Y los que viven así es por egoísmo, se degradan.

Las privaciones voluntarias con la mira de una expiación ¿Tienen mérito ante Dios?.

Haced bien a los otros y tendréis más méritos.

¿Hay privaciones voluntarias que son meritorias?.

¡Sí!, La privación de los goces inútiles, porque desprenden al hombre de la materia y eleva su alma. Lo meritorio es, resistir a la tentación que solicita a los excesos o al goce de las cosas inútiles; disminuir lo necesario para dar a los que no tienen bastante. Si la privación no es más que un vano simulacro, es una irrisión.

La vida de mortificaciones ascéticas ha sido practicada desde la antigüedad y en diferentes pueblos, ¿Es meritorio bajo algún concepto?.

Preguntad a quién aprovecha y tendréis la contestación. Si no aprovecha más que al que la practica le impide hacer el bien, es egoísmo, cualquiera que sea su pretexto. La verdadera mortificación, según la caridad cristiana, consiste en privarse y en trabajar por los otros.

Si los sufrimientos de este mundo nos elevan según el modo como se soportan. ¿Nos elevamos por los que voluntariamente nos creamos?.

Los únicos que elevan son los naturales, los voluntarios para nada sirven cuando ningún bien reporta a los otros. ¿Creéis que los que acortan su vida con rigores sobrehumanos como los bonzos, los faquires y ciertos fanáticos de muchas sectas, adelantan su camino? ¿Por qué no trabajan mejor en bien de sus semejantes? Que vistan al indigente, que consuelen al que llora, que trabajen para el enfermo, que sufran privaciones para aliviar a los desgraciados y entonces su vida será útil y agradable a Dios. Cuando en los sufrimientos voluntarios que se experimentan, no se mira más que a sí mismo, es egoísmo: cuando se sufre por los otros es caridad. Estos son los preceptos de CRISTO.

¿Se debe procurar preservarse de los que se prevén o amenazan?.

El instinto de conservación ha sido dado a todos los seres contra los peligros y sufrimientos. Castigad vuestro Espíritu y no vuestro cuerpo, mortificad vuestro orgullo, ahogad vuestro egoísmo semejante a una serpiente que os roe el corazón, y haréis más por vuestro adelanto que no con rigores que ya no son de este siglo.

En la balanza del Espiritismo se pesa fielmente, el mal que se ha hecho, el bien que no se hizo, y todas las tristes consecuencias del vicio desenfrenado en sus múltiples pasiones.

¿Como puede ayudar el Espiritismo al progreso?

Destruyendo el materialismo que es una de las plagas de la humanidad y hacer ver a los hombres dónde está su verdadero interés. No estando el porvenir velado por la duda, el hombre comprenderá mejor que puede asegurarlo por medio del presente. Destruyendo los prejuicios de sectas, enseñará a los hombres la solidaridad para unirnos como hermanos.

CAPÍTULO VI

LAS RELIGIONES

Las religiones han formado un Dios a semejanza del hombre, y a Dios no se le puede definir; por esto todos los dogmas nos parecen faltos de lógica.

La justicia espiritual en todas las religiones la encontramos arbitraria; sólo en el Espiritismo hemos hallado hasta ahora una luz en la verdadera justicia de Dios. ¡Cuan consoladora son las reflexiones que hace Kardec en su libro de los espíritus!.

¿El progreso unirá un día a todos los pueblos de la Tierra en una sola nación?

En una sola nación, ¡No! Es imposible; porque de la diversidad de climas nacen costumbres y necesidades diferentes, que constituyen las nacionalidades, y por esto le serán siempre precisas leyes apropiadas a sus costumbres y necesidades. Pero la caridad no reconoce latitudes y no establece distinciones entre los colores de los hombres. Cuando la ley de Dios sea en todas partes la base de la ley humana, los pueblos practicarán entre sí la caridad, y entonces vivirán felices y en paz; porque nadie procurará perjudicar a su vecino ni vivir a sus expensas.

La humanidad progresa por medio de los individuos que se mejoran poco a poco y se ilustran, cuando estos últimos son mayores en número, se hacen superiores y arrastran en pos de sí a los otros. De tiempo en tiempo, surgen entre ellos un genio que da el impulso, y luego vienen otros revestidos de autoridad, instrumentos de Dios, que en algunos años le hacen progresar muchos siglos.

El progreso de los pueblos hace resaltar la justicia de la reencarnación. Los hombres de bien se esfuerzan porque una nación adelante moral e intelectualmente; la nación transformada será más dichosa en este mundo y en el otro.

Por medio de la pluralidad de existencias, el derecho a la felicidad es el mismo para todos; porque nadie es desheredado del progreso, pues pudiendo volver en tiempo de la civilización, ya sea al mismo pueblo, o en otro: los que vivieron en tiempos de barbarie, podrán también disfrutar de la marcha ascendente de esos pueblos.

Las almas llegadas en tiempo de civilización han tenido su infancia como todas las otras; pero han vivido ya, y han llegado adelantadas a consecuencias de un progreso anterior.

Vienen atraídas por el medio que les es simpático, y en relación con su estado actual producen para el porvenir almas más perfectas, y el de atraer a las que ya han progresado y hayan vivido en el mismo pueblo en sus tiempos de barbarie, aunque vengan de otra parte. Esta es también la clave del progreso de toda la humanidad.

Cuando todos los pueblos estén al mismo nivel respecto del sentimiento del bien, la Tierra será el asilo de espíritus buenos únicamente, que vivirán entre sí en unión fraternal, y encontrándose repelidos los malos y fuera de su esfera, irán a buscar en mundos inferiores el centro que les conviene hasta que sean dignos de volver al nuestro transformados ya.

Según la doctrina de los espíritus, los progresos ulteriores son igualmente provechosos a éstas últimas generaciones que reviven en condiciones mejores, y pueden así perfeccionarse en el seno de la civilización.

Nos parece la síntesis de la justicia divina.

Creemos que esa creencia será un día la pacificación de los pueblos, porque ella nos indica amar a Dios y a la humanidad.

Hablando del movimiento filosófico de nuestros días y de la necesidad que tiene el hombre de instruirse para comprender su misión en la Tierra, el estudio como la historia

es indeterminado, y cuanto más estudiemos mejor conoceremos el valor de lo aprendido y de lo que aún tenemos que aprender.

Es verdad que cuando el hombre lee, cuando se entrega al estudio, y cuando se abisma en sus consideraciones, se ve como un átomo perdido en la inmensidad. El infinito le rodea y comprende que si leyó una página le quedan por leer los innumerables volúmenes de la ciencia universal.

En este supuesto, la escuela que asegura saberlo todo, decid que aún no sabe nada, lo que siente como verdades no son más que hipótesis, podéis estar seguros que ella misma se entierra en la ignorancia.

Así como no puede decirse hallado en los números la última cantidad, del mismo modo no se puede decir que se posee la última y única verdad; y el que tal diga, y el que tal crea, niega todas las verdades.

Efectivamente; nadie es el depositario de la verdad única, nadie puede creerse el elegido para saber más que los otros; todo el trabajo del hombre, todo el afán de su inteligencia y toda la actividad de su genio, no es bastante para llegar a ser el intérprete de Dios; lo que pueden hacer las humanidades es progresar lentamente, porque de otro modo es imposible.

Si penosa es la infancia del cuerpo material, es aún mucho más la del Espíritu: para que algunos puedan dar un paso adelante necesitan siglos y siglos de lucha; por esto, cuando oímos a las religiones que cada una de ellas quiere ser la única poseedora de la verdad, nos sonreímos con lástima y nos parece que deliran.

Decimos que los grandes absurdos hacen las mismas tareas que las grandes verdades. Y esto es lo que hace falta, que las ideas se agiten que, como ya hemos dicho otra vez, forma la perla el agua que se agita, y el agua que se estanca forma el cieno, tiendan las ideas su vuelo porque ellas son la luz del infinito.

El gran papel que han representado las religiones en la civilización universal, han de ser exactas si quieren subsistir; y la escuela que se aventura en afirmar hipótesis cae vencida por su misma debilidad, y la que pretenda regir los destinos de la Tierra, necesita poseer las grandes verdades para poder ser el faro de las nuevas generaciones.

Pobre y débil es la que pretende engrandecerse humillando y menospreciando a las demás.

La moral de Cristo, es la moral de Dios; es la ley Eterna, promulgada desde los primeros tiempos por legisladores divinos, que le han hablado a las humanidades en un lenguaje apropiado a su respectivo adelanto.

Tres mil años antes de la era cristiana estaban codificadas las leyes indias, y Cristina dijo en aquellas remotas edades lo que más tarde repitió Cristo, y sabe Dios, si Cristina de qué otro redentor lo repitiera. No es de hoy la moral de Cristo, ¡No! Escuchemos algunos versículos del Evangelio indio, que sus máximas sublimes alientan y fortifican, y hacen más de cinco mil años que las almas enfermas beben el agua de los textos védicos.

Los hombres que no tienen el dominio de sus sentidos, no son capaces de cumplir con sus deberes.

Es preciso renunciar a la riqueza y a los placeres, cuando éstos no son aprobados por la conciencia.

Los males que causamos a nuestro prójimo nos persiguen como nuestra sombra a nuestro cuerpo.

Las obras que tienen por principio el amor a sus semejantes, deben ser ambicionadas por el justo, porque serán las que se pesen más en la balanza celeste.

El que es humilde de corazón y de Espíritu, es amado por Dios.

Lo mismo que el cuerpo es fortificado por los músculos, el alma es fortificada por la virtud.

Así como la Tierra sostiene a los que la pisan con los pies, y le desgarran sus seno trabajándola, así debemos volver el bien por el mal.

Los servicios que se prestan a los espíritus perversos, el bien que se les hace se parece a caracteres escritos sobre el agua, que se borran a medida que se les traza, pero el bien debe cumplirse por el bien, porque no es sobre la Tierra donde hay que esperar recompensa.

Cuando morimos, nuestras riquezas quedan en la casa; nuestros parientes, nuestros amigos no nos acompañan más que hasta la tumba; pero nuestras virtudes y nuestros vicios, nuestras buenas obras y nuestras faltas, nos siguen en la otra vida.

El hombre honrado, debe caer bajo los golpes de los malos, como el árbol sándalo, que, cuando se le derriba, perfuma el hacha que le ha herido.

El justo que no se haga jamás culpable de maledicencia, de imposturas y de calumnias.

Que no busque querellas.

Que tenga constantemente la mano derecha abierta para los desgraciados, que no se vanaglorie jamás de los beneficios que haga.

Pero sobre todo, que evite dañar en lo más mínimo a otro: amar a su semejante, protegerle y asistirle, de hay derivan las virtudes más agradables a Dios.

Sobre esta moral sublime está calcado el Evangelio de Cristo, la historia de este último con pequeñas variantes, es la misma de Cristina.

Las humanidades no han sido creadas para odiarse, no. Los hombres no han nacido para destruirse unos a otros como fieras sanguinarias. Su destino es más humanitario, su misión es más grande; pero esto de vez en cuando, cuando la fiebre enloquece a los hombres, cuando las instituciones de este mundo flaquean, vienen enviados providenciales, preceptores divinos que dan catedráticos a las multitudes, y les enseñan la moral de todos los siglos, les leen el código de todos los tiempo, les hablan de ese Dios desconocido que está en la mente de todos los hombres, Jesús fue uno de esos profetas del espiritualismo, y como su gran misión es regenerar a los pueblos, como había sonado la hora en el reloj eterno para que comenzara a espiritualizarse el sentimiento de la humanidad terrestre: por esto su voz generosa resonó en la Tierra, resuena y todavía resonará eternamente, y esto aconteció, acontece y acontecerá: no porque el cuerpo de Cristo resucitase o dejase de resucitar, sino porque Cristo resucitó al cuerpo social; que así como le dijo a Lázaro levántate y anda, del mismo modo le dijo al viejo mundo (inmenso cadáver encerrado en la sepultura del más grosero materialismo), ¡Levántate y anda humanidad, despierta y busca a Dios por medio de las buenas obras que harto tiempo has estado entregada con el opio fatal de tus pasiones!.

Kardec en sus obras nos habla sobre la perniciosa influencia de las ideas materialistas sobre las artes en general y su regeneración por el Espiritismo, dice así:

Para el materialismo, la realidad es la Tierra; su cuerpo es todo, pues fuera de el nada existe, puesto que hasta el pensamiento se extingue con la desorganización de la materia como el fuego cuando concluye el combustible.

El materialista, no puede traducir por medio del lenguaje del arte más que lo que ve y siente, y si no ve y no siente más que la materia tangible, no puede transmitir otra cosa. Donde sólo ve vacío, nada puede tomar. Si se aventura a penetrar en ese mundo desconocido para él, entra como un ciego, y a pesar de sus esfuerzos para elevar su ideal, se arrastra por la tierra como un ave sin alas.

La decadencia de las artes en este siglo, es el resultado inevitable de la concentración de ideas en las cosas materiales, y a su vez esta concentración es resultado de la carencia de fe y creencia en la espiritualidad del ser. El siglo no cosecha más que lo que a sembrado.

Quien siembra piedras no puede cosechar frutos.

Las artes no saldrán de su letargo sino en virtud de una reacción hacia las ideas espiritualistas.

Como el arte cristiano sucedió al pagano, transformándolo, el arte espiritista será complemento y transformación del arte cristiano. En efecto, el Espiritismo nos demuestra el porvenir bajo un nuevo aspecto más a nuestro alcance. Según él, la dicha está más cerca de nosotros, está a nuestro lado, en los espíritus que nos rodean y que nunca han cesado de comunicarse o relacionarse con nosotros. Existe incesantemente solidaridad entre el cielo y la Tierra, entre los mundos de todos los universos, la dicha consiste en el mutuo amor de todas las criaturas llegadas a la perfección y en constante actividad, cuyo objeto es de instruir y conducir hacia aquella misma perfección a los que están atrasados. El infierno está en el corazón del mismo culpable que halla castigado en sus propios remordimientos, pero no es eterno, y el perverso entrando en el camino del arrepentimiento, encuentra la esperanza, sublime consuelo de los desesperados.

¡Qué inagotables manantiales de inspiración para el arte!

¡Qué obras maestras de todo género no podrán originar las nuevas ideas, reproduciendo las escenas tan múltiples de la vida espiritista! En vez de representar despojos fríos e inanimados, se verá a la madre teniendo a su lado a la hija querida en su forma radiosa y etérea; la víctima perdonando al verdugo; el criminal huyendo en vano del espectáculo renaciente de sus culpables acciones; el aislamiento del egoísta y del orgulloso en medio de la multitud; la turbación del Espíritu que nace a la vida espiritual, etc. Y si el artista quiere levantarse por encima de la esfera terrestre hasta los mundos superiores, verdaderos edenés en que los espíritus adelantados gozan de la felicidad adquirida, o reproducir algunas escenas de los mundos inferiores, verdaderos antros en que reinan como soberanas las pasiones, ¡Qué conmovedoras escenas, qué cuadros palpitantes de interés no produciría!

Si, el Espiritismo abre en el arte un campo nuevo, inmenso e inexplorable aún y cuando el artista reproduzca con convicción el mundo espiritista, tomará en semejante origen las más sublimes inspiraciones, y su nombre vivirá en los futuros siglos, sin las preocupaciones materiales y efímeras de la vida futura y eterna del alma.

Ahora bien; ¿Hay puntos de contacto entre los espiritistas y los materialistas? ¡No! Son tan distintos los unos de los otros como la nieve y el fuego. Varían tanto entre sí, como una deliciosa mañana de primavera y una tormentosa noche de invierno; y están tan lejos los unos de los otros, como la hormiga y el águila; mas, no por esto que decimos, se crea que los espiritistas estamos en contra de los materialistas, no, porque sabemos que cada Espíritu cree según su adelanto; y querer sujetar a una regla fija todos los espíritus es pretender un imposible, ni el ciego puede apreciar los colores, ni el sordo puede apreciar el valor de los sonidos; y nuestras observaciones y las imágenes que hemos presentado tan distintas entre sí, no son más que para demostrar la diferencia que hay de las ideas espiritistas a las ideas materialistas; conste pues, que los espiritistas somos racionalistas deístas, admitiendo una razón suprema que domina en todo.

Dice el Maestro, entiéndase bien que le llamamos Maestro, no pontífice, porque los espiritistas no le concedemos a nadie el pontificado en el sentido que a esa palabra le quieren dar. Después de Dios, no reconocemos más pontificado que el de la ciencia y la razón; y Kardec era un hombre razonable, y dice: el principio espiritual es el corolario de la existencia de Dios; sin este principio, no tendría Dios razón de ser, porque no se concebiría el soberano poder ni la infinita inteligencia, reinando eternamente sobre la materia bruta, del mismo modo que no se comprendería un soberano terrestre, ejerciendo su reinado sobre las piedras. Y como no se puede comprender a Dios sin los atributos esenciales de la divinidad, entre los cuales descuellan la justicia y la bondad, estos carecerían de objeto si sólo hubiesen de ejercitarse sobre la materia. Por eso el

materialismo y el ateísmo son corolarios recíprocos: negando la causa se niega el efecto, y negando el efecto no puede admitirse la causa. El materialismo es pues, consecuente consigo mismo, ya que no lo es con la razón.

La idea de la eternidad del ser espiritual es innata en el hombre; está con él como una intuición y una aspiración; comprende que con esto está la verdadera compensación de las miserias de la vida. Y por lo mismo ha habido y habrá siempre más espiritualistas que materialistas, y más deístas que ateos.

A la idea intuitiva y a la fuerza del razonamiento, añade el Espiritismo la sanción de los hechos, la prueba material de la existencia del ser Espiritual, de su supervivencia, de la inmortalidad y de su individualidad; precisa y define lo que en este pensamiento tenía de vago y abstracto, y nos muestra el ser inteligente en acción, independiente de la materia, sea después, sea durante la vida del cuerpo.

Todos los espíritus tienen un mismo punto de partida, todos son creados simples e ignorantes, con igual actitud para progresar mediante su actividad individual, que todos han de alcanzar el grado de perfección compatible con la criatura por sus esfuerzos personales; que siendo todos los hijos de un mismo padre, son objeto de igual cariño; que no hay ninguno más favorecido o mejor dotado que los otros, ni dispensado del trabajo impuesto a los demás para lograr su objeto.

Al mismo tiempo que Dios ha creado mundos materiales, ha creado también seres espirituales, sin lo cual los mundos materiales no hubiesen tenido objeto. Son los mundos materiales los que deben suministrar a los seres espirituales elementos de actividad para el desarrollo de su inteligencia.

El progreso es la condición normal de los seres espirituales y la perfección que deben alcanzar.

Antes que la Tierra fuese, unos mundos habían sucedido a otros mundos, y cuando la Tierra salió del caos de los elementos, el espacio estaba poblado de seres espirituales en todos los grados de adelantamiento, desde los que nacen a la vida, hasta los que de toda eternidad habían llegado a la categoría de espíritus puros, vulgarmente llamados ángeles, y ¿Cuál es el objeto de la encarnación de los espíritus?. Dios se la impone con objeto de hacerlos llegar a la perfección, y para unos es una expiación y para otros una misión. Pero para llegar a la perfección, debe sufrir las vicisitudes de la existencia corporal. En esto consiste la expiación. La encarnación tiene también otro objeto, y es el poner al Espíritu en disposición de cumplir su tarea en la obra de la Creación, para cuya realización toma en cada mundo, un cuerpo en armonía con la materia esencial de aquel, y ejecutar, bajo este aspecto las leyes de Dios; de manera que, concurriendo a la obra general el Espíritu progresa también.

La acción de los seres corporales es necesaria a la marcha del Universo; pero Dios en su sabiduría, ha querido que esta misma acción le sirviese de medio de progreso y de aproximación a Él.

Así es, como por una ley admirable de su providencia, todo se encadena y todo es solidario en la naturaleza.

Dice sobre el mismo asunto, ¿En qué se funda la reencarnación?.

En la justicia de Dios y en su revelación; porque, un buen padre deja siempre a sus hijos una puerta abierta al arrepentimiento, ¿No te dice la razón que sería injusto privar irremisiblemente de la dicha eterna a todos aquellos, cuyo mejoramiento no ha estado en su mano? ¿Por ventura todos los hombres no son hijos de Dios?. Sólo entre los hombres egoístas impera la iniquidad y el odio implacable.

Si la muerte del hombre quedase irrevocablemente decidida después de la muerte, Dios no habría pesado las acciones de todos con la misma balanza, ni los habría tratado con imparcialidad.

Si sólo una existencia tuviese el hombre, y si después de ella quedase decidida para siempre su suerte futura, ¿Cuál sería el mérito de la mitad de la especie humana, que muere en edad tierna, para disfrutar sin haber luchado, de la dicha eterna, y con qué derecho sería eximida de las condiciones tan duras, a veces impuestas a la otra mitad?

Semejante orden de cosas no podrían estar conforme con la justicia de Dios.

Dada la reencarnación todos son iguales, a todos pertenece el porvenir sin excepción y sin favoritismo, y los últimos que llegan sólo así mismos pueden culparse. El hombre debe de tener el mérito de sus actos como tiene la responsabilidad de ellos.

Si únicamente nuestra existencia actual es la que ha de decidir nuestra suerte futura, ¿Cuál es en la otra vida la posición respectiva del salvaje y del hombre civilizado?.

El hombre que ha trabajado toda la vida para mejorarse, ¿Ocupa el mismo rango que aquel que se ha quedado detrás, no por culpa suya, sino porque no ha tenido tiempo ni posibilidad para mejorarse? El hombre que obra mal, porque no ha podido instruirse, ¿Es responsable por un estado de cosas ajeno a su voluntad?.

Se trabaja para instruir, moralizar y civilizar a los hombres, pero por uno que llegue a ilustrarse, mueren diariamente millares antes de que la luz haya penetrado en ellos.

¿Cuál es la suerte de los niños que mueren en edad temprana antes de haber hecho mal ni bien? Si moran entre los elegidos, ¿Por qué esta gracia sin haber hecho nada para merecerla? ¿Por qué privilegios se les libra de las tribulaciones de la vida? ¿Qué doctrina hay que pueda resolver estas cuestiones?.

Admitid las existencias consecutivas; y todo se aplica conforme con la justicia de Dios. Lo que no ha podido hacerse en una existencia se hace en otra, y así es como nadie se substraerá a la ley del progreso, cada cual será recompensado según su mérito, y nadie queda excluido de la felicidad suprema a la que puede aspirar, cualesquiera que sean los obstáculos que en su camino haya encontrado.

Léanse esas obras sin prevención, sin posición de secta, y se encontrará en ellas el trato moral más perfecto que hasta ahora se ha conocido; y para prueba de ello veamos cómo comprende Kardec la civilización y de qué modo la define:

¿En qué señales puede reconocerse la civilización completa?

La reconoceréis en el desarrollo moral. Os creéis muy adelantados porque habéis hecho grandes descubrimientos e inventos maravillosos; porque estáis mejor alojados y vestidos que los salvajes; pero no tendréis verdadero derecho a llamaros civilizados hasta que no hayáis desterrado de vuestra sociedad los vicios de la deshonor, y hasta que viváis como hermanos, practicando la caridad cristiana. Hasta entonces no seréis más que pueblos ilustrados, y no habréis recorrido más que la primera fase de la civilización.

De los pueblos llegados a la cima de la escala social, aquel que únicamente puede llamarse más civilizado, será en el que se encuentre menos egoísmo, codicia y orgullo; donde los hábitos son más intelectuales y morales que materiales; donde la inteligencia puede desarrollarse con mayor libertad; donde hay más bondad, buena fe, benevolencia y generosidad recíprocas; donde están menos arraigadas las preocupaciones de sectas y nacimientos, pues esas preocupaciones son incompatibles con el verdadero amor al prójimo; donde las leyes no consagran ningún privilegio y son las mismas así para el último, como para el primero; donde se distribuye la justicia con menos parcialidad; donde el débil encuentra siempre apoyo contra el fuerte; donde mejor se respeta la vida, creencias y opiniones del hombre; donde menos infelicidad hay y donde... en fin, todo hombre de buena voluntad estará siempre seguro de no carecer de lo necesario.

¿De qué modo puede el Espiritismo coadyuvar al progreso?

Destruyendo el materialismo, que es una de las plagas de la sociedad, hacer ver a los hombres dónde está su verdadero interés. No estando el porvenir velado por la duda, el hombre comprenderá mejor que puede asegurarlo por medio del presente. Destruyendo

las preocupaciones de sectas, de castas y de colores enseñarán a los hombres la gran solidaridad que ha de unirlos como hermanos.

Puesto que el Espiritismo ha de señalar un progreso en la humanidad, ¿Por qué los espíritus no apresuran ese progreso por medio de las manifestaciones tan generales y patentes que produjesen convencimiento en los más incrédulos?

Quisiérais milagros pero Dios los derrama a manos llenas ante vosotros, y aún tenéis hombres que reniegan de Él.

¿El mismo Cristo convenció a sus contemporáneos con los prodigios que hizo? ¿No véis hombres que niegan los hechos más patentes que ocurren en su presencia? ¿No los tenéis que dicen que no creerían aunque viesen?. No por medio de los prodigios conducirá Dios a los hombres.

En su bondad, quiere dejarles el mérito de que se convenzan por su razón.

Los hombres de la Tierra, pigmeos entre las humanidades del infinito, están muy lejos de Dios para saber a punto fijo cuando Dios hace gala de su Omnipotencia; y es completamente inútil asegurar si es de un modo o si es de otro; y además, en Dios no caben ni milagros ni prodigios; en Él no hay más que leyes eternas e inmutables que no están sujetas a producir efectos sorprendentes.

La filosofía que es el estudio de las verdades eternas, la que da solución a los grandes problemas, libro donde se encuentra la clave del infinito, no admite nada sobrenatural porque lo sobrenatural quiere decir sin razón.

Las manifestaciones de los espíritus no tienen nada de milagroso, ni de prodigioso, ni de maravilloso: no son más que los desenvolvimientos de la vida que realizan el continuo trabajo que hacen las fuerzas diseminadas en la Creación; por esto médium es el niño, médium el anciano, médium la casta joven, y no hay hombre que no posea una mediumnidad más o menos desarrollada.

La humanidad invisible vive con nosotros, los muertos no dejan en su sepultura más que su cuerpo, su Espíritu trabaja y siente a nuestro lado; ni son pueriles, ni son destellos de santidad, ni el satánico poder, no son más que el movimiento de la vida, acción incesante del trabajo.

¡Los latidos de las humanidades!

¡Las pulsaciones del Universo!

¡El raudal de la vida que en hirviente catarata se desprende de la eternidad para caer en el infinito!

En cuanto a las epístolas de San Pablo lo hemos dicho otras veces y lo repetimos ahora; el gran escritor cristiano adivinó realmente el porvenir religioso del mundo. El apóstol se conoce que era médium vidente, porque solo por medio de una videncia extraordinaria se puede ver y pintar con tan exacto parecido nuestra época; los falsos profetas que están en algunas religiones, se llevarán un gran número de discípulos que se resistirán sistemáticamente a la verdad, y no son los espiritistas. Estos no rechazan la verdad, van por el contrario en busca de ella; lo que sí hacen es no creer ciegamente, sino que antes tratan de analizar lo que quieren creer; porque es contrario en absoluto a las leyes de la lógica, aceptar principios desconocidos a nuestra razón.

No son los espiritistas los profetas, los seductores que enseñan el error, nos traza nuestro retrato el inspirado apóstol; él dice en su primera carta a Timoteo, capítulo cuarto, primeros versículos: empero el Espíritu dice manifiestamente, que en los venideros tiempos algunos apostarán de la fe escuchando a espíritus del error y a doctrinas de demonios, que con hipocresía hablarán mentiras, teniendo cauterizada la conciencia. Que prohibirán casarse y mandarán abstenerse de las viandas que Dios creó para que participasen de ellas los fieles, y los que han conocido la verdad.

¿Quién prohíbe el casamiento a personas determinadas y señala las viandas que nos deben alimentar? ¡No son los espiritistas!

LA LUZ DEL POVENIR

No rechazamos la verdad los que creemos que el Espíritu es una piedra preciosa que necesita la pulimentación del trabajo. Nosotros tendemos nuestros brazos a la verdad porque amamos el progreso; si para nuestro uso no nos es necesario practicar más culto que el amor al bien, porque creemos que sembrando el bien, bien inmenso recogeremos en el porvenir, no por eso dejamos de respetar las creencias de los otros, y elevando nuestra mirada al infinito buscamos un ideal en armonía con nuestra razón.

La fuerza del Espíritu gobierna todas las fuerzas humanas; los espiritistas así lo creemos y estamos persuadidos que nuestro ser pensante, como indeterminado viene, y como infinito va a seguir su eterno viaje en busca de la verdad absoluta, tesoro inestimable que sólo posee Dios. Los espiritistas no rechazamos la verdad; la vemos dibujarse en la Creación, y guiados por su resplandor vamos como los Reyes de Oriente conducidos por la Estrella misteriosa hasta llegar a mundos mejores; donde el Espíritu sepa amar, y en esta peregrinación forzosa nos detenemos de vez en cuando para estudiar.

Y lamentamos el fanatismo de los unos, el indiferentismo de los otros, el insensato orgullo de los más, vemos el desarrollo intelectual de nuestra época y decimos: las grandes bibliotecas de la Tierra sirven para ilustrar, pero no para consolar, no enjugan una lágrima, pero el amor al bien es la emancipación de los proscritos.

Esto trata de hacer el Espiritismo, implantar la ley del evangelio que es hacer el bien por el bien mismo, porque sabe por experiencia que no encuentra más que abismos quien abismos siembra, que no hay más infierno que las malas acciones del hombre, por esto todo su anhelo es crear moralidad, verdad y justicia.

¡Decir creo, es poca cosa! ¡Decir he hallado, ya es algo! ¡Tratar de ser bueno es cumplir el deber del justo!.

He aquí el propósito de la escuela espiritista, saber si puede creer en ese problema lleno de hipótesis en el cual está el porvenir del hombre.

Descubrir el más allá del Espíritu, la vida tras la tumba y el progreso en la eternidad, ha sido trabajo preferente a que se han entregado las humanidades sensatas, y justo es que la humanidad de hoy, muy dada a las ciencias exactas, estudie con preferencia; saber de donde ha venido, porqué aquí se detiene, y adonde irá; y el Espiritismo le dice al hombre:

¡Vienes de la voluntad de Dios!

¡Estás en el dualismo de tu libre albedrío! E irás progresando a través de los siglos sin llegar nunca a la perfección suprema; porque este ha sido, es y será, ¡El divino atributo de Dios!.

CAPÍTULO VII

LA ÉPOCA DE MOISÉS Y CRISTO

Moisés, obligado a contener por el miedo, a un pueblo turbulento e indisciplinado, en que tenía que combatir abusos arraigados y preocupaciones adquiridas en la servidumbre de Egipto. Para revestir la autoridad de sus leyes, debió atribuirles un origen divino, como lo hicieron todos los legisladores de los pueblos primitivos; la autoridad del hombre debía apoyarse en la autoridad de Dios, pues sólo la idea de un Dios terrible podría impresionar a los hombres ignorantes, en quien el sentido moral y el sentimiento de una justicia estaban aún poco desarrollados. Es evidente que el que había establecido en sus mandamientos:

¡No matarás!

¡No harás mal a tu prójimo!

No podía contradecirse elevando a un deber el exterminio. Las leyes mosaicas propiamente dichas, tenían pues, un carácter esencialmente transitorio.

De él se separaron un inmenso grupo que eran los que adoraban el becerro de oro, y se hacían llamar Mosaicos, que junto con los piratas del desierto hacían las guerras invadiendo ciudades, y por ello Moisés no entró en Jerusalén porque sus seguidores se limitaban a cumplir el decálogo, creando civilización a su paso.

A la muerte de Moisés, los seguidores de su doctrina fundaron la organización terapéutica y de la verdadera caridad llamada de los Esenios, los cuales eran intensamente perseguidos por los que se llamaban Mosaicos que residían en Jerusalén y en las poblaciones más densas; y los Esenios tenían que residir en los bosques de grandes alturas.

Cristo-Jesús no vino a destruir la ley, es decir la ley de Dios; vino a darle cumplimiento, esto es, desarrollarla, a darle su verdadero sentido y apropiarla al grado de adelantamiento de los hombres; por eso se encuentra en esa ley el principio de los deberes para con Dios y el prójimo, que son la base de la doctrina. En cuanto a las leyes de Moisés propiamente dichas, combatió constantemente los abusos de las prácticas exteriores y falsas interpretaciones, reduciéndolas a estas palabras:

AMAR AL PRÓJIMO COMO A SÍ MISMO. Añadiendo, esta es toda la ley y los profetas.

Jesús quiso decir, que era menester que la ley de Dios recibiese su cumplimiento:

Es decir, que fuese practicada por toda la Tierra en toda su pureza, en todo su desarrollo y todas sus consecuencias. Pero la misión de Jesús, no fue simplemente la de un legislador moralista, sin más autoridad que su palabra: vino a cumplir las profecías que anunciaron su venida, recibía su autoridad de la naturaleza excepcional de su Espíritu y de su misión Divina, vino a enseñar a los hombres que la verdadera vida no está en la Tierra sino en el Reino de los Cielos; a enseñarles el camino que conduce a ello, los medios para reconciliarse con Dios, y hacer presentir la marcha de las cosas futuras para el cumplimiento de los destinos humanos. Sin embargo, no lo dijo todo, y sobre muchos puntos se limitó a dejar el germen de verdades que él mismo declara que no podrían aún ser comprendidas; habló de todo, pero en términos más o menos explícitos, porque para entender el sentido oculto de ciertas palabras, era preciso que ideas nuevas y conocimientos nuevos vinieran a dar la clave, y estas ideas no podían venir antes de cierto grado de madurez del Espíritu humano. La ciencia debería contribuir poderosamente al nacimiento y al desarrollo de estas ideas, luego era preciso dar a la ciencia el tiempo para progresar. El Espiritismo es la nueva ciencia que viene a revelar a los hombres, con pruebas irrecusables, la existencia y la naturaleza del mundo espiritual y sus relaciones con

el mundo corporal; nos lo presenta, no como una cosa sobrenatural, sino al contrario, como una de las fuerzas vivas y que incesantemente obran en la naturaleza como el origen de una multitud de fenómenos incomprensibles hasta ahora y relegados por esta razón al dominio de lo fantástico y de lo maravilloso.

El Espiritismo es la clave que todo lo explica fácilmente.

La ley del antiguo testamento está personificada en Moisés, y la del nuevo en Cristo; el Espiritismo es la tercera revelación de la ley de Dios, pero no está personificada en ningún individuo; porque es producto de la enseñanza dada, no por un hombre, sino por los espíritus, que son las voces del cielo en todas las partes de la Tierra por multitud de innumerables intermediarios; viniendo cada uno a traer a los hombres el tributo de sus luces para hacerles conocer aquel mundo y la suerte que en él les espera.

Así como Cristo dijo: no vengo a destruir la ley sino a cumplirla; el Espiritismo dice también: no vengo a destruir la ley cristiana, sino a cumplirla. No enseña nada contrario de lo que enseñó Cristo, pero desarrolla, completa y explica en términos claros para todo el mundo, lo que se dijo en forma alegórica; viene a cumplir en los tiempos predichos lo que Cristo anunció, y a preparar el cumplimiento de las cosas futuras. Es pues, obra de Cristo, que él mismo preside, así como la regeneración que se opera, y prepara el reino de Dios en la Tierra, como igualmente lo anunció.

Ahora bien; ¿Se desprende de estas últimas palabras que los espiritistas creamos que son superiores a Cristo la multitud inmensa de coros de espíritus autores de la revolución espiritista?.

Si Allan Kardec asegura que es obra de Cristo y que él la preside ¿Como hemos de creer nosotros que la actual revelación es superior al que la dirige y ordena?.

¿Porque los marineros hagan la maniobra en un buque se han de creer superiores al capitán que los manda y los conduce a buen puerto?.

¡No! bien claro lo dice Kardec, y bien claro lo dice el sentido común; por esto el Espiritismo es completamente inofensivo para todas las religiones (se entiende, el verdadero Espiritismo); porque a la sombra de este nombre se amparan muchas ideas antagónicas, amantes de destruir por el sólo gusto de derrumbar lo pasado, sin crear para el porvenir, y el verdadero Espiritismo no aspira a derribar los templos, porque una gran parte de la humanidad los necesitan todavía, porque antes de suprimirlos, se necesita levantar Universidades de libre enseñanza, academias y ateneos para obreros, asilos agradables y humanitarios para los niños huérfanos, hospitales y casas de salud alegres, con todas las condiciones que requiere la higiene para que en ellas se curen los enfermos y vivan los ancianos indigentes. Es preciso construir grandes escuelas y que en ellas la instrucción sea gratuita y obligatoria, es indispensable moralizar la sociedad, armonizarlo todo; dulcificar nuestras costumbres; humanizar nuestros fieros instintos; desterrar de nosotros el profundo egoísmo que corroe lentamente la base del orden social; necesitamos huir de la envidia.

Hace falta crear una escuela de moral sublime, de virtud evangélica, de abnegación sin límites; y cuando la mayoría de los adeptos al Espiritismo, se distingan por su amor, su tolerancia y su ardiente caridad; los hombres sin violencia, sin esfuerzo alguno aceptarán el Espiritismo como aceptarían cualquier creencia que los consolara, que los regenerara, que los engrandeciera, que les diera los conocimientos suficientes para saber de donde vienen y a donde van; y como el Espiritismo nos dice y nos prueba de donde venimos, porqué sufrimos y a donde iremos por ley natural; como es la doctrina más consoladora y más racional que hasta ahora se ha conocido, por esto auguramos que el Espiritismo será la religión del porvenir, pero lo será por consecuencia lógica, por el cumplimiento inevitable de la ley del progreso, y no por la violencia, no por el abuso, no por la guerra que emprendamos con las demás religiones, porque no tenemos derecho a provocar la lucha:

¿Qué son las religiones?

¡Manifestaciones del progreso!

¿Qué es el Espiritismo?

¡Otra manifestación de adelanto!

¿Qué han hecho las religiones?

Hacer su trabajo, cumplir con su cometido, y seguirán viviendo todo el tiempo que la humanidad las necesite, y el Espiritismo a su vez irá extendiendo su enseñanza, irá despertando la atención de muchos indiferentes y la curiosidad de los sabios, y éstos estudiarán como ya estudian hoy, y se descubrirán nuevas leyes científicas. Entre las autoridades científicas que aceptan el Espiritismo se encuentran hombres verdaderamente grandes.

¿Quién podrá disputarle su ciencia a Alfred R. Wallace, presidente de la asociación antropológica de Londres?.

A Camilo Flammarion, astrónomo.

A William Crookes, químico inventor del radiómetro.

A Maximiliano Pertij, profesor de Historia natural en la Universidad de Berna.

A Víctor Hugo, gran filósofo.

A Emilio Castelar, poeta que escribe en prosa. Y tantos y tantos genios eminentes, cuyos nombres no es posible enumerar, que miran la escuela espiritista como una evolución y adelanto del progreso.

El Espiritismo no ha venido a pronunciar la última palabra ni en ciencia, ni en religión. Resistirá siempre a sus detractores, y las humanidades verán que es ¡Armónico! ¡Serenos! ¡Religioso y racionalista!. Seguirá encontrando dificultades y avanzará entre ellas, que nunca el progreso avanzó por caminos de flores; pero no se detendrá, seguirá a través de los siglos su eterno viaje.

¡Verá germinar la vida en los escombros de antiguas civilizaciones, y otras nuevas estudiarán en las páginas del infinito!.

¡El Espiritismo no es precisamente una religión!

¡Es la vida de la humanidad!

¡Es la razón de nuestro ser!

¡Es la verdad que atestigua la existencia eterna del Espíritu!

¡Porqué decir si quiere o no quiere cultos!

¡Que le importa al Espiritismo el comercio de las religiones!

Si él no viene más que a decir a los hombres, ¡La muerte no existe!.

No hay más que metamorfosis, continúa la reproducción universal.

Si hay algún habitante en este pobre planeta convencido de que Dios es justo, sin duda alguna, este individuo, es el espiritista racionalista. Ese es el que reconoce que si hoy es pobre, es que ayer fue un mal rico.

Ese es, el que comprende que si hoy vive solo, es porque ayer no supo amar.

¡Dios es justo! porque a cada uno da según sus obras.

¡El Espiritismo es Eterno porque es la comunicación de los espíritus!

¡Es el lazo que une a la gran familia universal!

El Espiritismo no quiere catedrales, ni riquezas, ni poder, sólo desea que se imite el ejemplo de Jesús.

El Espiritismo sólo quiere el progreso en todas las esferas sociales.

Interrogad a vuestro sentido común y a vuestra razón, preguntaos si no sería la negación de la bondad de Dios, una condenación perpetua por algunos momentos de error.

¿Qué es en efecto, la duración de la vida, aunque fuese de cien años, comparada con la Eternidad?.

¿Comprendéis bien esta palabra?

¡Sufrimientos, torturas sin fin y sin esperanza, por algunas faltas!

¿No rechaza vuestro juicio semejante pensamiento?

Que los antiguos vieran en el Señor del Universo un Dios terrible, celoso y vengativo, se comprende. En su ignorancia atribuyeron a la divinidad las pasiones de los hombres; pero no es ese el Dios de los Cristianos, que coloca el amor, la caridad, la misericordia y el olvido de las ofensas en el número de las principales virtudes.

¿Y podría Él carecer de las cualidades que han constituido en deberes? ¿No es contradictorio atribuirle la bondad infinita y la infinita venganza?. Decimos que ante todo es justo, y que el hombre no comprende su justicia; pero ésta no excluye la bondad, y no sería bueno si condenase a penas horribles y perpetuas al mayor número de sus criaturas.

¿Podiera haber impuesto a sus hijos la justicia como una obligación sino les hubiese dado medios para comprenderla?. Por otra parte, la duración de las penas depende del esfuerzo para mejorarse, ¿No es la sublimidad de la justicia unida a la bondad? En esto consiste la verdad de lo siguiente: “A cada uno según sus obras”.

Dedicaos por todos los medios que estén a vuestro alcance a combatir la idea de las penas eternas, pensamiento blasfematorio de la justicia de la bondad de Dios. Origen fecundo de incredulidad y de indiferencia que ha invadido las masas, desde que su inteligencia a empezado a desarrollarse.

Mientras el mal exista entre los hombres, subsistirá el castigo. El día en que todos los hombres vistan la toga de la inocencia, ese día concluirán los gemidos por medio del arrepentimiento.

¡Eternidad de los castigos! Sería pues admitir que el mal sería eterno. Sólo Dios es Eterno y no ha podido crear el mal eterno, pues de no ser así, necesario sería negarle el más precioso de sus atributos; el poder soberano; pues no lo sería si creara un elemento destructor de sus obras, ¡Humanidad! No fijes tus miradas en las profundidades de la Tierra, espera, refúgiate en la idea de un Dios bueno, poderoso y esencialmente justo.

Gravitar hacia la unidad divina, he aquí el objeto de la humanidad. Tres cosas son necesarias para lograrlo: “La justicia, el amor y la ciencia; son estas tres contrarias a: la ignorancia, el odio y la injusticia”.

La idea del infierno con sus hornos calientes y bullidoras calderas, pudo ser tolerada, es decir perdonable en un siglo de hierro; pero en el actual no es más que un fantasma que sólo sirve para espantar a los niños, y en lo que no creen estos cuando llegan a hombres. Insistiendo en ello engendra la incredulidad, madre de toda desorganización social. ¡Hombres de fe ardiente y viva, vanguardia del día de luz, a la obra pues, no para mantener desacreditadas fábulas, sino para vivificar formas apropiadas a vuestras costumbres, a vuestros sentimientos y a las luces de vuestra época!.

Se quiere excitar al hombre al bien y alejarse del mal con el incentivo de las recompensas y el temor de los castigos; que sólo son efectos de una causa, pero si estos se pintan de modo que la razón se niegue a creerlos, no tendrán en aquél ninguna influencia, y harán que el hombre lo rechace todo. Preséntese por el contrario, de una manera lógica y no lo rechazarán. El Espiritismo ofrece esta explicación. Reconociendo la filosofía de Kardec, no hacemos más que preparar la Tierra, despertando la curiosidad de algunos hombres pensadores; y éstos más tarde, después de haber leído y estudiado las obras espiritistas, serán los elegidos del progreso para decir al mundo la verdad.

El progreso necesita los grandes sacerdotes de las ideas, los entendidos escritores, las almas generosas que consagren su vida a difundir la luz del infinito.

Cristo decía: dejad venir a mí los pequeñitos; por esto nosotros (pequeñitos en inteligencia), no hemos titubeado en proclamar la verdad del Espiritismo, ¡Que tras de nosotros se adelantan los sabios del porvenir!.

Estamos conformes en que Cristo ha sido uno de los mediadores que ha habido entre Dios y la humanidad, como antes de Él lo fueron Cristna y Moisés y como lo han

sido todos los espíritus fuertes, grandes en la lucha, y heroicos en la prueba, como lo han sido todos los trabajadores que han aprovechado todas sus existencias sin desperdiciar el tiempo en ningún momento.

Cristo, en los tiempos modernos es la primera figura de la vida, del sentimiento, de la abnegación y del sacrificio. Él vino a establecer la concordia, y es el mediador de nuestros días, porque ha sido Maestro de los filósofos y de los mártires, y hoy vela la filosofía de los tiempos.

Desgraciadamente el enviado de Dios no fue comprendido; y la escuela que ha querido representar el cristianismo siempre a puesto barreras para impedir el desarrollo del gran ideal: ideal transmitido a los profetas de la ley Divina; y no es cristiano el que opone obstáculos al progreso que inició Cristo en nuestros días, ¡No!

El mártir del Gólgota no vino a levantar altares, vino a envolverlos con la esencia de la ciencia que es el aroma de Dios. Vino a inspirarnos ese sentimiento de la fraternidad universal, porque él quería y deseaba la armonía social ¡Con la unión de todos los pueblos! ¡Con la intimidad de las almas! ¡Con la fusión de las inteligencias! ¡Con el amor de los espíritus! Que el Espiritismo en nuestros días desenvuelve por medio de la comunicación de los que ayer llorábamos perdidos.

¡El Espiritismo es el gran mediador entre los hombres y el Ser Supremo!

Los espíritus nos dicen que viven, y en la eterna vida del Espíritu, en su progreso indefinido, en su individualidad nunca perdida, se descubren horizontes infinitos que extasian el alma de placer.

¿Que valen todas las oraciones que pronunciamos ante las mudas imágenes de los santos, con la invocación ardiente que hace el Espíritu atribulado en un momento de amargura recordando a su seres queridos perdidos al parecer en el caos de la tumba?. Y en aquel instante de agonía suprema se escucha una voz amada que nos dice; no llores; eres culpable pero no eres reo de muerte, porque ningún hombre o mujer puede morir.

¡Trabaja si quieres ser grande!

¡Progresa si quieres ser justo!

¡Ama, ama y espera, que mundos y más mundos esperan tu llegada para que seas un ángel de redención!

Ayer hablaban los espíritus en los templos, y les decían a un corto número de sacerdotes: ¡Instruid a los pueblos! ¡Moralizadlos! ¡Engrandecedlos! Pero los ungidos del Señor, levantaron ídolos y formaron la ignorancia, y crearon el fanatismo religioso que tan tristes consecuencias les ha reportado a los pueblos.

Hoy, los espíritus están diseminados por el templo de la Creación y dicen: ¡Los muertos viven! ¡Resucitad vosotros, que si estáis vivos en la carne, estáis muertos en el Espíritu! ¡Despertad! Que estáis aletargados con el opio del embrutecimiento.

El culto a las imágenes es necesario para ciertas almas, y cada cual debe tomar el alimento que pueda digerir; pero los espíritas tenemos derecho a demostrar que entre vestir una imagen gastando una fortuna en joyas para adornarla, o alimentar unos obreros sin trabajo, es más beneficioso y más racional el segundo que el primero; y algo ya se va comprendiendo en esta época. Dejemos que cada hombre siga su rumbo y nosotros seguiremos el nuestro, dejemos que cada cual siga el suyo, que en la Creación todos tenemos derecho para manifestar lo que sentimos.

Nosotros reprobamos altamente cuando las masas populares exaltadas, e ignorantes, han cometido atropellos con las comunidades religiosas, ¡Buen modo de progresar! ¡Buen modo de implantar la libertad cohibiendo el derecho de reunión de los otros! Lo que nosotros queremos es la tolerancia para todos.

Una era de paz vendrá, porque Cristo fue el precursor de ella. Él representó en la Tierra el carácter sustancial de la verdad. Él fue la luz del mañana. Su predicación se repite

LA LUZ DEL POVENIR

en nuestros días, nuevos apóstoles anuncian la buena nueva, de todos los tiempos; ¡Esa moral Purísima que nos conduce a Dios!.

El Espiritismo es el encargado actualmente de hablar a la humanidad; pues bien, que la iglesia es la asamblea de todos los hombres virtuosos, de todos los espíritus amantes de la justicia, para pertenecer a ella no se necesita otro noviciado que el sentimiento de lo justo, ni otro signo exterior que la bondad de las obras.

El Espiritismo anuncia que Dios es el padre de todos los seres inteligentes y libres, la bondad infinita y la justicia absoluta, y que ninguno de sus hijos serán jamás excluidos de su amorosa providencia; más para acercarnos a ÉL, hemos de ser justos y buenos.

Anuncia que es la ley de la Creación, La redención universal depende del uso de la libertad de cada uno. Son redentores de la humanidad los elevados espíritus que con la palabra y el ejemplo inoculan en las generaciones humanas el amor y la justicia.

Anuncia que el único templo digno del Creador es la Creación. Llegará el día en que todos sentirán esta verdad, y entonces la techumbre solamente será las estrellas y el infinito.

Anuncia que la redención, la justicia y la verdad, es la luz que ilumina a todo hombre que viene al mundo. Ella es la divina antorcha de la conciencia. Y como la Tierra no es la única morada de la vida, del pensamiento y de la libertad, ni la humanidad terrestre la humanidad universal; el Espiritismo proclama la unidad de origen y los destinos de todas las criaturas racionales diseminadas en los infinitos mundos del Espacio. Proclama que así como las orbes se transmiten recíprocamente su luz, las humanidades que en ellos moran se transmiten los efluvios de su pensamiento y voluntad. Con la luz de los soles nos llega la inspiración de las almas puras. Para ellas la libertad no tiene más límite que la Omnipotencia de Dios. Son los dichosos mensajeros de la revelación Divina.

Proclaman por último, que la vida sobre la Tierra no es sino una jornada de la vida perenne de los espíritus.

Nuestro destino es ascender, ascender siempre por la libertad y la justicia.

Hemos de visitar todas las ciudades donde tenemos hermanos, para abrazarlos y estrechar los fraternales vínculos.

¿A qué edificar Dios esos mundos y ciudades y ponerlas a nuestra vista si no habíamos de visitarlas? ¿A qué darnos hermanos si no hubiésemos de conocerlos, amarlos y constituir con ellos una familia?. La constitución de esta universal familia por el triunfo de la verdad, de la justicia y del amor es el ideal del Espiritismo y su suprema aspiración. Aún los errores nos oprimen y ofuscamos los entendimientos; aún prosperan entre nosotros la falsía, la mentira y el orgullo; aún hay corazones que destilan odio, aún abundan las conciencias rebeldes que se desentienden, hijos ingratos que niegan al padre de quien han recibido la luz, la vida y la libertad; pero, ¿No venimos de las manos de Dios? ¿No somos, vivimos y nos movemos en ÉL? ¿Acaso podemos huir de su regazo y emanciparnos de su paternal tutela? ¿Adonde iremos que Dios no esté con nosotros, dónde podremos escondernos de su bondad? ¡En ninguna parte, en ningún paraje, en ningún lugar puede el hombre ocultarse huyendo de Dios! ¡Dios está con él, en el santuario de su conciencia!.

La eterna mirada del gran Ser, al fijarse en nuestra cuna, se fija simultáneamente en nuestra tumba, y al disgregarse nuestra envoltura, nuestro Espíritu encuentra a ese mentor divino que le dice: Reanuda de nuevo tu tarea, emprende animoso tu interrumpida jornada, obrero del progreso pide, trabajo a las fábricas del infinito, que todos los mundos son creados para ti.

¡Cuan grande es el porvenir del Espíritu!

Ante este porvenir espléndido ¿Qué son las religiones con su pequeño cielo y sus regiones sombrías? ¡Menos que gotas de rocío en las orillas del mar! ¡Menos que granos de arena ante los mundos del infinito!

La humanidad es la primogénita de los siglos; sus primeros pasos han sido las religiones; que todos los niños cuando comienzan a andar se caen y se levantan repetidas veces.

Mas la humanidad dejará de ser pequeña, dejará de tropezar y caer, y joven y vigorosa, se entregará al estudio de la ciencia y en la ciencia encontrará los atributos de Dios.

Los espiritistas creemos en un solo Dios, inteligencia suprema, causa primera de todas las cosas, infinito, incomprensible en su esencia inmutable, inmaterial, Omnipotente, soberanamente justo, bueno y misericordioso.

Creemos que este Ser que reúne en sí todos los atributos infinitamente perfectos, es el Dios de toda la eternidad.

Creemos que Dios ha hecho al hombre para que le comprenda y le ame, gozando cuando lo haya merecido, de la felicidad celeste.

Creemos que Dios ha impuesto a la Creación una ley inalterable: “El Bien”.

Creemos que la adoración a Dios es amando y practicando el bien.

Creemos que Dios no exige que el hombre profese determinada religión, sino que sea humilde y bueno, y sobretodo que ame a su prójimo como a sí mismo.

Creemos que para adorar a Dios, el mejor altar es el corazón del hombre y su mejor culto una moral intachable.

Creemos que entre todos los espíritus mandados a la Tierra con misiones divinas, Jesús, fundador del cristianismo, es quien ha enseñado la moral más pura que consta en muchas de sus predicaciones en los Evangelios.

Creemos en la existencia del alma o Espíritu, Ser inmaterial, inteligente, libre de acciones, e inmortal y estrictamente responsable ante Dios.

Creemos que cada Espíritu va progresando según sus obras.

Creemos que en el espacio hay infinidad de mundos habitados por seres pensadores, sometidos como nosotros a la ley del progreso universal e infinito que conduce a Dios.

Creemos en la pluralidad de las existencias del alma, o lo que es lo mismo, en la reencarnación del Espíritu en mundos adelantados o de inferioridad según se encuentre, recorriendo así una escala progresiva en el camino de su perfección.

Creemos que la comunicación con los espíritus desencarnados es útil para la enseñanza de la humanidad, porque revela al hombre sus futuros y eternos destinos y las leyes a que están sujetos, teniendo por consiguiente, un carácter moralizador en alto grado; es consoladora porque garantiza a los que sufren y se aman, cómo reunirse en mundos mejores si lo merecen; porque revelan al hombre multitud de acciones desconocidas de la naturaleza, que provocan los desencarnados al manifestarse.

Creemos, por último, que el Espiritismo como ciencia consagrada a tan transcendentales estudios, está llamado a regenerar el mundo, inculcando en el corazón del hombre las sublimes verdades que enseña.

El Espiritismo no aspira a destruir lo existente, lo que anhela es moralizar la humanidad.

A los pueblos que viven estacionados no se les puede quitar sus altares, porque no sabrían donde guarecerse las multitudes atribuladas, lo que debe hacerse es levantar grandes centros de instrucción gratuita y obligatoria.

Al hombre no se le puede obligar a que deje a sus dioses, pero sí se le debe obligar a instruirse y moralizarse; y cuando las humanidades estén más instruidas y por lo tanto más adelantadas, no necesitará ningún determinado paraje para rezar; porque cada

cual lo hará en el sagrado templo de su conciencia. Los buenos espíritus no se imponen, no coartan la voluntad de nadie; si se impusieran como dice la Iglesia, que fuera de su credo no hay salvación; entonces sería el Espiritismo una nueva secta con su formalismo, una nueva imposición tan pequeña como las demás religiones; pero el Espiritismo es más racional, es más armónico, él, lo que únicamente dice, que fuera de la caridad no hay salvación; aconsejando al hombre que estudia, que no se conforma con la aparente muerte del cuerpo; que hay algo que vive más allá de la tumba, que el Espíritu siente, piensa y quiere sin perder en el transcurso de los siglos su eterna individualidad.

Esto hace el Espiritismo, su misión es enseñar los horizontes de la vida.

Testamentario del progreso, es el encargado de entregar a la humanidad el gran legado del trabajo, que es el centinela de la virtud.

La vida es una línea férrea y el sepulcro es un túnel por el cual hay que pasar para ir a otras estaciones, que en lenguaje vulgar se llaman mundos.

Es muy cierto que con la luz de la inteligencia se puede adquirir la verdad del infinito; esto tratamos nosotros de hacer, esforzamos nuestra imaginación para encontrar el porqué de todas las cosas.

Creemos que las luchas son las sacudidas del progreso, pensamos que luchar es vivir, es decir, luchar moralmente, porque los combates de la violencia son incompatibles con el hombre civilizado.

La guerra es el crimen de la sociedad, y estamos muy conformes en lo que dice Víctor Hugo: Guerra a la guerra.

Creemos que la verdad no necesita la pompa del culto externo: lo único que es necesario buscar, es la revelación del verdadero culto religioso, apropiado a la lógica y a la razón.

Nuestra época, positivista por excelencia, necesita una religión despojada de formalismos, esencialmente realista, matemática por decirlo así.

Los ángeles buenos y malos, los elegidos y los bienaventurados, han de ser necesariamente sustituidos por obreros amantes del trabajo, por espíritus fuertes, decididos en la lucha y resignados en la prueba; por almas generosas, que ya se encuentran encarnadas en la Tierra, bien estén desprendidas de su envoltura material, trabajen activamente en su progreso, o en hacer progresar a las generaciones pasadas, presentes y venideras.

¿Tiene acaso el Espíritu una sola existencia?. La reencarnación es la síntesis de la vida, negarlo sería negar el progreso y la luz del Espíritu.

El bello ideal del hombre en todas las edades ha sido esperar en el mañana, y el mañana del progreso es armónico, es grande, es sublime, es digno de Dios; porque el porvenir de la humanidad debe corresponder a la Omnipotencia y a la misericordia del que con su aliento formó la Luz.

El aniquilamiento de la vida, lo puede soñar el hombre en su delirio, pero nunca lo realizará Dios. La eternidad no es un tiempo muerto, es por lo contrario, una acción eterna, un trabajo incesante, un progreso indefinido. La eternidad es el tiempo, ¿Y qué hacemos con el tiempo? Trabajar, trabajar en la Tierra, trabajar en la erraticidad, trabajar en mundos mejores, trabajamos siempre, porque el trabajo es la vida.

¿Hay algún hombre en el mundo que pueda definir lo que es Dios? ¡Ninguno! Absolutamente ninguno; toda la ciencia humana se detiene ante este misterio...

¡Ante este problema!

¡Ante esa fuerza eterna!

¡Ante esa vida infinita!

¡Ante esa voluntad Omnipotente!

¡Ante esa ley inmutable!... Que marca la rotación de los planetas y le da instinto al insecto para crearse un albergue.

AMALIA DOMINGO SOLER

De Dios vemos los efectos; conjeturamos que existe una causa superior a todo lo creado; pero nada más... y de ese foco de sabiduría y de amor, del cual recibimos las irradiaciones, pero cuyo punto central no podemos fijarlo.

Nosotros seguimos las indelebles huellas de los grandes reformadores de ayer; somos la ampliación de la reforma; queremos el progreso universal, el reinado de la paz sobre la Tierra, la ley del amor, código del mundo; queremos, en fin, la fraternidad en acción, y no pueden ser supersticiosos y fanáticos los que sólo admiten a Dios como causa, a la Creación como efecto, y al progreso como intermediario entre Dios y el hombre.

CAPÍTULO VIII

LA IDEA DE DIOS

La armonía y la sabiduría que se entiende desde el grano de arena hasta los astros innumerables y de tamaño inconmensurable que circulan en el espacio, hay que deducir que esta inteligencia abraza lo infinito, a menos que se diga que hay efectos sin causa.

La existencia de Dios por lo tanto es un hecho demostrado, no sólo por la revelación, sino también por la evidencia material de los hechos. Los pueblos más salvajes no han tenido revelación, y sin embargo creen instintivamente en la existencia de un poder sobrehumano; ven cosas superiores a la capacidad de la inteligencia humana y deducen que procede de un ser superior a la humanidad.

No es dado al hombre sondear la naturaleza íntima de Dios. Temerario empeño sería el de quien pretendiera levantar el velo que le oculta a nuestra vista: nos falta aún el sentido necesario para ello, el cual no se adquiere sino con la completa purificación del Espíritu. Pero si no puedes penetrar en su ciencia, se puede por el raciocinio llegar al conocimiento de sus atributos necesarios.

Sin conocer los atributos de Dios sería imposible comprender la obra de la Creación. Es el punto de partida de todas las creencias religiosas, y la mayor parte de ellas se han equivocado en sus dogmas. Las que no han atribuido a Dios la Omnipotencia, han imaginado diferentes dioses; y las que no le han atribuido la soberana bondad, han hecho de Él un Dios celoso, colérico, parcial y vengativo.

Dios es la Suprema y Soberana Inteligencia.

La inteligencia del hombre es limitada, puesto que no puede hacer ni comprender todo lo que existe. La de Dios que abraza el Infinito, es Infinita.

Dios es Eterno.

Es decir que no ha tenido principio ni tendrá fin. Si hubiese tenido principio, es que habría salido de la nada, pero es que la nada, nada puede producir.

Dios es Inmutable.

Si estuviese sujeto a mudanzas, las leyes que gobiernan el Universo no tendrían estabilidad alguna.

Dios es Inmaterial.

Es decir que su naturaleza es diferente de todo lo que nosotros llamamos material: de otro modo no sería inmutable, porque estaría sujeto a las transformaciones o mudanzas de la materia.

Dios no tiene forma Apreciable por Nuestros Sentidos.

Pues sin eso sería materia. Estas imágenes en que se presenta a Dios bajo la figura de un anciano de larga barba y cubierto con un manto, son ridículas. Tienen el inconveniente de reducir al ser supremo a las mezquinas proporciones de la humanidad: de ahí, a prestarle las pasiones de la humanidad y hacer de Él un Dios colérico y vengativo, no hay más que un paso.

Dios es Omnipotente.

Si no fuera así, no habría hecho todas las cosas.

Dios es Soberanamente Justo y Bueno.

La sabiduría providencial de las leyes divinas se revela así en las cosas más pequeñas como en las más grandes, y esta sabiduría no permite dudar de su justicia y de su bondad. Estas dos cualidades suponen todas las demás: es infinitamente bueno, y sus obras dan testimonio de su sabiduría, de su bondad, y de su pródigo amor. La soberana bondad supone la soberana justicia.

Dios es Infinitamente Perfecto.

Imposible es concebir a Dios sin lo infinito de las perfecciones.

Dios es Único.

La unidad de Dios es la consecuencia de lo infinito de sus perfecciones. La ignorancia del principio de lo infinito de las perfecciones de Dios, es la que ha engendrado el politeísmo, culto de todos los pueblos primitivos, que atribuyeron a la divinidad todo poder que les parecía superior al de la humanidad. Más tarde, los progresos de la razón han conducido a confundir todos estos poderes en uno solo, y luego a medida que los hombres han comprendido la esencia de los atributos Divinos, han suprimido de sus símbolos las creencias que envolvían su negación.

En resumen, Dios no puede ser aventajado en nada por ningún otro ser, por eso es infinito en todo, así es que comprobada la existencia de Dios por sus obras se llega por simple deducción lógica a determinar los atributos que le caracterizan.

Dios es la Soberana y Suprema Inteligencia: Único, Eterno, Inmutable, Inmaterial, Omnipotente, Soberanamente Justo y Bueno, e Infinito en todas sus perfecciones; y no puede ser otra cosa. Tal es el fundamento sobre el que descansa el edificio universal, es el faro cuyos rayos se extienden por el Universo entero y el único que puede guiar al hombre en la investigación de la verdad. Siguiéndole nunca se extraviará, y si tantas veces se ha extraviado, es por no haber seguido el camino que le estaba indicando.

Este es también el criterio infalible de todas las doctrinas filosóficas y religiosas. El hombre tiene que juzgarlas rigurosamente en los atributos de Dios; y puede decirse con certidumbre que toda teoría, todo principio, todo dogma, toda creencia, toda práctica que esté en contradicción con uno solo de estos atributos, que tendieran no ya a anularlos sino a disminuirlos, es un error, está fuera de la verdad.

En filosofía, en psicología, en moral, en religión sólo es verdad lo que no se aparta un ápice de las cualidades de la divinidad.

La religión perfecta sería aquella cuyos artículos de fe estuvieran en todo punto en consonancia con esas cualidades; cuyos dogmas pudieran sufrir las pruebas de esa confrontación sin menoscabo alguno.

La escuela que reconoce a Dios como causa primera, y admite el progreso indefinido del Espíritu, no pertenece a los sistemas impíos, ni a las científicas aberraciones.

CAPÍTULO IX

LOS MUNDOS HABITADOS

¿Están habitados todos los mundos que circulan en el espacio?.

¡Sí! Y el hombre de la Tierra está muy lejos de ser el primero en inteligencia, en bondad y en perfección como él presume. Sin embargo hay hombres que se creen bastante autorizados para aseverar que este pequeño globo es el único que tiene el privilegio exclusivo de ser habitado por seres racionales. ¡Qué orgullo y qué vanidad! Creen que Dios ha creado el Universo para ellos solos.

Dios ha poblado los mundos de seres vivientes, que concurren todos al objeto final de la providencia. Creer que los seres vivientes están limitados al punto del Universo que habitamos, sería poner en duda la sabiduría de Dios que nada ha hecho inútil. A estos mundos les ha debido designar un fin más serio que el de recrear nuestras vistas, por otra parte, nada, ni la posición ni el volumen, ni la constitución física de la Tierra, pueden hacer suponer razonablemente que tenga privilegio de estar habitada con exclusión de tantos millares de mundos semejantes.

¿Es una misma la constitución física de los diferentes globos?.

¡No!, Ni se asemejan en nada.

¿No siendo una misma para todos la constitución física de los mundos, se sigue que los seres que lo habitan tenga diferente organización?.

¡Sin duda alguna!, A la manera que en el vuestro los peces están hechos para vivir en el agua, y las aves en el aire.

¿Los mundos más alejados del Sol están privados de la luz y del calor, puesto que sólo se ven en apariencia de una estrella?.

¿Creéis por ventura que no hay otros manantiales de luz y de calor que el Sol, y contais acaso nula la electricidad que en ciertos globos produce unos efectos mucho más importantes que en la Tierra y que os son del todo desconocidos?.

Además, nadie os ha dicho que todos los seres vean de la misma manera que vosotros, y con órganos confeccionados como los vuestros.

Las condiciones de existencia de los seres que habitan los diferentes mundos deben de ser apropiados al centro en que están llamados a vivir. Si nunca hubiésemos visto peces, no comprenderíamos que en el agua pudiesen vivir seres animados. Lo propio sucede en otros mundos que sin duda encierran elementos que nos son desconocidos. ¿Acaso no vemos en la Tierra las largas noches polares iluminadas por la electricidad de las auroras boreales? ¿Hay algún imposible que en ciertos mundos la electricidad sea más abundante que sobre la Tierra, y ejerza unas funciones generales cuyos efectos no podemos comprender? Estos mundos pueden tener en sí mismos los manantiales del calor y de la luz necesarios a sus habitantes.

¿Quién puede dudarle? La vida germina y funciona en toda la Creación, la Tierra no es más que uno de sus planetas donde el alma pensadora no encuentra realizado el ideal de su sueño. Pesa sobre la Tierra una gran calamidad; hay una tendencia en nuestro tiempo marcada a colocarlo todo en esta vida.

He aquí una gran verdad, el materialismo niega el Más Allá, y las religiones no aceptan más que la Tierra como centro de acción de las humanidades: y los unos y los otros, le arrebatan al hombre lo más hermoso, la esperanza lógica, basada en la más profunda convicción de ilimitado porvenir. Afortunadamente una antigua escuela filosófica renace hoy a la vista del estudio, y preocupa a muchos sabios. **Víctor Hugo y Allan Kardec** son adeptos de ella: escuchemos al primero hablando de la certeza del porvenir.

Hay una desgracia en nuestro tiempo y casi estoy por decir que hay una tendencia marcada a colocarlo todo en esta vida. Al dar por fin el hombre la vida terrestre y material, se agravan todas las miserias por la negación, que es su término, se añade el abatimiento, el peso insoportable de la nada, y de lo que no era más que el sufrimiento, es decir, la ley de Dios; se hace la desesperación, es decir, la ley del infierno; de aquí proviene las profundas convulsiones sociales.

Ciertamente que soy de los que quieren con inexplicable ardor y por todos los medios posibles mejorar en esta vida la suerte material de los que sufren; pero la primera de las mejoras es darles la esperanza. ¡Oh! ¡Y como se aminoran nuestras miserias finitas cuando se mezclan a ellas una esperanza infinita!

Nuestro deber, cualquiera que seamos nosotros, legisladores u obispos, sacerdotes o escritores, es esparcir y prodigar bajo las formas, toda la energía social para combatir y destruir la miseria. Y al mismo tiempo hacer levantar las cabezas hacia el Cielo, dirigir todas las almas, volver todas las esperanzas hacia una vida ulterior donde se hará justicia a todos. Digámoslo de una vez, nadie habrá inútil-mente sufrido. La muerte es una restitución.

La ley del mundo material es el equilibrio; la ley del mundo moral es la equidad. Dios se halla al final de todas las cosas; no lo olvidemos y enseñémoslo a todo el mundo: no habría ninguna dignidad en vivir, ni esto merecería la pena, si debiera morir todo en nosotros; y lo que santifica la labor y aligera el trabajo, lo que hace al hombre fuerte, bueno, sabio, paciente, benévolo, justo, humilde y grande, a la par digno de inteligencia, digno de la libertad, es tener delante de sí la perpetua visión de un mundo mejor, irradiando a través de las tinieblas de esta vida. Por lo que a mí toca, yo creo profundamente en ese mundo mejor; mundo mil veces más real a mis ojos que esta miserable quimera que devoramos y que llamamos vida; mundo que tengo sin cesar a mi vista, mundo en el cual creo con toda la fuerza de mi convicción, y que tras largas luchas, afanosos estudios y fuertes pruebas ha venido a ser la certidumbre suprema de mi razón y el supremo consuelo de mi alma.

Consuelo supremo es sin duda la certidumbre de la continuidad de la vida y el medio más seguro para el progreso del Espíritu, que como dice bien Allan Kardec en la conclusión de su filosofía:

El progreso de la humanidad tiene su principio en la aplicación de la ley de la justicia, de amor y caridad, y esta ley está fundada en la certeza del porvenir. Quitad esta certeza y quitaréis a aquella, su piedra fundamental. De semejante ley derivan todas las otras, porque ella contiene todas las condiciones de la felicidad del hombre. Sólo ella puede curar todas las plagas de la sociedad, y el hombre puede juzgar comparando las edades y los pueblos, ¡Cuanto mejora su condición a medida que esa ley se comprende y practica mejor!. Si una aplicación parcial e incompleta produce un bien real, ¡Qué no será cuando ella venga a ser la base de todas las instituciones sociales! ¿Pero es eso posible? Sí, puede pues juzgarse el porvenir por el presente. Ya estamos viendo extinguirse poco a poco las antipatías de pueblo a pueblo; los valladares que los separan caen ante la civilización; se dan la mano de un extremo a otro del mundo; mayor justicia preside a las leyes internacionales; las guerras son de menos en menos frecuentes, y no excluyen los sentimientos humanitarios; las distinciones de razas y de castas gradualmente van desapareciendo, y los hombres de distintas creencias se van confundiendo en la adoración de un solo Dios. Nos referimos a los pueblos que marchan a la cabeza de la civilización. Bajo todos estos aspectos estamos aún lejos de la perfección, y quedan todavía por derruir muchas ruinas antiguas, hasta que hayan desaparecido los últimos vestigios de la barbarie. Pero, esas ruinas ¿Podrán habérselas con la potencia irresistible del progreso, de esa fuerza viva que también es una ley de la naturaleza? Si la generación presente está más adelantada que la pasada, ¿Por qué la que nos sucederá no ha de estarlo más que la nuestra?.

LA LUZ DEL POVENIR

Así será por la fuerza las cosas, ante todo, porque con las generaciones desaparecen diariamente algunos campeones de los antiguos abusos, constituyéndose así, y poco a poco la sociedad de nuevos elementos que se han librado de las antiguas preocupaciones. En segundo lugar, porque queriendo el progreso estudia los obstáculos y se consagra en destruirlos.

Desde el momento que es incontestable el movimiento progresivo, el progreso venidero no puede ser dudoso

El hombre quiere ser feliz, lo que es natural, y sólo busca el progreso para aumentar la suma de la felicidad, sin la cual carecería aquel de objeto. ¿Dónde estaría el progreso para el hombre, si no hiciera mejorar su posición? Pero cuando posea la suma de goces que puede dar el progreso intelectual, se apercibirá de que no es completa su felicidad. Reconocerá que ésta es imposible sin la seguridad de las relaciones, semejante seguridad sólo puede encontrarla en el progreso moral. Luego por la fuerza de las cosas, él mismo dará esa dirección, y el Espiritismo le ofrecerá la más poderosa palanca para el logro de su objetivo.

Ciertamente, y falta hace que los pueblos progresen, porque ya encarnan en nuestro planeta espíritus amantes de la luz.

Las religiones con sus limitaciones y con sus pequeñísimos horizontes, tendrán que entrar en la vía del progreso, o les será forzoso descarriarla; porque indudablemente los cultos se van y la razón viene. La tradición quiere vencer al progreso, pero éste vencerá a la tradición, porque él es la suma total de los grandes ideales; y aunque encuentren a su paso obstáculos insuperables los vencerá con la potencia de su voluntad.

CAPÍTULO X

LOS MÉDIUMS Y SU MISIÓN

Existen unos seres dotados de ciertas facultades, las cuales dependen más bien de su constitución física que de la intelectual y moral, que con el auxilio de ellas se ponen en relación con los seres de ultratumba; los cuales se manifiestan de este modo con sus hermanos de la Tierra, que todavía no han dejado su vida material, dándoles así una prueba de su existencia real y positiva.

Estos seres a los cuales se le da el nombre de médiums, es porque sirven de intermediarios, o más bien de intérpretes entre los espíritus y los hombres terrestres; desempeñan un gran papel dentro del mundo moral: por medio de ellos sabemos nuestra pasada historia puesto que son en cierto modo, los ecos de nuestro ayer cuando nos refieren, del modo que la humanidad ha ido poco a poco progresando y saliendo de la oscuridad en que se hallaba envuelta en su infancia; todo lo cual es muy hermoso y muy grande; además por ellos ha sido desenvuelto el gran problema de la inmortalidad del alma y goces futuros, por medio de la práctica y del estudio; y hoy lo sabemos positivamente no porque nos lo haya dicho un hombre sabio y eminente, que tan sólo podía decirlo como hipótesis, sino porque nos lo ha demostrado el mismo Espíritu inmortal, con el auxilio de un médium que nos ha dado pruebas; pero pruebas palpables de su mediumidad; y el hombre que antes dudaba se ha convencido de la verdad y ha experimentado ese placer del conocimiento de los grandes ideales: pero todo eso no es nada comparado con la misión que viene a cumplir en este mundo el médium.

Los médiums no tan sólo sirven para mostrarnos la verdad que existe en el mundo espiritual, que es la inmortalidad de las almas, sino que sirve para algo más; abraza muchos más conceptos de lo que generalmente se cree; y, aparte de la grata impresión que nos causa el podernos comunicar por medio de ellos con los seres que nos son queridos, debemos considerarlos como instrumentos del progreso moral, puesto que por su intervención hemos conocido las sanas doctrinas que están llamadas a inundar el mundo con su luz.

Jamás Allan Kardec hubiera escrito el libro de los espíritus, si los médiums no hubiesen existido, jamás nosotros hubiéramos alcanzado la dicha y el placer que experimentamos sin su poderoso auxilio, ni los espíritus jamás se hubieran manifestado a los hombres terrenales, en todas las épocas y en todos los países, desde la más remota antigüedad sin la existencia de estos seres llamados a esparcir la luz por todas partes. ¡Cuan bella es su misión!. Ellos son los sacerdotes de la religión del porvenir; por medio de ellos se resolverán grandes problemas que hoy la humanidad todavía no comprende; y ganarán mucho las ciencias que se dediquen al estudio de la verdad por medio de los poderosos auxiliares que la divina providencia ponga en su camino; porque aparecerán mediumidades tales que serán el asombro de la humana inteligencia. ¡Ah!, ¡Si todos los médiums comprendiesen la grandeza de su misión! No caerían como caen muchos de ellos en los más graves errores, ni serían el ridículo y la burla de los enemigos de la verdad y del progreso; porque los médiums son instrumentos pasivos, por medio de los cuales los espíritus se comunican según las simpatías que por ellos tienen; así es que tan pronto se elevan en el ideal siendo la admiración de los que tienen el placer de escucharlos, como descienden en los más intrincados laberintos de la confusión y del error.

¿Y cuál es la causa de semejante contraste?

¿Por qué vemos a un médium dar una conferencia hermosa, que al escucharla parece que nos sentimos transportados a otras esferas mucho más felices, que las que por nuestro atraso, mal vivimos; y después este mismo médium de cuya boca salieron tan

dulces verdades, nos aburre con cosas pueriles y ridículas que son la causa de vacilaciones y de dudas?.

Sin duda alguna la falta de instrucción contribuye mucho que el médium no tenga todas las protecciones como deberían ser, dedicadas a desarrollar grandes problemas y poner siempre de manifiesto la más sana moral, y parte de eso, el convencimiento de la grandeza de la misión que Dios le ha confiado, la pureza de sus acciones y la práctica de la caridad. El médium puesto que conoce prácticamente la verdad debe ser el que más empeño tenga en practicarla para que no se diga de él lo que de aquellos que dicen y no hacen; y es mucho más responsable de sus acciones y de sus palabras, que los que ignoran las sabias leyes de Dios.

El orgullo y la vanidad son dos cosas gravísimas que debe desterrar de su corazón todo buen médium, si no quiere caer bajo dominio de espíritus imperfectos que le arrastrarían a su perdición obsesándolo: y una vez bajo su dominio, harían de él un juguete de sus caprichos; por esto los médiums deben ser humildes y si sus disertaciones son censuradas por hombres de más inteligencia que ellos, no deben enojarse ni resentirse por ello, pues han de pensar siempre que pueden muy bien tener una venda en los ojos que les impida ver sus propios errores; o lo que es igual, que pueden estar fascinados por algún Espíritu que les haga creer lo contrario de todo lo que dicen o escriben, y hacerles ver con sus halagos que son grandes médiums, y en realidad lo que expresan no son más que grandes disparates.

Instrucción, he aquí la gran palabra; caridad y humildad ésta es la práctica y junto con una conducta intachable, los médiums atraerán hacia ellos espíritus superiores y de mucha luz; los cuales formarán a su alrededor una verdadera muralla que les hará inaccesibles a los malos espíritus; puesto que cada obra buena que hagan atraerán hacia ellos espíritus más puros, a la par que se irán separando los del mal, ya que estos se unen a los hombres por afinidad y simpatía. Procurar pues seguir y practicar los consejos del sabio maestro si es que queréis ser los fieles intérpretes del Espíritu de la verdad; y nada tendréis que temer, porque sólo se os comunicarán Espíritus buenos que con sus sabios consejos harán marchar a la humanidad por la senda que conduce a la felicidad eterna; y vosotros después de cumplida vuestra misión seréis elevados a las esferas de la Luz. Sois de los llamados mas si no merecéis ser de los elegidos porque os dieron la oportunidad y preferísteis las tinieblas; en ellas andaréis envueltos largos siglos, si no procuráis imitar en cuanto os sea posible, al gran Médium de Dios que descendió a la Tierra para enseñarnos a amar y sufrir; haciéndonos marchar por la senda de la verdad, que es el único camino que conduce a la mansión de los grandes elegidos.

CAPÍTULO XI

LO INVEROSÍMIL

Es costumbre muy añeja en este mundo creer que no es verdad todo aquello que se separa de nuestro modo de ser; y así como cuando se lee la descripción de un crimen horrible se dice: ¡Jesús me valga! ¡Parece increíble que existan seres tan miserables!... de igual manera cuando leemos relatos de acciones generosas, decimos moviendo la cabeza en señal de incredulidad: ¡Qué inverosimilitud! ¡Esto es pintar como querer! ¡No hay seres en este mundo tan fuertes y tan virtuosos! ¡Es imposible!.

Estas o parecidas frases hemos oído repetidas veces después de haber leído en las sesiones espiritistas artículos referente a las memorias del Padre Germán, o haberse éste comunicado por conducto de un médium parlante.

Últimamente se comunicó dicho Espíritu y después se promovió discusión entre varios espiritistas, reconociendo que sus principios eran inmejorables, su moral sublime, tan sublime que rayaba en lo inverosímil.

Sin duda el Espíritu estaba escuchando las opiniones de todos, transcurrieron algunos días y volvió a comunicarse el Padre Germán, y de su magnífica comunicación vamos a copiar la última parte, porque ésta responde a las dudas que despiertan sus relatos negándoles la veracidad que legítimamente les corresponde, dijo así:

¿Creéis amigos míos que un hombre no puede resistir a la tentación de la carne, que no puede luchar con sus propios defectos vencidos en la batalla? Escasos conocimientos tenéis de la vida, cuando negáis hechos naturales que se desenvuelven dentro de la sana lógica en el terreno firme de la razón.

¿No sabéis que cada Espíritu se enamora de una virtud? Mejor dicho, de una buena cualidad, porque la virtud se puede decir que es el conjunto de los buenos sentimientos del hombre.

Todo ser tenedlo entendido, le rinde culto a un ideal, y llega a engrandecerse en el sentido que su aspiración, que su deseo dominante le conduce.

¿Creéis que no puede ser cierto que un alma encarnada en la Tierra tenga valor y poder para luchar con todas las seducciones que nos ofrece la vanidad y los falsos halagos del mundo? Pues, ¿Y qué diréis entonces de los hombres que sacrifican su vida en aras de un ideal político o religioso? Y recordar que son muchos los mártires que ha tenido la humanidad.

Antes de Cristo, en la época prehistórica, cuando aún vuestros historiadores no habían recopilado las memorias de las generaciones, un sin número de hombres inmolaron su vida en bien de su patria; en épocas posteriores, antes de la era cristiana, filósofos y guerreros murieron creyendo firmemente que con su sacrificio creaban una nueva civilización. Cristo, bien sabida es su historia, murió con el profundo convencimiento que con su muerte haría una verdadera revolución en el orden moral y religioso de la sociedad; y después de tantas heroicidades como han hecho los pueblos del pasado, ¿Por qué ponéis en duda la firme voluntad de un hombre dedicado a su progreso y al de los demás?.

¿Sabeis por qué dudáis de la verdad de mis hechos? Porque os han sido referidos sencillamente, porque no he mezclado en ninguno de mis actos ni el milagro ni el privilegio, como se ha supuesto en la historia de los reformadores de la humanidad, que la mayor parte de ellos el vulgo los ha convertido en enviados de Dios, en profetas inspirados por el Espíritu Santo, llegando a tanto la aberración humana que deificó a Cristo, cuando la vida de éste estuvo dentro de todas las leyes naturales, muchas de ellas desconocidas entonces, combatidas ahora, pero que no por esto ni la ignorancia de ayer, ni la incredulidad y petulancia de hoy le quitan ni un ápice a la eterna verdad de la naturaleza

que invariablemente armónica, desenvuelve la vida de los espíritus dentro de los límites proscritos por su adelanto moral e intelectual.

Leed la historia de todos los reformadores; y al leerla, descartad de ella todo lo fabuloso, milagroso y maravilloso; que como apéndice necesario lo ha aumentado la tradición y la leyenda, y despojados de los accesorios que les ha dado la ignorancia de los pueblos; los profetas, los mesías y los redentores de todas las épocas quedarán reducidos a simples hombres no perfectos y sí perfectibles.

Partís de un principio falso, muy falso, habéis divinizado a un reducido número de hombres y habéis infamado al resto de la humanidad negándoles virtudes que quizás la mayoría posee, que están en germen y esperan el momento propicio para dejar la estrecha célula en que viven, y de larvas informes convertirse en pintadas mariposas.

Entre los grandes perjuicios que han causado las religiones, sin negarles por esto los beneficios que han reportado a las civilizaciones, el mayor sin duda ha sido darle un tinte milagroso a los efectos naturales de las causas motoras de la vida, el sustituir los dioses del paganismo con los santos del catolicismo; ha sido la perdición de la humanidad porque lo justo y lo razonable ha perdido su veracidad; y lo absurdo, lo erróneo, lo que está desprovisto de sentido común, ha tomado carta de naturaleza en una sociedad que se cree inferior a su origen divino.

Ya os lo he dicho muchas veces y os lo repetiré siempre que tenga ocasión, cuando la mediumnidad esté más extendida caerán todos los castillos de naipes que ha levantado la superstición y el fanatismo, y se verán los santos tal cual son. Por santo fuí yo aclamado en mi última encarnación; aún hay altares en la Tierra con mi estatua, aún la fuente de la salud mana entre ruinas y sencillos pastores que al conducir su ganado, se sientan en las peñas que, según la tradición me sirvieron de asiento y al sentarse hacen la señal de la cruz invocando mi ayuda, para que su rebaño bebiendo el agua milagrosa se salve de toda enfermedad.

Yo en tanto, aprovechando la combinación de múltiples circunstancias, he podido decir en el error que vive la grey romana creyendo en mi santidad, y lo mismo que yo he conseguido conseguirán mañana otros espíritus, y el clero católico con sus serafines y legiones quedarán reducidos a la nada, completamente a la nada, y muchos de sus santos os inspirarán profunda compasión, porque los veréis desposeídos no sólo de sus celestes vestiduras, sino errantes, frenéticos, sin brújula, sin estrella polar que les guíe al puerto de la vida; en cambio muchos seres que han pasado desapercibidos en el mundo, viviendo en la mayor miseria, muriendo en un completo abandono, vendrán a daros lecciones de moral, de resignación, de esperanza, de fe cristiana; serán vuestros mentores, vuestros amigos, vuestros guías o espíritus protectores que, con sus paternales consejos os ayudarán a sostener el peso de vuestra cruz, como hoy felizmente me sucede respecto a vosotros. No fuí santo, estuve muy lejos de la santidad, pero tuve afán de progresar, y la moral que véis en mis acciones no es inventada por mí, es la moral universal, es la ley del progreso. ¿Por qué encontráis inverosimilitud en mis actos, cuando entre vosotros hay espíritus capaces de hacer mucho más de lo que yo hice? Y no por virtud precisamente, sino por egoísmo, como en gran parte lo hice yo; pero egoísmo noble, no el egoísmo mezquino de la Tierra, de atesorar riquezas o alcanzar honores ¡No! Es egoísmo de mayor progreso, de mejor vida en mundos regenerados. ¡Vivir! ¡Amar! ¡Sentir! ¡Comprender! ¡Penetrar en los santuarios de la ciencia!. Todo esto y mucho más ambiciona el Espíritu cuando se propone dar comienzo a su regeneración. En tales circunstancias me hallaba yo, había vivido muchos siglos rodando por las bibliotecas, había pasado muchas noches en los observatorios astronómicos pidiéndole a los astros noticias de Dios, había preguntado a las capas geológicas cómo se hizo habitable este planeta, había pedido a los fósiles el árbol genealógico de mis mayores; llegué a ser sabio como se dice en la Tierra, y mientras más sabía, más ignorante me encontraba, y llegué a comprender que debía emplear mi

sabiduría, no en enriquecer museos ni en hacer prosélitos para esta o aquella escuela filosófica pronunciando elocuentes discursos en academias científicas; sino que debía empezar por educarme, moralizarme, por refrenar mis pasiones, por saber cuales eran mis deberes y mis derechos que, de muy antiguo me creía con derecho para juzgar sin imponerme el deber de juzgarme a mí mismo. He aquí todo el secreto de mi última existencia.

¿Qué hace el hombre cuando después de larga jornada, rendido de fatiga, con una sed devoradora llega ante un manantial cristalino? Bebe, bebe sin medida, le parece mentira que haya encontrado agua; pues de igual manera el Espíritu, cuando tiene sed de progreso, la primera existencia que consagra a su rehabilitación, no perdona medio alguno para engrandecerse, la cuestión es rescatar siglos perdidos para penetrar en los mundos de luz.

En esta situación me encontré yo, y como victoria sin lucha no es victoria, por esto me encontré aislado, sin familia, sin amigos, sin nadie que me quisiera en el mundo; a los cinco años contemplé el Océano que gemía a mis plantas, y al verme solo me encontré satisfecho, estaba en el terreno que yo necesitaba sin amparo de nadie y sólo mi voluntad para hacer el bien fue lo que me dió una familia en los afligidos y un nombre ante el mundo, creándome recuerdos en la posteridad.

Desengañaos, lo que el hombre necesita es amar el bien, no amarse a sí mismo, interesarse en el progreso universal, he ahí todo; amar pero amar sin egoísmo, medir la profundidad del abismo de la culpa, considerar todas las consecuencias que resultan de nuestros extravíos, y sumar las cantidades de beneficios que podemos reportar con nuestras virtudes; no precisamente a nosotros mismos sino a la masa social, así tenéis perfectamente mi modo de vivir.

Cuando el hombre no piensa más que en sí mismo y se hace la cuenta que un día de vida es vida, como dice uno de vuestros adagios, goza algunos momentos, es innegable; pero como las dichas terrenales son flores de un día, pronto se ve rodeado de flores secas el que sólo piensa en satisfacer sus apetitos; en cambio el que se ocupa del mañana, el que quiere cimentar su felicidad sobre sólida base sin faltar a ninguno de sus deberes, sin permitir que falte a los suyos los que le piden consejo, y el que sabe esperar, no lo dudéis es el que obtiene mejor cosecha.

Yo supe esperar, esa fue toda mi ciencia, por impremeditación, por mi orfandad, por diversas circunstancias me consagré a la iglesia; y aún no había concluido de pronunciar mis votos cuando comprendí claramente que mi vida iba a ser un infierno, pero dije: ¡Ministro del señor has querido ser y ministro en regla serás! no esperes por ahora ser feliz, otra vez serás, y no creáis que fuese ascético en mis costumbres, ¡No! Fui un hombre amante de la familia y de la buena vida, siempre miré con horror los silicios y las autoridades de algunas órdenes religiosas; fuí parco en mis alimentos por cuestión de higiene y de pobreza a la vez; amante de la limpieza y del buen gusto, de pequeño siempre traté de rodearme de objetos agradables: tuve un miedo inexplicable a la muerte violenta; solo una vez en uso de mi sagrado misterio asistí a un reo de muerte hasta acompañarlo al patíbulo, y cuando le ví morir, sentí en todo mi ser un dolor tan agudo, latieron mis sienas con tal violencia que, huyendo de mí mismo me lancé a una carrera vertiginosa y corrí más de dos horas hasta caer desfallecido, creyendo cuantos me rodeaban que me había vuelto loco.

Yo amaba la vida y amaba la muerte, pero quería morir tranquilo en mi lecho rodeado de seres amigos por haber trabajado en bien de la humanidad, después de haber consagrado largos años al progreso de mi Espíritu: si con mi muerte voluntaria tenía yo que haber conseguido mi salvación, mi engrande-cimiento o la creación de una escuela filosófica o religiosa, no sé cuantos siglos hubiera necesitado para persuadirme que me era beneficioso y hasta necesario entregar mi cuerpo a la justicia humana; la decisión de

Sócrates, la abnegación de Cristo, y la de tantos y tantos millones de mártires que han fecundizado con su sangre la superficie de la Tierra, siempre la he admirado, la he respetado, pero nunca he sentido el más leve deseo de seguir sus gloriosas huellas, jamás ni en mi última encarnación ni en mis anteriores existencias, y os confieso esta gran flaqueza de mi Espíritu para que veáis que no es inverosímil mi modo de ser, y que si tuve fortaleza de ánimo para luchar por los reveses de la fortuna, en cambio me faltó energía y decisión para otros actos que tan necesarios son en ciertas crisis sociales. Hay veces que un hombre que sabe morir salva a un mundo.

En el altar del sacrificio es donde se levantan los dioses de las civilizaciones; los grandes reformadores si no murieran violentamente no lograrían impresionar a las humanidades.

Hay ciertas figuras históricas que si viven mueren, y si mueren viven y con el bautismo de sangre es como se moralizan los pueblos; y como Dios no tiene elegidos, por esto los espíritus cada uno va haciendo su trabajo por distinto sendero. Hay Espíritu que se desprende de su envoltura cien y cien veces en la hoguera, en toda clase de patíbulo y de tormentos, en los campos de batalla con un heroísmo digno de aplauso; y este mismo que tan bien sabe morir, quizás no sabría vivir veinte años luchando con la miseria, con la soledad, con la calumnia, el encono y fiereza de los hombres.

Yo en cambio nunca he sabido morir por una idea, pero he sabido vivir consagrado al bien universal. Yo he amado a todo cuanto me ha rodeado, desde la humilde florecilla silvestre, hasta el astro esplendoroso que con su calor me presta vida; desde el infeliz criminal hasta el niño inocente, desde la desdichada meretriz hasta la mujer noble y pura que lleva en su frente algo inexplicable que nos hace exclamar: ¡Dios existe! Para todos he tenido amor, graduándolo naturalmente según sus merecimientos y las simpatías que inspiraba cada uno.

He soñado siempre con la armonía universal, y he amado a una mujer con verdadera adoración; pero mi amor respetó los lazos que pesaban sobre mí y los que más tarde contrajo ella; y al verla morir, la amé con toda libertad, y para hacerme grato a sus ojos, porque yo siempre he creído en la supervivencia del Espíritu, para hacerme digno de ella hice todo el bien que pude a la humanidad, y ella en cambio me protegió y atrajo sobre mí la atención de elevados espíritus; por esto aunque en la Tierra viví solo, pobre y perseguido, y como mi buen proceder y mi afán de progreso me atrajo la inspiración de sabios consejeros, pude luchar con la adversidad dominando a mis enemigos porque no contaba con mis solas fuerzas, eran muchos los que luchaban a mi favor.

El hombre que sabe amar no sabéis imaginaros el bien que tiene, es más rico y más poderoso que todos vuestros credos y vuestros césares. Yo en mi última encarnación supe amar y esperar, en esto consistió toda mi sabiduría y mi virtud, practiqué la moral universal, la ley de Dios que un día comprenderán todos los hombres.

Cuando veáis un Espíritu fuerte o los seres de ultratumba os cuenten historias de almas buenas, no digáis: ¡Tanta bondad es inverosímil! ¡Insensatos! ¡Ciegos de entendimiento! ¡Desgraciados escépticos! ¿No sabéis que los hombres han sido creados para el progreso indefinido? ¿Por qué encontráis inverosímil el adelanto de un Espíritu?.

Sabéis lo que sí parece inverosímil; la crueldad de algunos hombres, el estacionamiento y la rebeldía de algunos espíritus que pasan siglos y siglos enconados en los vicios: esto sí que os debe inspirar asombro, porque parece imposible que donde todo es tan grande, puedan existir seres tan pequeños.

Creed firmemente que para el bien hemos sido creados, y cuando un Espíritu se pone en buenas condiciones, no hace más que cumplir con la ley primordial de la Creación.

Yo comencé a cumplirla y os recomiendo que no lo olvidéis vosotros, nunca es el hombre más feliz que cuando cumple con todos sus deberes.

¡Amor! ¡Sonrisa de la providencia!

¡Amor! ¡Complemento de la vida!

¡Amor! ¡Alma de la naturaleza! ¡Quien siente tus efluvios cree en Dios!

Y aún hay ilusos que creen inverosímil la fuerza moral de mi Espíritu... ¿No sabéis que amaba? ¿No sabéis que antes de conocer a la niña de los rizos negros yo la veía en mi imaginación y esperaba su llegada? Desde que la sentí la amé, desde que pensé la esperé y cuando se fue esperé en la eternidad; ¿Qué son cuarenta o cincuenta años para una vida sin término?.

Adiós hijos míos, la moral universal será la ley de los mundos, trabajad en su planteamiento y seréis felices.

Somos de la misma opinión del Padre Germán; lo que nos debe parecer inverosímil es el crimen, no la virtud; si somos creados por un ser superior no podemos permanecer eternamente en estado de abyección; alguna vez hemos de comenzar nuestra regeneración, porque si todo progresa en los mundos, nosotros no podemos permanecer indiferentes al movimiento universal. El progreso es una ley ineludible y todos la cumpliremos si no de agrado por la fuerza; empujados por los acontecimientos, impulsados por la rápida corriente de nuevos ideales religiosos, políticos o filosóficos; los pueblos se asocian y las multitudes se agrupan a la sombra de una bandera cuyo lema es: justicia, razón y verdad.

El Espiritismo ha venido a despertar muchas conciencias dormidas; por nuestra parte confesamos ingenuamente que si no lo hubiéramos conocido, nuestra existencia hubiera sido un prolongado gemido, una lamentación dolorosísima que ningún bien nos hubiera producido.

¡Bendita es la hora en que los espíritus se comunicaron con los hombres!

¡Cuántas lagrimas ha enjugado el Espiritismo!

¡Cuántos delincuentes han conocido sus errores y han comenzado su redención!

¡Padre Germán! ¡Cuanto bien nos has hecho! ¡Nuestra gratitud es inmensa! Te amamos con todo el amor que sentimos y tu recuerdo nos hace sonreír, nos hace amar. Nos entregamos en brazos de la resignación, y esperamos tras la tumba encontrar la verdad de la vida, por ti hemos comprendido que sin el progreso no hay felicidad.

CAPÍTULO XII

DIOS

Dice muy bien el inspirado poeta: El hombre debe buscar a Dios en sí mismo si al contemplar la espléndida naturaleza, no lo encuentra dando vida a todo lo creado.

Cuando la duda nos atormentaba, cuando en los días aciagos de nuestras borrascosas existencias llegaba la hora del crepúsculo vespertino; en aquellos momentos solemnes mirábamos al cielo, preguntábamos a nuestra conciencia y una voz interior nos decía:

Reconoce que en ti hay algo superior a tu deleznable materia.

Tu cuerpo se cansa, ¡Sí! Tus pies se niegan a andar, tus ojos a ver, tus brazos a trabajar, caes anonadado, rendido por la fatiga de tu larga y penosa jornada, todo se paraliza ante ti menos tu pensamiento, el sueño deja como inerte tu organismo, pero al despertarte murmuras por lo regular: ¡Cuanto he soñado! Luego ese agente que hay en ti, esa llama que sostiene la vida de tu imaginación, ese recuerdo de lo pasado, ese presentimiento del porvenir, ese anhelo del presente, ese algo inexplicable pero real y positivo que hay en ti, separado de tus dolencias, de tus desengaños, esa fuerza que te impulsa a sentir... ¿No te dice que hay un lazo misterioso entre el alma de la naturaleza y tu alma?.

Al contemplar la vegetación que escribe en los campos las memorias de Dios, ¿No se eleva, no se sublima, no se engrandece tu pensamiento dominado por la admiración?.

¿No te encantan, no te atraen, no absorben poderosamente tu atención los bosques centenarios que guardan en su seno los restos de las generaciones que pasaron?.

¿Vives satisfecho contigo mismo? ¡No! Además de necesitar aire para respirar, rayos de sol para vigorizarte, agua cristalina para calmar tu sed, frutas sazonadas para saciar tu hambre, paisajes encantadores con que recrear tu vista, flores aromáticas para halagar tu olfato; tu mente necesita después de todo eso abstraerse, pensar en algo que ve y no ve y reflexionar sobre una vida pasada y futura.

Estudia la historia de todas las generaciones, y verás que los primeros pobladores de la Tierra adoraban a los astros, porque ha nacido con el hombre el germen de la adoración a un algo visible e invisible a la vez.

Esto nos decía nuestra conciencia cuando fluctuábamos en las turbias aguas de las dudas, y hoy que pensamos de muy distinta manera, hoy que la razón ha operado las cataratas de nuestra incredulidad, hoy vemos a Dios, como dice el poeta, en el fondo de nuestra alma.

¡Sí! Hoy que creemos ser grandes.

¡Hoy que nos avergonzamos de nuestras debilidades!

¡Hoy que recordamos con dolor profundo nuestros desaciertos!

¡Hoy que nos contemplamos tal como somos!

¡Hoy que el amor propio no nos ciega!

¡Hoy que quisiéramos ser sabios como Sócrates y buenos como Cristo!

¡Hoy que sentimos inmensa compasión por los desgraciados!

¡Hoy que quisiéramos ser la encarnación de la providencia para vestir al desnudo, alimentar al hambriento, guiar al perdido y aconsejar al inexperto!

¡Hoy que hemos visto en nosotros la muerte del hombre viejo con sus vicios y su decrepitud, y hemos asistido al nacimiento del hombre joven! ¡Ávido de luz! ¡Sediento de verdad! ¡Hambriento de justicia! ¿Esta nueva vida deberá ser fugaz meteoro que pasará para no volver? ¡No! Y sin embargo nuestro organismo se deshace, la vejez entorpece

nuestro pasado, las arrugas hacen un jeroglífico en nuestra frente, nuestros rizos de oro se transforman en bucles de plata, nuestro cuerpo se inclina buscando un hoyo en la tierra, mientras que nuestro Espíritu pretende osado ser un nuevo mesías en los mundos de luz. ¿Y este desacuerdo aparente, esta desarmonía, podrá ser cierta? ¿Moriremos cuando hemos comenzado a vivir? ¿Nuestras nobles aspiraciones vivirán lo que los fuegos fatuos sobre los sepulcros? ¡No! En nosotros hay algo superior a la frágil materia, somos creados por el hálito de la divinidad, somos hijos de Dios; por esto no podemos morir y en nuestra inmortalidad encontramos la innegable existencia del Eterno.

Cuando escuchamos las comunicaciones de los espíritus, entonces exclamamos: ¡Que grande es el Omnipotente! ¿Qué liturgia, qué rito, qué dogma podrá potenciar su grandeza tan elocuente como la comunicación de los espíritus? ¡No hay religión que cante el hosanna con el sentimiento que lo cantan los seres de ultratumba! ¡La negación de la muerte es la prueba inconclusa de la Omnipotencia del que hizo la luz!

Siempre hemos adorado a la naturaleza hasta en las florecillas silvestres, la olorosa retama, la roja amapola y el perfumado romero nos han hecho exclamar; ¡Qué bueno es Dios!.

La escondida gruta de donde brota cristalino manantial, la empinada sierra y la verde llanura todo nos ha impresionado, todo nos ha parecido bello, en todo hemos visto las huellas de Dios; pero cuando nuestra admiración ha llegado a su grado máximo es cuando hemos oído la voz de los espíritus, entonces hemos sentido lo que no podemos explicar, porque el sentimiento íntimo del alma es inexplicable, indefinible: sólo podemos decir que la idea de Dios ha tomado en nuestra mente nueva forma, y la certidumbre de que hay una inteligencia suprema, y superior a todo lo creado nos ha hecho sentir un amor inmenso al autor de nuestra eterna vida.

Cuando espíritus amigos han dicho: ¡Vivistes ayer y vivirás mañana! Tus sueños, tus aspiraciones, los delirios de tu ardiente fantasía no son elucidaciones de tu fértil imaginación; podrás llegar a ser sabio entre los sabios, grande entre los grandes, justo entre los justos si consagras las horas de tu interminable vida a todo lo digno, noble, puro y santo.

¡No eres un átomo perdido en el mundo!

¡No eres el desterrado de los cielos!

¡No eres el hijo olvidado de tu Eterno Padre!

¡No eres el judío errante de la tradición!

Eres ¡Sí! El Espíritu que tendrá vida eterna cuyo progreso será indefinido. ¡Todo cuanto encierra la Creación será para ti! ¡Vienes del infinito y el infinito es tu porvenir!

La sombría huesa donde se disgregan los cuerpos humanos no guarda más que las moléculas de vuestro organismo material, es el instrumento que necesitáis mientras estáis en este mundo; pero vuestro ser espiritual, vuestro yo pensante, vuestra voluntad funciona eternamente conservando su individualidad, pues si así no fuera, Dios no sería justo.

¡Qué hermoso es el porvenir del hombre! La mente se abisma contemplando el infinito... y todas las pequeñeces de la Tierra, todas las miserias humanas dejan de impresionarnos y de zaherirnos cuando recordamos nuestra inmortalidad y nuestro progreso sin límites.

La inmortalidad que las religiones positivas conceden al Espíritu, ni consuela ni entusiasma, porque en todos los credos el alma queda inactiva, salvada, condenada o confundida en el gran todo; cesa su actividad en el momento de desprenderse de su cuerpo y el Espíritu inactivo no vive en su verdadera vida. Vive el alma realmente cuando se ocupa de su perfección y trabajando en su progreso indefinido responde a la grandeza de su creador.

LA LUZ DEL POVENIR

En la comunicación de los seres de ultratumba es donde nosotros hemos encontrado la completa, y la absoluta certidumbre de la existencia de Dios. Dios está en la naturaleza, es verdad; Dios habla a sus criaturas en el monte y en el llano, en los ríos y en los mares, en las aves y en las flores, en las deliciosas mañanas de Mayo y en las tétricas noches de Diciembre, en la bonanza y en la tempestad; pero en la comunicación de los espíritus, ¡Encuentran las almas pensadoras tanto que estudiar y que aprender!... ¡Se ve tan patente la Omnipotencia de Dios en la negación absoluta de la muerte! Cuando la luz de la verdad suprema disipa las sombras de los siglos, cuando escuchamos las voces de los sabios que fueron los grandes iniciadores de las civilizaciones pasadas, cuando decimos: ¡Nada muere! ¡Nada!, Las ciudades se hunden, ¡Sí! Pero sobre las ruinas quedan sus profetas, sus mesías, y sus mártires, y los jefes de aquellas escuelas filosóficas que fueron esplendor y gloria de Atenas, de Alejandría y de Roma, hoy más sabios que entonces dejan oír su voz entre los hombres de buena voluntad.

Desaparecen las distancias, los siglos quedan reducidos a segundos y la vida de todos los tiempos reaparece ante nosotros palpitante, rica de emociones, y la realidad de Dios nos admira y nos asombra.

Bien dice el poeta: Para mirar a Dios cierra los ojos y búscalo en el fondo de tu alma.

¡Sí espiritistas! Dios está en todas partes, indudablemente, pero habla mucho más a nuestros sentidos cuando escuchamos los consejos de nuestros padres después de haber llorado largos años su muerte.

Lo sabemos por experiencia; hará veintidós años que perdí a mi madre y en la tarde del treinta de Octubre último oímos su voz, clara inteligible, sin mediación de ningún médium: copiábamos un artículo cuyo asunto versaba sobre la noble mujer que me llevó en su seno, y al firmarlo, sentí que daban un ligero golpecito en la puerta de cristales de nuestro gabinete, y una voz dulce murmuró muy queda: ¡Adiós, hija mía!.

La sensación que experimenté es imposible explicarla; nos levantamos rápidamente, abrimos la puerta, miramos todas las habitaciones y nadie había, pero había en nuestro corazón violentísimas pulsaciones, había en nuestra mente un mundo de ideas, había luz bastante en nuestra imaginación para ver clara, muy clara la verdad de la vida de ultratumba.

Aquel día había trabajado más que de costumbre, no porque estuviera mejor de salud, y decía de vez en cuando: ¡Quién me acompañará hoy que tan buena influencia tiene! Mas al oír aquella voz, murmuré... ¡Madre mía!. ¡Tú vives! ¡Sí! No queda la menor duda, tu voz yo no puedo confundirla con ninguna, y para mejor satisfacción preguntamos más tarde a dos espíritus por conducto de dos médiums, y los dos espíritus nos dijeron que el corazón es el mejor profeta, que de mi madre era la voz que habíamos oído. Y confesamos ingenuamente que nunca nos ha parecido Dios tan grande; toda nuestra adoración se despertó al escuchar aquella voz tan querida.

Dios está en todas partes, ¡Sí! Pero cuando se reconoce mejor su Omnipotencia es escuchando la voz de los espíritus que nos hicieron felices con su inmenso amor. Entonces sentimos en un segundo unas sensaciones que nos pueden conmover durante siglos.

Renunciamos a pintar lo que sentimos en aquellos instantes, así como a Dios no se le puede definir, de igual manera los sentimientos del alma son indefinibles...

Mientras más se eleva el hombre separándose de todos los rutinarios terrenales, más difícil es darse cuenta de lo que siente, y si él mismo no comprende sus sentimientos, menos podrá hacerlos comprender a los otros.

Algo habíamos oído decir de los gozes que proporcionan las comunicaciones de los espíritus, y efectivamente cuanto se diga es válido.

Hay revelaciones que al hombre más escéptico le volverían creyente.

Si de la comunicación ultraterrena abusan algunos ignorantes, si la superchería puede apoderarse de ella, si puede dar lugar a muchas supersticiones llegando hasta la obsesión, y lo que es peor aún a la subyugación casi completa; en cambio, bien comprendida y analizada, sin que ningún interés mezquino nos impulse sino únicamente el noble afán de iniciarnos en la vida de ultratumba, si la verdad buscamos y la sana razón nos guía, entonces... ¡Benditas mil veces las comunicaciones con los espíritus!.

¡Dios se revela en ellas!

¡Dios nos descubre sus innumerables mundos!

¡Dios nos envía torrentes de luz!

Dios nos dice: ¡Venid benditos del progreso y seréis conmigo en las esplendentes moradas de la Creación!.

¡Dios está en la conciencia de todos los hombres que creen en la inmortalidad del alma y en la individualidad y progreso indefinido del Espíritu!

¡Espiritistas, adoremos a Dios, rindámosle culto haciendo continuamente obras de caridad y descifrando con nuestro estudio y asidua aplicación los problemas que guarda la ciencia!

¡Feliz el hombre que comprende la grandeza, la sabiduría y la Omnipotencia de esa fuerza creadora llamada Dios!.

CAPÍTULO XIII

LAS NUEVAS IDEAS

Las ideas nuevas lejos de ser producto de utópicos desvaríos de imaginación calenturienta, responden a exigencias sociales, a necesidades que dejan ya sentirse, a la ciencia, al progreso y a la civilización; es inútil querer combatirlos y pueril política el desacreditarlos. Las ideas nuevas cuando son nobles y generosas los grandes principios aparecen para triunfar.

No se imponen en la conciencia humana de momento, y menos aún en la opinión de ciertas clases sociales; espantan a determinados intereses, al Espíritu de rutina, a los monopolizadores de injusticias sin nombre, a tradiciones y a preocupaciones sin razón de ser, todo se levanta y confabula invocando la tradición a lo que apellidan conservación, como si las ideas nuevas destruyeran y no consolidaran las obras de las civilizaciones pasadas. Las ideas nuevas cuando son ciertas en vez de derrumbar, completan y coronan porque en ellas va invulnerado el Espíritu de la civilización y son como el resultado de un fondo de ideas que han germinado e influido ya, que han hecho su bien, que tienen su explicación y su justificación ante la historia, pero que han de retirarse cuando llega la hora, dejando libre la marcha progresiva de las sociedades.

Pero como esto no conviene a los enemigos sistemáticos del progreso, a los que viven a la sombra de un estado social determinado, a los que quieren envilecer a los pueblos para mejor vencerlos y dominarlos, y ven con horror como la corriente de la civilización fecundiza su prosperidad y les dignifica, haciéndoles formar un alto concepto de sus deberes y de sus derechos, a vivir una vida libre en la que se desenvuelva en todas sus bellas y grandiosas manifestaciones el Espíritu humano, ya que las ideas nuevas significan la reparación de todas las injusticias y la victoria del derecho y de la libertad, se las combate solapadamente con transacciones no razonadas que retardan la realización de los ideales, o se las calumnia calificándolas de trastornadoras y antisociales.

¡Trastornadoras porque quieren reformar! ¡Antisociales porque rechazan un autoritarismo que no es un principio regulador, racional dirigente de los pueblos!.

La historia nos lo dice; todas las ideas nuevas por ciertas y verdaderas, por salvadoras que hayan sido se las ha calumniado, bien en nombre de la tradición o del interés de la sociedad.

A los primeros cristianos se les llamó ateos porque negaban de las falsas divinidades; revolucionarios porque sacudían el yugo de los césares; demagogos porque hacían pedazos las cadenas de los esclavos; fanáticos sectarios porque predicaban la virtud en medio de la corrupción y desenfreno de los tiempos. Así se alarmaban las conciencias a los ricos y conservadores de los tiempos de entonces, presentando a los adeptos de las nuevas ideas como enemigos de los dioses, que con su caridad no aspiraban más que arrebatarse sus riquezas.

Por esto el cristianismo tuvo su primer asilo en las chozas y no en los palacios de los conservadores. Los pobres fueron los primeros cristianos que no tenían que conservar más, una conciencia embrutecida por el vicio y la crápula, envilecida por la opresión; y las nuevas ideas les ofrecían la redención y consuelo inefables. Y hasta que no llegaron a penetrar en todas las clases sociales, no iluminaron más que los subterráneos de las catacumbas.

De ellas salieron el derecho, la filosofía y la civilización.

En el momento actual estamos plenamente convencidos que tenemos una buena y decidida voluntad para propagar la idea espiritista que ha de proporcionarle al hombre

AMALIA DOMINGO SOLER

resignación en las duras pruebas de la vida, y lógica esperanza para aludir con una sonrisa de gratitud a su indefinido porvenir.

CAPÍTULO XIV

LO QUE ES EL ESPIRITISMO

El Espiritismo vino a llenar un gran vacío en el siglo XIX, cuando el indiferentismo amenazaba con invadir a las masas, cuando el ateísmo se acurrucaba dentro de los gabinetes de física y química, recogiendo el sabio como la salvaguardia de su clara razón amenazada continuamente para supeditarla en las regiones positivas con su infierno eterno y sus recompensas eternas; ha venido una preciosa flor, que con su penetrante aroma da esperanza al triste, regeneración al desgraciado, fuerzas al débil y voluntad al fuerte para seguir con glorioso paso las escabrosidades del camino de la vida.

Esta preciosa flor lleva un mundo de amor, que es fuente de vida, es la que dice continuamente a los seres que pueblan este planeta por medio de sus intérpretes, los miles y miles de espíritus que nos rodean: en la eternidad de los tiempos nada se pierde, nada pasa desapercibido, todo queda fotografiado en la eterna vida de tu alma, en tus manos está el porvenir, vienes de algo y vas al progreso indefinido.

Esto es a lo que ha venido el Espiritismo: a quitarnos el tupido velo que nos impedía comprender el porqué de nuestra vida, el porqué de nuestra muerte, el porqué de nuestros goces, el porqué de nuestras alegrías, el porqué de esos seres tan desgraciados como sufridos que tan sólo han venido a la Tierra para penar, y el porqué de esos otros, que, si bien no tienen toda la felicidad tal cual sueña la fantasía, sin embargo poseen una felicidad relativa, grande en comparación a la desgracia de aquellos. Su levantada moral y su sana lógica descansando en hechos prácticos y convincentes, ha envuelto a todo el mundo con este fluido bienhechor, con este fluido que incita al hombre a sacrificarse por su ideal, es necesario ese fluido, que cuando cae un ser al abismo le da fuerzas para levantarse y seguir hasta la consecución de su fin, este fluido llamado esperanza que fortalece la fe en nuestro porvenir.

Si supiésemos todo el bien que esta doctrina, o más bien ciencia, hace y ha hecho a la humanidad, ni un momento descansaríamos para propagar sus indiscutibles verdades, que son sin duda las que satisfacen en todo a la razón, verdadero guía de nuestros pasos en la Tierra. Sus enseñanzas están tan de acordes con la idea que tenemos de esta gran causa que rige en los mundos, llamada Dios; sus doctrinas están íntimamente enlazadas con lo que sienten nuestros corazones, son admitidas por el sabio que en sus horas de trabajo pide al cielo recompensa, del artista y del poeta que le pide inspiración, el desesperado que con sus contrariedades continuas le han hecho alzar la vista al firmamento y decir con toda la fe de su alma basada en la razón: ¡Allí, allí está la verdadera vida, allí está la recompensa de mi resignación y de mi bondad practicada!

El sabio y el ignorante, el rico y el pobre todos han encontrado en esta fuente agua para saciar su sed, todos han leído en este gran libro llamado Espiritismo, que va aumentando su volumen a medida que la humanidad avanza en la florida senda del progreso. El Espiritismo ha llenado todos los deseos, sus profundas verdades han convencido a muchos escépticos, porque han visto que el Espiritismo era el ancla salvadora que estaba llamada a salvar del naufragio a la humanidad que irremisiblemente iba a caer por su ateísmo o indiferencia.

Hay seres que por su rebeldía y por su misma pena no creen en nada y nada esperan, la vida les agobia como carga demasiado pesada, su escepticismo lo llevan hasta el extremo de no creer ni en la bondad ni en el amor; y el sabio ateo que llega al fin de su carrera y ve todo su trabajo, su gran laboriosidad perdida, sin esperar recompensa de sus continuos sacrificios, sin que le quede nada de lo que ha aprendido, perdiéndose todo en la materia; y dos amantes que es tanto lo que se aman, que su amor ha llegado a traspasar los

límites de lo material y cuando la parca fiera viene a cortar el hilo de una de las dos existencias, se rompe ese amor que era su felicidad. Si los habéis visto, si vuestras lágrimas se han juntado para consolarlos en su dolor, no les dejéis, iniciadles en el Espiritismo, que al mismo tiempo que les da resignación a sus penas y esperanzas en su porvenir, les hace ver que los sufrimientos, que las penas de hoy responden a las faltas cometidas en anteriores existencias, que todo tiene un fin, como todo lleva el sello de la bondad divina.

El Espiritismo nos enseña y nuestra razón nos dice que tiene que haber otra vida después de esta, que estos adelantos prematuros, que estos tardíos progresos y que estos salvajes instintos que se observan en los hombres que pueblan el planeta Tierra, tienen que venir de otros puntos, porque en una sola existencia es imposible tanto desarrollo intelectual y moral en unos, y tanta perversidad en otros, así como no es posible hacer un buen hombre de un café. Algo tiene que haber en nosotros que sobreviva al cuerpo, porque si no fuera así como consecuencia lógica se negaría la existencia de Dios superior a todo lo creado. La nada no puede haber creado algo, su misma palabra lo dice: nada, una cosa que no tiene cuerpo, que no posee voluntad, porque si la tuviera entonces dejaría de ser la nada. Por esto encontramos en esta naturaleza Divina, se llame Dios, Alá u otro nombre, la verdadera causa, derivando de ella todos esos efectos que en la naturaleza vemos continuamente reproducidos.

Estas inteligencias tan precoces que a menudo tenemos ocasión de observar, nos lo demuestran claramente. Estos defectos físicos que continuamente observamos en seres que parece que sólo han venido a sufrir y ningún mal han hecho a la humanidad, nos prueban que hemos tenido otras existencias en las cuales hemos hecho más o menos bien, más o menos daño, y que, siguiendo la ley del progreso que tiene que ser inmutable, vamos purificándonos por medio de las existencias que tenemos, al fin de alcanzar la perfección suprema que es nuestro punto de partida.

Estas verdades, hay que hacer esfuerzos para que fructifiquen, es menester que todos a una trabajemos para conseguir que reine en este mundo, la fraternidad, madre de todas las virtudes.

No sosegemos, pongamos continuamente de relieve ese gran libro llamado **ESPIRITISMO** a fin de quitar de este mundo la superstición, el fanatismo y la indiferencia, plagas que amenazan invadirlo todo.

ALLAN KARDEC, Nuestro maestro nos mira, algo espera de nosotros, sabe que las convicciones cuando únicamente se sostienen dentro del hogar doméstico y aún allí con cierto temor no se arraigan, porque el hombre para hacer prosélitos de su causa, ha de tener el entusiasmo que le produce el conocimiento de la verdad.

Es necesario, es imprescindible que se trabaje para progresar. Si las humanidades siempre hubiesen permanecido pasivas todo estaría en germen, nada se habría desarrollado.

Si se quiere que el desgraciado sea consolado en su aflicción, y el pobre debidamente auxiliado, enseñemos la ciencia espírita, chispa de luz desprendida del cielo para iluminar a la triste humanidad.

¡Todo por la verdad!

CAPÍTULO XV

EL GÉNESIS DE LA RAZÓN CIENTÍFICA

¡Cuanta más lógica, cuanto más grande encontramos la escuela espiritista con su eterna vida! ¡Con su incesante creación, con su actividad indefinida!.

Escuchemos a Allan Kardec en la Génesis capítulo VI, párrafo 8, hablando de las leyes y las fuerzas, y la Creación primera, y veremos la notabilísima diferencia que existe entre el Génesis de las religiones y el Génesis de la razón científica, dice Kardec: Si uno de esos seres desconocidos, que pasan por su existencia efímera en el fondo de las regiones tenebrosas del mar; si uno de esos poligástricos, de esas nereidas míseros animalillos que no conocen de la Naturaleza sino los peces ictiófagos y los bosques submarinos, recibiese de repente el don de la inteligencia, la facultad de estudiar su mundo y de establecer sobre sus apreciaciones un razonamiento conjetural que abraza la universalidad de las cosas, ¿Qué idea se formaría de la Naturaleza viviente que se desarrolla en su medio, y del mundo terrestre que no pertenece al campo de sus observaciones? Si luego por un efecto maravilloso de su nueva facultad, este mismo llegase a elevarse por encima de sus tinieblas eternas, a la superficie del mar, no lejos de las riberas opulentas de vegetación espléndida, de Sol fecundo dispensador de un calor benéfico, ¿Qué juicio formaría acerca de sus teorías anticipadas sobre la Creación universal? Teorías que reemplazaría por apreciaciones y observaciones más amplias, pero relativamente tan incompletas como las primeras.

Tal es, ¡Oh hombres! La imagen de vuestra ciencia puramente especulativa.

Tal es también la situación de los negadores del mundo de los espíritus cuando después de haber dejado su envoltura carnal, los horizontes de este mundo se desarrollan a sus ojos. Comprenden entonces lo vano de sus teorías que pretendían explicarlo todo por medio de la materia sola. En tanto, estos horizontes tienen para ellos, misterios que no se descubren sino sucesivamente y a medida que se van elevando por su depuración. Pero desde los primeros pasos que dan en este nuevo mundo, se ven forzados a reconocer su ofuscación y cuan lejos se encontraban de la verdad.

Hay un fluido etéreo que llena el espacio y penetra en los cuerpos. Este fluido es el éter o materia cósmica primitiva generadora del Mundo y de los seres. Al éter van inherentes las fuerzas que han precedido a las transformaciones de la materia, las leyes inmutables y necesarias que rigen el Mundo. Estas fuerzas múltiples indefinidamente variadas según las combinaciones de la materia, localizadas según las masas, diversificadas en su mundo de acción según las circunstancias y los medios, son conocidas en la Tierra bajo los nombres de **gravedad, cohesión, afinidad, atracción, magnetismo, electricidad activa** y los movimientos vibratorios del agente, bajo los del sonido, calor, luz etc. En otros mundos se presentan bajo otros aspectos, ofrecen otros caracteres desconocidos en éste, y en la inmensa extensión de los cielos se ha desarrollado un número indefinido de fuerzas en una escala incomprensible que nosotros no somos capaces de evaluar en su grandeza, como el crustáceo en el fondo del Océano es incapaz de abrazar la universalidad de los fenómenos terrestres. Solo nos referimos a lo que conocemos, y no comprendemos lo que no está al alcance de nuestros sentidos, como el ciego de nacimiento no comprende los efectos de la luz y la utilidad de los ojos.

Es posible pues, que en otros medios el fluido cósmico tenga propiedades que se presten a combinaciones que no tenemos ninguna idea, y determine efectos apropiados a las necesidades desconocidas por nosotros, dando lugar a percepciones nuevas o a otros modos de percepción. Nosotros no comprendemos por ejemplo que pueda verse sin luz o sin los ojos del cuerpo.

¿Pero quién nos dice que no existen otros agentes que dan luz, sin que tengan que ser órganos especiales?.

La vista sonambúlica, que no es detenida por la distancia, ni por los obstáculos materiales, ni por la oscuridad, nos ofrece un ejemplo de eso. Supongamos que en un mundo cualquiera los seres sean normalmente lo que nuestros sonámbulos son excepcionalmente, no tendrán ni nuestra luz ni nuestros ojos y sin embargo verán lo que nosotros no podemos ver. Lo mismo puede suceder con todas las demás sensaciones. Las condiciones de vitalidad y de perceptibilidad, las sensaciones y las necesidades varían según los medios. Pues así como no hay más que una sustancia simple, primitiva y generadora de todos los cuerpos pero diversificada en sus combinaciones, del mismo modo todas estas fuerzas dependen de una sola ley universal, diversificada en sus efectos que se encuentran en su origen, y que en los decretos eternos ha sido impuesta soberanamente a la Creación para constituir la armonía y la estabilidad permanente.

La naturaleza nunca ni en ninguna parte está en oposición consigo misma: el blasón del Universo no tiene más que una divisa: **Unidad y Variedad** .

Subiendo la escala de los mundos, se encuentra la unidad de armonía y de creación, al propio tiempo que una variedad infinita en ese inmenso campo de las estrellas.

Recorriendo los escalones de la vida desde el último de los seres hasta Dios, la gran ley de continuidad se ostenta manifiestamente, y considerando las fuerzas en sí mismas se puede formar una serie, cuya resultante puede confundirse con la generatriz en la ley Universal.

Vosotros no sabríais apreciar esta ley en toda su extensión, puesto que las fuerzas que la representan en el campo de vuestras observaciones son muy limitadas. Sin embargo la gravitación y la electricidad pueden considerarse como una amplia aplicación de la ley primordial que reina en los cielos.

Todas esas fuerzas son eternas (ya explicaremos esta palabra) y universales como la Creación; por ser inherentes al fluido cósmico obran necesariamente en todo y en todas partes, modificando su acción por su simultaneidad o su sucesión. Predominando aquí, moderándose allí, potentes y activas en ciertos puntos, latentes en otros, más en fin de cuentas preparando, conservando y dirigiendo o destruyendo los mundos en sus diversos periodos de vida, gobernando los trabajos maravillosos de la naturaleza en cualquier parte que se realicen y asegurando para siempre el eterno esplendor de la Creación.

Después de haber considerado el Universo bajo los puntos de vista reales de su composición, de sus leyes y sus propiedades, podemos dirigir nuestros estudios al modo de formación que dio nacimiento a los mundos y a los seres, descendiendo luego a la creación de la Tierra en particular y a su estado actual en la universalidad de las cosas, y después tomando este globo como punto de partida y por unidad relativa, procederemos a nuestros estudios planetarios y siderales.

Si hemos comprendido bien la religión, o mejor dicho, la oposición de la eternidad y el tiempo, si nos hemos familiarizado con la idea de que el tiempo no es más que una medida relativa, da la sucesión de las cosas transitorias, mientras que la eternidad es esencialmente una, inmóvil y permanente que no es susceptible de medida bajo el punto de vista de la duración, comprenderemos que para ella no hay principio ni fin.

Por otra parte si nos formamos una idea justa, aunque necesariamente muy débil de la infinidad del poder divino comprenderemos cómo es posible que el Universo haya sido y sea siempre. Desde el momento que Dios existió, sus perfecciones eternas hablaron. Antes que los tiempos fuesen, la eternidad inconmensurable recibió la palabra Divina y fecundó el espacio eterno con ella.

Siendo Dios por naturaleza de toda la eternidad, ha creado toda la eternidad y no podía ser de otra manera; porque en cualquier época, por lejana que sea y por mucho que nuestra imaginación pueda imaginarse, siempre del lado de allá encontraremos la eternidad.

Dios es el Sol de los seres y la Luz del Mundo. Mas la aparición del Sol da instintivamente torrentes de luz que van esparciéndose por todas partes en la extensión.

Pues del mismo modo el Universo, nacido del Eterno, data de los periodos inimaginables de lo infinito, y de la duración del **Fíat Luz Del Principio**.

El principio absoluto de las cosas remontan hasta Dios: sus apariciones sucesivas en el dominio de la existencia constituye el orden de la Creación perpetua.

¿Qué inmortal podría imaginar las magnificencias desconocidas y soberbiamente veladas, bajo la noche de las edades que se desarrollaron en aquellos tiempos antiguos, en que ninguna de las maravillas del Universo actual existían? En aquella época primitiva en que haciéndose oír la voz del señor, los materiales que debían en el futuro reunirse simétricamente y por sí mismos para formar el templo de la naturaleza, se encontraron de repente en el seno de los vicios infinitos, cuando una voz misteriosa que toda criatura venera y ama como la de una madre, notas armoniosamente concertadas, se produjeron para ir a vibrar juntas, y modular el concierto de los vastos cielos.

El Mundo en su nacimiento no fue creado en virilidad y en su plenitud de vida, ¡No! El poder creador no se contradice nunca, y como todas las cosas, el Universo nació niño. Investido por las leyes más arriba mencionadas y del impulso, inicial inherente a su formación misma, la materia cósmica primitiva dio nacimiento a torbellinos, aglomeraciones de materia nebulosa que se dividieron por sí mismas y se modificaron a lo infinito para formar en las regiones inconmensurables de la extensión, diversos centros de creaciones simultáneas o sucesivas.

En razón de las fuerzas que predominaron en una u otra de las circunstancias ulteriores que presidieron a su desarrollo, estos centros primitivos se hicieron foco de una vida especial: los unos menos diseminados en el espacio y más ricos en principios y fuerzas, principiaron desde luego su vida astral propia: los otros ocupando una extensión ilimitada no se condensaron sino con extrema lentitud o se subdividieron en centros secundarios.

Refiriéndonos a algunos millones de siglos antes de la época actual, nuestra Tierra no existía, nuestro sistema solar mismo no había empezado aún las evoluciones de la vida planetaria, y sin embargo ya esplendentes soles iluminaban el éter, ya planetas habitados daban la vida y la existencia de una multitud de seres que nos han precedido en la carrera humana; las producciones opulentas de una naturaleza desconocida y los fenómenos maravillosos del cielo, despliegan bajo otras miradas los cuadros de la inmensa Creación. ¡Más que digo! Ya no existen los esplendores que en otro tiempo hicieron palpar el corazón de otros mortales a impulsos del pensamiento del poder infinito. Y nosotros, seres diminutos que venimos después de una eternidad de vida nos creemos contemporáneos de la Creación.

Comprendemos mejor la naturaleza, vuelvo a decir. Sepamos que la eternidad está detrás como delante de nosotros, que el espacio es el teatro de una sucesión y de una simultaneidad inimaginable de creaciones. Tales nebulosas que distinguimos apenas en las profundidades de los cielos, son aglomeraciones de soles en vía de formación; tales otras son vías lácteas de mundos habitados, y otras en fin, teatro de catástrofes inmensas y de desmejoramiento.

Sepamos que así como estamos en medio de una infinidad de mundos, del mismo modo estamos en medio de una infinidad de duraciones anteriores y ulteriores, que la Creación Universal no es para nosotros, y que debemos reservar esta palabra a la formación aislada de nuestros diminutos glóbulos.

Así comprendemos la vida, así reconocemos una fuerza creadora que no tuvo principio ni nunca tendrá fin; y creemos que las religiones no avanzan como deberían avanzar, no unen su voz al clamor universal.

Todo dice en la Tierra: ¡Adelante! ¡Paso al libre pensamiento! ¡Únanse las modernas sociedades a la sombra de la verdadera libertad! Y sólo la teología se queda estacionada, sólo ella es capaz de decir en medio de la evolución de todas las ideas, que el proceso de los astros terminó con la formación de la Tierra. Inútil es entonces que los sacerdotes se entreguen al estudio si se ven obligados a decir lo que es contrario a la razón, lo que no se puede admitir en sana lógica, y lo que niega la ciencia en absoluto.

¡Que desarmonía existe entre las verdades científicas y las fábulas religiosas! Por esto las escuelas racionalistas atraen a su seno todos los hombres que saben sentir y saben pensar, por eso el Espiritismo que es el racionalismo religioso cual vid frondosa se extiende por el mundo arraigando sus sarmientos en todas las conciencias, porque en él se encuentra algo más grande, algo más racional, algo que está más conforme con la Omnipotencia de Dios y el progreso indefinido de la humanidad.

Si la escuela espiritista filosóficamente considerada es hasta nuestros días la que mejor responde a las aspiraciones del hombre, la que mejor satisface los deseos del alma, la que efectivamente realiza todos los sueños del Espíritu; por esto nunca nos cansaremos de recomendar el estudio de las obras de **Allan Kardec**, porque en ellas el sabio profundo y el sencillo ignorante, encuentran un algo que consuela, que alienta, que da vida, un algo que nos hace decir: ¡Cuan grande es Dios! ¡Cuan hermoso es el porvenir del Espíritu! ¡Nacimos ayer... pero no moriremos mañana! ¡Nuestro progreso será eterno!... ¡Los universos son nuestro patrimonio!

¡La Creación es un libro en cuyas páginas estudiaremos siglos y siglos! Y siempre al final de sus capítulos, (que serán las edades) veremos escritos en el espacio con caracteres luminosos una sílaba y un vocablo que dirá así: **Se Continuará.**

¡Se continuará diremos alborozados!

¡Ganemos el tiempo perdido!

¡Trabajemos en nuestro progreso y cumplamos con la ley de Dios!

¡A esto impulsa el estudio del Espiritismo, a trabajar sin descanso para ser grandes en el porvenir!

Es la comunicación

La prueba providencial

Que Dios vive en la Creación.

¡Es la manifestación de la vida universal!

¡Vida suprema! ¡Infinita!

¡Que va del progreso en pos!

¡Vida que el ser necesita, porque en el hombre se agita algo que viene de Dios!

¡Somos algo de su Ser!

¡Somos algo de su esencia!

Si el hombre cumple su deber.

¿Quién le hace juzgar y ver?

¡Su propia inteligencia!

Inteligencia que osada penetra en el infinito,
que fija en Dios su mirada diciendo:

¡Una vida no es nada!

¡La eternidad necesito!

¡Y ese afán de progresar!

¡Y este anhelo de vivir!...

¡Y esta fiebre de pensar!...

¿Nos viene a demostrar que es eterno el

LA LUZ DEL POVENIR

porvenir? ¡Quien lo duda!
Ciego fuera quien negase esta verdad; que si
en el hombre no hubiera algo que vivió y vivirá....
¿Qué valdría la humanidad?
y ese Yo, que se identifica con los seres que
aquí amó; con ellos se comunica, y su tiempo
les dedica ¡Porque es dueño de su yo!
¡Vida suprema infinita!...
Que va del progreso en pos; vida que el Ser
necesita; porque en el hombre palpita
¡La misma vida de Dios!

CAPÍTULO XVI

FRATERNIDAD

¡Fraternidad Excelsa! Objeto de mis sueños, causa de mis afanes, esperanza de mi vida, ¡Bendita seas!. Quisiera ser feliz en tu regazo, te busco por doquier para lograrlo y tu augusta deidad no se me aparece. ¿Dónde estás Fraternidad santa que no te encuentro?.

En este mundo en que vegeto, por haberte visto sólo en sueños, por haber recibido tu sana inspiración no faltan apologistas que te enaltezcan, ni corazones de nobles sentimientos que quisieran conocerte y vivir en tu reino. Escucho a tus cantores, voy en pos de sus huellas por ver si siguiéndolos por fin daré contigo, ¡Inútiles esfuerzos! Por doquiera que poso mi planta y paseo mi mirada, en vez de luz que tu eres sombras horribles sólo distingo, en lugar de amor que exhalas metéficos miasmas de odio y de rencor respiro, y contrastando con la paz y el bienestar que ante ti ha de sentirse, observo que en la atmósfera social se ciernen formadas por los vapores del orgullo, de la hipocresía, del egoísmo y del libertinaje que está plagada la parte más considerable de la humanidad, espantosas tempestades que amenazan concluir estrepitosamente con lo existente.

¿Como encontrarte? Fraternidad hermosa, si por lo que sospecho, no estás aquí.

Tu cielo no es este que me cubre con su manto azul. El cielo de las vírgenes debe ser otro, en él no puede forjarse el rayo destructor.

¿Serás el Mesías de la paz que siempre has anunciado y profetizado y profetizan hoy los atletas del progreso? Si eso eres ¡Cuantos siglos girará la Tierra sobre su eje sin que tu aurora disipe la niebla de sus discordias!.

¿Y tanto tiempo a de estar mi Espíritu alejado de ti, sediento como está, sin beber de tus cristalinas aguas? No puede ser. Quiero gozar de ti, sea donde quiera, antes que el reinado de la iniquidad deje de hacer infelices a los pobres reclusos de la Tierra. En ausencia tuya no se vive y yo quiero vivir, y para lograrlo correré los peligros que precise, salvaré los obstáculos que me ordenes. ¿Dime pues, qué puedo hacer para verte, abrazarte y vivir en ti?. Desciende sobre mí, te aguardo.

¿No descienes? Tal vez el aura de impureza que me rodea rechaza tus virginales efluvios y te impide llegar hasta este tu fiel adorador. Mas tu fuerza es mayor y puede derribar esa muralla. ¡Contéstame por piedad, tu silencio me mata!

¡Ah! ¡Gracias! Me oyó y viene; armonías celestiales que encantan al alma y que me proporcionan un placer indecible anuncian su llegada. Me dicen que ya está aquí. ¡Háblame Fraternidad, que ya te escucho!

Calma hijo mío tu ansiedad, modera tu impaciencia. No es el cielo la patria de los impacientes. Pero tu deseo es puro y voy a satisfacértelo.

¡Inútil es que me busques en la Tierra! Como ya sospechas, no has de encontrarme en ella. Allí donde reside la iniquidad, donde viven confundidos todos los vicios y concupiscencias, donde el Sol da calor y vida a tantos caínes, donde la crueldad se ceba despiadada en los débiles, donde el orgullo, la ambición, el egoísmo y la avaricia inspiran las relaciones de hombre a hombre, de familia a familia, de clase a clase, de pueblo a pueblo, de nación a nación, de raza a raza e infaman las costumbres y las leyes, no estoy yo. No puedo respirar ese ambiente de impureza:

Resido en mundos más adelantados que el vuestro, en mundos de luz y bienaventuranzas. En ellos se desconocen las guerras y las discordias que son el pan cotidiano de la Tierra; se han borrado de sus diccionarios las palabras miserias, dolor, ingratitud, ateísmo, muerte, suicidio, fratricidio, homicidio, venganza, hipocresía, ignorancia, fanatismo y no rigen otras leyes que las de la conciencia y el amor.

LA LUZ DEL POVENIR

¿Quieres como dices abrazarme y vivir en mí y por mí? Has de ascender a mis mundos, y para merecerlo precisa que hagas lo que voy a decirte...

Abrázate fuertemente y con cariño a tu pesada cruz, tenla como la mejor y más saludable compañera; con ella auestas, sube sin murmurar y gozoso el calvario del dolor. Ama el estudio con ardor sacrosanto y con el estudio la ciencia, y con la ciencia la verdad, y con la verdad el bien, y con el bien la justicia. Haz que ésta presida todos tus actos. Sufre impasible las abominaciones de los malvados, las censuras de los disolutos, las calumnias de los envidiosos, las burlas de los escépticos, las mofas de los libertinos, las persecuciones de los déspotas; devolviéndoles en cambio miradas de compasión, efluvios de cariño, corrientes enérgicas de fluido regenerador, palabras de verdad, actos de misericordia y en fin, todo el bien que te sea posible. A semejanza del sándalo, aromatiza con los perfumes de tu amor el hacha que te hiera. Debes dispensar tu protección y tu auxilio en cuanto puedas a todos tus semejantes sin distinción.

Al hacer el bien, hazlo sin ninguna clase de interés egoísta, tan sólo por amor al mismo bien. El temor al castigo y la esperanza en la recompensa estimula a los seres muy atrasados y a los que no han llegado a ver la verdadera luz; pero a ti y a los que como tú piensan, sólo el bien por ser bien y el deber por ser deber habréis de tener como estimulantes. Hazte siempre superior al dolor. Soporta por lo tanto, resignado y complaciente los sufrimientos, las aflicciones y vicisitudes que no hayas podido evitar piensa que todos ellos son las asignaturas que cursáis en la escuela de vuestro progreso espiritual. Procura obtener cuando te examine el supremo hacedor la nota de sobresaliente. Imita en fin, en todo al Cordero sin mancha, al que santificó con su martirio el Gólgota, al que después de haber dejado con sus enseñanzas, torrentes de luz a la ingrata humanidad, de haber devuelto la salud del alma y del cuerpo a muchos, se ve perseguido, abofeteado y escupido, y sella su misión con aquella oración tan sublime, sencilla y lacónica a la vez que sintetiza toda su obra: ¡Padre perdónalos que no saben lo que se hacen!.

Imita este modelo, y cuando como Él hayas sido el redentor de humanidades atrasadas y hayas lavado con el sacrificio toda mancha en tu Espíritu, al cerrarse en la cima de tu calvario las puertas de los mundos de expiación y pruebas como el vuestro, se te abrirán de par en par las de los mundos donde yo moro, y allí, gozoso y victorioso, vestido con el ropaje de la pureza, podrás verme, abrazarme y vivir en mí.

¿Estás dispuesto a seguir ese camino sembrado de espinas que te señalo, el único que conduce a las mansiones celestes?.

Dispuesto estoy vida mía a beber del amargo cáliz que me ofreces; porque sé que después de recorrido el camino, en esas mansiones que me indicas he de hallarte a ti por quien suspiro. Pero dime: ¿Por ventura quedaré huérfano de ti hasta que haya consumado mi obra en este mundo? ¿No tendré la satisfacción de verte reinar en él, para que sus pobres moradores puedan disfrutar de tus beneficios y gozarme yo en el gozo de mis hermanos en cautiverio?.

No temas tu orfandad, esta no ha de ser absoluta. Tú que estas iniciado, en el modo como se establece las relaciones entre los espíritus encarnados y los desencarnados, sabes que la destrucción del cuerpo no impide que los seres que se aman verdaderamente, se comuniquen, aunque unos gocen de la libertad del espacio y otros permanezcan aferrados a su envoltura de carne; los espíritus, aún sin daros cuenta vosotros os inspiran, os aconsejan, os animan y os consuelan en vuestras aflicciones. A semejanza de ellos estaré junto a ti, invisible para tus ojos materiales, pero visible y tangible para los de tu Espíritu. Te inspiraré, dirigiré tus pasos y te advertiré cuando te separes o intentes desviarte del buen sendero. Y lo que prometo hacer contigo, lo vengo haciendo desde la noche de los siglos, y lo haré eternamente en todos los mundos donde la imperfección de sus habitantes me impiden sentar mis reales, con los hombres de buena voluntad que me quieren y me buscan. Todos cuantos han trabajado por el progreso y el bien de sus semejantes, han

recibido mi inspiración y paulatinamente porque no de otro modo puede ser, voy ganando corazones para mi causa, y entretanto sigue su curso también la evolución física del planeta, para ofrecerme en su día una morada digna de mí.

Y cuando llegue ese día, que será cuando hayáis unificado las clases, las conciencias y los cultos; cuando no hagáis distinción entre blancos ni negros, amarillos y cobrizos; cuando el sol de vuestro progreso intelectual y moral haya destruido con sus rayos los horribles espectros de la ignorancia, del orgullo y del egoísmo, padres de todos los vicios y causa de la mayor parte de los males que os aquejan; y merced a ese mismo progreso, hayáis suprimido los cadalsos, olvidado las guerras y derribado las fronteras; cuando en vuestra humanidad no haya primeros ni segundos, y seáis todos para cada uno y cada uno para todos, formando una sola familia de hermanos, vendré con la corte del justo, que, como prometió bajará otra vez a la Tierra con toda su majestad, a separar los malos de los buenos, a inaugurar la era de paz y establecer su reino que no tendrá fin. Vendré con Él, y seré en aquel reinado la nota armónica que enlazará a los hombres y hará vibrar al unísono todos los corazones, fundiéndolos en un solo sentimiento de amor y felicidad.

Lejano está ese día pero, no lo dudes llegará. Los planetas en que impero, fueron mundos primitivos, y en virtud de revoluciones innúmeras, tanto geológicas como sociales, de su evolución progresiva y del trabajo de sus habitantes, han podido conquistar el lugar que ocupan en la jerarquía de los mundos. Dios no tiene privilegios para ninguna de sus creaciones. Así como los mundos celestes han tenido su infancia, los espíritus angélicos, aquellos que por su superioridad han alcanzado el grado más eminente, fueron tan ignorantes como ignorante es el ser menos inteligente de la inmensa Creación; y el hombre más malvado llegará a ser el paño de lágrimas de la humanidad que ultrajó y ocupará luego las más altas jerarquías.

Para todo ese progreso se necesita tiempo, mucho tiempo. No os paréis a calcular los millones de siglos de los vuestros que este progreso requiere. Contentaos con saber que el tiempo, fuera de los mundos, no tiene medida, es eterno, no hay ayer ni mañana, siempre es hoy; y todos los millones de miríadas de siglos que podéis imaginar, no pueden equipararse a una cuadrillonésima parte de segundo en la eternidad. En la obra de Dios siempre os encontraréis con lo infinito y lo eterno; ni el espacio ni el tiempo admite limitación.

La humanidad de la Tierra ha llegado a una edad en que puede dársele alimentos más nutritivos que en pasados siglos. De aquí la aparición del Espiritismo.

Éste, demostrando positivamente con el hecho de la comunicación ultra-terrena la existencia e inmortalidad del Espíritu, y con la doctrina de la pluralidad de existencias y de mundos habitados, la ley de la justicia que lo rige todo y la solidaridad universal, realizará en las conciencias y en el modo del ser individual y social, la más grande de las revelaciones. Él está llamado a resolver todos los problemas, así científicos, como económicos, políticos y sociológicos.

Sé pues, campeón esforzado de esta doctrina regeneradora. Ayuda a su difusión a costa de cualquier sacrificio. Es deber de todos los buenos espiritistas llevadla a los régios alcázares, a los palacios de los magnates, al hogar de los potentados, a la vivienda del obrero, a la cabaña del pastor, a las cárceles, a los hospitales, a las casas de corrección, y en fin, a todas partes. Consolad con ella a la viuda, a la madre desolada, al anciano impedido y a todo el que sufre, y verás qué pasos más gigantescos da vuestra humanidad.

Al honrar los espiritistas a los grandes espíritus de vuestra escuela que dejaron luminosos estelares a su paso por la Tierra, honráis a la humanidad de que formáis parte; porque sabéis ser agradecidos, y al propio tiempo, recordando sus virtudes, sus hechos más culminantes y el bien que sembraron, propagáis la idea, tomáis grandes y saludables

LA LUZ DEL POVENIR

resoluciones, se estrecha vuestra unión y llamáis hacia vosotros a los espíritus de Luz que, gustosos acuden y toman parte principalísima en vuestras tareas.

Kardec y Escubós, a quienes con justicia anualmente festejáis, son dos espíritus superiores, (y la misión que en la Tierra cumplieron bien lo demuestra) que están con vosotros y os ayudan en la propagación de la verdad y en la práctica del bien.

¡Dichosos ellos, que alcanzaron el laurel de la victoria! Ahí tienes dos ejemplos más que imitar. Cuando en tu humanidad los más seáis como ellos, habrá sonado la hora de la redención.

Basta por hoy; te he dicho cuanto me propuse. No lo eches en saco roto. ¡Peregrinos de los siglos a la obra! Y tendrás segura la conquista de tu verdadera patria.

Se despide de ti, con un ósculo de paz, tu amada.

FRATERNIDAD

Después de esta relación sería pálido cuanto quisiera añadir. Hagamos pues, espiritistas lo que la Fraternidad nos aconseja; porque su voz es la misma voz del mismo Dios y no puede engañarnos. Seamos buenos, cumplamos estrictamente todos nuestros deberes, y al propio tiempo que nos redimimos contribuiremos eficazmente a la redención de los demás.

Espíritu de Allan Kardec y de Antonio Escubós: mi alma os admira y quiere ir en pos de vosotros; sed mis guías y mis maestros espirituales.

Protegedme contra las asechanzas de los vicios y haced que en mi campo no florezcan más que virtudes y que se destaquen entre todas, la humildad, la modestia y la caridad.

CAPÍTULO XVII

CÉSAR

Desde que el estudio del Espiritismo nos ha convencido de que es una verdad axiomática; que lo que no se gana no se obtiene; cuando vemos un ser abrumado bajo el enorme peso de una expiación horrible, le miramos con profunda compasión y decimos con angustia indefinible: ¿Qué hicistes ayer? ¿A cuántos condenados les trajistes la muerte? ¿A cuántas familias dejaste en la miseria? ¿Cuántos años de tu vida consagraste a la consumación de espantosos crímenes? Grandes debieron ser tus delitos cuando por esta existencia no has conseguido ni un día de reposo, ni una hora de solaz.

Éstas o parecidas reflexiones, hicimos hace algunos días, al visitar por vez primera a una familia que ocupa una buena posición social, que posee bastantes riquezas, y que sin embargo le falta mucho para ser feliz.

Se compone la familia de un matrimonio y tres hijos; el mayor tiene veinte años, es delgado y de mediana estatura, blanco y rubio, cabeza de artista, frente pensadora y ojos que cuentan una historia de lágrimas; la expresión de su rostro es melancólica, cuando está sentado su porte es distinguido, su figura aristocrática, cuando se estrechan sus manos blancas, finas y delicadas parece que se cogen las manos de una niña, tan suave es su tacto; habla muy bien, se expresa con soltura, revela clarísima inteligencia y profundo conocimiento en el arte que inmortalizó a Murillo, Velázquez, Juan de Juanes y Rafael; pero cuando se levanta, al dar los primeros pasos, una extremada debilidad en sus miembros inferiores, le hace doblar las rodillas y le obliga a inclinarse balanceando su cuerpo, perdiendo su simpática figura toda su esbeltez y distinción, pues se asemeja al hombre dominado por la embriaguez que camina torpemente, dando pasos inseguros en opuestas direcciones.

¡Qué impresión tan dolorosa sentimos al contemplarle! Aumentándose nuestra compasión cuando hablamos con él un largo rato, cuando vemos que posee, (como hemos dicho antes) una buena inteligencia; sintiendo como es normal la influencia de las pasiones juveniles, la vida se desborda en su ser, su voz vibra, su mirada fulgura, su ademán es apasionado y ... todo ha de quedar ahogado en sí mismo, su imperfección y su debilidad física le separa de los amores y de las relaciones de la vida; para ser amado en la Tierra, para ser preferido a los demás, no basta poseer un alma grande y apasionada, se necesita tener un cuerpo estéticamente configurado; el jorobado, el manco, el cojo, el epiléptico, el patizambo y todos los que tienen otras mil imperfecciones físicas parece que sólo han venido a la Tierra para inspirar risa a los más y compasión a los menos, y aunque a veces llegan a ser amados; como antes de serlo se han visto desdeñados por la generalidad, este desdén se ha infiltrado en su alma y ha ido formando en su corazón ese depósito de amarga ironía, esa profunda desconfianza que tanto lastima, que tanto hiere, que tanto humilla, que tanto mortifica y que fermentando en su alma como agria levadura, va formando el vacío en torno de aquel que a pesar de ser un genio, que a pesar de ser un hombre grande, huye de la sociedad como si hubiera cometido un crimen; se avergüenza de sí mismo, le inspira repulsión su figura, y tiene que vivir unido a su mayor enemigo, tiene que estar enlazado al instrumento de su tortura, y no un día, un año, un lustro, sino toda la vida ¡Oh eso es horrible, es la cadena perpetua del presidiario! ¡Qué grande debe haber sido el delito cuando es tan terrible la condena!

Esto pensábamos mirando a César después de preguntarle con maternal cariño, cuantas veces había visto florecer los almendros.

LA LUZ DEL POVENIR

Tengo ¡Veinte años señora!... ¡Veinte años! ¡Cuanto dijo en tan pocas palabras! Nos contó toda su historia, sus ambiciones y sus anhelos, sus desengaños y decepciones, en ellas rebotó la amargura que llena hasta el borde la frágil copa de su existencia.

¡Pobre César! Es inmensamente desgraciado. Joven, de rostro simpático, de claro talento, de agradable trato, y sin embargo... no tiene amigos, no tiene quien le ame, él no puede correr como sus compañeros de estudio, y estos no tienen paciencia para acompañarle en sus cortos y fatigables paseos. Él no tiene una ilusión amorosa, no está prometido con ninguna niña encantadora, su familia no ha podido concertar su enlace con ninguna de sus jóvenes parientas, está condenado al celibato a pesar de tener un corazón sensible y un alma apasionada. Es muy débil su organismo, casi siempre está enfermo, y hasta hace pocos meses ha salido siempre con su ayo. ¡Su niñez, sin un juego!... ¡Su juventud sin amores! Habiendo en él todos los gérmenes de la vida, pero en estado latente, sin desarrollo; es un Espíritu gigante que sólo puede disponer del organismo de un pigmeo; y para mayor sarcasmo es rico, pero su riqueza no ha sido suficiente para robustecer su cuerpo: el último mendigo de la Tierra es más feliz que él, puesto que sus miembros ágiles le permiten ir a donde desea, mientras que César vive prisionero dentro de sí mismo.

Vivir sin alas el que ha nacido con las del Genio, es un tormento que se comprende algo pero que no se explica, no hay lenguaje que describa finalmente esa continuada agonía; se juzga lo horrible de la causa por sus dolorosos efectos.

Sabíamos antes de conocer a César que éste era incrédulo en materias religiosas, y si nombraba a Dios era para apostrofarle, para increparle por haberle dado la vida, y cientos de veces había dicho a sus padres: ¿Para qué me habéis puesto en el mundo? ¿Qué daño os hice para que os complaciérais en formarme de barro tan quebradizo y deleznable? ¿Qué maldición pesa sobre vosotros que para legitimar vuestros amores, dais la vida a un ser raquíptico que no puede vivir y gozar como los demás hombres? ¿Qué lujo de crueldad habéis desplegado que llamásteis a un alma inteligente y soñadora, amante de lo bello y de lo grande, para ofrecerle un cuerpo enclenque y enfermizo, que no puede sostenerse y que en vez de ser el auxiliar de su Espíritu, es su verdugo que le atormenta incesantemente con su impotencia y su debilidad?

Dicen que la misión de los padres es una misión divina: no la habéis tenido para mí, ¡No! ¿Por qué me habéis despertado si yo dormía en el Cosmos universal? Si mi inteligencia no se había individualizado ¿Por qué pedisteis a la naturaleza que fraccionara algunos de sus átomos para que dieran forma al primer fruto de vuestros malhadados amores? ¿Por qué os conocisteis? ¿Por qué os amasteis? ¿Por qué quisisteis veros reproducidos? ¿No os bastais el uno al otro?

¿Por qué perjudicar a un tercero, que sin vosotros no hubiera soñado con un cielo para después precipitarse en un abismo insondable?

Yo de niño esperaba, yo creía que el oro era un amuleto misterioso con el cual se conseguía todo en la Tierra y me decía; mis padres son ricos, ellos pueden llamar y pagar espléndidamente a sabios doctores que vigorizarán mi organismo, y esperaba en la ciencia, en la riqueza y en mi juventud; pero los médicos me miran, me dan remedios ineficaces, los años pasan, el niño de ayer es el hombre de hoy y mis piernas flaquean, mi cuerpo oscila como arbolillo sin raíces en poder de chiquillos traviosos; y la burla de los unos y la compasión de los otros me irrita y me humilla a la vez; quiero querer y los malos me cierran el paso, quiero amar y no encuentro quien me ame, quiero recorrer el Universo y apenas si puedo salir de mi hogar.

Decidme, ¿Qué os hice yo?.. respondió; si todo efecto reconoce una causa, yo quiero saber porqué me habéis hecho tan inmensamente desgraciado.

Sus padres, se comprende fácilmente, sufrían con su hijo todos sus dolores, todas sus angustias y cuando le veían tan desesperado, su pobre madre lloraba amargamente y su

padre se enfurecía ahogando su furor con las filosóficas reflexiones que sólo conseguían, las más de las veces, aumentar la exasperación de César.

Como no hay desheredados en la Tierra, como todo dolor encuentra su lenitivo, César cuando menos lo esperaba, ha visto ante sus ojos, nuevos y dilatados horizontes. Entre sus amigos de la infancia hubo una niña dulce y cariñosa llamada Ángela, que se asoció a sus juegos con la docilidad que caracteriza al sexo débil en su niñez. César no supo apreciar el cariño de su inocente compañera, y más veces repelía sus caricias infantiles de las que las aceptaba. En una de las temporadas que estaban enojados, murió Ángela, y entonces César lloró la ausencia de la bella adolescente que al hacer la entrada en el gran mundo se llevó las manos al corazón, lanzó un gemido y huyó de la Tierra porque sentía la nostalgia del infinito.

Entre los numerosos amigos que cuenta la familia de César, hay uno o dos que son espiritistas y después de acaloradas discusiones, de burlas de una parte, de serias reflexiones por la otra, de magnetismo y de todo lo que se necesita para llevar el convencimiento a espíritus refractarios a las innovaciones, que cada uno de por sí creía que su creencia era la mejor, añadiendo a esto una gran desconfianza que rechazaba casi en absoluto la autenticidad de los fenómenos espíritas, después de luchar con tantas y tan diversas contrariedades, una íntima amiga de la madre de César, una mujer entregada por completo a las prácticas religiosas, una buena cristiana en toda la extensión de la palabra, incapaz de mentir, temiéndole a los espíritus y experimentando en las sesiones espiritistas, dudas, contrariedad, temor y todo lo que se necesita para rechazar las influencias de los seres invisibles, dominada por un buen magnetizador durmió con el sueño sonambúlico, y ante César y su familia dieron principio unas sesiones de gran importancia, pues por medio de la sonámbula se obtuvieron comunicaciones de varios parientes de los padres de César, a los cuales la médium no había conocido, descubriendo su figura con perfecto parecido. César observaba atentamente y como no podía desconfiar ni de la sonámbula ni del magnetizador porque ambos son personas respetabilísimas, incapaces de faltar a la verdad, su escepticismo comenzó a tambalear, y más aún cuando él mismo vió en los puntos que señalaba la sonámbula, una especie de nube de humo blanquecino aspirando a la vez el olor de aromáticas flores que la médium iba describiendo con bastante lucidez, aumentando su interés cuando la sonámbula dijo alborozada: ¡Ay! ¡Qué aparición tan preciosa! ¡Qué joven tan hechicera! Es verdaderamente encantadora, quiero conocerla, pero va envuelta en un largo velo de nivea gasa ¡Que digo! No es gasa, es otra tela más impalpable, su vestido es de tisú de plata, pero transparente. Se acerca a César, levanta una punta de su velo, le envuelve con él, se inclina y su cabeza casi toca su frente, debe mirarlo con inmensa ternura, le pido que se descubra bien y aparte los pliegos de su velo. ¡Dios mío!... ¡Si es Ángela! Pero mucho más hermosa que cuando estaba en la Tierra. ¿No sientes su fluido César? Estás envuelto con su flotante velo, te mira como las madres miran a sus hijos enfermos y te habla César confesó que sentía una emoción dulcísima que nunca había sentido, y desde aquel día memorable su existencia no ha sido tan amarga.

Ángela por medio de la sonámbula, le ha dicho a César que existía en el espacio, y que se acercaba a la Tierra para consolarle y hacerle comprender la eternidad de la vida; en una serie de dulcísimas comunicaciones le ha hecho conocer el error en que vivía negando la inmortalidad del alma y el progreso indefinido del Espíritu; y el ateo, el enfermo desesperado, el genio aprisionado en un organismo inservible, hoy se ríe dulcemente y habla de los espíritus con la mayor sencillez y naturalidad, mostrando empeño en leer las comunicaciones y en contar todos los detalles de las sesiones, sin olvidar lo más insignificante.

¡Qué cambio debe haberse verificado en la mente de César! Cuánta habrá sido su sorpresa al volver a encontrar en su camino a la compañera de su niñez convertida en madre amorosísima, aconsejándole que se consagre por completo al divino arte de Apeles

por el cual César tiene decidida predilección, impulsándole al estudio de la filosofía espiritista para conocer el porqué de lo que le parece anómalo, para convencerse por sí mismo de que las existencias como la suya tienen por base el olvido total de los deberes y el completo abuso de los derechos.

César no puede ser feliz en la Tierra, pero sí puede ser mucho menos desgraciado estudiando el Espiritismo racionalista.

II

No por curiosidad, sino por estudio, por conocer la causa que ha producido tan dolorosos efectos, hemos procurado ver las raíces del árbol que ha dado tan amargos frutos, y un Espíritu nos ha dicho lo siguiente:

Preguntáis quién fue César, con una ansiedad dolorosa sentida por todo aquel que se interesa por las desgracias de su prójimo. Por la clase de expiación se puede deducir cual fue el delito cometido, mas ya que sólo con vuestra razón no podéis deducir con toda claridad apetecible lo que deseáis, yo os diré a grandes rasgos lo que hizo César en este mundo en su anterior existencia.

No es Espíritu en cuya historia se registren horribles crímenes, ¡No! En su encarnación pasada eligió noble cuna, gran riqueza, hermosa figura y genio aventurero, mas no para emplearlo en empresas provechosas para él y para su patria, antes muy al contrario, sólo pensó en disfrutar lo que poseía sin cuidarse ni poco ni mucho del aumento de su hacienda; muy dado a lances amorosos, malgastó los mejores años de su vida aprovechando las efímeras ventajas que le daba su belleza física, su distinción y sus bienes para ser atendido y obsequiado donde quiera que se presentaba, y desde la mujer nacida en las gradas de un trono, hasta la infeliz que por hambre o por vicio, se entregaba al mejor comprador, él mintió amores y prodigó caricias bajo pabellones de púrpura y en el rincón nauseabundo del último lupanar de la Tierra.

Para esos malhechores, para esos forajidos que penetran en una casa honrada y sin exponerse lo más mínimo, hurtan el tesoro de más valía, aquel que una vez perdido jamás se recobra; para esos bandidos sin corazón no hay en este planeta penitenciarías y más si el ladrón de honras es inmensamente rico; su riqueza le hace inviolable; y el que hoy llamáis César, abusó tanto de su posición social, que impunemente labró la desgracia de muchas familias y más de una mujer enamorada y abandonada a su desesperación murió maldiciendo su memoria. Y era tan hermoso, había en su mirada una atracción tan poderosa que le bastaba mirar para conseguir. Fue un galanteador de oficio, siempre con fortuna, consideró a las mujeres como mercancía sin valor, puesto que no encontró ninguna belleza ingrata que despreciara sus halagos. Hizo daño mucho daño sin medir sus consecuencias, sin fijarse en mirar por un segundo la suma total de sus víctimas. Para él la mujer era una propiedad animada, como llamó uno de vuestros sabios a los esclavos, creía que habían nacido hermosas para satisfacer los caprichos de su señor, sus lágrimas le hacían reír, su furor excitaba su ira, no le concedía a la mujer más que un deber, el de engalanarse y embellecerse para ser agradable al hombre, negándole todos sus derechos, he aquí todo. Y así como un correo de gabinete no se inquietaba por los caballos de posta que estropeaba para llegar más pronto al fin de su jornada, de igual manera al que hoy llamáis César le importaba un bledo que las mujeres murieran envenenadas por sus caricias; no merecía una mujer más consideración que la de ser mirada y acariciada en una noche de orgía.

La mujer madre no consiguió tampoco su respeto: por lo demás no fue ni ávaro, ni envidioso, ni traidor, sus servidores lo querían entrañablemente. No tenía más que un

vicio que le dominaba por completo, el apetito sensual; éste atrajo sobre su cabeza muchas maldiciones, porque fueron muchas las mujeres que le amaron y tuvieron que maldecir su desvío.

Murió solo y abandonado de todos, cuando iba más embebecido en sus lúbricos recuerdos, equivocó la senda y cayó en un precipicio donde permaneció algunas horas sufriendo agudísimos dolores hasta lanzar su postrer suspiro, sin que una mano piadosa cerrara sus grandes ojos, sin que un beso de ternura sellara sus labios. Para sus restos no hubo sepultura, y aún existe la tradición en su país, de que su cuerpo y su alma se los llevó el diablo. Nadie encontró sus despojos, tan hondo fue el abismo donde cayó; y como si no fuera bastante, hubo un desprendimiento de rocas que cayendo sobre su cadáver le trituraron.

Cuando aquel Espíritu llegó a ver el cuadro de su vida, su dolor fue inmenso, indescriptible.

No le faltaron seres amorosos que le prodigaron consuelo, pero él tenía inteligencia bastante para comprender que había pecado mucho, si bien en algunos de sus actos había influido poderosamente la educación viciada que recibió de preceptores, que todos fueron ministros de Dios.

Una de sus víctimas que sucumbió bajo el peso de su vergüenza y de su dolor, fue la que influyó más en su ánimo para que pidiera la expiación que hoy sufre, y César pidió una madre amorosa para que en sus brazos comenzara a amar y a respetar a la mujer, pidió riqueza y un cuerpo defectuoso y animado por una clara inteligencia y un naciente sentimiento para desear amor y no poderlo obtener, porque en la Tierra los organismos defectuosos sólo inspiran risa a los más y compasión a los menos, y el seductor irresistible de ayer, el que a su paso sembró dolores y vergonzosos remordimientos, hoy apenas puede salir de su palacio, es rico, es amado de su familia, muy amado, pero su cuerpo es su implacable verdugo, casi siempre está enfermo, rodeado de innumerables cuidados que acrecientan a veces su sentimiento, porque despiertan en él los puros deseos de crearse una familia, sueña con una esposa, con tiernos hijos pero... ¿Encontrará quién le ame? ¿Podrá resistir el horrible tormento de los celos que necesariamente tendrá que sufrir si asocia su existencia a otra existencia? ¡Ah! ¡Su expiación es terrible! Es un alma que despierta a la vida aprisionada tras espesas rejas. Ama las bellas artes, ama todo lo que es grande, ama todo lo que despreció en su encarnación pasada; él no creía que fueran seres racionales los que eran deformes, por eso hoy él cuando se mueve demuestra muy a pesar suyo su deformidad para convencerse por sí mismo de su error y de su injusticia.

Hacéis bien en compadecer a todos aquellos que son abrumados bajo el peso de su expiación. ¡Ay de los opresores, porque luego serán los oprimidos!

No os canséis de relatar historias en cuyas tristes páginas encuentre la humanidad útiles enseñanzas que la alejen del abismo insondable de vergonzosos vicios. Decid, repetid en voz alta, que los tullidos de hoy son los que ayer tuvieron prisa en cometer desaciertos; decid que el brazo que hoy no se mueve, ayer se movió para manejar el arma homicida y firmar presuroso sentencias de muerte; decid que los ojos que hoy no tienen vista, ayer se complacieron en mirar impurezas, contemplando también con delicia las contricciones de los condenados cuando en el potro del tormento declaraban mentiras o verdades para dejar de padecer.

Decid que los grandes sufrimientos son el resultado de grandes crímenes, y no os inquiete que vuestras palabras no encuentren eco en la humanidad; con un solo ser que os escuche, tenéis la recompensa de vuestro trabajo, con un ciego que recobre la vista, podréis decir que habéis conquistado un mundo.

LA LUZ DEL POVENIR

Creemos lo mismo que dice el Espíritu que ha tenido la amabilidad de darnos algunas explicaciones sobre el pasado de César; creemos que un ser que despierta del letargo de la ignorancia, es un mundo en el cual comienza a desarrollarse todos los gérmenes de la vida, un solo pensador basta en muchas ocasiones para dar distintos rumbos a las escuelas filosóficas y religiosas que han imperado durante siglos; un solo artista hace con su genio maravilloso una verdadera revolución en el arte; un solo poeta sirve para despertar el sentimiento de cien generaciones.

Las colectividades sirven para arraigar las innovaciones del progreso, pero la palabra mágica, ¡El hágase la luz! Un solo hombre es el que la pronuncia cuando llega la hora de la redención de un pueblo.

Réstanos decir para concluir que cada día nos convencemos más y más de que el estudio razonado del Espiritismo es la tierra prometida de todos los desgraciados, César desde que se ha convencido de que las comunicaciones de ultratumba son una verdad innegable, busca afanoso ponerse en relación con los espíritus, consultando con ellos sus dudas y recelos sobre sus adelantos en el arte pictórico; y cuando un desengaño le hiere y hondamente le impresiona, evoca a un ser amigo, y si este viene, escucha dulces consejos y sensatas reflexiones, su rostro se ilumina con los resplandores de una inmensa satisfacción: tiene quien le ame, quien le aconseje, quien vele por él, y estos no son individuos de la familia, ¡No! Son otras afecciones, ya no está solo en el reducido círculo de su hogar. Tiene amigos, amigos que no le envidian por sus adelantos en el arte, sino que muy al contrario le dicen: ¡Para el genio no existen distancias ni alturas! ¡Sube! ¡Avanza! ¡Que es tuyo el porvenir!

Nunca olvidaremos a César. Su expiación nos hace mirarle con maternal cariño, y nunca nos ha parecido más útil la comunicación de los espíritus desde que vimos a César escuchando feliz los consejos que recibe de ultratumba.

¡Por ello sonrío un mártir de sí mismo! ¡Bendita sea la luz de la verdad!

CAPÍTULO XVIII

LOS SACERDOTES DEL PORVENIR

Cuando las multitudes embrutecidas por la ignorancia sienten la fiebre del progreso, en su delirio exclaman:

Cuando los pueblos sean libres no tendremos sacerdotes, no tendremos poderes de ninguna especie a los cuales obedecer; viviremos entregados a nosotros mismos, la igualdad absoluta reinará en todas las clases sociales; no habrá pobres ni ricos, todos seremos iguales.

Estas y otras palabras parecidas pronuncian casi siempre los agitadores de todas las épocas, siendo entre los ignorantes la cizaña que crece ufana en los sembrados de la vida; y como las religiones en su mayoría han dominado a las masas populares, cuando estas quieren sacudir el yugo, lo primero que dicen es: ¡No queremos sacerdotes!

Nosotros al escuchar estas exclamaciones, nos sonreímos con lástima y no podemos menos decir:

¡Cuan equivocados estáis! No queréis sacerdotes y los habréis de tener, porque el desnivel eterno del progreso de los espíritus subsistirá siempre, porque mañana como hoy habrá pequeñitos de inteligencia y grandes en sabiduría.

No todos los sacerdotes dejan de cumplir con su deber, y los buenos sacerdotes son necesarios en todas las edades.

Los verdaderos ministros de Dios son muy útiles a la sociedad, porque pueden ser entendidos instructores, pues en su género de vida esencialmente contemplativa, tienen gran posibilidad de entregarse al estudio y la meditación; ésta predispone a la elevación del alma, sublima el sentimiento, y el Espíritu se pone más en contacto con las maravillas de la naturaleza, y puede sentirse mejor, y puede admirar con mayor conocimiento de causa las innumerables bellezas que encierra la Creación.

Hasta ahora no se ha llamado sacerdote más que al hombre que se ha consagrado al servicio de Dios, celebrando las diversas ceremonias que tienen las distintas religiones, ofreciendo sacrificios, elevando plegarias, haciendo todo aquello referente al formalismo de las religiones positivas; y a nuestro modo de entender, el sacerdote consagrado a Dios, el ungido que es el instrumento de la providencia y da fiel cumplimiento al mandato divino, no es precisamente el hombre que pronuncia más o menos votos y se viste con traje telar, que el hábito como se dice vulgarmente no hace al monje. Si el sacerdote es el hombre consagrado a Dios, se puede decir que lo es sin duda alguna el que está consagrado al bien, porque la observancia y la práctica del bien es el sacerdocio, es el único culto digno del Omnipotente, y los hombres consagrados a la fraternidad universal serán necesarios en todas las edades, y en todas las épocas. Hay espíritus cuyo adelanto moral e intelectual llega al grado máximo y en otros no pasa de un punto de grado, o sea una parte mínima; para estos últimos hacen falta hombres verdaderamente entendidos y generosos que se consagren a su educación.

Los que no hacen falta ni nunca lo hicieron, son los explotadores de las religiones, los lobos como decía San Pablo con la piel de oveja, los sepulcros blanqueados, los que sólo atienden a los intereses terrenales y se descuidan de las muchas moradas que en la Creación nos guarda nuestro padre, ocupándose exclusivamente de las vanidades mundanas, tomando parte activísima en todas las luchas sociales, despertando sórdida ambición en las almas sencillas, trastornando el hogar doméstico, quitando la paz a las familias. Y estos agitadores de todos los tiempos, estos políticos religiosos, estos místicos revolucionarios están llamados a desaparecer: pero quedarán en su lugar los verdaderos sacerdotes, los ungidos del Señor; los que emplean su vida en estudiar la mejor manera de

LA LUZ DEL POVENIR

instruir a los pueblos moralizando sus costumbres, dulcificando sus sentimientos, engrandeciendo sus ideas y despertando su inteligencia; estos hombres superiores descenderán a la Tierra en número tan considerable cuanto sea necesario, y estos nobles seres son verdaderamente indispensables para el progreso de las humanidades.

El sacerdote rutinario, el que reza porque le pagan la plegaria, el que acompaña a los muertos recibiendo por ello su gratificación, estos funcionarios del formalismo religioso desaparecerán con el tiempo, cuando sus religiones se extingan en la noche de los siglos, pero lo repetimos, quedarán en su lugar los sacerdotes de la razón, los hombres pensadores que pueden dedicarse al estudio de las leyes divinas, y a éstas amoldar cuanto sea posible las leyes humanas.

¡Los regeneradores de los pueblos!

¡Los profetas del progreso!

¡Los enviados de la luz!

¡Los redentores de los mundos, de las naciones y de las familias! Esos grandes sacerdotes serán la esperanza de los afligidos.

¡Serán los guías de las ciegas multitudes!

¡Serán los rayos del eterno sol; que con su luz y su calor prestarán vida a las generaciones, haciéndoles comprender su progreso indefinido!

Si el racionalismo religioso, esta escuela creada por Cristo hoy renace, hoy reencarna nuevamente, hoy se levanta porque la Tierra preparada está para recibir su savia generosa, y los hijos del adelanto aceptan la misión sagrada de destruir la esclavitud de las castas degradadas, emancipando a los espíritus, perforando las montañas de la ignorancia, única causa de su degradación.

Los hijos del progreso vienen a fundar sobre bases sólidas la asociación universal.

¡Días solemnes son los días del siglo de la luz! Los sacerdotes de la razón pronuncian sus votos ante el evangelio de la ciencia, y las comunidades de los sabios se dirigen en peregrinación, los unos al desierto del Sahara para encontrar los latidos del corazón de África, los otros a buscar el paso del Noro-Este, aquéllos levantar observatorios astronómicos en las regiones polares, otros a pedirle a las entrañas de la tierra su fe de bautismo escrita en las capas geológicas, y todos animados con un mismo sentimiento emprenden esa noble cruzada para conquistar ciertos puntos de la tierra, inaccesibles hasta ahora para el hombre civilizado.

¡Cuan hermoso es este movimiento ascendente!

Los trabajos de la ciencia son la plegaria de los racionalistas, y los sacerdotes del progreso nos inician en los misterios de la religión del porvenir.

Estos misterios están al alcance de todos los seres algo pensadores, porque reconocen un Dios único, eterno e indivisible; germen de toda vida, porque Él es la vida; principio de toda sabiduría, porque Él es la misma sabiduría; síntesis de justicia, porque Él es la justicia suprema; fuente de amor, porque Él es amor mismo; y este todo de la Creación, esta causa de la cual derivan todos los efectos, tiene por templo toda la naturaleza y por sus sacerdotes todos los hombres que hagan el bien por el bien mismo, recibiendo en recompensa de su noble tarea la eterna supervivencia e individualidad de su Espíritu, la continuidad de su existencia en planetas regenerados, siempre avanzando por la vía de la perfección, sin llegar nunca a la perfección absoluta, porque ésta sólo la posee Dios.

He aquí la doctrina racional, he aquí el verdadero desenvolvimiento de la vida, el estudio de sus múltiples manifestaciones, el análisis de sus leyes, el examen de sus principios, el exacto conocimiento del destino del Espíritu, esto y mucho más que nos queda por decir es el trabajo del racionalismo religioso, conquistador incansable a quien no seduce los halagos de fáciles placeres, ni le amedrantan los obstáculos que a su paso le presenta la ignorancia.

AMALIA DOMINGO SOLER

El racionalismo religioso es el primogénito de Dios, y avanza siempre porque su misión es el adelanto sin tregua. Es la verdad y la vida que nunca tendrá fin; y los iniciados en tan sublime doctrina, son los hombres designados para ser los sacerdotes del porvenir, porque serán más instruidos que la generalidad.

Más compasivos con los delincuentes.

Más sufridos en las adversidades.

Más confiados en la estricta justicia de Dios.

Más humildes y sencillos en la opulencia.

Más lógicos en sus deducciones, y con esa falange racionalista, el mañana de la humanidad será un día de sol que nunca tendrá ocaso porque el racionalismo religioso es el Fíat Luz de la Creación.

CAPÍTULO XIX

LA RELIGIÓN Y LAS RELIGIONES

¿Qué es la religión? Según explica el diccionario, es la virtud que le rinde a Dios el culto debido; es la adoración ofrecida a la Divinidad; es la observancia de las buenas costumbres y el practicar obras de verdadera devoción.

Es cierto; la religión debe ser el amor a todo lo bello, a todo lo grande, a todo lo armónico; y como estas preciosas condiciones en nada ni en nadie pueden encontrarse en tan alto grado como en Dios, fuente de vida, raudal de salud, río de esperanzas y mar de justicia, por esto el hombre se siente atraído por ese foco imánico y ama a Dios desde que miró al Sol y cayó de hinojos adorando al rey de la Luz.

La religión nació con el hombre y el hombre nació con la religión; pero dueño el Espíritu de su libre albedrío, cuando entró de lleno en la vida, cuando abandonó las selvas, formó la tribu y levantó viviendas; cuando las pasiones se despertaron en su pecho y la codicia hizo nido en su corazón, entonces la religión íntima, la religión del alma fue una carga pesada para el hombre.

La voz de la conciencia le hablaba demasiado alto y no le dejaba dormir en el letargo del placer, y era preciso armonizar las creencias y las ambiciones, y para efectuar estas uniones clandestinas los hombres crearon la religiones y natural-mente las hicieron apropiadas a sus deseos. Formaron dos divinidades; una, el Dios del terror, ese Satanás que se complace en inspirar el desorden a sus hijos; la otra, un Dios al parecer de paz, pero un Dios pequeño que se contenta con ofrendas de más o menos valía; y si hemos de hablar francamente, los hombres tuvieron talento para hacer las religiones, porque todas se asemejan las unas a las otras. Todas tienen cierto aire de familia. Un poder infernal que nos induce al crimen, pero como nosotros no nos podemos lavar las manos como se las lavó Pilatos después de sentenciar al justo de los justos. Porque ¿Qué culpa tenemos que nos inspiren al mal? Lucifer es el editor responsable de todos los pecados de la humanidad. Él hizo curiosa a Eva y débil a Adán, y ha seguido haciendo su santísima voluntad, siendo las humanidades dóciles instrumentos de sus satánicas intenciones.

El Dios del bien es un Dios muy cómodo para el hombre; tiene su paraíso y su limbo para los muchachos, su purgatorio para los perezosos y su infierno para los pecadores impenitentes; pero el hombre puede entrar en el primero mediante un número dado de misas y responsos; de manera que todos podemos estar contentos. Si hacemos el mal Satanás nos inspira; y aunque para Dios, por lo visto esa evasiva no suele ser suficiente si tenemos una mediana fortuna, nuestro es el cielo, que no en vano aseguran que muchos aménes a la gloria llegan. Los pobres son los únicos que salen peor librados en los arreglos religiosos porque son juguetes de Satanás, y no les queda más recurso que seguir siéndolo por toda la eternidad; porque al morirse, ¿Qué hace la iglesia con los pobres? Los entierra deprisa y corriendo y aquí paz y después gloria; y en honor de la verdad, un alma un poco pensadora se ríe con amargura al estudiar las religiones, que no son otra cosa que un denso velo con el cual se cubre las miserias humanas.

Las religiones son un tamíz hecho a gusto del hombre por el cual pasan las debilidades y los crímenes según conviene para la explotación de la vida.

Las sociedades están muy satisfechas, y en realidad pueden estarlo, porque las religiones dejan contentos a todos los que quieren vivir entregados a su capricho y a su voluntad; pero sobre todos los devaneos del hombre, sobre todas las ambiciones terrenales, sobre todos los delirios humanos está el tiempo, está la eternidad, está la vida. Vida que palpita dentro de la marmórea sepultura y de la humilde fosa. Está el Espíritu, que contempla asombrado como los gusanos (demócratas del Universo) penetran en los

lujosos mausoleos y en las entrañas de la tierra, y ve disgregarse su organismo, y ve evaporarse su recuerdo y él sin embargo vive y asiste a la muerte de sus deudos, y ve desaparecer su linaje de la tierra, y a pesar de esto él vive, él siente, él piensa, él quiere y entonces la primitiva religión, el culto a Dios se despierta en aquella alma eterna, y comprende que las religiones son la parodia de la religión; y como la comunicación es necesaria al Espíritu, éste no se contenta con saber que él vive, necesita decírselo a los suyos para que estos se preparen y adelanten, y se convenzan de que han de vivir siempre, no como juguetes de un ser increado sino como dueños de su voluntad; y la comunicación ultra-terrena se efectúa, cumpliéndose con ella una de las leyes naturales de la vida.

A esta religión se le ha dado un nombre, no sabemos si bastante apropiado al asunto: se le dice Espiritismo, y espiritistas se llaman todos los que creen en los espíritus desencarnados y se comunican con los habitantes de este mundo; y como si no hubiera bastantes religiones, no han faltado ilusos que han dicho y creído buenamente que el Espiritismo es una nueva religión más o menos adelantada, más o menos espiritualizada y más en armonía con el creciente racionalismo del hombre, pero el Espiritismo en sí, no constituye una religión; lo que si hace es quitarle el antifaz a las religiones que ya es bastante. No crea ningún nuevo culto porque no es necesario; ya hemos dicho anteriormente que la religión nació con el hombre y el hombre con la religión, porque el hombre nació con la conciencia, y en la tranquilidad íntima está el santuario del alma; por eso los espíritus al comunicarse no nos hablan de un Dios más misericordioso ni más clemente; nos dicen que el hombre vive siempre, y que para su progreso no le sirve llamarse católico o protestante, budista o mahometano, materialista o espiritista; el nombre no es nada, el fondo es el todo; no basta llamarse cristiano, es preciso serlo en obras, y hombre religioso es todo aquel que no perjudica a su hermano, que si le ve llorar llora con él, si le ve desnudo le da la mitad de su manta, si le ve hambriento parte con él la mitad de su pan, si le ve sediento corre si es necesario una legua para buscar una vasija de agua, si le ve ignorante trata de instruirle, si le ve malvado le aparta del crimen; y el hombre que así obre ama realmente a Dios, aunque en su obcecación terrena quizás niegue su nombre.

La verdadera religión es la que **Moisés** presentó a su pueblo, y es la que **Jesús** condensó en dos mandamientos, ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a tí mismo, y estos mandamientos todos los unió **Kardec** en uno solo: “Sin caridad no hay salvación”.

Las religiones de la Tierra están alarmadas con el crecimiento del Espiritismo y no deben alarmarse porque el Espiritismo no es una nueva religión, y sólo la ignorancia de algunos fanáticos podrá darle en algunos lugares más o menos formalismos, pero en realidad el Espiritismo no es más que la conversión de las humanidades, el diálogo no interrumpido de las generaciones, es la reflexión, es la meditación de los pueblos que pasaron, es el mundo antiguo que habla con el mundo moderno, es el racionalismo de los hechos que prueba la verdad de la vida; pero no temáis sacerdotes de las religiones positivas que los sacerdotes del Espiritismo os quiten la muchedumbre por el atractivo mágico de sus virtudes.

Los espiritas no adquieren con las comunicaciones de los espíritus dotes sobrenaturales, no adquieren más que el convencimiento de la pequeñez de su Espíritu y la certidumbre de que si ellos quieren progresar es suyo el porvenir.

Esto es todo lo que hace hoy el Espiritismo; despierta al hombre de su letargo y le hace comprender que las religiones son convenios sociales creados en la Tierra; en ella nacen y aquí se quedan, pero la religión del bien, de Dios viene y a Dios va.

Espiritistas no os creáis salvos porque admitáis la comunicación de los espíritus, esto no os hace ni más malos ni más buenos, y únicamente vuestros hechos os harán ser grandes y dignos de admiración; pero es tanta la ignorancia que hay en este planeta que, cuando los espiritistas hacen lo mismo que los demás que caen y tropiezan en los escollos

del mundo, dicen los adversarios de esta escuela filosófica; ¡Miradlos! ¡Han caído!.. !Han sido débiles! ¿Y qué? ¿Quizás la comunicación con los espíritus nos da la patente de santidad? ¡No!; seremos santos si luchamos y dominamos nuestras pasiones: esto podemos hacerlo llamándonos católicos, protestantes o espiritistas, todas las religiones serían buenas si los hombres quisieran ser buenos.

Religión no hay más que una y el hombre nació con ella pero la desecha por ser demasiado austera. Las religiones son más cómodas, son acuerdos convencionales, y la religión verdadera cuenta con pocos adeptos. El Dios de la justicia no tiene muchos adoradores.

La religión quiere un corazón limpio, y en la Tierra casi todos los corazones parecen carbones.

Quiere una conciencia tranquila, y en este globo casi en todas las conciencias hay una tempestad desencadenada.

Quiere un amor inmenso, y en este mundo todo lo más que hacemos es tolerarnos unos a otros (salvando honrosísimas excepciones, se entiende); pero con la humanidad de hoy, ¿Cabe la religión en la Tierra? Hay pocos hombres verdaderamente religiosos, y aunque el Espiritismo, las masas ignorantes lo bautizan con el nombre de nueva religión, no hay tal cosa. Religión no es cuestión de nombre, es cuestión de práctica y la práctica del bien pueden hacerla todos los habitantes de este planeta, sea cual fuere su creencia y el ídolo de su fe. Lo único que hace el Espiritismo ya lo hemos dicho; es desenmascarar las religiones positivas y decirles a los hombres: No sois salvos por rezar en una catedral o haceros abluciones en una mezquita, o leer los libros sagrados en la sinagoga, o pedir a los espíritus consejo; no son esos los medios, es preciso trabajar en el perfeccionamiento propio, y al mismo tiempo en el ajeno. Es necesario amar para ser amados, compadecer para ser compadecidos, ser generosos para encontrar hospitalidad.

El Espiritismo no es religión, pero tampoco es una de las religiones positivas, es únicamente la voz del progreso que le dice al hombre: ¡Trabaja si quieres ser grande! ¡Trabaja si quieres ser bueno! ¡Trabaja si quieres ser verdaderamente religioso! Porque el trabajo es la religión del porvenir, es el culto eterno que se rinde al Creador en el Universo.

CAPÍTULO XX

EL ESTUDIO DEL ESPIRITISMO

En la Tierra no se conoce aún el tiempo del hombre perfecto (dejando aparte los redentores), espíritus que vienen con grandes misiones y que viven se puede decir fuera de nuestra atmósfera moral; pero los que estamos sujetos a todas las eventualidades de la vida, los que nos codeamos con las tentaciones del lujo, con las mágicas atracciones del placer, con el horror de la miseria, con la triste soledad del alma, a los que vivimos entre todas las imperiosas necesidades de la existencia no se nos pide ser grandes y buenos en absoluto; todo lo más que podemos hacer es tratar de no ser malos avanzando en la senda del bien todo cuanto nos sea posible.

¿Qué es el Espiritismo? Veamos lo que dicen algunos espíritus: el Espiritismo es la ley de la razón y hallarle es encontrar la familia universal, y por lo tanto nunca será la derrota de la familia terrena.

El Espiritismo es la razón del porqué se existe, es el equilibrio del alma, es el néctar del infinito, es el evangelio del sentimiento, es el lenguaje de Dios.

El Espiritismo es el alma en acción, es la fraternidad de los pueblos, es la vida del hombre dándoles las llaves del pasado, del presente y del porvenir; es un manantial que nunca se agotará, es la cuenta de la herencia que tenemos ganada, es la ley de las inteligencias, es el eco de los tiempos, es la civilización eterna, es el reflejo del pasado iluminando nuestro presente.

Esto dicen los espíritus, y yo digo que el Espiritismo es la demostración sencilla y natural de que poseemos un alma que vive eternamente y que eternamente progresa, siendo nosotros los árbitros de nuestro destino. Si queremos ser grandes llegaremos a ser redentores de los mundos, porque la grandeza del Espíritu no es otra cosa que el trabajo acumulado de millones de existencias en las cuales hemos ido tejiendo la tela de nuestra túnica blanca como el armiño y luminosa como los rayos del Sol o de lienzo burdo manchado de sangre y lodo.

El estudio del Espiritismo nos induce indudablemente al bien, porque nos enseña que el amor a la humanidad es el único timbre de gloria que nos engrandece en el espacio. Los espíritus nos dicen que no se puede ser grande sin ser bueno porque el bien es la realidad del Universo y la verdad siempre es verdad, que una buena acción da al Espíritu una dicha inagotable, que la ciencia da luz al alma y el bien la conduce a la inmensidad.

El verdadero espiritista tiene que ser deísta, porque los seres de ultratumba repiten; que Dios existe porque se manifiesta en la naturaleza, que las verdades del Universo son las demostraciones de Dios aunque esto es la incógnita que no verá nadie a pesar de ser la fuerza arrebatadora del Universo y la luz de todo lo existente, siendo su amor un Océano en el cual nunca naufragaremos.

Con el mayor entusiasmo nos dicen las almas de los que se fueron, que Dios es la suma de todas las cantidades que hay en la Creación, porque es el valor total; que cuando Dios crea no hace más que escribir en la naturaleza, que estar sin Dios es no existir, que Dios es la vibración eterna de las inteligencias y el conjunto de todas las bellezas armónicas, porque es la verdad matemática de los mundos y la sonrisa del infinito.

Nos inclina a rendirle culto en Espíritu y verdad, diciéndonos que el progreso es un libro del cual nadie leerá la última página, que el gran templo de la religión de la verdad es el amor a la ciencia, nos hace también amar al trabajo porque nos dicen que una fortuna ganada sin arduas tareas es una deshonrada para el Espíritu, y una herencia sin amor, un fruto sin sabor.

LA LUZ DEL POVENIR

Es tan difícil recordar y referir todo cuanto nos dicen los espíritus en sus comunicaciones, que es poco menos que un imposible tratar de demostraros la utilidad de sus enseñanzas, encaminadas todas ellas a conseguir nuestro adelanto moral e intelectual.

En las grandes aflicciones de la vida, en la continua pérdida de los seres queridos la comunicación de los espíritus ha sido más provechosa a la humanidad que todas las religiones.

Todas las glorias y todos los cielos prometidos por los enviados y los Mesías a los hombres de buena voluntad, quedan reducidos a la nada ante la comunicación verdadera de un espíritu que diga por ejemplo a su madre que llora con el más profundo desconsuelo:

¡Madre mía!... no llores, que estoy contigo, te quiero más hoy que ayer, porque veo mucho más claro y comprendo que has dado un paso de gigante. He desgarrado tu corazón con mi temprana muerte, he reducido a deleznable polvo el castillo de tus hermosas esperanzas terrenales, pero no me has perdido; me has mecido en tus brazos y me has llevado en tu seno porque necesitabas que alguien despertara tu dormido sentimiento, y has tenido que verme sonreír para darte cuenta de que existías y de que Dios era el alma del Universo; porque la sonrisa de un niño que se quiere es la sonrisa de Dios.

Me has amado y has comenzado a progresar, y cuando más te embriagaban mis caricias, cuando más te complacías en jugar con mis blondos rizos, me vistes palidecer y cerrar los ojos que eran el espejo donde tú veías la exacta fotografía de los cielos.

Mi cuerpo, aquel cuerpecito que para ti estaba mejor modelado que las estatuas de fidias, le vistes rígido, yerto, insensible a tus besos y al fuego de tus lágrimas, y después... después contemplaste mi cuna vacía, te abrazastes a la pequeña almohada en la cual tantas veces habías reclinado mi cabeza y ofrecistes a Dios el sacrificio de tu gloria eterna si me volvías a ver entre tus brazos; pero Dios no te escuchó, no podía escucharte porque no podía quebrantar sus leyes. No fue Él quien te arrebató a tu hijo, fuistes tú que lo lanzastes de tu seno.

¿Crees que no ha sido así, madre mía? Pues créelo, porque así es; tu fuistes madre en otras existencias y nunca quisistes a tus hijos. Cuando eras abadesa de un convento, los frutos de tus sacrílegos amores eran enterrados vivos en el momento de nacer, o arrojados a las puertas de las iglesias sin que sintieras el más leve sentimiento, sin que el remordimiento te acusara por faltar a las leyes divinas y humanas. Después cuando en otras encarnaciones eras dama principal y un esposo noble y opulento te daba sombra, tus hijos fueron siempre entregados a manos mercenarias para no ajar tu belleza con las vigiliass maternas, y ahora que se despertó tu sentimiento maternal, ¿Te crees acreedora de gozar la dicha inefable de verte acariciada por un hijo? ¡No madre mía! Ahora tienes que perderlo para lavar con tu copioso llanto la mancha de tu horrible ingratitud. Tienes que purificarte madre mía por medio del amor y del sufrimiento: comienza por querer a los niños, acude a los asilos de los huérfanos, llévalos juguetes y dulces, que de ambas cosas carecen los expósitos y los niños pobres. Ensaya tu amor de madre, yo te guiaré, y te inspiraré; ya ves lo que has ganado amándome; tus noches en vela, tu inquietud y tu ansiedad al verme padecer, hoy las ves recompensadas porque yo nunca te abandonaré.

No te duelan los sacrificios en bien de los niños pobres, conviértete para ellos en la imagen de la providencia, y ya que tú misma separastes de tus brazos a los que eran carne de tu carne y huesos de tus huesos, procura por medio de tu amor y tu arrepentimiento acercar de nuevo hacia ti los pequeñitos desheredados, quiere tú a los que no tienen quien les quiera, que ayer también quisieron a tus hijos otras mujeres piadosas que compadecieron su orfandad.

Recuérdame siempre madre mía, y ámame en los pequeños desvalidos.

Esta comunicación que ha recibido hace poco tiempo una madre desolada, ¿No le ha sido mucho más beneficiosa que mandar decir misas de gloria y aborrecer a la vez a los demás niños porque se murió su hijo?... a muchísimas mujeres les he oído decir más de

una vez: que no me traigan niños a mi casa, porque no sé qué haría con ellos, muerto el hijo de mis entrañas, me parece que las demás criaturas insultan mi dolor con sus gritos y sus risas. En cambio en la comunicación de los espíritus los dolores más horribles se consuelan. No diré que se deje de sentir una parte de la pena, porque cuando el sufrimiento nos abruma es para que sintamos algo de su enorme peso, pero una cosa es decir con íntima convicción, pago lo que debo y mañana no tendré quien me presente cuentas, y otra muy distinta sentirse víctima de un destino implacable que hiere nuestro sentimiento, que rompe cruelmente todas nuestras fibras, reduciéndonos a ser víctima expiatoria sacrificada en aras de misteriosa fatalidad diciéndonos: ordeno y mando que llores porque tu llanto hace falta para regar las flores de la tierra.

Los espíritus nos dicen, porqué el ciego perdió la luz de sus ojos, porqué se quedó el tullido sin agilidad en sus miembros, porqué el idiota carece de inteligencia, porqué hay sabios que trabajan toda una existencia y cuando creen que han llegado a la cumbre de su gloria, entonces mueren sin lograr ver sus sueños realizados, porqué hay hombres modelos de hidalguía que rinden culto a su honor, y éste lo ven pisoteado y arrastrado por el lodo y por la liviandad de sus compañeras, y porqué hay mujeres que serían ángeles dentro de su hogar y se las ve rodar por el mundo sin rumbo fijo, sin nadie que las guíe ni les dé su nombre y su amor.

El Espiritismo resuelve todos los problemas, nos enseña todos los caminos que debemos seguir para llegar a ser grandes y buenos: ¿Es útil su enseñanza? lo es indudablemente, es, se puede decir el puerto de salvación no sólo de los pobres y de los afligidos, sino también de los poderosos, de aquellos que no saben qué hacer con sus inmensas riquezas, porque si el pobre estudiando el Espiritismo adquiere resignación y esperanza despertándose en él amor al trabajo, en cambio el rico quizás sale aún mejor librado, porque la riqueza suele ser para el Espíritu muy mala consejera, y los tesoros mientras más crecidos más fácilmente se convierten en semillero de malas tentaciones.

Al rico todos le halagan, todos le dan virtudes que no tiene, sus vicios más repugnantes dicen que son genialidades, caprichos de escasa importancia; a los poderosos desde pequeñitos sus serviles servidores les enseñan el camino de la tiranía y del despotismo, y muchos de ellos no quieren a los pobres y no se interesan por sus desgracias porque no han educado sus sentimientos, son árboles que en su mayoría crecen torcidos y cuando llegan a ser mayores entonces se les acusa de egoístas y de miserables, y en verdad que una gran parte de sus defectos es debido a la mala educación que han recibido, y a evitar en algo tantos males vienen los espíritus dándoles sus comunicaciones. Los seres de ultratumba hablan con igual franqueza al pordiosero que al monarca; y a los grandes de la Tierra les dicen sencillamente: no olvidéis que es mucho más difícil subir que bajar, el ascender cuesta a veces millones de siglos, y en cambio el descender es a veces tan rápido que es más veloz que el vuelo del águila que anida en las cumbres más cercanas a los cielos.

El rey más poderoso, el conquistador más audaz, el que no tiene miradas suficientes para contemplar todos los pueblos que le pertenecen, cuando deja su manto de púrpura, su cetro y su corona imperial en el fondo de su mármoleo sepulcro, se encuentra solo con su pensamiento, no tiene entonces más dominios que el círculo de su conciencia, círculo de fuego que le aprisiona dentro de sí mismo. Sus capitanes, sus servidores, las muchedumbres que por miedo le aclamaban, pasan a su lado en el espacio sin conocerle, y gracias si una falange de encarnizados enemigos o de inocentes víctimas no le saludan diciendo: ¡Maldito seas! Que hiciste salir de su lecho al anciano enfermo; que por ti fue juguete de soldadesca embrutecida la casta virgen y honrada matrona, vuelve a la Tierra a ocultar tu derrota entre los harapos del mendigo, tú que no tenías luz bastante en tus ojos para ver tus inmensos dominios, vuelve ciego a ese mundo para que no puedas andar solo un instante. Tú que bajo los cascos de tus caballos no brotaba la hierba porque la destrucción iba contigo, regando los campos de sangre e incendiándolos después, vuelve

tullido para que no puedas dar un paso ya en tu veloz carrera, llevas contigo la desolación y la muerte. Tú que tuviste brazos de hierro y manos de acero para golpear el rostro de los vencidos, vuelve sin brazos ya que tan mal uso hicistes de ellos. Tú que tuviste lengua para insultar a los débiles, que condenastes a seres inocentes, vuelve mudo ya que el don divino de la palabra sólo lo empleastes en hacer daño a la humanidad. A todo esto y a mucho más os exponéis los ricos que sois dueños de vidas y haciendas si no hacéis buen uso de vuestras inmensas riquezas; en cambio, si en medio de vuestra opulencia os acordáis de multitudes que viven miserablemente, ganando un jornal mezquino sin darles tiempo para instruirse, para conocer el porqué de su existencia, si procuráis aumentar sus ganancias disminuyendo el tiempo de su trabajo, obligándoles a instruirse en escuelas gratuitas, si moralizáis a los pequeños, si en el entorno de vuestros palacios levantáis asilos para los huérfanos y los ancianos, si creáis hospitales que sean verdaderas casas de salud, si vuestro oro en fin, es como la lluvia benéfica que vivifica los campos queriendo vosotros vivificar las inteligencias, entonces... ¡Que hermoso será vuestro despertar en el espacio! Os parecerán sucios harapos vuestros trajes usados en la Tierra, aunque estos hayan sido de brocado y de tisú de oro adornados con piedras preciosas; mirareís con lástima vuestros grandes palacios terrenales, porque aunque encierren todas las maravillas del arte os parecerán repugnantes tugurios en comparación de los focos luminosos en los cuales viviréis en medio de una atmósfera perfumada, escuchando voces dulcísimas que desde diversos puntos repetirán armónicamente: ¡Bendito tú que fuiste el padre de los afligidos, el protector del obrero, el amparo de la viuda, el bienhechor de los huérfanos!... ¡Bendito seas! No sabeis opulentos de la Tierra, el progreso que podéis hacer empleando bien vuestras riquezas; podéis gozar en ser los ángeles buenos de los pueblos oprimidos; al que mucho se le da, mucho se le exige, y estrecha cuenta os pedirán si no vivís más que para satisfacer vuestros caprichos, queriendo más a un caballo y a un perro de caza que a los obreros artífices y artistas que os levantan vuestros palacios y os tejen las telas preciosas de vuestras lujosas vestiduras. Aprovechad el tiempo, que la existencia de un rico bien empleada vale más, mucho más que mil encarnaciones gimiendo y llorando en la miseria, pagando ojo por ojo y diente por diente, o viviendo en el estacionamiento más improductivo, como vemos que viven muchos seres que no llegan a la categoría de hombres virtuosos, ni descienden a la ínfima condición de hombres malvados. Si en la Tierra el oro es el soberano absoluto, haced buen uso de vuestra soberanía, prestad sin réditos a los pobres y doblareís vuestras riquezas en otros mundos donde la felicidad no es una ilusión, donde el amor de las almas es eterno como la Omnipotencia de Dios.

Esto dicen los buenos espíritus en sus comunicaciones, por eso el Espiritismo es como hemos dicho otras veces la redención social; porque nos aconseja el trabajo como base indestructible del progreso, el amor sin condiciones como principio de unión y fraternidad, la protección mutua para engrandecer los pueblos y el estudio de la ciencia para comprender la grandeza de Dios; nos aparta de las supersticiones religiosas, pues aunque no nos dicen que derribemos los templos, nos demuestran que los cielos y los infiernos de las religiones son obras de los hombres, imperfectas y frágiles puesto que caen con el soplo de la razón; nos dicen que las religiones han sido el azote de la humanidad, y que para destruirlas basta la indiferencia y el olvido; que los pueblos que trabajan son los pueblos que oran, que una religión sin ciencia es un mundo sin leyes de atracción; y que es desgraciada la humanidad que cree lo que no comprende.

Es cierto hermanos míos; por esto me permitiré daros un consejo para concluir la serie de reflexiones que he puesto a vuestra consideración. Por lo mismo que el Espiritismo es la ciencia de todas las ciencias, por lo mismo que los hombres no instruidos se consuelan con las comunicaciones de sus deudos y no preguntan ni tratan de avanzar en sus investigaciones, y los sabios encuentran en las manifestaciones de los espíritus nuevas leyes, nuevas aplicaciones de los fluidos, nuevas fuerzas poderosísimas capaces de

enloquecer a los hombres sistemáticos, que no quieren aceptar lo que no está conforme con las leyes ya conocidas de gravitación universal, puesto que en el campo del Espiritismo caben todas las escuelas filosóficas, todas las religiones de buena fe, todos los credos políticos, porque los espíritus dan sus comunicaciones en todos los parajes de la Tierra, lo mismo en la gótica catedral, que en la pagoda india, lo mismo en la mezquita que en la sinagoga o en el humilde santuario de la montaña, lo mismo en la academia de historia que el club de los nihilistas, si los espíritus viven con nosotros, si toman parte en nuestras victorias y en nuestras derrotas, cuidado mucho de estudiar lo que os dicen y os aconsejan, que hay espíritus de luz y espíritus de sombra, no hay ni ángeles ni demonios en el espacio, pero sí hay inteligencias libres que hacen uso de su derecho y de su libertad, y nuestro deber es aprender a saber distinguir el oro del oropel; hasta ahora aunque se asegura que todos tenemos mediumnidad, ésta no está desarrollada sino en un corto número de médiums, individuos que reúnen las condiciones necesarias para ser intérpretes de los espíritus prestándose dócilmente a recibir sus inspiraciones.

Sin los médiums el Espiritismo no sería conocido, recibiría cada cual la inspiración sin saber que una inteligencia operaba en su cerebro, así es, que un buen médium, sin ser un ser privilegiado, sin concederle infabilidad de ninguna especie, es tan útil al estudio del Espiritismo, que sin él, o mejor dicho sin ellos, sin los buenos médiums viviríamos aún entre las sombras de la ignorancia, y aunque los espiritistas (al menos en España) no pagan a ninguno de sus médiums, se les tiene sí, toda suerte de atenciones y se les quiere y se les considera como instrumentos preciosos que transmiten las notas dulcísimas de la armonía universal.

¿Cómo no querer a los buenos médiums si de ellos recibimos inefables consuelos? ¿Si por ellos sabemos que no estamos solos en la Tierra, si por ellos hemos conocido las grandezas del infinito?.

No están retribuidos con cantidad alguna, es cierto; pero se les quiere tanto que llegan a constituir una parte de nuestra familia más querida; ahora bien; como en la Tierra abundamos más los malos que los buenos, no faltan en el Espiritismo sus falsos médiums que, envidiando las atenciones y consideraciones que se tienen con aquellos que son fieles intérpretes de los espíritus, y queriendo ellos disfrutar también de aquel afecto y de aquella especial atención que se les tiene, fingen admirablemente comunicaciones de espíritus elevadísimos, o de espíritus familiares que consuelan a muchos incautos, a los cuales imponen su aparente voluntad, cuando en realidad es la voluntad del médium la que impera, y en esto hay que ir con muchísimo cuidado, lo mismo que con los espíritus ligeros que se complacen en hacer creer que son fulano o mengano que ordena y manda sobre sus deudos.

Tanto con los falsos médiums como con los espíritus engañosos hay que estar siempre en guardia, así como no hay rosa de olor sin espinas tampoco hay estudio científico que no tenga sus peligros, y si los químicos toman toda suerte de precauciones para no exponer su vida haciendo experimentos en sus laboratorios con sustancias y materias explosivas, los espiritistas debemos tomarlas también para no ser engañados ni por los espíritus ligeros ni por los falsos médiums.

¿Qué es la vida? Un estudio permanente, y la razón debe ser la balanza del entendimiento. Le oí decir a un Espíritu que, el Espiritismo sin trabajo es como un cristiano sin amor, que teníamos una obligación sagrada de estudiar y de aprender a conocer donde estaba la falsedad de los impostores y la sencillez de la verdad; que no haciéndolo así éramos responsables de muchos males; primero, de nuestra pereza en no querer trabajar, que para eso éramos seres racionales; segundo, que dábamos pábulo a la mala fe de los falsos médiums que traen sobre sí malísimas influencias, porque la mentira atrae a los mentirosos, y hay médiums falsos que a lo mejor se ven atropellados por un espíritu que maltrata su organismo sin consideración alguna; y tercero, que dando por

LA LUZ DEL POVENIR

buenas comunicaciones apócrifas, se ayudan a los espíritus mentirosos en su mala obra, se les dan alas para que sigan mintiendo estacionándose de nuevo en lugar de ocuparse de estudios serios, útiles a ellos y a los terrenales.

Hagamos una comparación: Una persona que se tenga por honrada pone gran cuidado en escoger sus amigos más íntimos, y trata siempre de intimar con aquellos que tienen mejor reputación, por aquello de dime con quien andas y te diré quien eres. Pues lo mismo debemos hacer con los espíritus, si nos vienen dando comunicaciones diciéndonos que si queremos encontraremos tesoros y minas inagotables para vivir sin trabajar, porque Dios premia nuestras virtudes adelantándonos sus bienaventuranzas en la Tierra, no les prestemos atención ninguna, porque nos engañan; en la Tierra no hay más tesoro escondido que el bien que se practica, y si alguna vez se encuentran riquezas enterradas las halla el legítimo dueño de ellas sin aviso ninguno; los espíritus buenos no vienen a hundirnos en la onda de la holgazanería y de la vagancia, al contrario nos inducen al trabajo y al estudio, y se debe desconfiar mucho de los espíritus que se convierten en médicos, porque usurpan el trabajo a los terrenales que estudian cierto número de años para ser útiles a la humanidad.

¿Para qué estamos entonces en la Tierra? ¿Para adquirir tras de un fanatismo otro fanatismo, y tras de una superstición otra superstición? ¡No! Y mil veces no; estamos en este mundo para estudiar sus leyes por nosotros mismos engrandeciendo nuestro sentimiento y sublimando nuestras aspiraciones; esta es la misión de los terrenales, no tienen otra cosa que cumplir, y la de los espíritus es demostrarnos como lo vienen haciendo que nuestra historia comenzó no sabemos cuando, que continuamos escribiendo sus capítulos en la encarnación actual y que su epílogo nunca lo podremos escribir porque vivimos en los brazos del tiempo, y el tiempo es un libro que no se concluirá jamás.

¡Que grande se presenta Dios concediendo al Espíritu el progreso indefinido!... Por eso los verdaderos espiritistas comprenden mejor la grandeza de Dios. ¡Vivir siempre! ¡Elevarse desde el átomo al ser inteligente que es un motor eterno! ¡Al ser inteligente que es un foco de la Luz de Dios! ¡Ser un sabio profundo que mide las distancias que separan a los planetas y pesa los mundos! ¡Ascender desde el salvaje a ser un Cristo... a ser un Sócrates! Y toda esa elevación debida al trabajo incesante del Espíritu. Tener la certidumbre de que uno no es pobre, que no es huérfano, que no está desheredado. ¡Bendito sea el Espiritismo, hermanos míos! Consagremos a su racional enseñanza las mejores horas de nuestra vida; demos luz a los ciegos de entendimiento, demos el pan del alma a los que se creen solos en la Tierra porque un momento de soledad es la negación de Dios para el Espíritu, demos el agua del amor a los sedientos de justicia y adoremos al Ser Omnipotente en Espíritu y verdad.

¡Dios es la ley, pues todo vibra en Él! ¡Dios es lo exacto, es el fiel de la balanza Eterna! Él pesa las conciencias: cada conciencia es un timbre en el espacio que sólo Dios sabe tocar.

Estudiemos para ser sabios, practiquemos la caridad para ser buenos, el progreso indefinido es nuestro patrimonio, las comunicaciones de los espíritus son luz y vida Eterna.

¡Bendito sea el Espiritismo! Porque por él se unirá la gran familia humana
¡Bendita sea la fraternidad universal!.

CAPÍTULO XXI

LLUVIA DE AMOR

Hacer bien: he aquí la única felicidad reservada a los seres humanos en la Tierra.

La ciega de San Ginés y su padre eran dos espíritus tan afines, que vivían contentos en medio de su oscuridad, no tenían luz en sus ojos, pero tenían millones de soles en el alma porque se amaban, se comprendían y vivían cristianamente resignados.

Una mañana llegó la ciega como de costumbre a San Ginés, y al colocar su silla contra el muro tropezó con un envoltorio que la hizo estremecer, porque le pareció oír el gemido de un niño; no se equivocó, dentro de un magnífico chal de cachemir exhalaba débiles gemidos una niña recién nacida; la pobre ciega, la buenísima Dolores se conmovió profundamente, cogió el envoltorio y entró en el templo para enseñar al cura su hallazgo, reclamando del mismo que le diera aquel ser desvalido, porque ella ganaba lo bastante para hacerlo criar. El cura que quería mucho a Dolores porque la conocía desde pequeña, (y sabía que era buenísima) no se hizo rogar, me bautizó enseguida (porque yo era la niña abandonada), poniéndome María del Milagro, encargando a Dolores que guardara cuidadosamente el chal que me envolvía, porque de él habían cortado un pedazo en forma de triángulo, lo que indicaba que algún día presentarían el triángulo de cachemir para recobrar la niña que a su cuidado entregaba. Mi protectora loca de contenta corrió a su casa, (que la tenía cerca del templo) alborotó a todos los vecinos y tuvo varias nodrizas instantáneamente; porque el pueblo español es por lo general expansivo y generoso, todo corazón. Pronto tuve la ropa necesaria y la buenísima Dolores se impuso nuevas y penosísimas obligaciones para velar mi sueño y cuidarme en mis enfermedades (que tuve muchas) y para atender a su oficio de mendiga; pero como quien da a los pobres le presta a Dios, y este da mil por uno; entrar yo en casa de Dolores o sea la ciega de San Ginés fue llevar a su hogar sombrío, rayos de luz inextinguibles, muchas señoras piadosas le dieron valiosos donativos, las humildes mujeres que me dieron el primer alimento, todas me querían y no me dejaron nunca conocer ni el hambre ni el frío. Dolores me quería con delirio, su padre al que yo le decía abuelito, me llamaba su alegría, su gloria; crecí dichosa en aquella pobre habitación en una casa de vecindad donde había más de ochenta familias pobres que la mayor parte agasajaban a la niña del milagro, que era como todos me llamaban en mi niñez.

Dolores, la pobre ciega, nunca utilizó mi compañía para ejercer su oficio de pordiosera, me quería tanto, que me libertó siempre de su vida de humillación, y hasta me puso en una escuela de un convento, donde me dejaba todo el día mediante una módica retribución. A los diez años sabía leer, escribir y coser, durante seis años me tuvo en la escuela y de allí me sacó para colocarme en casa de una bordadora de oro, donde también permanecía todo el día, deseando siempre que llegara la noche para recibir las caricias de Dolores y de su padre, ¡Me querían tanto! ¡Qué amor tan desinteresado era el suyo! ¡Sólo anhelaban mi bien! Sólo pensaban en libertarme de los horrores del vicio, por eso me educaron y me dieron un oficio decoroso y lucrativo.

A los dieciséis años era yo la mujer más feliz de la Tierra, porque mi protectora, la pobre ciega de San Ginés, ya no se levantaba de madrugada, era yo la que me levantaba y la dejaba acostadita en mi mismo lecho, ya no tenía que mendigar; ya recogía el fruto de su acción nobilísima, yo trabajaba para ella y el abuelito. Dolores hacía media con una rapidez asombrosa, yo bordaba en oro y todo nos sonreía, éramos completamente felices, ¡Nos queríamos tanto!.

El día que cumplí diecisiete años, cuando estábamos preparándonos para ir a comer al campo en celebración de mi natalicio, llegó el cura de San Ginés, anciano

venerable que me había bautizado y que siempre me profesó gran cariño. Su visita nos sorprendió, pues era la primera vez que honraba su presencia nuestra humilde morada y más me extrañó que parecía como turbado y triste.

¿Qué trae Vd, por aquí padre? le preguntó Dolores con cierto sobresalto.

Pues me trae un gran acontecimiento, María del Milagro deja desde hoy de ser una pobre bordadora, hija del adulterio, al morir su madre ha confesado a una hermana suya su falta, ha pedido para el fruto de su pecado clemencia y perdón, y su hermana (que quería con delirio a la difunta), me envía con el triángulo de cachemir para que lo una al chal, entregándome a María del Milagro, que desde hoy irá siempre en coche en el cual hay un escudo que ostenta corona ducal; ni a ti ni a tu padre os faltará lo necesario, pues tendrás una renta vitalicia con la condición que María del Milagro no os vea durante algún tiempo, que así lo creen necesario para que se desprenda de las maneras vulgares que debe haber adquirido.

Si un rayo hubiese caído entre nosotros no hubiese causado más estrago, el pobre ciego lloraba amargamente. Dolores se quedó como aterrada y yo exclamé resueltamente.

No quiero separarme de mi madre ni de mi abuelo, porque esta es mi verdadera familia, a esta pobre ciega debo cuanto soy y sólo muerta me sacarán de aquí.

Renuncio a describirte mi desesperación, cuando mi madre adoptiva estrechándome en sus brazos me dijo; no Milagros, con los poderosos los pobres no podemos luchar, su enojo es la muerte o el encierro, y es preferible que de buen grado vuelvas al seno de la familia de tu madre; sería egoísmo de mi parte retenerte cuando puedes ser dichosa, esperemos en Dios, que Él nos dará lo que más nos convenga, pero acatemos siempre sus designios.

¡Cuanto sufrí entonces! Aquella noche el cura de San Ginés me entregó a la hermana de mi madre que era duquesa, señora muy religiosa pero de buena fe, la que me recibió llorando amargamente diciéndome: ¡Desgraciada criatura! Eres el mismo retrato de tu madre, si tú me llegas a querer como ella me quiso, yo también te querré aunque eres hija del pecado. Yo no supe qué contestar, estaba en un estado tan lamentable que me hicieron acostar enseguida estando muchos días enferma. ¡Cómo no estarlo! Recordaba aquellos seres tan sencillos, tan buenos y tan amorosos que me querían tanto que una palabra mía era una orden para ellos: y encontrarme entre personas extrañas, frías, ceremoniosas que continuamente me reprendían por mis maneras vulgares; me pusieron maestros, me vistieron con el lujo de una reina, no salía más que en coche, comenzaron mis parientes a quererme, la Duquesa especialmente se complacía en tenerme a su lado haciéndome leer vidas de Santos, me llevaron de paseo, al teatro y me presentaron en los salones con el título de Condesa de San Gabriel, mi hermosura llamó poderosamente la atención general, me vi halagada por todo cuanto puede ilusionar y fascinar a la juventud, pero mi pensamiento no se apartaba ni un segundo de mi verdadera familia que era Dolores y su padre.

¡Me encontraba tan sola en aquellos salones...! ¡Se me hacían tan insoportables los grandes banquetes, rodeada de altas dignidades eclesiásticas! Estaba yo tan fuera de mi centro que, concebí la idea de fugarme para reunirme con mi inolvidable Dolores, con mi madre, que este era el nombre que yo le daba.

Al cura de San Ginés confiaba mis pesares y el buen anciano me decía, ten paciencia no precipites los acontecimientos que la precipitación es muy mala consejera.

Una noche cuando me estaba vistiendo para ir al teatro, entró la Duquesa diciéndome: ponte un traje cualquiera que el cura de San Ginés viene por nosotras porque se está muriendo el padre de la ciega y el pobre hombre desea abrazarte por última vez.

Con la rapidez que da el deseo, me vestí apresuradamente y acompañada de la Duquesa y el cura de San Ginés subí al coche que nos condujo a casa de mi madre. Un año había pasado sin verlos, al entrar en la humilde habitación ¡Qué cuadro se presentó ante

mis ojos!... el pobre ciego parecía un cadáver ¡Cuanto había enflaquecido!... mi madre parecía una momia, al sentir mis pasos, pasos que tanto conocía, se quiso levantar y no pudo, yo caí en sus brazos y durante algunos momentos no se oyeron más que sollozos, besos ruidosísimos y alguna que otra frase amorosísima del enfermo que tenía cogida mi cabeza entre sus brazos y lloraba y reía a la vez, diciendo ¡Qué hermosísima eres! ¡Bendita seas!

Pasada la primera impresión, desprendiéndome de tan dulces lazos me dirigí a la Duquesa que estaba muy conmovida y le dije con una energía extraordinaria muy impropia de mí.

Señora, si habéis querido a mi madre, yo os ruego que en memoria de ese cariño me dejéis al lado de estos seres que tanto me han querido. Madre mía díles desde el cielo que en tu palacio soy muy desgraciada y en este humilde hogar sonrío dichosa ¡Dios mío! Ya que consentistes que me llamaran María del Milagro haz un milagro ahora para que comprendan mi deseo.

¿Qué pasó entonces? Ahora me lo explico perfectamente, entonces no; el Espíritu de mi madre velando por su hija consiguió hacerse visible a su hermana, que al verla, tembló convulsivamente, pero como la había querido tanto, pudo más el cariño que el terror y cayó de rodillas gritando: ¿Qué me pides?... ¿Qué quieres?... mi madre se acercó al lecho del enfermo, y colocó su cabeza en mi hombro echándonos la bendición; esto, sólo lo vió la Duquesa que me decía ¡Milagro! ¡Milagro! ¿No lo has visto? Tu madre ha oído tu ruego ¡Cúmplase su voluntad! Al oír aquellas palabras la abracé con efusión: primera y última vez que acaricié a la hermana de mi madre.

El cura de San Ginés se marchó con la noble dama, aturcidos los dos, sin poderse dar cuenta de lo ocurrido, mientras yo, loca de alegría le decía al enfermo. ¿Ahora sí que soy feliz!

Un mes después el pobre ciego estaba completamente restablecido, y mi madre volvió a sonreír dichosa oyendo mis alegres cantos y recibiendo mis continuas caricias.

La Duquesa me olvidó por completo, mejor dicho se aterró, y huyó de ver nuevos milagros, marchó fuera de España entregando al cura de San Ginés una crecida suma para mí.

Un año después me casé con un joven escultor, con mi dote pusimos un gran taller, mi madre y mi abuelo no se separaron de mí, y a poco de cumplir veinte años di a luz una niña y yo me fuí a reunir con mi madre; era demasiado dichosa y no podía estar en la Tierra, el pobre ciego me sintió tanto, que no tardó en seguirme, quedando en la Tierra mi madre adoptiva y mi esposo, ellos enseñan a mi hija a bendecir mi nombre, y yo les envuelvo con mi fluido para que nunca me olviden.

¡Qué bueno es dejar la Tierra por ser demasiado feliz! Hoy me lloran y me bendicen; aquí me aman y me impulsan al progreso, por eso a tí que eres un buen obrero te visito con frecuencia, porque me complace verte trabajar. Trabaja en tu progreso y ama mucho para que llegues a ser tan dichosa en la Tierra como lo fue María del Milagro.

¿Qué diremos nosotros después de haber recibido la inspiración de un ser tan bueno?. Que solo deseamos trabajar con el íntimo convencimiento de que cuando seamos dignos de merecerla, caerá en la escabrosa senda de nuestra vida ese maná bendito, esa savia preciosa que nosotros llamamos “lluvia de amor.”

LA LUZ DEL POVENIR

CAPITULO XXII

LA CIENCIA NO ES ATEA

I

Es la historia de nuestro pasado relacionada con la vida presente y los acontecimientos del porvenir.

Es la realidad innegable de nuestro Yo.

La comunicación de los espíritus es el eco de las verdades eternas respondiendo a las preguntas de todos los tiempos.

El Espiritismo es la fuente de consuelo, porque es manantial de sabiduría: es la voz de Dios llamando a los pecadores a la redención.

Es el toque de la trompeta “no del juicio final”, sino de la resurrección, porque viene a edificar por medio de la averiguación eterna.

El Espiritismo debía llamarse manifestación inteligente de todas las generaciones, porque es raudal inagotable de las ciencias universales.

¿Qué nos dicen los espíritus en sus comunicaciones? Escuchemos sus palabras.

II

No hay más ley en la tierra que trabajar.

Del odio, nace el lodo que encenaga al Espíritu.

La ciencia es la antorcha que ilumina el entendimiento.

No se puede vivir sin amor.

La libertad, es el oasis donde todo fructifica.

Los redentores son los pasos agigantados del progreso.

La luz más hermosa que puede ver el hombre es la razón.

Haced que ante los santos del pasado, aparezcan los sabios del porvenir.

La naturaleza es una enseñanza permanente para la inteligencia.

Mientras las leyes maten, habrá asesinos.

Educar a un criminal, es darle nueva vida a un hombre de bien; matar a un criminal es hacer que nazca otro criminal.

Dios es la suma de todo lo existente.

Los dioses están en consecuencia con el adelanto de los espíritus.

Vivir es multiplicar el pasado y el presente.

Confirman la verdad, el conjunto de las dudas.

La religión mejor es pensar y sentir, porque todo lo que hace sentir, hace orar.

Los huracanes de la inteligencia, arrancan las supersticiones.

Las inteligencias son los péndulos de la eternidad, porque son las medidas que ha puesto Dios en el Universo.

¿Quién inventó la muerte? La ignorancia humana, y morirá la muerte con el aliento de la civilización, la muerte es la libertad de la vida.

Muere la fe sin razón, pero está viva la razón de la fe.

La felicidad se la concibe, lo que no se sabe es trabajar.

Todos los tiempos son buenos para buscar las verdades si se saben apreciar.

La vida es un descubrimiento eterno.

Donde hay infamias, es donde existe la verdadera pobreza.

La mujer virtuosa es un sol de la humanidad.

Los crímenes engendran la esclavitud.

El bien con egoísmo no es bien.

Los misticismos son la venda de las inteligencias.

Para el estudio del Espiritismo, saber, razón y no fe ciega.

El saber es la vida, y el trabajo la santificación del alma.

A la humanidad le sobran oraciones y le faltan virtudes, no habiendo más que un dogma verdadero: el bien.

El porvenir es el producto del pasado multiplicado por el presente.

Los mundos son libros eternos, la ciencia es la palabra del progreso.

El Espíritu es un diamante eterno que se pulimenta con la ciencia universal.

III

Como se ve, los espíritus en sus sensatas comunicaciones nos aconsejan lo mas bueno y lo mejor, puesto que nos impulsan al trabajo que es el manantial inagotable de todas las prosperidades humanas, nos inclinan a la investigación de todo cuanto nos rodea, desde los misterios religiosos que tanto influyen en el estacionamiento de los pueblos, hasta el estudio pacientísimo de los infusorios que se agitan en el aire que respiramos y que pasan completamente desapercibidos a nuestros ojos si no hacemos uso de un buen microscopio.

Los consejos de los espíritus, desprendidos de los miserables egoísmos terrenales, tienden por lo general a nuestro mejoramiento moral e intelectual; nos aconsejan siempre el olvido de las ofensas, y no solo el olvido para nuestros adversarios sino lo que es más grande aún, el amor a nuestros enemigos. Se dirá que esto también lo dicen las religiones, pero las palabras y las exhortaciones de sus predicadores no causan tan honda impresión en el alma como las comunicaciones de los espíritus, porque estos últimos no se contentan con hablar, sino que presentan ejemplos palpitantes del daño inmenso que producen los odios condenando a sufrimientos horribles a los que los sustentan, encarnando en la Tierra en las condiciones más humillantes y deplorables; otras, siendo juguete de sus encarnizados enemigos del espacio que los inducen al suicidio y al olvido de todas las leyes morales: y la verdad de lo que dicen lo demuestran con hechos innegables, por eso el estudio razonado del Espiritismo es una verdadera necesidad para todos aquellos que no se contentan con vivir sufriendo sin saber porqué sufren, para los que pierden seres queridos del modo más inesperado truncándose violentamente las leyes de la naturaleza, en la cual por regla general toda planta tiene su crecimiento, su follaje, su florescencia, su madurez (si produce fruto) en tanto que tantísimos pequeñuelos mueren antes de pronunciar el dulcísimo nombre de madre, y las infelices mujeres que han sentido los cruelísimos dolores de la maternidad, las que han soñado con la sonrisa de sus hijos, las que le han preparado amoroso albergue, las que han vivido noche y día junto a la cuna de los amados de su corazón, al perderlos en un segundo, cuando con delirante entusiasmo se dedicaban a prestarles sus cuidados más pródigos, esas mártires del amor maternal, necesitan más que nadie el saber porqué se fueron los que eran luz de sus ojos y vida de su entendimiento.

También necesita estudiar el espiritismo el padre desgraciado que educando a todos sus hijos bajo los mismos preceptos, recibiendo todos idéntica educación, de entre tantos seres honrados y laboriosos, salga uno que se destaque por su ruindad y bajeza.

No basta contentarse con el viejo aforismo de que en todas las familias hay un Judas. ¿Y por qué? ¿Por qué sin causa justificada a de venir un ser a este mundo condenado irremisiblemente a la perversidad? ¿Por qué desde su más tierna infancia se ha de complacer en atormentar a los pájaros, en pisotear las flores, en romper y destrozar cuanto a su paso encuentra?.

¿Por qué ha de ser la tea de la discordia en su casa y piedra de escándalo en los colegios? de los cuales es arrojado como reptil venenoso llegando a ser la deshonra de su familia, mientras sus otros hermanos por su docilidad, por su mansedumbre, por su entrañable cariño a todo cuanto les rodea comenzando por los autores de sus días y

acabando por el gato y el perro, animales domésticos que los niños buenos convierten en compañeros de sus juegos.

¿Por qué si todos nacieron de una misma madre, y recibieron los primeros besos de un padre amantísimo a de haber un Judas en una familia modelo? ¿Por qué?... ¿Por qué Dios crea espíritus condenados al desprecio y al odio de sus semejantes? ¿Por qué su perversidad es superior a todas las máximas evangélicas que ordenan perdonar y compadecer al delincuente? ¿Por qué hasta los mismos padres han de desear la muerte de estos desventurados?.

Para esas desgracias que caen sobre muchas familias honradas como un torrente de lava de un volcán desconocido, sólo el estudio del Espiritismo puede atenuar en parte su inmensa desventura.

No hace muchos días vino a vernos un hombre de mediana edad que pertenece a una de las clases más dignas y más pundonorosas de este mundo, y al preguntarle porqué había estudiado el Espiritismo, nos contestó con profunda tristeza:

¡Ay señora! Porque sin el conocimiento del pasado y la reparación del porvenir, me hubiera sido absolutamente imposible vivir rodeado de las grandes amarguras que a veces proporciona la paternidad. Dos hijos entraron en mi hogar, el primero, me hizo maldecir en muchas ocasiones la ley de la reproducción universal, porque desde pequeñito comenzó a demostrar sus fatales intenciones, dando por principio mentir de un modo asombroso, y por aficionarse a todo lo más bajo y grosero: sus lucidos trajes los cambiaba por los sucios harapos del chicuelo pordiosero, sus manjares delicados los daba a los pobres con la condición que estos le dieran sus mendrugos de pan. Sus amigos predilectos eran los chiquillos de los gitanos, su lenguaje el más soez y desvergonzado, tenía repulsión absoluta a la enseñanza no queriendo estudiar ni aprender un oficio, escapándose de casa infinidad de veces para reunirse con las cuadrillas de los mendigos que no tienen casa ni hogar, y cubierto de trapajos rodeado de chicuelos sucios y desnudos, imploraba la caridad pública en las calles más céntricas de Madrid y en las carreteras, pasando las noches en la intemperie. No hace daño a nadie más que así mismo, a su pobre madre, a su noble hermano y a mí que me hace vivir completamente avergonzado pues mi posición social es una de aquellas en que la dignidad y el buen nombre es ante todo; y no han bastado súplicas, amonestaciones ni lágrimas amarguísimas de su infeliz madre, ni consejos prudentísimos de su hermano, ni amenazas desesperadas de un padre herido en lo más sagrado, en el honor de un nombre honrado consagrado a defender la bandera de su patria en medio de los mares. ¡Todo ha sido inútil!... en cuanto se ha visto bien vestido le a faltado tiempo para desprenderse de sus ropas y ponerse andrajoso y repugnante. En mi casa está como fiera enjaulada; en cuanto puede huye del hogar paterno para entregarse a la mendicidad y a toda clase de desórdenes, en tanto que su hermano no ha tenido más Dios que sus padres y sus libros; su carrera científica ha sido una serie de triunfos, y hasta renuncia a los afectos naturales de la vida diciendo que no quiere casarse muy joven para no robarles a sus padres un átomo de cariño, que quiere darnos toda la ternura de su corazón, todo el amor inmenso de su alma, no perdonando sacrificio ni evitando ocasión oportuna para dar nuevos timbres al honrado apellido de su padre.

Esta diferencia absoluta entre mis dos hijos me enloquecía, porque mi esposa es una mujer honradísima, incapaz de faltar a sus deberes, que no ha tenido nunca otro mundo que su casa, así es que para ella la infidelidad de pensamiento o de obra le es absolutamente desconocida. Ella no concibe que una mujer casada olvide sus deberes, para ella su marido es todo; y al ver la constante intranquilidad de mi hogar, los bochornos, la vergüenza que continuamente nos hacía pasar mi hijo mayor poniéndome en ridículo entre mis compañeros y amigos, lo mismo que a su hermano entre sus condiscípulos, yo me volvía loco y decía: si hay Dios, este tormento que me abrumba ha de tener una causa justificada, no puede ser casual esta lucha incesante que envenena las horas de mi vida.

¿Por qué el primogénito de mis amores ha de ser un miserable? ¿Por qué se ha hecho dueño de la tranquilidad de una familia que lo recibió con los brazos abiertos? ¿Por qué ha de estar ligado a mí con los lazos más fuertes de la Tierra, un ente que parece imposible que me deba la vida? ¿Por qué merezco este castigo si no he causado la deshonra de ninguna familia honrada, si no he llevado la intranquilidad a ninguna parte? ¡Señor! yo me vuelvo loco; ¡Para ver entre tantas tinieblas dame un rayo de luz! y oyendo mis lamentaciones, un amigo me habló del Espiritismo diciéndome: la ley de Dios no es más que una, cada cual recoge la cosecha que se merece, la injusticia no existe, Dios es lo exacto, la ciencia es un lenguaje eterno; el llanto se hizo en la Tierra para regar la senda de la expiación; para el alma que desea saber nunca la ciencia está oculta, y vale más llorar conociendo que reír sin conocer, valiendo más un consuelo que una fortuna porque una fortuna embriaga y un consuelo fortalece, y un consuelo encontrarás estudiando el Espiritismo, porque verás la luz del pasado entre las densas brumas del presente, convenciéndote que tu hijo cumple la ley de las compensaciones convirtiéndose en tu pesadilla, que larga cuenta tendréis entre los dos cuando os habéis visto obligados a uniros con los vínculos más estrechos, dos espíritus que probablemente habréis perdido muchos siglos odiándoos y haciéndoos todo el mal posible.

Amar a un enemigo es tan difícil como conocer un mundo, pero esos lazos de familia son los únicos medios que pueden emplearse para realizar la obra más admirable y más asombrosa de todos los siglos; que es el olvido total de las ofensas y la creación de un afecto entrañable, capaz de llegar al sacrificio por evitar una lágrima al ser amado, y esta heroicidad sólo la tienen los padres, solo ellos perdonan las injurias de sus ingratos hijos, sólo ellos aunque brote la sangre de sus heridas dicen al juez que su hijo es inocente, solo ellos abren sus brazos a los que la humanidad rechaza. El que ama sabe medir el amor de los demás, por eso los padres son los únicos que conocen a fondo los defectos de sus hijos y los que están llamados a guiarles por la senda del progreso. Ese hijo que hoy es para ti padrón de ignominia y que te desesperas porque no lo puedes hacer a tu imagen y semejanza en el sentido moral, ¿Crees que no le ha sido útil deberte la vida material en esta existencia? Estás en un error porque, otro menos digno y menos sensato que tú lo hubiera llevado al abismo del crimen, porque lo hubiese precipitado con sus violencias y sus arrebatos de ira en el caos más tenebroso, y tú has hecho cuanto has podido y harás en lo sucesivo por atraerle en la senda del bien, y todo tu trabajo empleado será riqueza para tu Espíritu y libro de útil enseñanza para tu hijo cuyas páginas leerá mañana en el Espacio.

Esto me dijo un buen amigo, y desde aquel día memorable acudí a las sesiones espiritistas, estudié las obras de Kardec, y mi desesperación se fue calmando, mi enojo decreciendo, y acepté la inferioridad de mi hijo como justo castigo de mis pasados desaciertos, cargué con mi cruz con menos desaliento y aunque no puedo ser feliz porque la contrariedad es mi patrimonio, me someto a la ley más justa, a la más grande, a la ley que necesariamente debe imperar en todos los mundos: dar a cada uno según sus obras.

IV

El interesante relato de aquel padre desgraciado fue un testimonio más para nosotros por el gran consuelo que prestan las enseñanzas espiritistas, que impulsan siempre a perdonar las ofensas, a compadecer al delincuente, a enseñar al que no sabe y a estudiar en el libro admirable de la vida eterna cuyas páginas son las diversas e innumerables encarnaciones de los espíritus. Cada existencia es un capítulo de la historia universal de las humanidades, todos escribimos nuestras memorias, unas veces con letra clara y correcta, otras con caracteres ininteligibles, usando tinta roja.

Las religiones han puesto dique a las ferocidades de la humanidad en un sentido, pero en otro han despertado odios inextinguibles, han separado la esposa del esposo, el

hijo de sus padres, la hermana del hermano, han sembrado la semilla de la discordia en el hogar doméstico, han hecho muchas víctimas, en el nombre de Dios se han cometido innumerables crímenes, y se han llevado a cabo cacerías de hombres, se han organizado batidas contra los hugonotes como si fueran fieras; dígalos la noche de San Bartolomé en Francia.

Se han inventado además los tormentos más crueles para despedazar a los que han dicho que las religiones eran las andaderas de la humanidad, y que no hay más infierno que el remordimiento, que todo lo que no tiene por cimientos la razón, la ciencia y el amor, se derrumba, que la representación de Dios es la ciencia, y la verdad su hechura, que cuando rigen las leyes de la conciencia sobran todas las leyes, que los mundos son otros tantos laboratorios donde las actividades del pensamiento descubren las maravillas del infinito. Y los hombres más sabios y más buenos sufrieron el martirio más horrible porque miraron las maravillas de la Creación con los cristales de aumento de su inteligencia, y los grandes sacerdotes de la ciencia, los naturalistas, los astrónomos, los geólogos, los profundos matemáticos, todos los que han dicho creer es lo de menos y saber es lo más, han sido víctimas de la ignorancia, mejor dicho de la intolerancia religiosa, acusándolos de ateos a los unos porque preguntaban a las piedras, cuantos siglos habían necesitado para formar las montañas en cuya cúspide estaban las nieves eternas, esperando rayos solares de gran potencia para deshacerse en lluvia y en arco iris, a los otros porque penetrando en los bosques preguntaban al orangután qué distancia existe entre el instinto y la inteligencia.

Han llamado a la ciencia atea, porque todas las religiones han empequeñecido la figura de Dios de tal manera que, el último gusano le ha parecido al sabio más grande y más perfecto que el Dios de todos los credos religiosos.

Acusan a la ciencia de orgullosa y su orgullo es legítimo, porque ha hecho la ciencia con sus descubrimientos lo que no ha hecho ninguna religión. Ella nos ha demostrado la falsedad de los absurdos milagros contrarios a todas las leyes del Universo, ella nos ha dicho sin lugar a dudas, que Josué no pudo detener el curso del Sol para continuar su batalla como afirman las sagradas escrituras, que el día se prolongó hasta que el jefe del pueblo hebreo dio por terminada la pelea; pero nos ha manifestado de un modo irrecusable la existencia de millones y millones de mundos cuyas condiciones atmosféricas los convierten en verdaderos paraísos, donde la vida tiene que ser verdaderamente maravillosa sin las violentas sacudidas de los bruscos cambios que experimentamos en la Tierra con los huracanes, con los terremotos, y las erupciones de los volcanes que difunden en torno de sus cráteres la desolación y la muerte.

La ciencia desmiente las palabras bíblicas atribuidas al Supremo hacedor sobre la fundación de la Tierra y la Creación de la pareja humana, negando en absoluto el pecado de Adán y Eva, y aceptando la ley de reproducción eterna, puesto que para su cumplimiento hay diferencia esencial de sexos, concediéndoles a todas las especies las leyes de evolución y de progreso, ascendiendo el principio inteligente desde el embrión del hombre hasta el redentor de un mundo, desde el instinto de conservación hasta la inteligencia más desarrollada que descubre los más recónditos arcanos de la ciencia, difundiendo la savia de su amor desde la humilde florecilla hasta el criminal más odioso.

La ciencia no es atea !No! La ciencia es verdaderamente deísta, porque es la que descubre de continuo las maravillas de la Creación. Los Anacoretas y los cenobitas, aquellos que consumían los mejores años de su vida en solitaria cueva o en el seno de bosques vírgenes rezando por rutina y atormentándose por ignorancia, no eran tan útiles a la verdadera religión como los sabios exploradores, como los pacientes naturalistas que resisten el tormento del hambre y la sed, los abrasadores rayos del Sol y el rigor irresistible del frío por encontrar un nuevo vegetal, la ignorada fuente de un río, bosques presentidos, valles que han visto en sus sueños poblados de otras razas; ¡Estos, estos son los verdaderos sacerdotes de la gran religión que nunca caerán sus dioses tutelares, que jamás sus altares se

derrumbarán ni cubrirá la hiedra las ruinas de sus templos! La religión de la ciencia tendrá eternamente sus grandiosas basílicas porque tendrá los mundos que son los inmensos laboratorios donde los hombres encontrarán cada vez más patente la Omnipotencia y la sabiduría de Dios.

Y de esta religión eterna, de esta continuada ascensión del Espíritu, de este trabajo permanente de la inteligencia nos viene a hablar el Espiritismo para ilustrarnos, para despojarnos del manto de la superstición religiosa, para hacernos comprender que no hay Cristos que sudan sangre, ni vírgenes que a través de los siglos conserven en sus pechos el licor refrigerante de la vida y en sus ojos el llanto del dolor, que no existe el milagro ni el hecho maravilloso, porque es superior a todo lo inventado por las religiones. La inteligencia y la enérgica voluntad del hombre; ¡Ésta sí que hace verdaderos prodigios! ¡Ésta sí que arranca a la naturaleza el velo de todos sus misterios! ¡Ésta sí que descubre las grandezas inacabables del infinito! ¡Ésta sí que da dirección al rayo, pesa los planetas, mide sus longitudes, cuenta las estrellas, acorta las distancias, transmite las palabras por medio de los hilos telegráficos de polo a polo haciendo uso de los cables submarinos! ¡Ésta sí que construye puentes maravillosos sobre abismos insondables! ¡Sí que canaliza los mares y convierte en oasis los áridos desiertos de este mundo! Y esta serie de actividades empleadas en el bien de la humanidad adquieren mayor desarrollo y aumentan su prodigioso desenvolvimiento con el estudio razonado del Espiritismo; no porque los espíritus den la ciencia infusa al ignorante, no porque le descifren fácilmente los problemas al sabio, no porque le digan al perezoso entrégate a la inercia que yo trabajaré por ti. ¡No! No es esto: los espíritus no convierten a los hombres pensadores en simples máquinas, al contrario, nos demuestran con hechos innegables que el que quiere vivir en medio de la luz tiene que estudiar de qué se componen los rayos luminosos que le prestan vida. Nos dicen los espíritus que el que quiere disfrutar de un ambiente oxigenado tiene que abrir el hondo surco de la tierra endurecida, regarla con el sudor de su frente, arrojar en ella abundante semilla, cuidar el sembrado con esmero, y sólo así brotarán plantas lozanas que se cubrirán de aromáticas flores cuyo perfume embalsamará la atmósfera.

Ninguna religión, ningún credo filosófico impulsa al hombre al trabajo como el estudio del Espiritismo, porque los espíritus nos demuestran con verdades incontrovertibles que el hombre lleva en sí mismo todos los resplandores de los cielos, todas las delicias de los desventurados, todas las alegrías de las almas puras, todas las satisfacciones de los justos, a la vez que todos los horrores del remordimiento, que todas las envidias, angustias y ansiedades crueles de la avaricia, que todos los sobresaltos de los crímenes, que todos los tormentos en fin, que han creado las religiones para sus infiernos. El hombre es vaso limpio de agua cristalina o charco cenagoso de agua pestilente, de él depende cubrirse con la blanca túnica del impecable, o con la ropa del ajusticiado: todo depende de su voluntad y de su buen deseo; la elección no es dudosa. El más ignorante, el Espíritu más rudo prefiere la consideración y el respeto al desprecio y al castigo, y la tranquilidad del bien obrar, a los azares y a las persecuciones que son compañeras inseparables de la culpa y el crimen. No hay más que visitar una penitenciaría para convencerse de lo que decimos; no hay presidiario que al preguntarle porqué ha dejado de pertenecer a la humanidad libre, no conteste. Porque éste o aquel me arrojó en el abismo del crimen, yo era bueno ¡Ah! Si hubiera tenido quien me hubiese guiado... Y sólo los espíritus enfermos, víctimas de terribles obsesiones, son los que a semejanza de los cerdos se revuelcan gozosos en el seno de su inmundicia.

De la confesión y de la culpa todos huimos, todos queremos parecer mejores de lo que somos; por eso el estudio del Espiritismo es tan útil a la humanidad, porque los espíritus nos dicen, que con las apariencias de falsas virtudes no engañamos a nuestros semejantes, a quien engañamos es a nosotros mismos. Podrán parecernos verdaderas nuestras artificiosas buenas obras, y podremos recibir hasta bendiciones de almas inocentes

y sencillas, deslumbradas por la corona de oropel que hemos colocado en nuestras sienes, pero al dejar la Tierra aunque numeroso cortejo siga nuestro cadáver, aunque artístico mausoleo guarde nuestros restos, aunque la iglesia entone sus cantares y arroje nubes de incienso sobre suntuoso catafalco, cuando el Espíritu se encuentra solo, y únicamente oye la voz de su guía que le dice: ¡Pobrecito! ¡Ven pordiosero de los siglos!... Ven, que no te has creado un amigo, que no has enjugado una lágrima sin calcular antes las ventajas que te redundarían tu largueza de usurero y tu compasión hipócrita. ¡Ven!... Nadie te quiere, pero te quiero yo, yo te seguiré en tu calle de amarguras, yo enjugaré tu llanto cuando el peso de tu cruz te abrume, yo te inspiraré humildad y paciencia para recoger una mínima parte de las espinas que has dejado sembradas en tu árido camino. En cambio, nos dicen los espíritus: Cuando deja su envoltura un ser que ha hecho más bien con sus buenos deseos que con sus obras practicadas porque vivía en un círculo microscópico, cuantos ha compadecido, cuantos ha protegido con su pensamiento salen a recibirle, le rodean alborozados, y le dicen: ven ¡Oh tú!... Ven con la riqueza inacabable de tu buena voluntad. Tú que lloraste con el niño huérfano, tú que compadeciste a la desolada viuda, tú que partiste tu pan con el anciano pordiosero, tú que sentistes con las angustias del joven enfermo, ven a reposar entre nosotros, ven a aspirar el aroma de las flores que hizo brotar tu sentimiento, ven a prepararte para volver a la Tierra con grandes riquezas para que goces siendo un enviado de la providencia. El que quiere el bienestar de otros labra el suyo, y el que se ocupa de pedir para los demás pide sus tesoros de mañana, el que reparte el maná de su compasión riega la senda de su vida con el rocío benéfico del amor de Dios.

Esto dicen los espíritus: ¿Quién preferirá en el espacio la soledad del falso filántropo a la dulce bienvenida, y al cordial recibimiento que encuentra en ultratumba un verdadero amigo de los pobres? Por razón natural, nadie quiere beber hiel y vinagre, todos preferimos la ambrosía de los dioses; y el apurar la copa del néctar delicioso de la vida depende de nosotros, todos podemos ser grandes, desde el alma inocente e inactiva hasta el criminal empedernido que goza con la agonía de sus víctimas; todo es cuestión de tiempo y de trabajo, de estudio incesante y energías empleadas constantemente en bien de uno mismo, atendiendo antes al bien de los demás.

Desde que las humanidades se agitaron en los mundos, desde que las generaciones cambiaron sus impresiones y sus afectos, sólo una ley ha imperado en el Universo, el amor de Dios simbolizado en el dulcísimo sentimiento de la atracción de las almas, en el cumplimiento de las leyes de reproducción uniendo los cuerpos en los planetas, y en otros confundiendo los fluidos y los pensamientos, y en la ciencia universal, patrimonio de todos los espíritus, mina de inagotables y valiosísimos filones con los cuales pueden enriquecerse todos los trabajadores de buena voluntad, porque los filones de la mina de la ciencia no se acabarán nunca, siempre las inteligencias laboriosas descubrirán nuevos tesoros, siempre la ciencia dirá a los espíritus amantes de la sabiduría: ¡Venid a mí benditos de mi padre, que yo soy la brújula del infinito!.

Esta ley eterna de la investigación y del trabajo, es la gran riqueza del Espíritu, porque no hay tarea estéril ni análisis inútil, todas las obras realizadas quedan acumuladas para ir formando su historia, y estas enseñanzas de las verdades de todos los tiempos son las que dan los espíritus a los que se reúnen con el afán de ilustrarse y de aprender, no confundiendo el trigo con la cizaña, separando las plantas parásitas de las que dan al hombre semilla nutritiva. ¡Espiritistas...! El estudio razonado del Espiritismo merece una atención profunda puesto que nos presenta nuevos y dilatados horizontes, nos descubre mundos ignorados, nos conduce por el mejor camino, nos hace conocer nuestros defectos, nos repite de continuo, concóctete a ti mismo y conociéndote no encontrarás injusto el proceder de los demás; verás que todo responde a tu pequeñez o a tu grandeza, y que cuanto te acontece es la continuación razonada de tu propia historia escrita unas veces en páginas orladas de flores y otras en hojas manchadas de sangre y lodo.

¡Espiritistas! No desperdiciemos el tiempo, aprovechemos los momentos que siempre son preciosos para instruirse y amarse los unos a los otros.

El saber es la nave donde debe navegar el Espíritu, siendo su brújula el sentimiento.

Venga la virtud como guía de los navegantes y la ciencia como el sol de las almas.

No olvidemos nunca que la ignorancia es el demonio tentador de la humanidad, ¡Instruyámonos pues, espiritistas, dando a la humanidad el Jordán de nuestro amor! Que el amor es el bautismo de los cielos, preparémonos para vivir mañana todos unidos, en esas moradas que tiene la ciencia reservada a los que preguntan a los mundos. ¿Cuál fue la primera inteligencia que admiró las maravillas de la Creación? ¿Qué Espíritu será el primero que goce de la presencia de Dios? ¿Cuando sonará la trompeta de todas las Biblias anunciando el juicio final? Y la ciencia dirá a todos los sabios de los mundos:

El Universo es una escuela eterna, el juicio final no llegará nunca para los espíritus, estos reunirán los huesos del pasado para formar con ellos el progreso del porvenir.

Dios es la última expresión matemática. ¿Se puede concebir la suma total de todas las cantidades que pueden formar los números y las figuras algebraicas? ¡No! La última cantidad nadie podrá escribirla, la pizarra del infinito es pequeña para trazar las cifras de los últimos cálculos matemáticos.

¡Dios... es la eterna incógnita del más allá!

CAPÍTULO XXIII

EL TIEMPO

El tiempo es, en cierto modo, el único tesoro del hombre. Todas las riquezas están expuestas a perderse. Los honores, el vaivén de la fortuna los arrebatan en brevísimos segundos; la libertad, el menor atropello puede destruirla; la salud, un cambio atmosférico la quebranta y aniquila; si somos amados, la volubilidad o la ingratitud pueden desheredarnos y dejarnos solos sin una ilusión que sonría en nuestra mente; si grandes conocimientos científicos nos enorgullecen, un descubrimiento nuevo nos prueba que no sabíamos nada. Todo lo podemos perder en la vida; la riqueza, el renombre, la libertad, la virtud, nuestro mísero cuerpo, todo, menos el tiempo taquígrafo del infinito, que nunca se cansa de tomar notas en el libro eterno de la existencia universal.

Él nos recibe cuando llegamos a la vida, y nos despide cuando la dejamos, para recibirnos otra vez a nuestra llegada a la región ignota de las almas.

Es nuestra sombra; porque donde quiera que vamos nos sigue, es nuestra luz, es nuestro progreso, es nuestra esperanza y es nuestra felicidad.

¿Qué sería del hombre sin el tiempo ilimitado?

El tiempo es el símbolo de Dios.

Él aclara todos los misterios.

Desvanece todas las dudas.

Disipa todos los temores.

Da a cada uno según sus obras.

Es el mundo de los siglos, con una elocuencia superior a la de todos los oradores de los mundos.

Es el depositario de todas las verdades

Es el pacificador de todos los pueblos.

Es el que cicatriza las profundas heridas del corazón humano.

¡Oh tiempo, tiempo! ¡Cuan mal te han comprendido las ingratas humanidades al simbolizarte en Saturno devorando a sus hijos!

Tú no aniquilas a los seres inteligentes ni a las cosas animadas, muy al contrario, eres la eterna renovación.

Despojas al hombre de su vieja envoltura para dotarle de otra nueva.

No derribas los árboles centenarios sino cuando sus raíces retoñan.

No marchitas las flores sino para convertirlas en sabrosísimos frutos.

Agotas nuestras juveniles ilusiones, dándonos en cambio la profunda reflexión de la edad madura.

Eres el escultor de Dios.

Tú modelas esas grandes figuras que dan nombre a los siglos.

Eres la vida porque eres la luz.

¡Oh tiempo! Nosotros te rendimos culto; te adoramos en tu inmensa obra.

Si pudiéramos expresar todo lo que nos inspiras, nuestro himno sería la admiración del mundo.

Indudablemente eres el hálito de Dios que, convertido en fuerzas sirves de motor a los mundos y a las humanidades que los pueblan.

Tú haces olvidar los agravios.

Extingues los odios.

Creas nuevas afecciones.

Eres el matemático eterno que traza las figuras y encuentra sus proporciones exactas.

Haces la luz en medio de las sombras.

Eres la verdad y te manifiestas en todos los lugares.

La mayor parte de las veces no reconocemos tus útiles enseñanzas, pero tú, emanación de Dios, como Dios eres paciente, porque como Él eres Eterno.

Tú sonríes al ver nuestras debilidades, nuestras miserias, nuestras pequeñeces y dices:

¡Ellos vendrán a mí! Los hijos pródigos volverán todos a la casa del padre universal; todos tomarán parte en el banquete de los siglos; todos progresarán porque su destino es progresar.

La escuela espiritualista racionalista le deberá al tiempo un triunfo definitivo, pues merced a él, la humanidad habrá aprendido que los muertos viven y que el mundo de las almas no es sino uno de los eslabones de la cadena de nuestra existencia eterna.

Aquí es la incredulidad o el terror el que rechaza la verdad; allí la superstición y el fanatismo que, apoderándose de la revelación, ley de la naturaleza, la han hecho servir para la creación de un mundo contranatural, fantástico, repulsivo, absurdo, con cuyo auxilio la iniquidad ha reinado sobre la ignorancia.

Hoy, gracias al tiempo, se han abierto las puertas de los santuarios, los libros sagrados se han multiplicado y los hombres han conocido todo el valor de las leyendas religiosas, místicas fábulas, tradiciones basadas en la ignorancia y la malicia.

Este descubrimiento ha señalado nuevo derrotero a las escuelas filosóficas, y la aurora de un espléndido porvenir alborea en los horizontes de la razón.

¡Tiempo! ¡Tiempo! ¡Redentor de los mundos! ¡Profeta infalible! ¡Cuanto te deben las humanidades!

Nosotros te adoramos, viendo en ti la personificación del progreso.

¡Tú eres el testamento de Dios!

Eres fuerte, porque realizas los grandes hechos.

Eres el sabio de los sabios, porque resuelves todos los problemas.

Eres el juez que fallas sin apelación todas las causas.

Y tu fallo es admirable, porque siempre es justo.

Eres el vengador de los mártires.

Eres la vida, porque eres la eternidad.

¡Dios, la naturaleza y el tiempo: trinidad augusta del misterio de la Creación!

CAPÍTULO XXIV

NO TODOS LOS QUE ANDAN VIVEN

Son muchos los seres que cruzan la tierra sin haber vivido un solo segundo, (metafóricamente hablando) porque para nosotros no es vivir el satisfacer únicamente las necesidades materiales, que otro alimento necesita el alma, más nutritivo aunque es más impalpable.

Hace diez años que conocimos a una niña que entonces tendría seis primaveras; sin saber porqué, nos inspiró profunda simpatía; vivía en el piso bajo de nuestra casa y continuamente oíamos su vocecita, cantando como los pajarillos que anidaban en un viejo ciprés de un jardín contiguo al nuestro, ya lanzando lastimeros ayes y conmovedores gemidos. En honor de la verdad, era más el tiempo que empleaba en llorar que el que se ocupaba en reír; he aquí la razón porqué siempre que la veíamos le hacíamos una caricia y mirábamos largo rato su melancólico semblante.

De constitución endeble, casi raquítica, su cuerpecito enflaquecido apenas lo cubría un vestidillo de percal hecho jirones, sus cabellos rubios siempre estaban enmarañados, su carita blanca y pálida rara vez dejaba al descubierto la tersura de su cutis puesto que nadie se ocupaba en lavarla ni en cuidar de su aseo. ¿Era huérfana? Quisiera Dios que lo hubiese sido, porque quizá no se hubiera visto tan desamparada.

Tenía madre, pero ésta no cuidaba de su hija; frívola y mal inclinada pensaba en otras afecciones, deshonrando la memoria de su marido que no fue digno de que así olvidaran sus excelentes cualidades, su inocente hija no consiguió conmover el corazón de su madre, ésta no cuidaba de ella más que para golpearla brutalmente; y la infeliz Pepeta si quería satisfacer el hambre tenía que decirlo a los vecinos para que le dieran un poquito de pan. ¡Pobrecita!

Qué lástima nos inspiraba cuando la veíamos sentada al pie de un árbol llorando con el mayor desconsuelo después de haber recibido una gran paliza, o temblando que viniera su madre y se encontrara que había roto un plato o que había perdido alguna moneda de las que le daba para comprar, pues a pesar de su corta edad le hacía desempeñar el trabajo de una mujer, yendo a la compra y fregando los platos los que casi siempre lavaba con sus lágrimas.

Para Pepeta no había días de fiesta; jamás la vimos peinada y arreglada como las demás niñas de la vecindad. Cuando no la necesitaba, su madre la dejaba ir a la calle donde muchas veces la vimos sentadita en el umbral de su casa sin tomar parte en los juegos de sus compañeras; parecía como si la infeliz se avergonzara de verse tan sucia entre las demás niñas, que todas aunque pobremente vestidas iban bien peinadas y en comparación de Pepeta parecían grandes duquesas; porque la limpieza es el mejor adorno en la niña, en la joven y en la anciana.

Pepeta, como todo ser desgraciado, era cariñosa y ofrecida, siempre estaba dispuesta para hacer mandados a todas las vecinas de la calle, y más de una vez tuvimos ocasión de hablar con ella sondeando su pensamiento. Era un espíritu reservado y bueno a pesar que de su madre no recibía más que malos tratos, cuando pedía pan siempre añadía que si tenía hambre era porque su madre no tenía dinero para comprar; no carecía de inteligencia, que bien cultivada hubiera dado sazonados frutos, pero del modo que crecía Pepeta sólo le sirvió para comprender que su madre tenía amores ilícitos, y que tenía que obedecer las órdenes de un hombre que en medio de todo era más humano con ella que su madre.

Siempre que la veíamos andando por el jardín de su casa decíamos con profunda tristeza: ¡Qué porvenir le espera a esta pobre criatura una melancolía, una mancebía en su juventud y un hospital para morir!

¿Qué ha visto en su infancia? La prostitución de su madre, ¿Qué educación ha recibido? Ninguna, ella ignora todo lo bueno y en cambio sabe todo lo malo; para ella su madre no ha tenido besos ni halagos, siempre la ha llamado con los más repugnantes apóstrofes, ¿Para qué habrá venido esta infeliz a la Tierra? Su destino es horrible, ante sí no tenía más que el caos, si se muriera ganaría ciento por uno, pero no murió ¡No! A pesar de su tisis hereditaria Pepeta resistía las mayores privaciones.

Su madre cambió de casa y dejó de verla. Pasaron tres o cuatro años cuando un día vino a vernos Pepeta completamente transfigurada; sus rubios cabellos estaban cuidadosamente peinados, llevando un vestido de percal de color rosa pálido, limpio y arreglado, estando su rostro mucho más risueño.

Nos dijo que su madre se había casado y que vivían con mucha más abundancia.

¡Cuanto nos alegramos por ello! Porque queríamos mucho a Pepeta sin explicarnos la causa, pero lo cierto es que llorábamos con su dolor y reíamos con su alegría. Le encargamos que viniera a vernos, pero no volvió más; siempre que teníamos ocasión preguntábamos por ella, y supimos que la desgracia era su inseparable compeñera. El marido de su madre vivía con desahogo ahogando a los demás ya que robaba cuanto podía, y esto le proporcionó a Pepeta ver otras facetas del vicio y volver a la mayor miseria cuando la justicia cumplió con su deber. Su madre murió en el hospital y ella entró en una casa de niñera, de allí pasó a una casa de mancebía, y después de esa horrible enfermedad que diezma de continuo a las rameras, murió en el hospital, cuando diecisiete primaveras aún no le habían ofrecido el perfume de sus flores.

Hace pocos días que nos dieron la noticia de su muerte, y aunque su modo de morir no nos ha sorprendido, porque era lógico que así muriera la que había vivido sin vivir, a pesar de eso nos impresionó tristemente su muerte.

¡Pobre Pepeta! ¡Qué existencia tan improductiva ha sido la suya! Si era un espíritu estacionado en el vicio, en esta encarnación ha permanecido en su miserable centro, ¡Qué destino tan triste fue el suyo! ¡Nadie la amó... ni aún su madre!... quizá seamos nosotros los únicos que dediquemos un recuerdo a su memoria.

¡Qué profunda tristeza nos embarga!

Desde que hemos sabido el desenlace de la historia de aquella niña que tanta compasión nos inspiraba, nos parece que no estamos solos, y aunque no tenemos mediumnidad vidente, sin embargo tenemos la completa certidumbre que un Espíritu está muy cerca de nosotros. ¿Será quizá el de la pobre Pepeta? ¡No! Nos dice un ser de ultratumba, es otro Espíritu que hace algún tiempo te rodea. pero tú no te dabas cuenta de su melancólica influencia hasta que las circunstancias me han favorecido y se ha llegado a verificar lo que yo más deseaba, que era ponerme en relación contigo, porque siempre te he querido, siempre te he guardado un recuerdo de inmensa gratitud.

Te quedas meditando preguntando a tu mente quién será el Espíritu que hoy se comunica contigo. Yo te ayudaré en tus pesquisas para que más pronto me encuentres. Lo primero que has de hacer es retroceder en la penosa marcha de tu vida, más de veinte años atrás, cuando estabas en lo más fuerte de tu expiación, cuando te encontrabas en una gran ciudad y cruzabas sus calles, pensando en una tumba que guardaba los restos de tu madre, cuando no creías en nada, cuando al dejarte caer en tu lecho rendida por el trabajo de doce o catorce horas pensabas en los medios de poner fin a tu existencia, cuando mirabas en torno tuyo y no encontrabas un ser amigo, cuando no sabías resignarte con tu infortunio y renegabas de tu adversa suerte: cuando mirabas a los muertos con dolorosa envidia, entonces me conociste, ¿No te acuerdas? Tú llegaste a mi morada rendida de cansancio. Habías sufrido una de esas crisis horribles, una de esas sacudidas que dejan la

mente fatigada y el cuerpo extenuado; cuando entraste donde yo habitaba, no me viste, porque en aquellos instantes mirabas sin ver, y te entregaste al descanso perdiendo la conciencia del tiempo, puesto que al levantarte al medio día creías buenamente que habías dormido toda una noche.

Al sentarte en la mesa fue cuando reparaste en mí, me miraste con dulzura y preguntaste a una de mis parientas, si yo también era de la familia. Comprendiste desde luego que yo era la cenicienta de la casa, y desde aquel día tuve en ti una protectora pues aunque entonces estaba muy desvalida me protegió tu cariño, las caricias que me prodigabas cuando nadie nos veían, después de haber sido yo víctima de algún castigo brutal me daban la vida. Ya habrás comprendido que soy aquella pobre niña llamada Rafaela: ¿Te acuerdas? ¡Si! Ya me recuerdas, ya ves en tu mente mi feo semblante, mi pequeña estatura, mi cuerpo enflaquecido, mis incorrectas facciones, mi cabello negro y espeso cortado sin el menor gusto artístico, mi humilde traje, mi sonrisa picaresca y triste a la vez, todo esto contemplas en tu imaginación, ¿No es verdad? Mira si tengo razón al decir que me conociste cuando eras muy desgraciada. Yo también lo era, por eso nuestras almas se entendieron, y aunque era distinta nuestra edad y educación, el dolor acorta las distancias por eso al sentarme en el suelo cerca de ti, las dos nos mirábamos y nos sonreíamos con melancólica complacencia; ¡Vivíamos tan solas! Tú sin familia y yo con ella. ¡Cuanto nos queríamos! Cuando tu destino nos separó ¿Te acuerdas? Yo fuí la única que lloró tu partida, y muchas noches cuando nadie me veía, lloraba pensando en ti porque fuí mucho más desgraciada desde que nos separamos; tu cariño, tu preferencia me servía de baluarte y los parientes que me tenían recogida me miraban con más consideración, pero cuando tú te fuiste comenzó otra vez mi martirio, me golpeaban sin piedad y se mofaban de mi llanto, me privaban del alimento y me hacían sufrir mil y mil vejaciones; entonces ¡Cuanto te echo de menos! ¡Como recordaba tus maternales caricias, tus sonrisas de inteligencia, tus palabras de consuelo, y tus prudentes advertencias!

Me tenían por idiota, y no lo era, ¡No! Yo sabía distinguir perfectamente lo bueno de lo malo, yo sabía obedecer, yo amaba; lo que me faltaba era medios de expresarlos. Mi rostro no variaba entre dos expresiones, o le animaba una sonrisa estúpida o le contraía un gesto doloroso; no tenía palabras, las ideas bullían en mi mente pero mis labios sólo articulaban frases incoherentes, y por un contrasentido incomprensible cuando más indignación me inspiraban los atropellos de que era víctima, una risa imbécil me hacía lanzar carcajadas y dar saltos como si la alegría me dominase, cuando en realidad hubiera pulverizado en mi enojo a los seres que castigaban tan brutalmente mis torpezas y mis travesuras.

Cuando mi familia se diseminó, me encontré sin saber donde refugiarme, tenía quince o dieciséis años y sólo representaba unas doce primaveras, yo no tuve juventud exterior, pero interiormente sentí todas las sensaciones que siente la mujer; pero como todos se reían de la pobre Rafaela, y mientras más procuraba arreglarme más despiadadamente se burlaban mis parientes, cuando me vi libre de ellos me alegré, respiré mejor; pero mi destino era vivir esclava, y apenas hube salido de mi cautiverio, la dueña de una mancebía se apoderó de mí, no para utilizar mi cuerpo porque mi fealdad me salvaba de la deshonra, pero sí para servir en la cocina de galopillo. Si allí me hubieran dejado, menos mal, porque la mujer encargada de utilizar mis servicios no me maltrataba; pero pronto todas las mujeres del lupanar se creyeron con derecho de disponer de mí, y aunque fueron más humanas conmigo que mi familia, porque ninguna me golpeó; sufrí otra clase de tormento. Al lado de aquellas mujeres todas hermosas y llenas de atractivos, mi fealdad entre ellas se destacaba con toda su repugnante deformidad, lo que hacía reír a aquellas desgraciadas que distraían sus penas vistiéndome con sus galas y haciéndome poner en el corro que formaban ellas, sirviéndole de bufón; ofreciéndome a los libertinos que me rechazaban riéndose estrepitosamente.

Aquella burla cotidiana, ¡Qué daño me hacía! Aquella vida de desenfrenado libertinaje despertaba mis pasiones y mis deseos; envidiaba a aquellas desgraciadas que vendían sus caricias, y cuando me reclinaba en mi lecho mi sueño era intranquilo, y más lo fue cuando me enamoré locamente de uno de los concurrentes de la casa, el Conde de San Genaro, que era un joven hermosísimo y de sentimientos compasivos, puesto que nunca se rió de mi fealdad, y hasta decía a sus compañeros: ¡No os moféis de esa infeliz! ¿No os da lástima? ¡Pobre Rafaela! ¡Quizá tu corazón vale más que el de todos nosotros!

¡Cuanto gozaba yo escuchándole! A veces se desprendían lágrimas silenciosas por mis cobrizas mejillas, siempre que podía cuando se marchaba sin que nadie me viera, besaba su mano con verdadera adoración, y él mirándome compasivamente me decía ¡Pobrecilla! O mucho me engaño o tú eres muy buena.

Una tarde comencé a sentirme muy mal, entró el Conde de San Genaro y al verme me dijo ¿Qué tienes? ¡Pobrecita! No sé señor lo que tengo, pero creo que estoy muy mala ¡Como sudas infeliz! y sacando su pañuelo él mismo me enjugó el sudor de la frente y dejó el pañuelo sobre mis rodillas. ¡Qué hallazgo para mí! En cuanto el Conde volvió la espalda me apresuré a esconder mi tesoro y me fuí a mi cuarto. Al día siguiente me condujeron al hospital temiendo fuese la viruela. Sobre mi corazón coloqué el finísimo pañuelo del Conde, y aquellas pobres mujeres que tanto se habían reído de mi fealdad, muchas de ellas lloraron al decirme adiós y otras me decían con cariño: ¡A ver si te pones buena muy pronto, que tú eres la alegría de esta casa!

Dejé la mancebía casi con pena, porque intencionalmente ninguna de sus moradoras me habían hecho sufrir; ellas no comprendían que aquel cuerpecillo raquítico estuviese animado por un alma de fuego, y que dentro de una cabeza casi deforme hubiese una inteligencia en completo desarrollo; ellas como mi familia me creían casi idiota, porque en verdad lo paracía; sólo tú y el Conde de San Genaro comprendieron que había en mí un Espíritu y un corazón sensible.

Más de un mes estuve en el hospital sin que un ser amigo viniese a verme, las prisioneras de la mancebía algunas de ellas hubiesen ido a visitarme, pero mi enfermedad era contagiosa y el cuerpo de la ramera pertenece a su explotador.

Una hermana de la Caridad me tomó vivo interés y gracias a ella pude conservar el pañuelo del Conde debajo de mi almohada. Una mañana noté mucho movimiento entre las hermanas y las enfermeras, vistieron a las enfermas de limpio, cambiaron la ropa de las camas, pregunté qué novedad ocurría y dijeron que íbamos a recibir la visita de un Obispo que había llegado de la India, y que vendría acompañado de muchos señores de la corte.

Sin saber porqué mi corazón apresuró sus latidos, pensé en el Conde de San Genaro y dije entre mí ¿Vendrá él entre esos caballeros? ¡Quién sabe! ¡Quizá Dios me habrá oído! Porque mi único ruego era pedirle a Dios que no me dejase morir sin ver antes al ídolo de mi corazón.

¡Con qué afán escuché el ruido de los carruajes que fueron llegando delante del hospital!... un rumor sordo al principio fue aumentando hasta oírse el eco de muchas voces; por fin apareció el Obispo que era un anciano muy venerable, rodeado de gran número de sacerdotes y seguido de muchos caballeros. Entre ellos venía el Conde de San Genaro. Al verle no pude contener un grito que llamó la atención de la numerosa comitiva, todos volvieron la cabeza, el Conde me reconoció y se acercó a mi lecho, diciéndome con acento compasivo ¡Pobre Rafaela! ¿Aún te acuerdas de mí? Nada le contesté, pero saqué su pañuelo de debajo de mi almohada y lo llevé a mis labios con religiosa veneración. El Conde me miró con ternura y me dijo: ¡Ya volveré a verte! ¡Adiós Rafaela!

Yo me quedé atónita. Me parecía imposible que el Conde se dignara venir a verme; mi ansiedad era indescriptible, mi fiebre intensa, pero mis ideas adquirían por momentos más lucidez.

LA LUZ DEL POVENIR

Al declinar la tarde, cuando las sombras dejaban en la oscuridad parte del salón, ví adelantarse la esbelta figura del Conde de San Genaro acompañado de un anciano; el Conde estrechó mi diestra entre sus manos, diciéndole a su compañero: doctor mire usted bien a esa infeliz, es una mártir en la Tierra: vea si aún tiene remedio. El medico me miró profundamente, movió la cabeza en señal de descontento, y murmuró en voz muy baja: ya es tarde y además no hay medicina para los males del alma: pero mientras hay vida hay esperanza.

El Conde se inclinó sobre mi lecho y me dijo ¡Pobre Rafaela! ¡Eres muy buena! Has conservado mi pañuelo como una reliquia y yo te probaré que no es ingrato el Conde de San Genaro. Esta es la última noche que pasarás en el hospital, mañana te trasladaré a mi quinta de la Esperanza y allí vivirás tranquila y respetada.

No supe que contestar, la emoción ahogó mi voz, pero mis lágrimas le dieron la mejor respuesta.

A la mañana siguiente vino el Conde por mí y me llevó en su coche a su casa de campo, yo no sabía lo que me pasaba, le contemplaba con religiosa veneración porque sus hermosos ojos se fijaban en mí con la más tierna y profunda compasión.

Me entregó a los colonos que me recibieron con el mayor respeto colocándome en una alegre habitación. Cuando estuve acostada entró el Conde a despedirse de mí diciéndome: mi buena Rafaela, aquí nadie se reirá de ti, aquí no vivirás encenagada en el vicio que la elevación de tu alma y tu delicado sentimiento habrán rechazado siempre; ahora comprendo cuanto habrás sufrido ¡Pobrecita mía! Yo agradezco tu purísimo afecto y corresponderé a él siendo tu padre y tu hermano; mientras estés enferma todos los días vendré a verte. Adiós.

Mis ojos le debieron decir cuanto yo sentía, porque el Conde se sonrió dulcemente y se marchó diciéndome: hasta mañana.

Cuando me quedé sola me senté en mi lecho para cerciorarme de que no soñaba, me levanté y andando de puntillas, temiendo que me sintieran, recorrí toda la habitación, toqué los muebles, miré el hermoso paisaje que se descubriera desde una anchurosa ventana y al volver a mi lecho ví reproducida mi esculpida figura en un gran espejo; al verme lancé un grito de angustia y me apresuré a esconderme debajo de la colcha para llorar por primera vez en mi vida ante lo horrible de mi fealdad.

Sentí pasos y traté de serenarme y hasta de sonreír cuando entró en el cuarto la esposa del colono, la buena Tadea, excelente mujer que cumplió conmigo como si hubiera sido mi madre, durante muchas noches veló mi intranquilo sueño. La ciencia y sus cuidados verdaderamente maternos, alargaron mi vida tres meses, pero mi Espíritu tenía vivos deseos de dejar la Tierra, pues comprendía perfectamente que por aquella vez no podría ser dichosa. El fraternal cariño que el Conde me dispensaba, aumentaba mi loca pasión por él; primero me contentaba con el pequeño ratito que me dedicaba casi todos los días, después comencé a ser más exigente ¡Yo le quería tanto, tanto que mi cariño hacía abstracción completa de mi fealdad! El Conde comprendía perfectamente lo que en mí pasaba. Bueno y tolerante no me negaba nada de lo que yo le exigía, pero cuando me quedaba sola me miraba al espejo y decía con profunda convicción: ¡Rafaela, tienes que morir para huir de nuevos sinsabores!

Tadea llegó a conocer la terrible lucha que yo sostenía y redobló sus cuidados; al fin Dios tuvo piedad de mí, y cuando menos lo esperábamos, una tarde que el Conde decidió quedarse en la quinta porque negros nubarrones, continuos relámpagos y un viento huracanado decían claramente que se aproximaba una horrible tempestad, cuando yo estaba más contenta porque iba a realizar mi deseo de pasar una velada al lado del Conde, y al dulce calor de la chimenea, de pronto sentí una punzada agudísima en el corazón, tan fuerte que me hizo lanzar un grito desgarrador, el Conde corrió hacia mí y sólo tuvo

tiempo para cogerme entre sus brazos y depositarme en un sofá, ¡Todo había concluido para mí!

Al día siguiente me dieron sepultura, y el Conde asistió a mi entierro acompañado de todos los criados y jornaleros que había en la quinta; de aquella pobre niña que tú conociste y supiste compadecer, de la joven que vivió durante algún tiempo sirviendo de bufón en una mancebía, no queda más en la Tierra que el poético recuerdo de su amor por el Conde de San Genaro. El Conde amaba mi Espíritu, pero le hacía sombra mi cuerpo; cuando éste desapareció en la tumba, dió rienda suelta a su cariño, y lloró a mi memoria, se apartó por completo de sus vicios y se casó con una joven muy bella de modesta cuna que llevaba mi nombre, a su primera hija le puso Rafaela, a su segundo hijo Rafael y tengo la inmensa alegría de que muchas veces el Conde de San Genaro suspira recordando mi tierno amor.

Cuando desperté en el espacio mi asombro fue indescriptible, pero no me faltó quien me hiciera comprender que la ley de Dios era siempre justa; miré a la Tierra con horror; te lo confieso, me hicieron mirar nuevamente, entre sus densas sombras ví dos lucecitas de una palidéz azulada, hicieron que me acercara a los pequeños focos y primero te vi a ti triste y meditabunda, trabajando con la pluma con la misma asiduidad que con la aguja, te di un beso en la frente y me dirigí al otro foco; entonces vi a mi amor en la Tierra en amorosa plática con la que había de ser más tarde la madre de sus hijos; aun sentí celos ¡Si! Pero estos se fueron borrando conforme fuí viendo más claro, y mi amor de ese mundo se fue purificando, en el espacio aumentó su grandeza y hoy... ¡Hoy es inmenso! Soy se puede decir el ángel tutelar de una noble familia. Yo velo el tranquilo sueño de Rafaela y Rafael, cuando están enfermos les envuelvo con mis fluidos, y el Conde de San Genaro al mirar a sus hijos sin poderse explicar la causa piensa en mí.

A tí también te amo porque recuerdo que cuando nadie me compadecía tú me compadeciste.

Prosigue tu camino, también la jornada se acabará un día, también despertarás en el espacio y entonces saldrá a darte la bienvenida la que nunca te ha olvidado. ¡Oh! ¡Si yo te quiero mucho! ¡Me hiciste tanto bien!.. ¡Es tan triste ser objeto de mofa!.. ¡Es tan doloroso oírse llamar idiota! Tú nunca pensaste que lo fuera, ¡Gracias Amalia! La gratitud de mi Espíritu es el arco iris de bonanza que tienen los terrenales; tú estas bajo el arco de la gratitud de muchos espíritus; no olvides nunca lo que hoy te dice: RAFAELA.

Gracias te damos buen Espíritu por tu espontánea comunicación. Tristes recuerdos has hecho renacer en nuestra mente, pero si bien se considera, bueno es recordar lo que se ha sufrido, porque así se aprecia mejor las innegables ventajas del presente.

No todos los que andan viven, esto dijimos al poner el epígrafe de este artículo, contándonos en el número de los desgraciados cuya expiación les ha condenado a vivir sin vivir; más al terminar nuestro trabajo, al considerar como vivieron en la Tierra Pepeta y Rafaela casi nos debemos llamar felices: porque tuvimos una madre que nos bendijo con sus besos, y hoy tenemos una gran familia en el espacio que continuamente se comunica con nosotros y nos hace comprender que Dios da a cada uno según sus obras; y bajo este supuesto, seamos buenos si queremos ser felices, seamos justos para ser dignos de vivir en el reinado de la justicia.

CAPÍTULO XXV

DISCURSO PRONUNCIADO POR MIGUEL VIVES

Para hacer el resumen de la velada se levantó Miguel Vives, y observé un verdadero fenómeno. Desde que habita en Barcelona, sus discursos no tienen aquel sabor especial, aquél dulcísimo sentimiento que haciéndose dueño del auditorio, llevaba a sus oyentes hasta las puertas de las gloriosas, y de las celestes ciudades donde los justos recibían el premio de sus buenas obras.

En Barcelona sus discursos tenían más verdades que las palabras, pero esas mismas verdades tienen un sabor amargo, la realidad de la vida le impresiona tan dolorosamente que el médium inspiradísimo, el médium protegido por elevados espíritus se contagia con la epidemia del realismo humano, y llora sobre las miserias de la humanidad no con tristeza, no con amargura, no con desaliento, antes al contrario, se lamenta con energía, apostrofa con valor a los débiles por su escasa fe, censura claramente nuestra falta de caridad, se le ve fuera de su centro porque, Miguel Vives para recibir las inspiraciones de los buenos espíritus necesita una atmósfera de paz y de amor, y al encontrarse entre sus hermanos tan queridos, entre aquellos que conceptúa los hijos de su Espíritu, que han crecido escuchando sus enseñanzas, al verse separado momentáneamente de la lucha humana libre de toda preocupación, vigorizado por el fluido benéfico de un elevado Espíritu, Miguel Vives, fuerte, animoso como en sus primeros años de propaganda espírita, pronunció un discurso admirable, brotaban las palabras de sus labios con una rapidez verdaderamente maravillosa. ¡Qué pensamiento! ¡Qué imágenes! ¡Qué figuras! ¡Cuanta poesía! ¡Cuanto sentimiento! Y ¡Cuanta verdad!. Tanto me entusiasmó el discurso, que le pedí que haciendo un esfuerzo suplicara al Espíritu que le había inspirado se lo dictase para publicarlo íntegro, no sé si mi deseo podrá verlo realizado; Dios quiera que pueda terminar esta carta del modo que yo sueño, porque es imposible extraer fielmente lo que Miguel dijo, ¡Que admirable es la comunicación de los espíritus hermano mío! hace más de veinte años que semanalmente escucho dos comunicaciones, (por lo menos) pues he tenido largas temporadas de asistir durante la semana a tres o cuatro sesiones espiritistas, y nunca me canso de escuchar las comunicaciones de los espíritus, cuando estas son razonables, cuando estas abren unos nuevos horizontes ante los ojos de mi inteligencia, cuando estas me dicen: levántate y anda, si no quieres ser atropellado mañana no atropelles hoy, porque el Espíritu es el heredero eterno de sus obras. No olvides que la ciencia es la luz del entendimiento, y que el amor es la religión de las almas. Recuerda que el bien no tiene patria, que el lenguaje de Dios es el amor, que la sombra del delito es un juez implacable, que el delito es una enfermedad que sólo se cura con la reparación, que un crimen dura más que un mundo, y que una virtud es un sol que ilumina al Espíritu, que está en Dios quien no tiene remordimiento, que la superstición es la camisa de fuerza del alma, que los mundos son libros y el Espíritu su lector eterno, que el mentor de la conciencia es el tiempo y el mejor paraíso del Espíritu la tranquilidad de no haber pecado ni en obra ni en pensamiento.

Ten la presunción que el amor es la pulimentación eterna de los sentimientos del Espíritu, que la actividad es el germen de la vida y la conciencia el alma del yo, y el crisól donde se funde el pasado y el porvenir.

Recuerda que la desesperación es el peor grillete del Espíritu, porque un ser desesperado es un astro sin luz.

No dudes que el porvenir es el producto del pasado conjugado con el presente, que para orar no se necesita hablar sino sentir, porque la oración nace del alma, por lo tanto, la oración es... lo que se siente, es la medida exacta de la altura del Espíritu.

No olvides nunca que al Espíritu generoso jamás se le pone el sol, que hay que enseñar con la palabra y edificar con el ejemplo, que el Espíritu es rico siempre que no atente a la riqueza de los demás, y que nadie se crea pobre porque cada ser es un motor de fuerza incalculable.

Que la nada no existe, que todo es algo, que Dios es la vida, y como Dios no muere, la vida no acaba, que el alma siempre es niña porque eternamente tiene que aprender, y Dios le dirá mañana como le dijo ayer y le dice hoy: ¿Quieres vivir en un Océano de luz? pues trabaja en tu perfeccionamiento, trabaja para leer en los mundos que para ti he formado; cielos de luz, talleres del progreso, laboratorios eternos donde las humanidades preguntarán a las ciencias, ¿Dónde está Dios? Y las ciencias responderán: ¡Preguntad a todo cuanto vive y cuanto tiene calor y movimiento! ¡Dios está en todo cuanto palpita! ¡Dios es la fuerza, el equilibrio eterno que sostiene a los mundos dentro de sus órbitas!

Esto y mucho más hermano mío, con lenguaje muchísimo más elocuente, con imágenes más hermosas me han dicho los espíritus en sus comunicaciones, para mí, la comunicación de los invisibles me es tan necesaria como el alimento que necesito diariamente para sostener mi débil organismo.

¡Qué bien me encuentro cuando un médium verdaderamente inspirado me habla de las grandezas del progreso y del porvenir glorioso que tienen todos los espíritus!

Si puedo obtener la comunicación de Miguel Vives, con ella terminaré esta carta, y en caso de no obtenerla, te diré en conclusión: debes sentirte dichoso porque eres uno de los espiritistas españoles que han trabajado noblemente en la propaganda del Espiritismo, luz ha difundido tu clara inteligencia y rayos de múltiples soles iluminarán tu camino. Los templos de la ciencia abrirán sus puertas ante ti; y el ángel del progreso te dirá: ¡Obrero de la Tierra! ¡Entra a recibir el premio de tus afanes, de tus vigilias, de tus estudios, que digno eres de recompensa por tu constancia y por tu inmensa fe!

Hermano mío: en este momento he recibido la comunicación obtenida por Miguel Vives; este dice que le parece que no es más que un débil reflejo de lo que dijo en Tarrasa, pues al pedir inspiración, no ha sentido en su cerebro bullir las ideas del modo que las siente cuando un Espíritu le domina en absoluto; más yo digo, que por pálido que sea el extracto de la comunicación, siempre valdrá mucho más del que yo hubiera hecho. Sirva pues, el dictado de un Espíritu para concluir esta mi larga epístola.

COMUNICACIÓN OBTENIDA POR MIGUEL VIVES

Señores y hermanos míos; ¡Cuántas impresiones hemos sentido en el curso de esta velada! ¡Cuántos pensamientos han pasado por mi mente! ¡Qué de recuerdos!... por una parte, los acordes armoniosos de la música con su elocuente lenguaje que, sin formular palabras ni desarrollar conceptos despierta sensaciones que bien recuerda días venturosos de nuestra juventud con nuestras aspiraciones de saber y de gloria, como recuerdan los dulces coloquios de nuestro primer amor, sus desenvolvimientos, su historia; como de momento parece que nos transportan a las regiones desconocidas en busca de aquellos seres que nos han precedido en el curso de las evoluciones de la vida, haciéndonos sentir la dulce alegría que ha de producirnos su encuentro. Por otra parte la pronunciación angélica de esos jóvenes que con sus palabras proclaman nuestros deberes, el cumplimiento de nuestras virtudes, las verdades de una filosofía no idealista, sino verdadera, la cual absorbe toda nuestra voluntad, impulsa toda nuestra esperanza, constituye toda nuestra tranquilidad y nos da los más preciosos detalles de nuestra vida venidera con su progreso infinito, con su belleza infinita y con la sucesión eterna de todas nuestras facultades cuya lucidez llegará a realizar prodigios y grandezas sin fin. ¡Ah Señor!... ¡Qué hermoso espectáculo han de ofrecer estos actos ante los espíritus que trabajan desde el espacio para el desenvolvimiento

de la humanidad! Acostumbrados a ver en la Tierra tantas infamias, tantos egoísmos y tantos males, al compenetrarse de los deseos puros y exentos de todo egoísmo que reinan entre nosotros, deseos que no tienen otro móvil que el bien de la humanidad, el amor a nuestros semejantes y la práctica del bien, el desinterés personal, y la perfección individual y colectiva a fin de que llegue el día que todos los habitantes de este planeta podamos darnos el abrazo fraternal y constituir el reinado de la paz, han de parecerles estos actos sublimes, conmovedores, porque significan nuestra regeneración individual y una era en la humanidad terrestre. Significan la libertad de nuestra conciencia y los deberes de la conciencia libre de todos los amantes del progreso. Significan el principio de nuestra felicidad presente y futura, y de la felicidad venidera de todos los habitantes de la Tierra. Ha de parecerles a los espíritus como el principio de una fiesta sin fin, como los rayos de un sol eterno en donde van a disiparse todos los egoísmos, tinieblas y fanatismos que afligen a la humanidad presente.

Por eso, si aquellos seres que murieron en el cadalso y en la hoguera por la libertad de conciencia, si aquellos seres que sufrieron el suplicio y la degradación, si aquellas madres y aquellos hijos que se vieron perseguidos como cómplices de herejía y sufrieron el abandono y la miseria en tierras extrañas, si aquellos seres que vivieron sepultados en las fortalezas por sus ideas religiosas, si por uno de esos fenómenos de la doble vista hubiesen podido ver el espectáculo que ahora se realiza entre nosotros, a pesar de sus suplicios, de las hogueras, de los cadalsos, de los martirios y de los calabozos hubieran sonreído de satisfacción y hubieran sentido dentro de su Espíritu la alegría del triunfo de sus ideas.

He aquí la acción del progreso sublime, lección que deberían aprovechar los que se quieren aprovechar de resucitar el pasado, apoteosis final que ofrece el siglo XX, cuyas conquistas no podrán destruir los que por su ceguedad y falta de buen sentido se obstinan en detener la fuerza avasalladora del progreso que, a pesar de su pertinencia les arrastrará extinguiendo poco a poco la ignorancia que hoy les domina, porque han de llegar ha comprender que no tienen otro recurso para conseguir su felicidad que pasar por los caminos que nosotros hemos pasado, porque las necesidades son las mismas y el camino es el mismo: ¡No hay otro!

Sí, grandes son estos actos, porque demuestran de una manera fehaciente que el Espiritismo no viene a sostener la lucha de la ignorancia contra la ignorancia, del fanatismo contra el fanatismo, sino que es la luz que viene a disipar las tinieblas, es la verdad que viene a combatir y a concluir con el error. Desde que el Espiritismo fue revelado, la religión verdadera dejó de estar supeditada al dogma, la razón dejó de ser la loca de la casa y la ciencia una negación dentro de la fe; por eso los que no podíamos aceptar la religión de la fe, la religión de la esclavitud, y el dogma de las imposiciones; aceptamos la religión de la ciencia, la religión de la razón, de la filosofía, del libre pensamiento, de la libertad, de la justicia, de la humildad, de la paciencia, de la resignación y de la práctica de todas las virtudes con exclusión completa de privilegios, de jerarquías y de imposición dogmática: única religión que proclamó el Cristo, que predicó San Pablo y que practicaron todos aquellos ilustres varones que derramaron su sangre para el bien de ideales nobles y grandes, cuyos ideales han regenerado a la humanidad.

Por eso señores estamos defendiendo una ciencia que tendrá un fin glorioso, de cuyo fin debemos ocuparnos, porque importa proclamar y practicar el Espiritismo, porque es una filosofía que satisface a nuestra conciencia, es necesario saber a donde vamos y el fin que hemos de tener. ¿Habéis pensado alguna vez en esto? ¡Ah, Señores! yo creo que hemos dado el primer paso hacia la unidad religiosa; si no, observad una cosa y es que los oradores católicos no se ufanan de propagar y defender el dogma de las penas eternas, ni el dogma de la infabilidad del papa, ni el del purgatorio, ni el del juicio final, porque son puntos demasiado discutibles, ni se oyen a los protestantes hablar tanto de la gracia por la

fe y sin las obras porque también se resisten a la razón, ni los materialistas hacen negaciones tan rotundas y estúpidas; y es porque el Espiritismo ha puesto un paréntesis a la negación por una parte y al fanatismo por otra: es porque el Espiritismo no solamente afirma los hechos sino que los demuestra; es porque el Espiritismo a las acusaciones teológicas responde con pruebas demostradas por la razón y por los hechos, y a la negación materialista responde con la experimentación científica; por eso todos observan, y si bien nos atacan por sistema y por interés personal, no se atreven a sostener, como en otro tiempo, errores que sin remedio los comprometerían porque todos sienten vacío en el alma, porque sus teorías no les satisfacen ni les privan de las terribles angustias de la vida. El hecho de la muerte es demasiado elocuente para no inspirar temores a los que no la conocen; la pérdida completa de todas nuestras facultades, como la separación eterna de los seres amados, es de transcendencia capitalísima y sólo los espiritistas podemos mirar estas terribles sacudidas con el ánimo tranquilo, porque somos los químicos del alma. Los que no han unido la experimentación científica a la religión, los que sólo conocen la revelación por la fe, no pueden arrancar del cuerpo inerte, del cuerpo frío, del cadáver un Espíritu vivo con todas sus facultades y actitud. ¿Qué han de pensar pues los altos dignatarios del mundo, aunque estos estén revestidos de carácter religioso en los supremos momentos que se ven acosados por la agonía de la muerte? ¿Qué efecto han de producirles aquellas ceremonias propias del culto que ellos saben que las han celebrado muchas veces por costumbres? Entonces ¿Serán bastantes potentes la teología de Santo Tomas, la revelación de Santa Teresa, las afirmaciones de San Agustín y los versículos del Evangelio para darle seguridad de que no van a morir, sino que van a pasar a otra vida mejor con toda la plenitud de sus facultades? ¿Podrán librarse de la angustia, del temor, de la duda y hasta del espanto que produce el verse al borde de la tumba? ¡Ah señores! ¡Yo creo que no! Yo creo que la situación del que no está convencido de la supervivencia del alma, en aquellos momentos es terrible, y yo creo que mas o menos tarde han de comprender todos, desde el más grande al más pequeño, que la situación de la humanidad es insostenible en materia religiosa y que los que dirigen y los que obedecen, todos se castigan voluntariamente ocultando y ridiculizando aquello que deberían estudiar y comprender para que llevara a su alma los consuelos que tanta falta les hace en los grandes sufrimientos y transformaciones de la vida.

Por eso los espiritistas podemos esperar sentados, no hay que precipitarse para el triunfo del Espiritismo, porque este es el manantial que puede apagar la sed de los cansados viajeros de la Tierra, los que se obstinan y rechacen el agua del puro manantial del Espiritismo, peor para ellos porque ni descansarán ni hallarán puerto seguro hasta entregarse a él.

Esto es lo que os puedo decir respecto a la influencia general del Espiritismo, pero hay otro punto capitalísimo, y es el progreso individual de cada uno de nosotros, por el cual podemos llegar más o menos pronto a nuestra felicidad futura, felicidad que es superior a todo cuanto en nuestro estado actual podríamos imaginar. Hasta ahora lo que nos ha ofrecido el Espiritismo ha sido la demostración de la supervivencia e individualidad del alma después de lo que llamamos muerte, la justicia y la equidad de la ley que rige el Universo, el amor y la grandeza del Ser Supremo, pero hay otra cosa que debe llamar poderosamente nuestra atención y esta es, el goce y la libertad que el Espíritu disfruta cuando ha cumplido con sus deberes. Hay maneras de ser en el estado de nuestro Espíritu que es imposible encontrar frases en nuestro lenguaje humano para describirlas, hay sorpresas que sólo se sienten y se comprenden en lo que vale cuando uno las ha recibido y tiene la propiedad de aquel goce inexplicable, y hay sensaciones que sólo cuando nuestros sentidos hayan adquirido mayor lucidez, y sólo cuando nos hayamos despojado de la grosera envoltura que nos cubre, las podremos sentir; ahora sólo nos es dado entrever y apreciar en la medida de nuestras facultades, pero que a pesar de nuestra imposibilidad de

conocer en su estado verdadero las felicidades de la vida venidera, estas constituyen una gran prueba de la grandeza de Dios, de su poder y de su sabiduría y una gran recompensa a nuestras obras realizadas, recompensa que están muy lejos de presentir los habitantes de esta tierra de lágrimas y de dolores.

Interrogando a un Espíritu que acababa de hacer su tránsito al mundo de la verdad dijo: figuraos que os dormís en una cabaña y como si despertárais de un dulce sueño os encontráis en el Espacio Infinito, de momento no os dais cuenta de lo que os pasa, pero estáis maravillados de lo que os rodea, poco a poco recordáis y vaís reconociendo vuestro estado, y como si nuevas facultades se desarrollaran en vosotros, veís a largas distancias, tan largas que no podéis apreciar; a vuestro alrededor y desde muy lejos parece que mundos de luz os envían sus rayos y como si os dijeran ven a mí. Este fenómeno os atrae en todas partes sin saber a cual dirigiros, entre el espacio que media entre vosotros y esos mundos se desarrollan innumerables cuadros de luz, de fluidos de distintos colores, y entre rostros y formas esbeltas de espíritus que parecen que os saludan y os felicitan veréis seres que os amaron en la Tierra, estos os acarician, os abrazan, os besan y parece que penetran en vuestro ser y os dan una nueva vida, un nuevo amor, un nuevo deleite, es una alegría desconocida. Anonadados aún por la existencia que acabáis de dejar; parece que aquellos recuerdos quieren turbaros, pero entonces, aquellos fenómenos se renuevan con más intensidad, y los seres amados os invitan de nuevo. Sus caricias son más vehementes, su solicitud más grande, los colores, la luz y las bellezas toman nuevas formas, y entonces después de largo periodo os persuadís que ya habéis dejado vuestra tarea de la vida de los muertos y habéis entrado en la vida de los vivos; por eso en medio de tantas maravillas no perdéis de vista la Tierra, pero ésta, ¡Os parece tan triste! Los mares parecen un inmenso lago de lágrimas, la vegetación un sudario eterno, los montes unas murallas que cercan una mansión de locos, las grandes ciudades un montón de ruinas, los seres hermanos desterrados que gimen atados con férreas cadenas, sus ruidos desgarradores, sus cánticos y músicas exhalaciones de tristeza, sus artes concepciones de inteligencias pobres; su industria, y su comercio entretenimientos y tratos sin piedad. Esta impresión produce cierta melancolía que os hace apreciar mejor la nueva vida que os envuelve y os impulsa a entregaros a la vida que poseéis.

Así se expresa el Espíritu, pero yo creo señores, que éstas no son más que las primeras impresiones de un Espíritu feliz, las primeras horas que podemos llamar pasadas en el mundo espiritual, pero cuando el Espíritu ha tomado posesión de un estado, cuando ya se mece en el éter universal y al menor impulso de su voluntad se mueve en todas direcciones y a través de distancias infinitas recorre mundos y contempla maravillas, ¡Qué goces! ¡Qué impresiones! ¡Qué estudios más grandes de la luz, del sonido y del Cosmos Universal!... ¡Qué combinación y qué trabajos hechos para adquirir más amor y más sabiduría! ¡Qué formas y qué moldes han de tomar ante la faz de los espíritus las maravillas creadas!... y cuando el Espíritu puede irradiar a grandes distancias, ¡Qué deleite ha de sentir! Deleite inesperado desde distintos puntos a la vez; mientras recibe impresiones sublimes de la armonía de mil mundos, de mil humanidades, de mil legiones de espíritus, y envuelto en un mar de luz de distintos y variados colores formando crepúsculos inconcebibles para nosotros, y entonces ver más progreso, más perfección y una eterna sucesión de adelantos hasta convertirse en un Semi-Dios para ver siempre un más allá en todos los sentidos, en todas direcciones y en toda impresión que pueda recibir el Espíritu. Esto ha de ser grande y yo no tengo palabras para expresarme. Concibo, entreveo, pero no hay frases en nuestro lenguaje. La pintura, la música, el amor de madre, la convicción del héroe y del mártir son un punto de ese gran todo; y empieza a dar el primer paso el Espíritu que llega a alcanzar su progreso y perfección.

AMALIA DOMINGO SOLER

Bendigamos al Espíritu de Allan Kardec y sigámosle como la estrella polar que nos guía por el embravecido mar de la vida, que él nos llevará a puerto de salvación.

Por el extracto que ha hecho Miguel de la comunicación podrás conocer hermano mío, que su discurso fue verdaderamente admirable. ¡Cuánto le debemos los espiritistas!

Pongo fin a esta carta repitiendo lo que te dije anteriormente: ¡Dichoso tú que has consagrado los mejores años de tu vida, tu clara inteligencia y tus bienes materiales al estudio y a la propaganda científica del Espiritismo.

Gracia, 10 de Abril 1893

CAPÍTULO XXVI

QUERER ES PODER

Discurso leído en el centro Barcelonés de estudios Psicológicos por Amalia Domingo Soler en Junio de 1893.

Hermanos míos:

Como creo que estoy entre mi gran familia espiritista, no me parece que necesito decir lo que se acostumbra al comenzar un discurso; pues los oradores en general, haciendo alarde de modestia, dejan sentado como principio que ocupan un lugar que no les pertenece, que reclaman por esto la benevolencia de sus oyentes y su indulgencia nunca desmentida.

Más yo digo: ¿Somos hermanos los espiritistas? ¿Vamos todos a un mismo fin? ¿Deseamos por unanimidad la propaganda de nuestros ideales filosóficos? ¿Sentimos análogos deseos de sernos útiles los unos a los otros? ¿Soñamos con días mejores? ¿Trabajamos de común acuerdo para quitar las primeras piedras que entorpecen el paso por la ancha vía del progreso? ¿Tratamos de dejar expédito el camino para las nuevas generaciones? ¿Si o no? ¡Si! Dice nuestro credo: los espiritistas sois los obreros de la nueva era, los que estáis encargados de levantar las losas que cubren los sepulcros para decir a las multitudes: ¡Creéis que Dios al crear al hombre o al hacerle llegar por medio de las leyes de evolución a la categoría de ser racional, cuando éste piensa y siente, cuando sus ojos (telescopios humanos) ven los mundos y no se contenta con verlos, sino que por medio de la ciencia astronómica estudia sus condiciones atmosféricas, mide la altura de sus montañas, la anchura de sus mares, la extensión de sus valles y sus bosques, cuando le dice al rayo como le dijo Franklin: ¡Detente en tu descenso, que puedo más que tú! Cuando surgen de su mente invenciones maravillosas, cuando acorta las distancias perforando las montañas y canalizando los mares, cuando es verdaderamente el reo de la creación, (mejor dicho el rey de la Tierra) porque en los otros mundos no sabemos aún qué papel representará la raza humana, pero ya es bastante con ser el rey del globo terráqueo y tener la soberanía de la ciencia, (que es la única soberanía que puede aceptar la razón) pues bien: ¿Creéis que Dios, después de darle al hombre corazón para sentir y cerebro para pensar en menos de un segundo, ha de inutilizar todo el trabajo de una inteligencia? ¿Creéis que de los grandes hombres, de los mártires, de las madres de todos los seres que han sufrido, que han amado, que han llevado su contingente al progreso universal, no queda más que la fea prenda de un muerto? (como dijo Zorrilla al contemplar el cadáver de Larra).

¿Creéis que todos los sacrificios, que todos los anhelos, que todos los heroísmos tienen por punto final una inscripción en una piedra y un enjambre de gusanos devorando un montón de materia putrefacta? ¡No! Sobrevive el alma; mejor dicho no tiene que sobrevivir, porque... nunca muere. Ni la millonésima parte de un segundo deja el Espíritu de sentir y de recordar. Pues bien: nosotros los espiritistas tenemos el deber de hacer ver a la humanidad en el error que ha vivido, creyendo los unos que todo terminaba con la muerte, los otros que devolvían al gran laboratorio de la naturaleza todas las energías, todas las fuerzas en el transcurso de una existencia para formar esa suma maravillosa de actividades que dan por resultado una fuerza eterna que impulsa a los mundos a girar dentro de sus órbitas. Por otra parte los creyentes de las religiones aceptando el cielo para los justos, infierno para los réprobos, purgatorio para los pecadores y limbo para los recién nacidos. Si los espiritistas tenemos que demostrar que la vida es eterna, que el progreso del alma es indefinido, que no hay cielo, ni infierno, ni purgatorio, ni limbo, que no hay más que mundos, que son las escuelas donde los espíritus aprenden las primeras letras, (sin llegar nunca a ser doctores en todas las ciencias) para este trabajo se necesitan muchísimos

obreros, desde el sabio profundo y del racionalista científico, hasta el creyente de inmensa fe.

Para la propaganda del Espiritismo sirven todos aquellos que amen la verdad, que adoren el progreso, que reconozcan una causa suprema y acepten su ley que no tiene más que dos artículos: amor universal y ciencia sin límites. Y digo que sirven para la causa del Espiritismo las notabilidades científicas, las humildes, vulgares, medianas, y hasta los ignorantes que pasan completamente desapercibidos por la sencillísima razón, de que como no hay dos inteligencias que estén al mismo nivel de adelanto, a cada uno hay que hablarle en su lengua. Por ejemplo: ¿Trataremos de conversar con un ruso que no sepa el español, ablandole con la lengua de Cervantes? ¿Preguntaremos a un inglés que no entiende el italiano, que le parece el idioma de Dante del cual hacemos uso? ¡No! Si no hablamos el ruso buscaremos a un intérprete que nos ponga en relación con el extranjero; pues de igual manera se necesita propagar las verdades del Espiritismo hablándole a cada uno según su lengua, a los sabios con las demostraciones científicas que no dejan lugar a duda, a los humildes y a los desvalidos con las manifestaciones de los espíritus, con comunicaciones sencillas y conmovedoras que abren nuevos y dilatados horizontes ante los ojos de los proscritos, esas comunicaciones que devuelven a la madre desolada la tranquilidad perdida y al huérfano le dan aliento para continuar su penosa peregrinación; esas comunicaciones que llevan el convencimiento de la supervivencia del alma al escéptico, al ateo y al que sueña con la muerte como término feliz de sus desventuras. Ahora bien; si para propagar el Espiritismo se necesita de los sabios y hasta de los seres más vulgares, ¿Por qué he de pedirles vuestra benevolencia si el que cumple con su deber debe ser escuchado por sus hermanos? Si no con placer al menos con agrado, porque el compañerismo así lo impone. Yo por mi parte así lo creo, pues juzgo a los demás por lo que yo siento.

Cuando asisto a reuniones espíritas, con la misma atención escucho al sabio más profundo, que al humilde obrero que confiesa ingenuamente su ignorancia, porque uno y otro han tenido el mismo pensamiento: ser útiles a sus hermanos, y en realidad los dos lo son; yo me fijo mucho en las impresiones que recibe el auditorio, he observado con el mayor placer en distintas ocasiones, con qué satisfacción escuchan las mujeres del pueblo el discurso de un obrero de mediana inteligencia, lo que no acontece cuando habla un sabio. ¿Por qué no le entienden? Porqué les habla en griego, mientras que el anterior como al pan le llama pan y al vino vino, se quedan tan satisfechas, cumpliéndose el antiguo adagio que cada oveja con su pareja.

A mí me sucede con mucha frecuencia, que después de leer alguna obra notable experimento una desilusión tan completa respecto a mis escritos, que no tengo aliento para tomar la pluma, y cuando mi ánimo está más abatido recibo una carta de algún jornalero, o la visita de una pobre mujer que me dice: sobretodo me ha encargado mi marido que la felicite en su nombre, porque lo que usted escribe es lo que más le gusta, y a mí también: porque (aunque no sé leer) él me lee “la Luz” y pasamos muy buenos ratos.

A su vez el jornalero me dice por escrito: “la Luz” va conmigo al campo y a la hora de la siesta la leo y me gusta mucho su diario, es el que entiendo mejor.

Esas sencillas palabras son un rayo de luz para mí; porque me hace comprender que he pecado de ingrata al sentir disgusto y desaliento porque no puede figurar mi nombre a la misma altura que el de los grandes escritores.

Yo también tengo mis lectores que aprenden en mis humildes escritos, mis narraciones son para ellos libros de texto. ¡Cuánto le debo a los espíritus!...

¡Sí hermanos míos! Ellos han sido para mí; padre, madre, protectores, guías; ellos me han hecho conocer la grandeza de Dios, ellos me han dicho lo que Cristo dijo a Lázaro; ¡Levántate y anda!

LA LUZ DEL POVENIR

¡Andar! (dije con el mayor asombro) ¿Y para qué? ¿Qué padre me aguarda? ¿Qué madre me espera? ¿Qué hermanos me llaman? ¿Qué amigos me necesitan? Si yo soy una rama seca desprendida del árbol de la vida... Y aún cuando los tuviera, ¿Qué podría yo hacer por ellos? Si me falta el don más precioso que tienen los terrenales ¡La luz de los ojos! La luz que hay en los míos es débil, opaca, insuficiente para desempeñar ningún trabajo.

¡Querer es poder! Me dijeron los seres de ultratumba.

¡Querer!... (dije yo) según el diccionario, es tener voluntad, deseo y determinación de ejecutar alguna cosa, y poder es tener dominio, autoridad o manejo, es tener fuerza o actividad para resistir o sufrir; pero a mí ¿De qué me sirve querer si mi defecto físico no da lugar al trabajo y a la actividad, dejando anulados mis mejores deseos?

Lo crees tú así (replicaron los espíritus); pero tu certidumbre no se apoya en la verdad indestructible, todos sus fundamentos son falsos. Comienzas por decir que no tienes familia ni amigos; y tu familia en el espacio es numerosísima y el número de tus amigos a ti te corresponde multiplicarlo por tu esfuerzo en practicar el bien incondicionalmente, por tu abnegación sin límites, por tu sacrificio y tu heroísmo.

No siempre has sido una vulgar médium, tu inteligencia ha tenido su época de florecimiento, pero antes de dar sazonados frutos dejastes secar sus raíces (metafóricamente hablando), mas éstas si tu quieres retoñarán; porque no te faltarán espíritus amigos que te darán sencillas inspiraciones en armonía con el desarrollo intelectual que hoy posees, no serás médium mecánico ni inconsciente, pasará por el tamiz de tu razón todas las comunicaciones que recibas para que de ese modo tu inteligencia comience a recordar algo de su ayer; y hasta el último instante de tu vida planetaria te inspirarán los espíritus, guiarán tus pasos inseguros siempre que tu desagradecimiento no los aleje de ti; porque ellos no dominan por sorpresa, no imponen arbitrariamente su voluntad. Ofrecen su cooperación a los obreros del progreso, y si éstos los rechazan los dejan en completa libertad de acción; si no tiene el médium enemigos implacables en el espacio ni se ha dejado dominar por algún Espíritu, y no existiendo enemistades invisibles ni obsesión declarada, sino buenas relaciones medianímicas, éstas se prolongan lo que el médium quiere cuando éste es dueño de su voluntad.

Escribe lo que te inspiren los espíritus y lo que confusamente recuerdes de tu ayer, y ese trabajo te hará progresar.

¡Escribir!... (exclamé con desaliento) ¡Se escribe tanto!... no hay nada nuevo debajo del Sol, como dice el adagio. ¿Qué podré decir? ¿Qué me podrán inspirar? si no encontrarán en mí los espíritus las condiciones necesarias para transmitir sus elevados pensamientos.

Déjate de vanos subterfugios (replicaron los invisibles) no te cuides de lo que hacen los demás, no repitas los adagios populares que muchos de ellos son palabras sin sentido, como lo es al decir, que no hay nada nuevo debajo del Sol. Los que humildemente confiesan su ignorancia (como a tí te sucede por ejemplo). ¿No serán nuevos para ti los arcanos de la ciencia, los descubrimientos maravillosos de los genios, y las invenciones siempre en aumento de los sabios? Pues cuentan que entre los terrenales no abundan las eminencias científicas sino las medianas y aún más las nulidades. Ahora bien; para dichas inteligencias a medio cultivar las unas, y sin cultivo las otras ¿No será nuevo todo lo que la ciencia manifieste, todo lo que la industria adelante, todo lo que el comercio se desarrolle, todo lo que las artes produzcan de bello y admirable?

Lo que le falta a muchos terrenales es el querer trabajar, y como no quieren no pueden adquirir el poder legal, la independencia honrosa que proporciona al hombre el empleo moderado de sus fuerzas físicas e intelectuales.

Muchos de vosotros decís, que la tierra es estéril, y al decirlo y al creerlo, cometéis pecado de impostura, porque la esterilidad existe en vosotros, no en la madre naturaleza que siempre prodiga y da a sus hijos mil por uno.

Hoy eres una hoja seca, como tu dices, que flota a merced del infortunio. Los pájaros tienen nidos, y sus cavernas las fieras, y tú... ¡No tienes hogar! ¿Sabes por qué? porque vienes obligada en esta existencia a poner tus primeras piedras. Te faltarían las fuerzas si tú misma tuvieses que hacer el trabajo, pero ¡Tienes tantos espíritus dispuestos a ayudarte! Que solo esperan que tú les digas venid, para acudir a tu llamamiento con el más noble deseo de ser te útiles con sus inspiraciones. No te engañes a ti misma, alegando pretextos que sólo existen cuando falta voluntad y decisión para entregarse al trabajo. No eres tú la llamada a juzgar tus obras, ni a considerarlas más o menos útiles para una fracción de la humanidad. Procura únicamente no admitir más inspiraciones que aquellas que estén conformes con tu razón. No tengas el fanatismo y la humildad excesiva del creyente para aceptar como bueno cuanto venga de ultratumba; ni te dejes dominar por el orgullo de los aprendices de sabios, que todo lo encuentran defectuoso.

¡Querer es poder! Debes trabajar y te formarás un círculo de simpatías que harán tu estancia llevadera y aún agradable en la Tierra.

Seguí los consejos de los espíritus y he trabajado sin descanso más de veinte años propagando por medio de la prensa las verdades inconcusas del Espiritismo: cumpliéndose las profecías de los invisibles. Mi familia del espacio me alienta, y en este mundo mis hermanos en creencias me dan pruebas inequívocas de su simpatía y de su afecto; y si esto he conseguido yo, ¿Cuánto más no podrán conseguir muchos espiritistas cuya instrucción y desarrollo intelectual es muy superior a mis escasos conocimientos y al vuelo de mis ideas?.

Me he convencido por mí misma que querer es poder, que conociendo el Espiritismo, puede el hombre levantarse de su postración y hacerse útil a la humanidad; trabajando del modo más apropiado a sus condiciones y actitudes especiales: no ambicionando imposibles, no queriendo adelantar los sucesos diciendo: ¡Yo quiero de la vida todo o nada! Como cuentan que decía Carlos I el que presenció sus funerales en el monasterio de Yuste.

El todo jamás será patrimonio del hombre, y la nada no existe, luego es inútil el exceso de ambición y el desprecio de todo cuanto tiene vida; lo mejor es, no reducir el tiempo al número de años que componen una existencia más o menos prolongada, sino darle al tiempo lo que es suyo de toda eternidad, el tiempo mismo. De esta manera hermanos míos, podemos ser útiles al progreso universal comenzando la utilidad por nuestro propio mejoramiento, teniendo la íntima convicción que de nosotros depende llegar a ser sabios y a ser buenos. ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿De qué modo? Pues muy sencillamente, trabajando, no confiando en los esfuerzos de los demás y sí en nuestras vigiliias, estudios y abnegación; porque cada uno es el redentor de si mismo. Los redentores de los pueblos son figuras creadas por las religiones; no se puede redimir a un pueblo a una hora dada, porque como es imposible que todos los que lo componen tengan el mismo adelanto moral e intelectual, la virtud y la grandeza del redentor no será comprendida y admirada por todos de igual manera; por consiguiente, no puede redimirse a la vez el justo impecable y el réprobo impenitente, el sabio profundo y el humilde ignorante, el ingenuo que lleva el corazón en la mano y el soldado hipócrita, el ávaro y el dadivoso, el fanático intransigente y el libre pensador racionalista. No hay redenciones en época fija, la redención es permanente, continua, eterna, porque siempre hay espíritus que trabajan en su perfeccionamiento.

Yo me fijo mucho en las pequeñeces, en esos detalles que pasan completamente desapercibidos, como pasan los átomos a simple vista y sin embargo, la cohesión de los átomos forman los mundos. Yo estudio más en la ingenua comprensión de un hombre

franco, que en un tratado de filosofía; y me ha hecho pensar profundamente la conversación que tuve algunos días con dos espiritistas que han venido de lejanas tierras sin conocerse el uno al otro. Con el primero que hablé, es un hombre del pueblo que me decía con esa franqueza que vale más que todos los formalismos sociales.

Créame usted, Amalia; hace muchos años que estudio el Espiritismo, estoy convencidísimo que es un tejido de verdades; mis ocho hijos no tendrán en mi biblioteca más que obras espiritistas para instruirse, pero... que no afirmen los escritos de nuestra escuela, (especialmente los que escriben en sentido místico) que el Espiritismo redimirá a la humanidad, en tal o cual fecha, y que todos entonarán el osana al progreso universal, gracias a sus enseñanzas verdaderamente evangélicas. ¡Sueño hermoso! ¡Divino! Tan Divino... que casi lo conceptúo irrealizable, ¡Porque hay espíritus que necesitan tantos siglos para desprenderse de sus vicios! y lo digo por experiencia. Yo soy lo que se llama un buen propagandista de nuestra doctrina, no pierdo una sola ocasión de vender libros espiritistas, regalar hojas, folletos y periódicos, y hablar de las comunicaciones de los espíritus, de sus instructivas y morales enseñanzas, de los fenómenos que he presenciado, en fin; que no hablo de otra cosa en mis viajes y con todas las personas que trato, y sin embargo a pesar de conocer tan a fondo el Espiritismo, tengo un gran defecto que no lo he perdido aún, y eso que hace catorce o quince años que no leo más que las obras espiritistas. Ya sea porque me ha costado mucho ganar lo poco que tengo, o que mi numerosa familia proporciona grandes gastos, o que es innato en mí el afán de atesorar, si por ejemplo compro una silla, al venderla intento sacar el máximo; y en mi interior me digo yo: estás obrando mal, porque engañas al comprador que se fía de ti, y tú sin riesgo ninguno lo engañas. Esto no te lo enseña el Evangelio del Espiritismo, esto no te lo aconsejan tus espíritus familiares, antes al contrario, te abominan un vicio tan feo, y sin embargo tu arrepentimiento no dura más que un segundo, y pecas cuantas veces se te presenta la ocasión propicia.

Creame Vd. Amalia, no canten victoria los escritores espiritistas, cuesta muchísimo a algunos espíritus desprenderse de sus vicios. Yo no niego que influye en el orden moral de la sociedad una predicación constante sobre la caridad, el amor, la protección mutua, la fraternidad universal y todo cuanto pueda influir en el mejoramiento de las costumbres. Es indudable que relativamente se irá ganando terreno; pero eso de creer y asegurar muy seriamente que la humanidad se redimirá a son de trompeta, es un absurdo; no puede efectuarse, porque no todas las creencias oyen a la vez la voz del progreso que llama a los hombres para formar una sola familia.

Esto me dijo el primero que me visitó por la mañana, vino por la tarde el segundo que es un comerciante y hablándome de lo desgraciado que era en cuestión de intereses, me dijo con la mayor sencillez:

Hace pocos días que compré una tienda, me engañó el vendedor diciéndome que era un establecimiento acreditadísimo, que se vendía tanto y cuanto; yo le creí y lo compré convenciéndome después que me había engañado miserablemente, y viendo que mientras más tiempo estuviera más dinero perdía decidí vender la tienda, es decir, vender los enseres que contenía a un mueblista; no el establecimiento, porque de venderlo tenía que engañar a otro como me engañaron a mí, y preferí perder unos ochenta duros, a causar la ruina de ningún padre de familia. Yo que sabía lo que había sufrido con el engaño, de ninguna manera quise que otro sufriera por mi causa, que bien claro nos lo dice el Evangelio. No quieras para otro, lo que no quieras para ti. Yo que me precio de ser espiritista, me parecía que deshonoraba a mi escuela si fuera capaz de engañar a nadie. Yo que hago toda la propaganda que puedo, me parece que mis actos tienen que acentuar mis palabras.

La moral del Espiritismo me enseña a querer a mis semejantes y no es posible hacer daño a quien bien se quiere.

Yo no lo puedo remediar, sé que con este procedimiento nunca llegaré a ser rico; mi esposa me reconviene, aunque ella es lo mismo que yo incapaz de hacer daño a una hormiga pero en fin, toca tan de cerca los contratiempos de mi escasa fortuna, que no puede por menos que exhalar una queja, pero prefiero las quejas dentro de mi hogar a llevar a la casa de otro la intranquilidad y la desesperación.

¡Qué alma tan hermosa la de este Espíritu! ¿Por qué todos los hombres no serán como él?... si así fuera, ¡Qué agradable sería vivir en la Tierra! Más por hoy a de formar contraste la sombra y la luz.

¡Cuanta razón tiene el espiritista que primero me expresó lo que sentía! Se necesita aún mucho tiempo para que la humanidad pierda una mínima parte de sus defectos, pero nadie como los espiritistas pueden trabajar con más esperanza y más fe, (fe racional se entiende) en su mejoramiento moral e intelectual, pues saben sin la menor duda, que sus días nunca tendrán fin, que sus existencias serán innumerables, que los mundos irán abriendo ante ellos sus inapreciables tesoros, sus maravillas geológicas, sus flores, sus perfumes, sus cielos de colores, sus múltiples y esplendentes soles, sus brisas embalsamadas, sus aves de magnífico plumaje y armoniosos trinos, sus ciencias diversas, sus artes perfeccionadas, sus amores purísimos, sus goces no soñados por lo inefable, no adivinados por los deseos materiales, no presentidos por los proscritos de la Tierra.

Para alcanzarlos, para tomar posesión de esa herencia que no tiene fin, no se necesita más que poner en práctica el axioma **QUERER ES PODER.**

¡Querer progresar! Luchar con íntima convicción de que se puede llegar a los cielos y alcanzar relativa perfección.

Eso es vivir; adquirir la persuasión de poder dejar un día de sufrir contemplando un porvenir lleno de luz y placer.

Saber que de esta prisión las murallas hundiremos si hay en nuestro corazón arranques de abnegación y el puro amor comprendemos.

¡Ese amor que no se explica, amor que no tiene nombre, amor que nos dignifica, amor que nos santifica, amor que redime al hombre!

Amor que los redentores para luchar han sentido; que hace a los hombres mejores; que por él brotan las flores del progreso indefinido.

Amor que pueden sentir el justo y el criminal; que todos pueden oír la voz de Dios al decir: Mi Ley es el Bien, no el Mal.

No hay razas desheredadas, no hay pueblo que sea elegido, no hay castas que condenadas a las lóbregas moradas, esclavas hayan nacido.

Esta íntima convicción de que existe la igualdad en la Ley de la Creación, que no hay más que evolución eterna en la humanidad.

LA LUZ DEL POVENIR

Me da fuerzas, me da aliento, ¡Esperanza! ¡Inmensa fe!... y llena mi pensamiento algo grande que presiento, pero que explicar no sé.

¡Bien haya en el Espiritismo! Porque ha venido a inundar de clara luz el abismo donde el ciego escepticismo todo lo quiere negar.

¡Bendita revelación de nuestros deudos de ayer! Que ha dado a nuestra razón, que querer es poder.

A. D. S.

CAPÍTULO XXVII

EL SUFRIMIENTO Y LAS PENALIDADES

Pocas veces en la Tierra el Espíritu se encuentra satisfecho; la vida de los terrenales es una lucha penosa, penosísima, las leyes naturales de este planeta ofrecen a nuestros cuerpos innumerables dolores desde el instante de nacer; nuestro organismo, a pesar de ser perfecto para seguir su crecimiento, su virilidad y el uso completo de todas sus facultades: ¡Cuanto hay que sufrir antes de poder andar, de hablar, y de poderse alimentar sin necesidad de nadie!.

La decantada felicidad de los niños si bien se considera no existe porque ¡Cuántas veces sufren los pequeñuelos sin poder decir esto me duele! Nos dirán que la mirada de la madre es suficiente para conocer la causa del sufrimiento de su hijo, y en esto hay mucha más poesía que realidad; es más seguro y más positivo poder decir aquí tengo el dolor, que no gemir sin ser posible explicar porqué se sufre.

Tras los dolores físicos del niño viene el lento desarrollo de su inteligencia que le proporciona innumerables contrariedades, comenzando por el estudio de las lecciones, poniendo en prensa su memoria para retener en su mente nombres de ríos, de montañas, de mares y naciones, viene después el estudio de una carrera con sus repetidos exámenes, ora el aprendizaje de un oficio que tanto cuesta; y comenzando en la cuna y acabando en la fosa, ¿Qué es la vida del hombre?... una serie no interrumpida de ansiedades y desvelos que concluyen casi siempre con amargos desengaños, pérdidas dolorosísimas de seres queridos por ausencia interminable o muertes más o menos prematuras. ¿Y esto es vivir? ¿Esto es gozar de una existencia que nos ha dado esa causa suprema que llamamos Dios? ¡Ah! No; si la vida del hombre no tuviera más desarrollo que el que tiene en la Tierra, tendría que maldecir el momento de nacer; porque hasta los seres más dichosos no se eximen de sufrir las penalidades de la infancia, los delirantes deseos de la juventud, el cansancio de la edad madura y las dolencias de la ancianidad. Los raudales del oro le dan al hombre muchas comodidades que llegan a convertirse en placeres, pero la riqueza no puede detener el curso de los años, estos, lo mismo dejan sus copos de nieve en la enmarañada cabellera de la infeliz mendiga que en los rizos perfumados de la dama aristocrática.

Se sufre en todas las esferas de la vida, y no hay un solo goce en la Tierra que no lleve por inseparable compañero el dolor.

Este convencimiento dolorosísimo nos ha hecho decir muchas veces: ¿No habrá otros mundos donde los seres tengan un organismo menos grosero que para su desarrollo y multiplicación no sufra las violentísimas sacudidas que agitan los cuerpos de los terrenales? especialmente el de las pobres mujeres, que alcanzan el título divino de madre sufriendo una serie no interrumpida de dolores, que le ha hecho decir al Cervantes de nuestro siglo, el eminente Pérez Galdos, que los hijos eran para las mujeres una enfermedad de nueve meses y una convalecencia de toda la vida; ¡Magnífico pensamiento! En él está condensada la historia de la mujer.

Habrà en nuestro organismo toda la perfección que se quiera en relación con nuestra atmósfera, con nuestro suelo, con nuestros medios de vida, pero siempre hemos soñado con algo más delicado, más espiritual, más hermoso en fin.

Cuando en las leyendas religiosas o en las fábulas del paganismo hemos encontrado esas creaciones hermosísimas de ángeles y dioses, dueños del Universo con sus alas espléndidas y su poder maravilloso, hemos dicho siempre con la más íntima convicción.

Éstos son bocetos mal delineados, la realidad debe superar a los delirios de la imaginación, deben existir otras humanidades muy superiores a la nuestra, debe haber

otros mundos cuyo movimiento de rotación constante no le dé a sus moradores los bruscos cambios atmosféricos que sufre nuestra tierra; esto hemos pensado desde que aprendimos a compadecer a la especie humana, la certidumbre de otra vida mejor nos hacía soñar despiertos, hasta que en un Centro espiritista escuchamos la voz de los espíritus y vimos escribir a hombres ignorantes pensamientos mas profundos que los que se le atribuyen a Sócrates, Platón, Solón, Jenafonte, Séneca y tantos y tantos filósofos que han legado a las generaciones sucesivos códigos de moral que encierran la felicidad de los pueblos.

Como el explorador que después de sufrir grandes fatigas encuentra la cordillera de montañas que él vió en su mente, estudiando un mapa, adivinando que trás lo conocido quedaba lo ignorado, lo reservado a la investigación del hombre, y al ver la realidad de sus sueños siente una satisfacción inmensa; sensación parecida experimentamos cuando en el Centro Espirita escuchamos la voz de los espíritus, ¡Qué hermosa, que consoladora se presentó ante nosotros la verdad innegable del Espiritismo! Las penas, las angustias, las agonías prolongadas de los terrenales no eran el epílogo de su existencia, ésta continuaba más allá de la tumba; el criminal de hoy podría ser el redentor del mañana; el mártir de la miseria podría aspirar a vivir más tarde en la abundancia; la madre desolada por la muerte de su primer hijo, lo encontraba algún tiempo después sirviéndole de consejero y de guía para seguir resignada su escabroso camino; el ciego de hoy podría ser el gran astrónomo del porvenir; la continuación de la vida, indudablemente es la apoteosis de Dios.

Desde que encontramos la gran verdad del Espiritismo consideramos los centros espiritistas como lugares de reposo, como casas de salud para las almas enfermas. Nos dirán que del mismo modo piensan los adeptos de las religiones respecto a sus templos, y a éstos contestaremos que hay mil mundos de por medio entre un centro espiritista y un templo católico; en el primero nadie vive a expensas del Espiritismo, no hay en él ni alto ni bajo clero, ni sacristanes, ni acólitos, ni monaguillos, ni cepillo de ánimas, ni Cristos que suden sangre, ni vírgenes que lloren amargamente, ni la muerte del Dios hombre, ni santos milagrosos, ni misas aplicadas al descanso de un rico pecador, ni sermones pagados a buen precio, ni bautismos, ni casamientos, ni entierros de primera clase que son los filones inagotables de la gran mina de la iglesia católica, ni humillantes confesionarios donde pierde la mujer la virginidad de su alma; en un Centro espiritista no se conoce el modus vivendi; su presidente no tiene retribución alguna, los médiums dan gratuitamente lo que gratuitamente reciben; la explotación es completamente desconocida en un buen Centro espiritista, en cambio, ¿Qué es un templo católico? Una casa de contratación, allí no se enciende una lámpara ni se reza un padre nuestro sin que antes no se estipule el precio de la luz y el de la plegaria, para orar por los muertos se hace de muy distintas maneras, desde la pobre misa rezada celebrada ante un altar polvoriento en escondida y húmeda capilla, hasta el fastuoso funeral adornando el templo como salón de espectáculos con ricas colgaduras y negras alfombras. No hay la menor semejanza entre un Centro espiritista y un templo católico, y cuando los pesimistas dicen con tono profético que el Espiritismo será una religión como las demás, con su gran pontífice y sus sacerdotes, puesto que ya comenzamos por levantar templo: no os alarméis; los espiritistas, como todos los hombres que se asocian en la Tierra, para celebrar sus reuniones necesitan de un local apropiado, y aunque para celebrar sesiones con los espíritus no es necesario verificarlas en el centro, porque lo mismo se pueden recibir comunicaciones a la orilla del mar, que en el fondo de un barranco, a la sombra de un árbol, que en un promontorio escueto de graníticas rocas, en un palacio imperial o en la humilde choza de un campesino, como no es costumbre reunirse un gran número de individuos en medio de una plaza pública para tratar cuestiones altamente filosóficas, claro está que los espiritistas se reúnen en un local para celebrar sus reuniones, como los hombres ilustrados en el Ateneo; como los estudiantes en los institutos y universidades; como los académicos en la academia a que pertenecen,

porque el grado de civilización a que hemos llegado no nos permite seguir los usos de las tribus nómadas que llevaban consigo sus tiendas para levantarlas donde lo creían más conveniente.

El hombre de hoy vive de muy distinta manera de como vivía en la noche de los siglos que pasaron; y los espiritistas no han de diferenciarse de los demás terrenales, se asocian y se reúnen en un local destinado al efecto, más o menos espacioso según los socios con que cuente la agrupación.

¡Dichoso tú que has podido levantar esos muros!

Para estudiar el Espiritismo no acuden los felices ¿Para qué? La vida en la Tierra, aunque llena de contrariedades para algunos seres es hasta agradable; para los desventurados, los que están condenados por sí mismos en expiación de sus culpas pasadas a conocer los horrores del hambre, a sentir el delirio de la sed, careciendo de lo más indispensable, de lo mas necesario, éstos indudablemente piden justicia y sólo la encuentran en el Espiritismo racional, sólo la voz de los espíritus consigue convencerlos.

Ellos nos hablan de que sólo con la caridad y el amor hacia los demás seres, trabajando en bien de nuestros semejantes; con ese ardor y ese deseo de enjugar las lágrimas de innumerables desgraciados que transitan por este planeta con todos sus sufrimientos; si así lo hacemos y despertamos nuestros fraternales sentimientos, daremos lugar a que nuestro Espíritu se fortalezca y progrese; dando lugar al término de sufrimientos y penalidades físicas y espirituales de nuestros hermanos, practicando todo el bien que nos sea posible y esté a nuestro alcance; entonces sentiremos en nosotros esa paz interior que el amor fraternal produce y que destruye toda la escoria que en nosotros pudiese existir, si practicamos la verdadera caridad.

CAPÍTULO XXVIII

LOS DIVERSOS CAMINOS DEL PROGRESO

Dijo César Cantú que el mismo error ayuda al progreso y es una gran verdad; la escuela más retrógrada, los hombres más fanáticos son instrumentos valiosísimos para demostrar todo el horror de la sombra y toda la belleza de la luz. Hasta la contemplación del crimen más horrendo nos hace buscar con ávida mirada el puerto salvador de un hogar pacífico donde la vida sea una dulce monotonía, un sueño apacible y tranquilo sin los arranques súbitos del entusiasmo ni el lánguido abandono del desaliento.

Como todo es útil en la Tierra, desde el gusanillo que aplasta nuestros pies, hasta el águila que se pierde en la inmensidad, como todo sirve para el engrandecimiento y perfeccionamiento de las aspiraciones humanas, desde el cenobita culto en las fragosidades de la montaña, hasta el intrépido explorador que cruzando los mares y penetrando en regiones completamente desconocidas, graba su nombre en los troncos de los árboles seculares, escribiendo mas tarde en la historia universal páginas gloriosas.

Como un solo ideal, ya sea este político, religioso o filosófico no es comprensible para toda la raza humana, porque no hay dos espíritus que piensen de igual manera, (al menos en detalles) podrán estar casi unánimes para apreciar el conjunto, pero si fuera posible ir preguntando a cada uno qué opina de tal asunto, o de tal cuestión, no habría dos opiniones iguales. ¿Y sabéis por qué? Porque no hay espíritus que tengan igual historia, porque cada ser tiene la libertad de pensar, y aun cuando vemos pueblos esclavizados que todos los habitantes gimen bajo la tiranía de un déspota, entre esos mismos esclavos hay quien bendice sus cadenas, y hay quien las lima sordamente soñando con delirante entusiasmo en la espléndida aurora de un día de libertad.

¿A qué se debe esto? Al pasado del Espíritu, a sus trabajos empleados en sostener la tiranía, o en destruir los altares de los ídolos donde la superstición y la ignorancia han sacrificado innumerables víctimas.

La experiencia nos ha hecho optimistas; habiendo adquirido el íntimo convencimiento que en la cumbre de la sabiduría y en la cúspide de la virtud, hay un sol esplendente cuyo calor presta vida a las humanidades, cuya luz ilumina el fondo de los insondables abismos y las inmensidades de los cielos. Ese sol es el progreso, ¿Y qué es el progreso? Es la personificación de Dios, (si a Dios se le puede personificar).

El progreso es la eterna aspiración de todos los pueblos, es la suma de todos los adelantos, es la síntesis de todas las ciencias, es el verdadero culto que rinde la humanidad al Ser Omnipotente. Para llegar a ese foco luminoso, ¿No se puede recorrer más que un camino? ¿No hay más que una senda por la cual podemos avanzar?

¡Ah! No; si así fuera, si sólo progresara una fracción de la humanidad, ¿Para qué la existencia de millones y millones de seres? Para progresar hay diversos caminos, los unos anchurosos y rectos, los otros estrechos y tortuosos.

Decía un sabio: no odiéis, que con la luz del odio no se ve la luz de la verdad; y bien considerado, nada hay más cierto; con el odio que existe entre las religiones y las filosofías, no comprenden los religiosos el bien inmenso que han hecho los filósofos a las humanidades; ni los filósofos consideran que las religiones han sido útiles en la infancia de la humanidad.

Las letras del alfabeto de Dios son los mundos; pero ¿Puede comprender el niño el significado de esas letras? Todos sabemos cuantos desvelos les cuesta a los maestros de instrucción primaria enseñar a los pequeñuelos a unir las letras, formar sílabas y conocer el valor de las palabras; y el cuidado especial que han de tener para no perturbar su inteligencia con penosos estudios superiores al desarrollo de su entendimiento. Pues de

igual manera las humanidades tienen su infancia, su juventud, su edad madura y otra edad que no tiene nombre en la Tierra, en la cual el Espíritu sin la torpeza del niño y el atolondramiento de la juventud, busca en la ciencia la esencia de Dios, y en el amor, el hábito divino del Ser Supremo.

Decía un filósofo que con la impaciencia no se resuelve ningún problema; y es muy cierto, no se consigue mayor suma de adelanto por destruir los monumentos del pasado, es mucho más seguro dejar que las piedras de los templos se cubran de hiedra y el peso abrumador de los siglos derrumbe sus altares.

Todo trabajo que se hace antes de tiempo no sirve más que para levantar sobre los escombros de la impaciencia las nuevas torres de grandiosas basílicas. Los adoradores del progreso no tenemos que destruir las viejas instituciones, ellas caen bajo la pesadumbre de sus vicios.

Por regla general cuando una escuela filosófica pronuncia su credo, cuando unos cuantos hombres de buena voluntad se unen para estudiar y propagar un ideal que les parece mejor porque es más nuevo, (y por lo tanto no han podido ver más que su parte bella) lo primero que se hace es proclamar todas las excelencias de aquel ideal filosófico, repitiendo mil y mil veces que sólo con aquellas creencias se salvará la humanidad; y el Espiritismo no podía salvarse de esa crisis de entusiasmo, siendo nosotros los primeros que hemos dicho que el Espiritismo es la Ciencia Eterna porque es la verdad del Ser, que es la luz del infinito porque pone en relación a las humanidades desarrollando la razón, elevando las virtudes y desdeñando las milagrosas santidades; que ante el Espiritismo se hundían las religiones, que en los templos están las momias del pasado, que la presión religiosa es una camisa de fuerza, que la perfección de las religiones es el absurdo inadmisibles de una vida estéril, que la corte de Dios está en la inmensidad de los estudios que el hombre tiene que hacer para ir comprendiendo sus sabias leyes, que el libre pensamiento es la ley de gravedad del Espíritu, que los milagros han sido siempre el azote de las humanidades, que nunca se embrutece tanto el hombre como cuando se cree superior a los demás, que las religiones son la negación de la ciencia y ante la verdad del Espiritismo se hundían sus cimientos, que las religiones son el alfabeto de las generaciones ignorantes, que la fe ciega es la puerta de la sombra, que no hay vendaje que cueste más de romper que el de la fe religiosa, que las religiones son las mentiras de los siglos, que la comunicación de los espíritus es la verdad de todos los tiempos, que los pueblos fanatizados sufren siempre porque son pueblos humillados, que inducir a las masas a creer es inducirlas a cegar, que con las religiones se levantan los templos del miedo, en tanto que las ciencias naturales destruyen las supersticiones religiosas, que la inteligencia es un motor eterno que tiene un solo mecánico ¡Dios!... que los pueblos que creen, levantan los presidios de su inteligencia, que los espíritus vienen a demostrar la existencia de Dios y el progreso indefinido de las humanidades, que sin la comunicación ultra-terrena no podrá comprender el hombre que él sólo es el dueño y el árbitro de su porvenir.

Todo eso y muchísimo más dijimos dominados por el más noble y generoso entusiasmo, impresionables por naturaleza, sedientos de verdad y de justicia encontramos en el estudio del Espiritismo luz para los ciegos de entendimiento; pero la experiencia nos ha demostrado que así como los oculistas cuando curan a sus enfermos no les dejan ver la luz con todo su esplendor el primer día que les quitan, mejor dicho, que les levantan el vendaje, sino que paulatinamente la van graduando para que los rayos solares no destruyan en un segundo todo su trabajo, de igual manera las inteligencias necesitan prepararse para recibir los destellos luminosos de las verdades científicas del Espiritismo, para no sufrir el deslumbramiento por el exceso de luz.

No siempre lo bueno es bueno, dice un antiguo adagio, y es muy cierto. Nada más hermoso que la verdad cuando el Espíritu tiene entendimiento suficiente para

apreciarla en su inmenso valor, y nada más perjudicial para una imaginación ofuscada por el fanatismo o adormecida por la ignorancia.

El Espiritismo es luz de vida para las inteligencias educadas, preparadas por el estudio y la observación; así como es sombra de muerte para aquellos que sin las imágenes de los santos no saben elevar una plegaria.

El Espiritismo es la vía más recta y más anchurosa para perfeccionarse el Espíritu, y al mismo tiempo es la senda más tortuosa y más oscura para conocer la verdad que hay tras la tumba; he aquí porqué hay tantos caminos para progresar, y porqué el mismo error ayuda al progreso, dándole a las inteligencias el alimento que pueden tomar; hay espíritus que dentro del calabozo más sombrío sueñan con los esplendores de todos los soles que iluminan el Universo, y hay seres que rodeados de la refulgente luz que irradia la ciencia, descienden con el mayor afán hasta hundirse en el fondo del abismo de la más pasiva ignorancia.

Bien dicen que si la juventud supiera y la vejez pudiera, los trabajos de los hombres serían más útiles; si se uniera al generoso entusiasmo de la juventud la fría experiencia de la vejez, se distribuiría muchísimo mejor el alimento a cada inteligencia, dándole a cada Espíritu lo que buenamente pudiera comprender y apreciar; pero sobre las impacencias de los entusiastas y las torpezas de los fanáticos hay una ley superior a todos los trabajos humanos, esta ley es la del progreso universal; esto no se realiza con el triunfo de una religión, ni con la victoria de un ideal político o de un credo filosófico; el engrandecimiento de los pueblos no se consigue por los descubrimientos de la ciencia astronómica ni por los pacientes estudios de los naturalistas que con sus microscopios encuentran nuevos mundos en los infusorios; el progreso es la suma de todas las obras realizadas, de todos los trabajos hechos al calor del entusiasmo y la esperanza, y el resultado de lo que decimos se vé claramente si se objeta con atención que el trabajo de muchos hombres no sirven para el engrandecimiento de una colectividad, aunque este sea el móvil de todos sus actos, y sí es útil para el adelanto general.

Los impacientes nos argüirán diciendo que aun vivirán algunos siglos las religiones; y a estos contestamos diciendo que subsistirán todo el tiempo que sean necesarias para los moradores de la Tierra y el número de años que ellas necesiten para destruirse, porque las creencias religiosas arraigadas en el corazón de los siglos, no se destruyen quemando frailes y conventos; porque si la mayor parte de la generación que asiste a la hecatombe necesita la sombra de los claustros y la predicación de hombres envueltos en negros hábitos, los conventos se vuelven a levantar y las comunidades religiosas se enseñorean dominando a los espíritus fusilámines e ignorantes como ha sucedido en la católica España.

Con el terror, la violencia, la crueldad y el exterminio no se va a ninguna parte; con la enseñanza y la instrucción se adelanta muchísimo más.

Observadores por costumbres y estudiosos por necesidad, nos hemos convencido que todos en la Tierra progresamos trabajando no en el bien de este credo, ni de aquella religión, sino en provecho del adelanto universal.

La escuela Espiritista ha sostenido grandes polémicas con las religiones y el materialismo, y en ellas también hubo un tiempo que tomamos parte y muy activa poseídos del mayor entusiasmo, porque siempre hemos sido partidarios de la gimnasia de las ideas; pero los años y la experiencia adquirida en ellos nos ha hecho conocer que las palabras son lo de menos, y que los hechos son los que deben fijar nuestra atención.

A los materialistas se le combate porque niegan la existencia de Dios, ¡Y qué importa que la nieguen con sus labios si la reconocen con sus obras!

¡Cuantos sabios materialistas han enriquecido los laboratorios de los físicos y de los químicos con sus descubrimientos admirables!

¡Cuantos geólogos han dado más luz sobre la formación de la Tierra que todos los génesis de las religiones!...

¡Cuantos astrónomos han encontrado más cielos que todos los prometidos por los padres de la Iglesia!

Por negar la existencia de Dios, ¿Dejará este de existir? ¡No! Los mundos seguirán su curso y las humanidades irán cumpliendo sus destinos trabajando en su progreso.

Nos hemos persuadido que al encontrarnos los hombres en el camino de la vida no nos debemos preguntar mutuamente en qué creemos, sino de qué manera ocupamos y empleamos nuestro tiempo. El nombre de la creencia religiosa, política o filosófica que tengamos y a la cual ajustamos nuestros actos es lo que en realidad tiene menos importancia; nuestros hechos únicamente son los que deben fotografiar nuestras creencias.

Antes que todo hay que tolerarse los unos a los otros, considerando que no hay hombre inútil, y aquel que parece más humilde y más insignificante, en un momento dado, quizá en la hora de mayor tribulación presta grandes y señalados servicios a la causa redentora del progreso universal.

El verdadero espiritista se fija poco en la cuestión de nombres, porque comprende perfectamente que el materialista de hoy quizá es el religioso mal intencionado de ayer que comerció con los milagros y las apariciones. Es lo de menos decir creo en Dios: lo que es necesario, lo que es de imprescindible necesidad, es cumplir sus leyes siendo útil a la humanidad, sea cual sea la escuela a la que se pertenezca.

Dicen que la lucha de las inteligencias es el oleaje del infinito, convenido, pero se debe luchar sin herirse los unos a los otros ¿Para qué? Si todos, absolutamente todos trabajamos para un mismo fin.

Ese fin es el amor.

Es la unión universal.

Es el lazo fraternal entre el siervo y el señor; es acabar el terror de los odios inhumanos, es hundir a los tiranos bajo el peso de su historia; es proclamar la victoria diciendo: ¡Somos hermanos!

Todos los que en la Creación tenemos inteligencia, un juez en nuestra conciencia y luz en nuestra razón, esa fraternal unión trabajando se conquista; hoy la escuela espiritista estudia un arduo problema; ¿Debe lanzarse anatema al sabio materialista?.

¿Por qué? Si en su ciencia va siempre el progreso y le rinde culto a Dios aunque niegue un más allá ¿Por qué? Si trazando estos admirables monumentos, y con sus descubrimientos va escalando el infinito.

¿Puede acaso estar maldito quien hace tales portentos?. Quien con cuidados prolijos se consagra a su familia, ¿No pronuncia dulce homilía acariciando a sus hijos? Quien tiene sus ojos fijos en los dolores ajenos ¿No figura entre los buenos? Quien le da a sus semejantes pruebas de amor incesantes ¿No es el nombre lo de menos?.

En nombre de Dios, a mares la sangre se ha derramado; en nombre de Dios se ha odiado y profanado sus altares.

En nombre de Dios millares de sentencias se han cumplido amordazando al vencido siendo pasto de las fieras o muriendo en las hogueras... ¡Cuanto tiempo hemos perdido...!

LA LUZ DEL POVENIR

Luchando las religiones con sus incendiarias teas pasó a las grandes ideas de nuevas generaciones, no más odios ni pasiones, no más nombre ni bandera, qué lección bien severa la historia nos tiene dada; si hay sabio que no cree en nada, ya creará cuando se muera.

Entonces cuando su ser se encuentre sin su organismo y se pregunte a sí mismo ¡Cuanto tendré que creer! Cuando pueda comprender que hay vida en su voluntad, y cuando en la inmensidad vea todo su ayer escrito, hallará en el infinito ¡La suprema realidad!

Algo que no ve la ciencia manejando su escalpelo; algo que se escapa al vuelo de la osada inteligencia; algo que hay en la conciencia de justos y pecadores; algo que le da a las flores sus aromas más suaves; algo que le da a las aves sus plumajes de colores.

Los que a Dios quieren negar es inútil su porfía; porque al fin llegará el día que le tendrán que adorar.

Si es una ley progresar la tenemos que cumplir; si no se puede morir hay que estudiar y crecer; que siempre Dios ha de ser ¡La verdad del porvenir!

Y las pobres religiones con sus templos de granito, con el anatema escrito en sus negros paredones, con sus tetricos salones y sus conventos sombríos, con sus locos desvaríos y sus absurdas quimeras, con sus terribles hogueras para los sabios impíos.

Con su clero sin amor, con sus monjas sin placer, condenando a la mujer a una vida de dolor, con su infierno aterrador y con todos sus horrores, a los libres pensadores ¿Qué nos deben inspirar? ¿Las debemos condenar porque viven entre errores?

¡No! Que inmensa compasión siempre nos deben causar los que no saben amar y no tienen corazón; los que locos de ambición quieren tan alto subir que se atreven a decir: ¡Tengo infalibilidad!... ¡Soy dueño de la verdad! ¡Quien no me cree ha de morir!

Para los espiritistas no hay en la Tierra adversarios; nunca serán sus contrarios los sabios materialistas ni los crédulos papistas, porque estamos persuadidos y plenamente convencidos que la victoria es de todos; pues luchamos de mil modos vencedores y vencidos.

El progreso universal es la ley de la Creación; ¿Vencerá a una religión filosófico ideal? ¿Para la unión fraternal cual credo será mejor? ¿Quién consolará el dolor? ¿La religión o la Ciencia! ¿De los sabios la elocuencia o una lágrima de amor?

A la pregunta que hacemos el tiempo responderá: ¡Tiene el hombre un más allá! ¡Somos, fuimos y seremos! ¡Progresando alcanzaremos rasgar el negro capúz!

¡Tome cada cual su cruz, practique la caridad, y encontrará la verdad en los mundos de luz!

CAPÍTULO XXIX

EL SALDO DE UNA CUENTA

Hemos dicho muchas veces que no comprendemos que se pueda vivir sin leer, sin estar en relación con una parte de la humanidad, sin saber las glorias que alcanzan el progreso de las naciones civilizadas, sin admirar los maravillosos adelantos de los grandes sabios y al mismo tiempo sentir espanto y horror indecible ante esas tragedias que de continuo llenan de luto a diversas familias y envuelven con su crespón al pueblo o ciudad que sirve de escenario a esas tramas realistas, superiores a todo cuanto puede inventar la imaginación del hombre.

Los periódicos son las arterias del gran cuerpo social, por ellos circulan las oleadas de la vida, ellos son el libro de memorias de la humanidad, espejos que reflejan los resplandores de todos los efectos, de todas las pasiones, desde el odio implacable de los encarnizados enemigos hasta el sacrificio del amor y el heroísmo de la caridad. Ellos son la fotografía de la vida, por eso nosotros no sabemos vivir sin leer, aunque casi siempre quedamos tristemente impresionados, pues más son los crímenes que las acciones meritorias; lo que aun da muy poca idea es la raza humana dominada por la ira, por la avaricia sin tasa, por la más refinada hipocresía, y por todos esos vicios que convierte al hombre en un ser más despreciable y más miserable que el bruto; más a pesar de que sufrimos, no sabemos vivir sin estudiar en la historia palpitante de los actuales moradores del planeta, sin leer la narración de los múltiples hechos que atestiguan su ignorancia y su barbarie, a pesar de haber hecho la ciencia notabilísimos descubrimientos enriqueciendo las bibliotecas con libros admirables escritos por eminentes sabios.

Pero de vez en cuando entre tantas y tan punzantes ortigas suele encontrarse una humilde violeta que embalsama el ambiente con su delicadísimo perfume y entonces... ¡Cuanto gozamos! Leemos la descripción de alguna acción loable repetidas veces y aquellas gotas de bálsamo divino quitan de nuestros labios el sabor amarguísimo que deja la hiel del crimen.

No hace muchos días que después de estremecernos de espanto ante la relación de triples asesinatos, leímos un suelto que nos hizo verter abundantes llantos, ¡Llanto bendito! Porque lloramos a la memoria de un ángel. He aquí el hecho que tanto nos impresionó y que tanto nos hizo sentir.

LA NOVICIA PABLA SARRABLO

Un oficial de hojalatería llamado Francisco Navarro, vecino de Zaragoza y residente en una casa de la calle de la Verónica de aquella ciudad, se presentó hace cinco días a la superiora de la consagración de Siervas de María pidiendo la asistencia de una hermana para su esposa enferma. La superiora manifestó que todas las hermanas estaban de servicio; pero que, si era grande la necesidad de la asistencia, le prestaría una novicia hasta que pudiera ser sustituida por una hermana. Agradeció el favor Francisco Navarro y momentos después estaba a la cabecera de la enferma la novicia Pabla Sarrablo de quince años de edad, natural de Sesa (Huesca), e hija de un profesor de primera enseñanza.

Pabla cumplía sus deberes de enfermera con cariñosa solicitud. Anoche, después de acostar a los niños de Navarro y de lograr que éste se retirara a descansar, se dirigió a la cocina de la habitación para calentar alimento para la enferma.

El alcohol de la vasija que contenía la sustancia inflamable con el cual se calentaba lo que iba a tomar la mujer de Navarro, derrámose sobre las ropas de la novicia enfermera e instantes después se incendiaron. La novicia se dirigió a la escalera, sin duda para pedir auxilio a los vecinos. No quiso llamar a nadie en la habitación para no producir

alarma que pudiera impresionar a la enferma y para no despertar a los que estaban descansando. Las llamas ya rodeaban el cuerpo de Pabla: ésta viendo que todo auxilio llegaría tarde se arrodilló, abrázose a uno de los soportes del pasamanos, y déjose consumir, sin proferir una queja por el fuego. El resplandor de las llamas despertó a los vecinos. Éstos solamente encontraron el cuerpo carbonizado de la pobre niña, cuya trágica muerte enaltece la prensa de Zaragoza, diciendo que aquella capital sabrá pagar con tesoros de respeto y de consideración a la congregación de siervas de María el sacrificio que le ha hecho una de sus hijas en aras de su caridad y de su amor a los enfermos pobres.

Este rasgo verdaderamente heroico, ese modo de morir que recuerda a los innumerables mártires que han legado a la historia páginas gloriosas en las cuales se aprende a ser grande, nos llamó la atención tan poderosamente que no se apartaba de nuestra memoria la imagen de la joven novicia haciendonos la reflexiones siguientes:

¿Qué motivo habrá tenido este Espíritu para consumir semejante sacrificio?

Muerte tan dolorosa no se sufre sin una causa poderosísima; porque la destrucción del cuerpo por medio del fuego se comprende que debe producir dolores violentísimos, y para condenarse a tan horrible sufrimiento debe pagarse con él una deuda terrible o haber llegado a un grado tal de elevación que por amor a la humanidad se ofrezca un ser como víctima expiatoria en aras de un sagrado deber. ¿Sería tal vez el fanatismo religioso el que le dió aliento para morir sin exhalar una queja? Y dando vueltas a nuestra mente al trágico suceso procuramos hablar con el guía de nuestros trabajos diciéndole el deseo que teníamos de saber el móvil que impulsó a la joven religiosa a sacrificarse en aras de un deber poco menos que desconocido para la humanidad terrena.

Aquí hay algo muy grande le decíamos a nuestro amigo invisible, tan horrorosa muerte no acontece por casualidad, si te es posible, dadnos algunos pormenores para escribir algo que sea útil y provechoso a los que estudian el porqué de las cosas.

II

No te has equivocado (contestó el Espíritu) al creer que esa muerte ha obedecido a una causa superior, pagando con ella una de esas deudas terribles que abruma por su enorme peso, y por lo mismo que son tan grandes el Espíritu suele no apresurarse a pagarlas hasta que adquiere fuerzas para salir bien en su empresa.

La joven novicia es actualmente un Espíritu elevadísimo, sólo le quedaba pagar la deuda que con tanto valor ha pagado; y ha hecho el saldo de su larga cuenta y sonríe dichosa entre ondas luminosas, pero no siempre ha sido bueno, no siempre ha revestido la humilde y frágil envoltura de la mujer: y en los siglos que la iglesia católica, apostólica y romana era la señora del mundo civilizado, la novicia de hoy (digámoslo así) era el inquisidor poderoso, era el príncipe cuyas órdenes eran leyes que difundían el luto y el espanto por doquier.

Es un Espíritu que desde que comenzó a sentir y a pensar ha pertenecido siempre a la religión católica, apostólica y romana, y en nombre de su Dios ha sido un inquisidor de los más fanáticos y de los más crueles; pero no por gozarse en el mal sino porque creía que aquellas víctimas aplacaban con su sacrificio la ira de Dios, y en una de sus encarnaciones (que fue un inquisidor muy renombrado) tuvo por madre a una mujer de humilde cuna que era una médium asombrosa que poseía diversas mediumnidades, especialmente la adivinación, ésta de un modo tan prodigioso que muchos hombres eminentes le consultaban y le pedían consejo; oía también las voces de ultratumba, tan claramente que contaba historias maravillosas.

Mientras su hijo Álvaro no llegó a ocupar un alto puesto en la iglesia no se fijó en las extraordinarias facultades mediúmnicas que poseía su madre, y mucho más que desde muy joven vivió separado de ella sirviendo de secretario a un príncipe eclesiástico y sólo de

vez en cuando la visitaba, no sintiendo por ella en realidad gran afecto a pesar que le debía cuanto era, pues su padre murió en la guerra, y la pobre mujer cuando dió a luz ya estaba sin la sombra de su marido, y a fuerza de privaciones le rodeó en su infancia de cierto bienestar y procuró sin perdonar medio alguno educarle dentro de la más sana moral. Para ella no existía mas Dios que su Álvaro, no quiso contraer nuevos lazos para que su amado hijo no tuviera que sufrir la tiranía de nadie, y se creyó dichosa el día que le colocó al lado de un obispo y le vió con hábitos sacerdotales, soñando en su delirio maternal con verle algún día coronado con la triple corona que usan los mal llamados sucesores de San Pedro. Sí, la buena Elvira la madre amorosísima dió gracias a Dios cuando volvió a su hogar y se encontró completamente sola, ¿Qué le importaba a ella la soledad, el padecimiento, la miseria y toda suerte de horribles privaciones? Si su hijo iba muy bien vestido, tenía cubiertas todas las necesidades de la vida, habitaba en un palacio magnífico y le sonreía un porvenir brillantísimo porque su hijo tenía mucho talento, hablaba como un libro, era hermoso, reunía en fin las cualidades necesarias para ser papa. ¡Pobre madre! Cuantas veces se situaba a la puerta del palacio arzobispal para ver salir a su hijo sin que éste se fijase en ella, ni se dignase dirigirle una mirada aunque la hubiese visto desde lejos y ella en tanto le bendecía desde el fondo de su corazón.

¡Misterios de la vida! Elvira que veía lo que reservaba el porvenir a muchos seres, cuando quería mirar el más allá de su hijo, sólo veía un negro crespón y escuchaba una voz fatídica que le decía ¡Huye!...

Las maravillosas facultades de la madre de Álvaro fueron conocidas de muchos y nobles magnates, iban a su casa de noche a preguntarle sobre los negocios de estado, y Elvira inspirada daba consejos y a veces órdenes que se cumplían fielmente, recibiendo en pago crecidas sumas. Álvaro entretanto iba subiendo a la cumbre del poder y le mortificaba extraordinariamente que su madre estuviera cerca de él, primero por su humilde origen y segundo por sus dotes especiales, pues en aquella época eran muy perseguidas las mal llamadas brujas, que no eran otra cosa que médiums más o menos desarrollados, y la fama de Elvira iba creciendo a pesar que la pobre mujer por temor a su hijo no hacía más que las consultas indispensables para ganarse su sustento y hacer algún bien a los enfermos pobres.

Una noche cuando menos lo esperaba llegó su hijo, y sin sentarse siquiera le dijo con la mayor sequedad: ¡Es necesario que salgáis de la ciudad inmediatamente, comienza a murmurarse que sois bruja y yo no puedo tolerar que donde yo aliente, la herejía levante su cabeza de serpiente!

La infeliz se le quedó mirando sin querer comprender lo que había dicho Álvaro, pero éste se lo repitió con voz más imperativa añadiendo: ¡Iros si no queréis que yo mismo encienda la hoguera para quemar vuestro cuerpo miserable que no os sirve más que para perder vuestra alma! Y sin esperar contestación salió de la estancia dejando a su madre petrificada; siendo tan inmenso su amor maternal que ella no sentía la infamia y la ingratitud de su hijo, lo que le atormentaba era la idea de no poder verle si abandonaba la población.

Horas terribles fueron para Elvira las de aquella noche que no sabía qué resolver. Oía una voz bien clara que le decía: ¡Huye! ¡Huye!... no pierdas tiempo, cada segundo que pierdes es un segundo de vida; pero como el Espíritu tiene su libre albedrío ella decía: ¿Y como podré yo vivir sin ver a mi hijo? Mi hijo que indudablemente está muy enfermo, mi hijo que no sabe lo que se dice, mi hijo que es mi único amor en la Tierra ¿Cómo podré yo dejarle? Él podrá vivir sin verme porque no puede sentir lo que yo siento, pero yo... ¡Yo es imposible!... lo que haré será cambiar de casa, no admitiré más que las consultas indispensables para no morirme de hambre, abandonaré a los pobres, pero a mi hijo no le puedo abandonar; yo necesito verle aunque sea desde lejos. Y Elvira al día siguiente puso su plan en obra, cambió de domicilio, rehuyó cuanto le fue posible ejercer su oficio de

LA LUZ DEL POVENIR

adivina y cubierta con un lenguo manto permanecía horas enteras sentada en el templo esperando ver pasar a su hijo. Éste no ignoraba cuanto hacía su pobre madre, pero no agradecía su cariño porque le estorbaba aquella mujer humilde y por apéndice herética; dominado por la ambición y por el fanatismo religioso quería quedarse solo, sin la sombra de la que veló su sueño y le consagró todas las horas de su vida; quería estar solo para subir, subir muy alto y castigar con mano firme la herejía. No ambicionaba el poder por los goces mundanos, sino por la persecución que podía desplegar sobre los libres pensadores de su tiempo.

Elvira entre tanto asediada por los muchos magnates que deseaban saber lo que les aguardaba el porvenir, trabajaba consultando a sus compañeros invisibles y una noche cuando estaba más abstraída en sus meditaciones invadieron su humilde casa los familiares del santo oficio, la encerraron en una litera y la coloraron frente a su pobre albergue al que prendieron fuego diciéndole a su dueña: ¡Bruja maldita! ¡Como arden tus trabajos arderá tu cuerpo en la hoguera y tu alma en el infierno!

Elvira no sentía morir, lo que le horrorizaba era comprender que su hijo había dictado la orden de su prisión.

El proceso fue breve. Elvira fue acusada de bruja, de adivina, de evocar a los muertos y con su ayuda hacer obras de encantamiento y hechicería, y Álvaro el ministro de la iglesia, el inquisidor fanático fue el que acusó a su madre con más crueldad, y el que pidió para ella la última pena para escarmiento de brujas y hechiceras; y no contento con firmar la sentencia de su madre, él ayudó a llevar la leña a la hoguera que consumió el cuerpo de la infeliz Elvira víctima de la ambición desenfrenada de un hijo desnaturalizado y de un fanático sin corazón.

Álvaro llegó a la cumbre del poder, hizo proezas con los herejes y vivió contento de sí mismo consagrado a destruir la dicha de muchos seres que habían cometido el grave delito de pensar.

III

Dejó la Tierra creyendo buenamente que iba a sentarse a la diestra de Dios padre y se encontró no en un verdadero infierno porque él no había hecho el mal por el placer de hacerlo, sino por su ideal religioso, mas se vió rodeado de sus innumerables víctimas figurando en primera línea su pobre madre que afanosa le tendía las manos y los brazos para estrecharle en ellos porque el Espíritu de Álvaro no merecía aquel puerto de salvación y la veía siempre delante de él y escuchaba su voz que murmuraba con inmensa ternura: ¡Pobre hijo mío! Álvaro se conmovía, andaba un poco y la sombra retrocedía brotando entre los dos un río de fuego sin que las llamas llegasen al inquisidor.

¡Cuanto tiempo estuvo Álvaro viendo a su madre! ¡Y cuantos desengaños recibió aquel Espíritu al ver que la religión que él practicaba era la más horrible tiranía! Pero amaba de tan buena fe su credo que se consagró a ser humilde siervo en la misma religión que tantas veces le había convertido en verdugo, y quiso llegar al heroísmo para demostrar que la religión católica, apostólica y romana podía dar al mundo mártires de la misma manera que le había dado tiranos. Álvaro comprendió que la idea del Crucificado había sido grandiosa y sublime, y que el oscurantismo era el que había convertido la luz en tinieblas; y él se impuso el inmenso sacrificio de hacer surgir de un mundo de sombras un mar de inextinguible luz...

Como fue tenaz para perseguir a los herejes lo ha sido después para consolar al desgraciado, y ha sido en la Tierra monje consagrado al salvamento de náufragos, haciendo verdaderos milagros, muriendo unas veces entre las olas para salvar a un niño o a una débil mujer del naufragio. Espíritu profundamente fanático, para él no han existido jamás las medias tintas; por su credo lo ha sacrificado todo, llegó al límite de la crueldad firmando la

sentencia de muerte de su madre, creyendo que con este acto de barbarie era grato a Dios, y en su última existencia pidió a Dios el suplicio de morir entre las llamas en el cumplimiento del más sagrado deber, velando el sueño de una mujer pobre y enferma que él mandó quemar cuando era su hijo.

¡Sí! El Espíritu de Elvira, de aquella mártir del oscurantismo es el que anima el cuerpo de la débil enferma a la cual fue a cuidar la joven novicia, modelo en esta existencia de mansedumbre y de evangélica caridad. El Espíritu del fanático inquisidor se ha regenerado por medio del sacrificio, es fiel a su credo, él no sabe orar sino es entre las sombras del templo, las nubes del incienso le embriagan, ama a Dios y a los misterios religiosos sobre todas las cosas de la Tierra, tanto ha amado a su religión que ha dado por ella repetidas veces su vida, y tanto ha amado a la humanidad que ha hecho y hace suyas sus penalidades, y por evitarle una lágrima él ha dado su cuerpo gozoso al más cruel de los tormentos; más a pesar de su abnegación, el suplicio del fuego le atemorizaba, cuando estaba en el espacio veía a su madre subiendo a la hoguera y se decía: ¡Yo debo subir también! ¡Yo cerca de mi madre debo expiar mi atroz delito! Pero temblaba, se estremecía y pedía tiempo para purificarse. Su ruego fue escuchado, el inquisidor se convirtió en ángel de la caridad, y en su última existencia cuando la joven novicia se vió envuelta entre las llamas, su Espíritu adquirió completa lucidez, comprendió que la enferma que ella había cuidado era su madre de otro tiempo, y mientras el fuego carbonizaba la carne, ella repetía: ¡Dios mío!, ¡Salva a mi madre!

Una legión de espíritus felices salió al encuentro de la novicia diciéndole: ¡Bienvenida el alma que sabe amar a sus semejantes! ¡Consuma el fuego tu carne para saldar tu última cuenta! ¡Cesaron tus sacrificios! ¡Ya eres libre!... ¡Ya tienes derecho a ser dichosa! ¡Ya puedes crearte una familia! ¡Ya puedes ser sacerdote de la verdadera religión que es el amor universal! ¡Harto tiempo has vivido en tinieblas! ¡Ven a los mundos de luz! Y el Espíritu de la novicia sin experimentar turbación alguna, contemplando el infinito que le rodea ha sonreído con una sonrisa divina de la cual no tenéis en ese mundo la menor idea.

Ha luchado y ha vencido, quebrantó las leyes naturales y se ha sacrificado después por la humanidad, hoy es libre, su conciencia es un libro cuyas páginas están orleadas de flores, ha llegado al límite del amor por un credo religioso; ese Espíritu tiene ante sí el infinito del progreso: mañana será sabio entre los sabios y los ideales religiosos le producirán melancólica compasión. ¡Ha sufrido tanto por ellos! ¡Ha estado tantos siglos encerrado en el claustro sin gozar de las dulzuras de la vida!... ha llegado al colmo del amor místico y éste no es más que una manifestación del Espíritu alucinado; el amor que engrandece y alborza al Espíritu es el amor libre de trabas religiosas, es el amor que crea la familia, el amor que extingue los odios, el amor que hace de dos enemigos irreconciliables madre e hijo, amantes esposos, hermanos solícitos, ese amor que une las razas en una sola familia es la gran ley de la naturaleza falseada por el delirio de las religiones.

El Espíritu que dejó su cuerpo entre las llamas ya ha penetrado en el infinito del progreso, ha roto sus cadenas, ¡Venturosos aquellos que recobran su libertad!...

IV

Enmudeció el médium y nunca hemos sentido tanto que enmudeciera, ¡Nos es tan grato penetrar en el mundo de los espíritus! ¡Hay tantos arcanos que descubrir! ¡Hay tantos misterios que descifrar! Se conoce tan poco la vida de ultratumba que sólo sentimos no poseer estas mediumnidades maravillosas para ver claramente a los espíritus que tanto nos ayudan en nuestros estudios e investigaciones; pero la voluntad puede mucho y nosotros tenemos muy buenos deseos de propagar la verdad, por esto la inspiración presta

LA LUZ DEL POVENIR

a nuestras ideas alguna lucidez, y por eso los médiums que nos merecen completa confianza se prestan dócilmente a ser magnetizados por los espíritus para revelarnos algo de ese más allá que presiente la razón, para poder aceptar sin murmurar un presente de expiación que responde a un pasado de crímenes.

¡Comunicación ultraterrena! ¡Bendita seas! ¡Tú eres la luz! ¡Tú eres la vida porque eres la verdad!

CAPÍTULO XXX

EL EVANGELIO DENTRO DEL ESPIRITISMO

¿Qué es el Evangelio? ¡La verdad clara y evidente! Lo que da entender cuán verdadero y cierto es lo que algunos dicen: ley, doctrina e historia de la vida de Jesucristo.

¿Qué son las manifestaciones de los espíritus?

La verdad de la vida eterna en acción, el descubrimiento de lo pasado envuelto en las sombras del oscurantismo, de la superstición y de la ignorancia más completa y absoluta.

La voz de los espíritus es la voz de la verdad eterna. El Evangelio de las religiones lo han hecho los hombres; el Evangelio del Espiritismo es obra del Supremo Creador, es una manifestación de las leyes naturales.

La dolorosa historia de Jesús está dentro del Espiritismo, porque todo buen espiritista se sacrifica en bien de la humanidad sin esperar ni desear la menor recompensa. No es necesario morir crucificado materialmente para sufrir el suplicio de la crucifixión: hay muchos espiritistas que han vivido crucificados toda la vida y han aceptado su martirio sin murmurar, sabiendo que con su sacrificio eran maestros que enseñaban sus sagrados deberes a la humanidad.

Dentro del Espiritismo caben todas las abnegaciones, todos los sacrificios, todas las heroicidades, todos los hechos que puedan engrandecer al hombre, porque nadie como el verdadero espiritista sabe que su trabajo es útil para sus semejantes y muy especialmente para sí mismo.

Sabe que un buen pensamiento, una mirada compasiva, un deseo noble y generoso, un acto de compañerismo, una acción de desprendimiento, un hecho de heroica abnegación, un arranque supremo de entusiasmo que le lleve al sacrificio y al martirio, todo tiene su recompensa, todo queda anotado en el libro de memorias del infinito; y encuentra cuando más lo necesita almas generosas que le consagran buenos pensamientos, que le dirigen miradas de profunda compasión; y hay quien pretende entrar en su morada para saber si duerme en el suelo, y hay quien estrecha su mano para conocer si siente la debilidad del hambre, y de quien menos espera es atendido, es consolado y se salva del naufragio del infortunio reposando de sus fatigas en el puerto de una amistad naciente, de un afecto espontáneo no buscado, no soñado ni presentido.

Si el Evangelio es la verdad clara y evidente, los mejores evangelistas son los espiritistas, que comprenden lo que vale el progreso indefinido del Espíritu.

Si el Evangelio es la historia de Jesucristo, que es el tratado de moral más acabado y el más perfecto, y los que siguen sus huellas amando y perdonando las ofensas, los que saben querer y se complacen en instruir, son también dignos Evangelistas.

Los primeros Evangelistas de este mundo son los padres de familia: la madre meciendo la cuna de sus hijos, velando su sueño, tocando su frente para ver si la humedece el sudor de la fiebre, sosteniéndoles en sus primeros pasos, señalándoles el cielo para que conozca donde está Dios, señalándoles las primeras letras para que aprendan a pronunciar su santo nombre, y el padre cavando la tierra o mirando tras el telescopio los mundos que ruedan en la inmensidad del éter, pensando siempre en el porvenir de sus hijos, trabajando sin descanso para ellos, luchando por dejarles una fortuna, amando incondicionalmente y perdonando siempre las ingratitudes de aquellos, ¿No son los padres de familia los primeros evangelistas de la humanidad? ¿No lo son también los profesores de instrucción primaria, los catedráticos, en fin, todos los maestros que se consagran a pulimentar los diamantes de la inteligencia humana?

LA LUZ DEL POVENIR

Todos los que con sus actos hacen un bien a sus semejantes son ministros del Evangelio, y más evangelistas que los demás hombres tienen que ser los verdaderos espiritistas en todas las acciones y hechos de su vida.

Todas las madres aman a sus hijos, pero la madre espiritista no sólo los ama porque son carne de su carne, huesos de sus huesos y lazo de unión entre ella y el elegido de su corazón, los ama también porque medita y dice mirando al pequeñuelo que le extiende sus brazos balbuceando frases ininteligibles: ¿Será un Espíritu amigo? ¿Me habrá prestado los cuidados que yo ahora le prodigo? ¿Será un amigo que quiere borrar odios y rencores? De todos modos debo querer muchísimo a este pequeñito; si entre él y yo median antiguas relaciones debo procurar acrecentar su afecto, porque el amor de un hijo ¡Es tan hermoso!... llegar a la vejez y encontrar sus brazos abiertos ¡Que mayor felicidad! ¡Hijo mío!... y si es un enemigo que me presenta el ramo de olivo, debo estrecharlo en mis brazos, debo enseñarle a ser bueno, debo ser su Providencia en la Tierra para que él a su vez me ayude mañana a llevar mi cruz hasta el calvario.

Y estos razonamientos los hace el hombre lo mismo que la mujer, los hermanos entre sí, los hijos contemplando a sus padres, los que se encuentran dominados por el dulce sentimiento de la amistad. Los espiritistas verdaderos, los que estudian y tratan de conocer la verdad, engrandecen el pequeño círculo de su familia, aumentando el número de sus deudos, haciendo suyas las penas y las alegrías de sus amigos.

La tierra prometida de todas las religiones ya la han encontrado los espiritistas poniendo en práctica las sublimes enseñanzas de Jesús y de los redentores que antes de Cristo sembraron en la conciencia la semilla del amor.

El Evangelio, la gran ley de la fraternidad universal está dentro del Espiritismo: las enseñanzas de los espíritus son la continuación de las predicaciones de todos los redentores, ellos nos dicen:

Los cielos para el alma son las virtudes que practica.

Enjugar una lágrima es borrar una página de sombra.

La ciencia es la luz de Dios iluminando la naturaleza, es el verbo divino.

Amar es creer en Dios.

No hay más que una doctrina eterna, hacer el bien.

El que ama tiene el reino de los cielos.

Cumplase las leyes pero mueran los odios.

El Espacio es un archivo de mundos que estudiar.

¿Queréis pan? Pues labrad el pan de otros.

No engaños y no seréis engañados.

La mujer virtuosa es un sol de la humanidad.

La paz es la voz de Dios.

La verdad es la luz del pueblo.

Dios es la ley inmutable del Universo.

El Espíritu es un diamante eterno que se pulimenta con la ciencia universal.

El progreso es el brazo derecho de la humanidad.

La religión del alma es el amor.

El Evangelio de Dios es el Universo.

Esto nos dicen los espíritus que propagan las verdades y ponen los cimientos del Evangelio del porvenir.

CAPÍTULO XXXI

EL CRISTIANISMO PRIMITIVO

¡Cuan distinta era la religión de Cristo en los primeros siglos de la iglesia de la que luego formaron los hombres a su capricho y voluntad y según los intereses particulares de cada uno! La primera, fue la síntesis del amor de la humanidad, el conjunto de todas las virtudes refundidas en el amor divino, de la resignación de la mansedumbre evangélica y de la caridad más ardiente.

Y la segunda...¡Oh! La segunda, ¡Cuan amargos han sido sus frutos!

En la apología o defensa de los cristianos contra las acusaciones de los gentiles que escribió Tertuliano, ¡Qué ideas tan distintas se encuentran de las que luego han prevalecido! ¡El agua pura se convirtió en fango! Veamos lo que dice en algunos párrafos:

El cristianismo es un extranjero en la Tierra, y no es extraño que encuentre enemigos en un país que no es el suyo.

¡Cuan profundo es este pensamiento! ¡Qué bien pinta la inferioridad de la raza humana que siempre se ha mostrado hostil a todo lo grande y a todo lo sublime!

Los libros de Moisés, en los cuales Dios ha encerrado como en un tesoro toda la religión de los Judíos, y por consecuencia toda la religión cristiana entera, se remonta a mucho más allá de nuestros más antiguos anales, de nuestros monumentos públicos, de la fundación de nuestro estado y de la de un gran número de ciudades antiguas, de todo lo que conocéis sobre historia y tradición de la invención de la escritura, guardiana de la ciencia y de todas las cosas celestes.

Osaría decir más todavía: se remontan más allá de vuestros templos, de vuestros oráculos y de vuestros sacrificios. El autor de estos libros vivía mil años antes del sitio de Troya y más de setecientos antes de Homero. El tiempo es el aliado de la verdad y los sabios no creen más que lo que es cierto y lo que ha recibido la consagración de los siglos. La principal autoridad de estas escrituras es su antigüedad venerable.

Estos libros sagrados nos enseñan que no hay más que un Dios que ha hecho el Mundo de la nada, y que es un Dios oculto. Sin embargo, se muestra sin cesar en sus obras. Él solo se conoce: la inmensidad le esconde y le muestra a nuestros ojos.

Recompensa y castiga a los hombres según su méritos...

En otro lugar refiriéndose al engrandecimiento que había alcanzado el Cristianismo, dice:

Nosotros acabamos de nacer, y sin embargo, llenamos ya la tierra hasta los últimos rincones de vuestra dominación; las ciudades, las fortalezas, las islas, las provincias, las asambleas del pueblo, los barrios de Roma, el palacio, el Senado, los empleos públicos, y sobre todo el ejército. No os hemos dejado más que vuestros templos. ¡Qué guerras no podríamos emprender! ¡Con qué prontitud podríamos armarnos, si nuestra religión no nos detuviera, si no nos enseñase que es preferible ser matado a matar!

¡Ay ! Si Tertuliano alguna vez ha dirigido o dirige en la actualidad sus miradas a la Tierra, si aun recuerda las frases de su gran libro, en el cual asegura que es preferible matar a ser matado, exclamará sin duda: ¡Pobre humanidad! Los cristianos te dimos el agua de la salud y de la vida, y has dejado corromper ese agua purísima, y hoy el mal llamado cristianismo es un agiotaje y nada más. Éste por supuesto ya viene de muy antiguo, procede se puede decir del primer emperador cristiano, Constantino, que dejó fusionarse el cristianismo con el paganismo; y la herencia de Jesús, que consistió en una religión cuyos asociados se organizaron a la muerte del Maestro y se asociaron con la base del comunismo, poniendo cada uno en la comunidad sus bienes y ganancias. Las viudas y los huérfanos eran sostenidos, los pobres y los enfermos socorridos, y durante muchos años

se mostró el cristianismo bajo tres aspectos: el respeto a Dios, la pureza de la vida y la caridad hacia el prójimo. En su días de debilidad, sólo por la persuasión hizo prosélitos; pero a medida que crecía en número y en fuerza, comenzó a manifestar tendencias políticas. Y estas tendencias aprovechadas por Constantino, dieron más tarde distinto rumbo a la Divina enseñanza del Crucificado.

Se especuló, se calculó, y el llamado cristianismo restauró el antiguo paganismo; véase lo que sobre esta fusión dice el Obispo Newton:

¿El culto a los ángeles y a los santos, no es en tres conceptos el mismo que el antiguo culto a los demonios? Y en él nada ha cambiado más que el nombre, los cristianos han deificado a los hombres, absolutamente lo mismo que los paganos.

Los institutores del nuevo culto sabían que era el mismo que el antiguo y no solamente en el fondo, sino que las ceremonias eran idénticas. El incienso y los perfumes que queman en los altares, el agua santa, es decir, el agua y la sal con las que uno se rocía al entrar y salir de las iglesias; los cirios y las lámparas encendidas en pleno día ante las estatuas de estas divinidades; los ex-votos colgados en los templos en señal de rescate o curación milagrosa, la canonización o deificación de los muertos virtuosos, los patronazgos particulares asignados a los santos como a los antiguos héroes, el culto tributado a los muertos en sus tumbas y en sus urnas, las genuflexiones delante de las imágenes, la potencia milagrosa atribuida a los ídolos, la erección de pequeños oratorios, altares y estatuas en las calles, en las vías públicas y en las cimas de las montañas: el sacar en procesión imágenes y reliquias con cirios, música y cantos, las flagelaciones en cierta época del año a modo de penitencia, la tonsura de los presbíteros en la coronilla; el celibato y los votos de castidad impuestos a los religiosos de ambos sexos; todas estas cosas y muchas más, pertenecen lo mismo a la superstición pagana que a la superstición papista.

Más aún; los mismos templos y las mismas imágenes en otro tiempo consagrados a Júpiter y a los dioses, lo están hoy a la Virgen María y a los santos; los mismos ritos, las mismas inscripciones sirven para los unos y para los otros; los mismos prodigios, los mismos milagros les son atribuidos. Finalmente el paganismo completo se ha convertido en el papismo. Éste, está construido sobre el mismo plan que el primero, de manera que no hay solamente conformidad sino identidad entre el culto antiguo pagano y el moderno cristianismo de Roma.

El cristianismo primitivo ya no existe, quedan las obras de sus apóstoles, quedan los recuerdos de su ayer, pero como todo reaparece, su sublime enseñanza hoy vuelve a renacer aunque algún tanto desvirtuada, pero mucho más pura que todas las religiones positivistas, y sus tendencias, más en armonía con el adelanto de nuestra época son más científicas, y de consiguiente más generales sus conocimientos, y su esfera de acción más dilatada que era la del cristianismo primitivo.

Las profecías de Johel se han cumplido; en el libro sagrado dice: Tierra, no temas; alégrate y gózate porque Jehová ha de hacer grandes cosas. Y será que después de esto, derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas: vuestros viejos soñarán verdaderos sueños, y vuestros mancebos verán visiones. Y aún también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días. Y haré prodigios en el cielo, y en la tierra sangre, fuego y columnas de humo.

El Sol se tornará en tinieblas, y la luna en sangre antes que venga el día grande y espantoso de Jehová.

Esta época ha llegado; los ancianos tienen sueños y los mancebos ven visiones; y los niños que apenas saben escribir su nombre, se sienten impulsados y escriben largas comunicaciones; y la revelación, encerrada ayer en el misterio de los santuarios, hoy se obtiene en todos los parajes de la Tierra.

En las chozas, en los palacios, en los templos, en las cárceles y en los bosques, en todas partes hay hombres que sirven de médiums a los espíritus que nos rodean y que

velan por nosotros: y el cristianismo primitivo reaparece enlazado a la ciencia; ésta, como dice Draper, jamás ha tenido el pensamiento de hacer del poder civil su aliado.

No ha pretendido sembrar el odio entre los hombres, ni destruir la sociedad, no ha hecho sufrir a nadie tormento moral ni físico, y mucho menos la muerte, por la defensa de sus ideas. Está limpia de crueldades y de crímenes.

El Espiritismo como la ciencia, no pretende aliarse a ningún poder del mundo él solo quiere imperar en las conciencias de los hombres para que éstos se hagan más buenos, más sabios, más humildes y más previsores; que piensen en el eterno día de mañana, que no atesoren riquezas, pero que atesoren virtudes.

El Espiritismo científico es el cristianismo primitivo, pretende desarrollar el amor universal entre los hombres como la doctrina que Cristo proclamó y practicó en su advenimiento, teniendo de la moderna época su aspiración científica, su afán de progreso; queriendo fundar sobre las sólidas bases de la caridad y la ciencia, LA RELIGIÓN DEL PORVENIR .

INDICE

I	¿EXISTE DIOS?.....	5
II	VENTAJAS DE LAS COMUNICACIONES.....	12
III	DISTINTAS MANERAS QUE HABLA LA CIENCIA	19
IV	EL EVANGELIO SEGÚN EL ESPIRITISMO	26
V	¿QUÉ ES EL DOGMA?	28
VI	LAS RELIGIONES	35
VII	ÉPOCA DE MOISÉS Y CRISTO	43
VIII	LA IDEA DE DIOS	52
IX	LOS MUNDOS HABITADOS	54
X	LOS MÉDIUMS Y SU MISIÓN	57
XI	LO INVEROSIMIL	59
XII	¡DIOS!	64
XIII	LAS NUEVAS IDEAS	68
XIV	LO QUE ES EL ESPIRITISMO	70
XV	EL GÉNESIS DE LA RAZÓN CIENTIFICA	72
XVI	FRATERNIDAD	77
XVII	CÉSAR	81
XVIII	LOS SACERDOTES DEL PORVENIR	87
XIX	LA RELIGIÓN Y LAS RELIGIONES	90
XX	ESTUDIO DEL ESPIRITISMO.....	93
XXI	LLUVIA DE AMOR	99
XXII	LA CIENCIA NO ES ATEA	102
XXIII	EL TIEMPO	110
XXIV	NO TODOS LOS QUE ANDAN VIVEN	112
XXV	DISCURSO DE MIGUEL VIVES	118
XXVI	¡QUERER ES PODER!.....	124
XXVII	EL SUFRIMIENTO Y LAS PENALIDADES	130
XXVIII	LOS DIVERSOS CAMINOS DEL PROGRESO	133
XXIX	EL SALDO DE UNA CUENTA	139
XXX	EL EVANGELIO DENTRO DEL ESPIRITISMO	145
XXXI	EL CRISTIANISMO PRIMITIVO	147

AMALIA DOMINGO SOLER

Siguiendo las huellas de Jesús,
por el amor vivo que manifestó al mundo,
Allan Kardec proclama:

“FUERA DE LA CARIDAD NO HAY SALVACIÓN”.

FINALIZANDO

Después de esta lectura, esperamos que tengas dudas y preguntas por hacer.

Si las tienes, es una buena señal. Señal de que estás buscando explicaciones para la vida.

OBRAS DE ALLAN KARDEC

De acuerdo con lo dicho, el conocimiento del Espiritismo debe partir de las 5 (cinco) obras básicas de Allan Kardec, cuya publicación salió en el siguiente orden:

- 1ª) EL LIBRO DE LOS ESPIRITUS (1857)**
- 2ª) EL LIBRO DE LOS MÉDIUMS (1861)**
- 3ª) EL EVANGELIO SEGÚN EL ESPIRITISMO (1864)**
- 4ª) EL CIELO Y EL INFIERNO (1865)**
- 5ª) LA GÉNESIS (1868)**

Existen otras obras complementarias de Allan Kardec, que pueden ser leídas después. Estas son las fundamentales, las esenciales para el conocimiento espírita. Pueden adquirirlas en cualquier librería especializada.